

de la Autora de EL JUEGO

Azminda Cancino



simplemente amor

Viri
Serie Simplemente Amor

Azminda Cancino

VIRI
SIMPLEMENTE AMOR
Copyright © 2017 Azminda Cancino
www.azmindacancino.com
Primera edición, Noviembre 2017
Todos los derechos reservados.
ISBN: 1537461230

Registration code: 1711174862293

Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibido, la reproducción total o parcial de esta obra, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros medios, sin el permiso previo del autor. Así como la distribución de ejemplares mediante el alquiler o préstamo públicos.

La licencia de uso de este libro electrónico es para tu disfrute personal. Por lo tanto, no puedes revenderlo, compartirlo, ni regalarlo a otras personas. Si deseas compartirlo, ten la amabilidad de adquirir una copia adicional para cada destinatario. Si lo estás leyendo y no lo compraste, ni te fue obsequiado para tu uso exclusivo, haz el favor de adquirir tu propia copia. Gracias por respetar el arduo trabajo del autor.

Esta historia es pura ficción. Sus personajes y las situaciones vividas son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con la realidad es coincidencia.

Las marcas y nombres pertenecen a sus respectivos dueños, son nombrados sin ánimo de infringir ningún derecho sobre la propiedad de ellos.

© Edición, Diseño, Portada Azminda Cancino

Dedicado

A todas las mujeres
orgullosas, de coraje, que dan el primer
paso, que no se avergüenzan de sus
deseos, que vibran con lo simple de la
vida, que son cabronas, que disfrutan de
jugar, y
que se aman a sí mismas.

Para ustedes, Preciosas.

Con mucho cariño.

Azminda

"Es mejor ser odiado por lo que eres,
que ser amado por lo que no eres."

André Gide

Tabla de Contenido

Prefacio

1

2

3

4

5

6

7

8

Once años después...

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

Diecisiete meses antes...

27

28

29

Seis meses después...

31

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[Cinco años después...](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[45](#)

[46](#)

[47](#)

[48](#)

[49](#)

[50](#)

[51](#)

[52](#)

[53](#)

[54](#)

[55](#)

[56](#)

[57](#)

[58](#)

[Epilogo](#)

[Kurt](#)

[Agradecimiento Especial](#)

[Agradecimiento](#)

[Visita](#)

Unas cuantas cosas que debes saber antes de conocer mi historia:

Mi hermana es Sophie, y mi hermano es Kurt, son mayores que yo, y gemelos.

 Mi madre se llama Kaira, mi Ami.

 Alex mi papá, y Owen, mi otro papá, mi Api.

 Si, mi familia es... diferente; se quiere, se protege, y se honra.

 Tenemos todo y más.

 Si se puede.

 El amor no es perfecto, simplemente es amor.

Yo soy Viridiana Northman—Carter Jones, aquí está mi historia...

 El Palacio es mi casa

 Dite es mi isla

 Grupo Carter es el negocio de la familia

Prefacio

— ¿Qué ves?

Mi hermana apareció en la sala de cine con una toalla colgada del cuello, todavía podías ver el rojo esfuerzo de su entrenamiento en las mejillas.

—Muriendo de aburrimiento —apagué la pantalla y puse carita de *me quiero morir*.

Kurt y Sophie eran casi dos años más grandes que yo, eso no marcaba diferencia, ellos siempre me trataban como si fuera una bebé, y justo, es decir, que siempre me he aprovechado de ello. Desde que recuerdo, siempre he sido la pequeña Hada de los Northman—Carter Jones.

La más pequeña.

La más frágil.

La más inocente.

No me importaba ser *la buena* de la familia, no necesitaba más atención de la que ya tenía, de hecho, la evitaba. Lo que menos deseaba era parecerme a Dana, mi madre biológica, su obsesión por atención era la razón de su abandono, de noches y noches deseando un abrazo, un beso, un *te quiero*, suyo.

— ¿Quieres meterte en el jacuzzi conmigo?

Jacuzzi, sí. Con ella, no.

—Hoy vinieron los Gardner.

Los Gardner; Gordón, Fabio, Luca y Bruno Gardner, los cuatro hijos de los mejores amigos de mis padres, cuatro bellos y apetecibles especímenes del sexo masculino. En teoría, y solo en teoría, éramos como hermanos, la realidad es que, si mis padres y sus padres se descuidaban un minuto, y si Kurt cerraba los ojos, entre mi hermana, los Gardner, y yo, podíamos jugar cosas que... bueno, cosas que solo hace gente con la mente muy, muy abierta.

Sobre todo, Gordón y yo. El que, el mayor de los Gardner fuera once años mayor que yo, lo convertía en un espécimen prohibido, ese es un ingrediente

que le da sabor a cualquier platillo.

—Salieron con Kurt, podemos escaparnos y arruinarles la fiesta.

A mi hermana le brillaron los ojos, siempre se podía contar con ella si se trataba de arruinarle la fiesta a Kurt. Justo era decir que mi hermano lo ponía fácil, con su letrero de *NO TOCAR* en la puerta de su habitación, era casi una invitación a tocar lo que no se debe tocar.

Lo hacíamos solo por nobleza.

—Tengo competencia... —mi puchero dejó claro que su competencia era más importante, aunque el aburrimiento me matara—, aunque adoro escaparme.

¿Ya mencioné que soy la consentida de la familia?

— ¡¿En serio?! Diablos, Sophie, eres mi hermana favorita —de un brinco salté a sus brazos—. Vístete, Princesa.

—Te quiero, Hada.

Ni mis hermanos, ni mis padres, ni siquiera yo sabía lo equivocados que estábamos en pensar que era una Hada, para nuestro infortunio, los genes de Dana no murieron junto con ella, su locura corría vivamente dentro de mí.

1

Gordón

— ¿Así está bien, nena? —susurré cerca de su oído.

Mis dedos no dejaron de frotar en pequeños y suaves círculos. Por más que lo intentaba, no recordaba su nombre. ¿Beatriz?, ¿Bess?, ¿Bell? No es como si fuera a salir con ella o llevarla a casa para conocer a Diana, pero era de caballeros saber el nombre de la mujer que repentinamente se agitó en mis brazos. Resistí la urgencia de llevar los dedos a mi boca para probar su sabor para taparle la boca con mi lengua, y no es que nos fueran a escuchar, la música de la planta baja era suficientemente fuerte como para cubrir los gemidos, pero nunca he sido fan de las mujeres tan escandalosas.

— ¡Así!... ¡Ahí! —gimió sobre mis labios.

— ¿Ahí? —me burlé empujando tres dedos dentro de ella.

Una cosa era seguro, no volvía a acompañar a mis hermanos a sus fiestas, era divertido cuando solo salíamos nosotros cinco, pero las mujeres no resultaban interesantes, eran mocosas.

—Por favor... Por favor... —lloriqueó antes de que sus paredes empezaran a temblar.

Solo por caballerosidad, seguí empujando hasta que las contracciones cesaron, fue ahí, cuando finalmente dejó de gritar en mi oído, que se escuchó un claro: — ¡Viri!

¿*Lo imaginé?* El silencio absorbió la habitación, mi cabeza no prestó atención a nada más, solo se concentró en la búsqueda de su nombre.

Si..., si lo imaginé, mi cabeza me estaba haciendo una mala jugada, ella no podía estar aquí. Kurt no lo permitiría.

Me deje llevar por ¿Bere? hasta recargarme en la cama, era mi turno. Desabrochaba mi cinturón cuando escuché “*Dangerous*” de David Garrett. ¡Mierda! Antes de darme cuenta, salí de la habitación en su búsqueda. Solo Viri tenía a David Garret y su violín como tono de llamada, nuestra canción.

Vi a Kurt y a Fabio entrar a una de las habitaciones cuando se escuchó el hueco sonido de una botella al quebrarse, seguido por un pesado silencio solo interrumpido por el lejano eco de la música en la planta inferior. David siguió tocando sin descanso, musicalizando el terror que sentí al ver la angelical cara de mi Muñequita bañada en sangre.

Junto con Fabio, moví el cuerpo inerte del imbécil que cubría el cuerpo entero de Viri. El cuerpo cayó como peso muerto en el suelo mientras la sangre no dejaba de brotar, Sophie le dio un buen golpe, tal vez hasta lo había matado, y de lo único que fuimos conscientes, es de Viri escupiendo pedazos de pastilla blanca.

— ¿Qué es eso?

Viri negaba como contestación a la pregunta de Sophie, el miedo en sus ojos creo una reacción mortal en mi cuerpo. Algo... que no supe describir.

Antes de que la pudiera tocar, Sophie se metió al baño con ella seguida por Kurt, esos dos no me iban a dejar acercar, así que me hice cargo de la situación. Al fin y al cabo, yo era el adulto.

—911, ¿cuál es su emergencia?

~~§~~

—Por todos los cielos, Gordón, ¡tú eres el mayor! ¿Qué crees que hacías yendo a esa fiesta?

Ser el primogénito me daba ciertas ventajas y libertades que el resto de mis hermanos no conocían, pero a cambio, tenía que cumplir una serie de requisitos y responsabilidades que mis hermanos no debían. Por eso era tan importante mi comportamiento, lo último que quería, es que mis hermanos sufrieran por causa mía.

El problema es que, a veces, olvidaba comportarme como un buen hermano mayor.

—Te pueden arrestar, ¿sabes? Solo había tres adultos en esa casa, y tú eras uno de ellos.

A mi madre le encantaba ser el policía malo, le duraba tres minutos el teatro, aunque le daba puntos por intentarlo.

—Diana.

—Madre, soy tu madre.

Sí, y también la mujer que me empezó a pedir consejo cuando apenas tenía once años.

—Diana —recalqué mirándola a los ojos, ya estaba bueno de dramas—,

peor hubiera sido que arrestaran a uno de mis hermanos, ¿quién crees que los mantiene en raya? ¿Tú? ¿Ellos?

Mi familia era..., ¿cómo podría describirlo?, tal vez desigual; tenía una madre, un padre, otro padre, pero el que se encargaba de los hijos era yo, una responsabilidad que adquirí desde que nació Fabio. Mis padres siempre estaban trabajando o cogiendo, su mayor responsabilidad era que no nos faltara nada, cosa que cumplían con creces. Los tres venían de familias de clase baja, estudiaron, trabajaron mucho para llegar a donde habían llegado, los admiraba por ello. El punto es que, no sabían cuándo parar; querían más dinero, más propiedades, incluso más hijos, fue con el nacimiento de Bruno que le advertí a mi madre que ya no más. Afortunadamente, me hizo caso. Y no es que me moleste cuidar a mis hermanos, de hecho, me gusta. Solo que, las manos ya no me alcanzaban.

Los tres fueron inquietos desde bebés; aun cuando era el que más energía tenía, el más manejable era Luca, por suerte descubrimos su talento para la natación temprano y esa energía fue orientada positivamente. Fabio era el más cercano a mí, y tal vez por eso con el que mejor relación tenía. Y Bruno... bueno, con Bruno todavía estaba luchando por contenerlo, su sobrenombre era Lobo, por lo salvaje, cuando en realidad debía ser algo como Águila o Halcón, mi hermano más pequeño tenía un pico de oro y garras afiladas cuando de niñas se trataba, aunque su verdadera amante, era la libertad. Todavía no alcanzaba a entender como no estaba perdidamente enamorado de Viri, cuando era la niña más hermosa del universo, más dulce, más atenta, más inteligente, Viri era perfecta.

Sé escuchó un grito que me regresó al presente. Mis padres seguían discutiendo detrás de la puerta de la cocina. Frank y Jason tardaban horas discutiendo cómo educarnos, para cuando se ponían de acuerdo, Diana y yo ya habíamos arreglado los problemas.

—Gordón... —replicó en un tono más mesurado—, tu eres el referente de tus hermanos, no solo tienes la responsabilidad de apoyarlos y facilitarles el camino, sino que también debes cuidar su comportamiento. Ya lo hemos hablado miles de veces, es tu trabajo por ser el mayor.

Sí, y por eso era el primero en llegar a la escuela, sacar buenas notas, conseguir beca para la universidad, iluminar el camino para que Fabio, Luca, y Bruno no se perdieran. Más importante aún, pasaba horas hablando con ellos, aconsejando, escuchando sus problemas, por eso no solo era su

hermano, también era su amigo. Y si a Diana no le gustaba, pues mal por ella. Castigarlos era su trabajo, no el mío.

—Tus hermanos te tienen más confianza a ti que a nosotros. Debes aprovechar esa ventaja para evitar que se metan en problemas. Alejarlos de la mala influencia de los hermanos NCJ.

— ¿Mientras ustedes cogen con los padres? —palideció un poco y enseguida me remordió la conciencia. ¡Maldita boca la mía! —. Lo siento, mamá.

—No..., no, tienes razón. Hemos abusado de tu relación con ellos. Sé que educarlos es una tarea demasiado difícil como para que recaiga en ti. Nunca ha sido mi intención, pero... —pero aquí estaba yo, mientras ellos tres dedicaban un buen tiempo en su propia vida—, para ti es más fácil ayudarlos a resolver sus problemas.

— ¿Qué quieres que haga, Diana?

Me senté derrotado en un sillón y escondí la cara entre la palma de mis manos, que todavía tenían el perfume de ¿Bianca?

—Necesitamos alejarlos de Sophie y Kurt, esos mellizos no son buena influencia para los chicos, sobre todo para Luca. Viri todavía no es un problema, Bruno no la toma en serio, pero Sophie... Le puede costar la carrera a Luca. Está obsesionado con ella.

No, no era obsesión, era amor. Luca estaba enamorado de Sophie, y ella le correspondía de pies a cabeza.

El problema radicaba en que separar a Luca de Sophie, era lo mismo que separar a Viri de nosotros, y eso simplemente no iba a suceder, porque Bruno ciertamente no la tomaba en serio, pero yo sí.

—Yo hablo con Luca.

Mi madre se sentó a mi lado y, como siempre, se recargó en mí—: Gracias, Cielo.

2

Viri

Después de la fiesta, pasamos tres meses trabajando en una finca Foster, fue ahí donde encontré mi vocación. Quien ha ofrecido su trabajo como voluntario, sabe lo fantástico que te sientes después; sentí un gran impulso en mi estado de ánimo, me sentí como parte de un equipo. Hice una diferencia. Eso fue lo más satisfactorio, la diferencia que creé con mi trabajo, con mis manos, con mi tiempo. Vi cambios reales como resultado de mi esfuerzo, mejor aún, atestigüé los efectos de mi esfuerzo en otros.

Entendí porque Owen, mi Api, dedicaba tanto tiempo en la Fundación Carter; cuando haces trabajo voluntario, ayudas a otros con tu tiempo y recursos, con tu corazón y cerebro. Además, que aminoró la culpa por mi última estupidez. Mis hermanos ni siquiera lo mencionaron, pero el que yo me haya ido a una habitación con Josh Bass, era algo... ¡increíblemente estúpido! El hombre me tenía en la mira desde niña, todavía no entendía cómo podía pensar que podía cambiar.

—No somos voluntarios porque nos beneficia, somos voluntarios porque hace una diferencia.

Mi Api tenía toda la razón, sin embargo, también hay enormes beneficios para el voluntario; se notan cambios sutiles en uno mismo, como sentirse más conectados con los demás, el interés por cosas mundanas ya no es tan importante, nace un interés natural por ayudar, aprendes a compartir, y no solo los recursos, las experiencias también son valoradas. Yo era adoptada, eso creó un vínculo con los niños de la finca Foster, las caras de los niños que esperaban porque un día apareciera en la puerta una Kaira, un Alex, un Owen eran muy similares a la mía años atrás. Niños de seis, diez, doce años con historias que nadie debería vivir. No eran bebés o niños pequeños. No eran pizarras en blanco. Algunos tenían problemas emocionales y problemas de aprendizaje, incluso problemas serios de salud.

En mi corazón entró la semilla de ayudar a los menos afortunados, que, en

mi posición, eran muchos.

—Como todos los niños, necesitan familias permanentes. Un lugar al que llamar hogar, un lugar seguro, un lugar caliente para pasar la mañana de Navidad —las palabras de la trabajadora social eran dirigidas a mi Api, tenían un toque de súplica que dejaba claro su intención de que mis padres se abrieran a la posibilidad de adoptar otro niño.

Volteé a ver a los niños, y sentí como sus caritas me perseguían. Estaban sonriendo, como cachorros en la ventana de una tienda de mascotas buscando un hogar. Me sentí abrumada por la pena y la culpa; yo tenía todo, más de lo que merecía, *¿por qué yo y no ellos?*

—Viri, no.

Dejé de ver el infinito para encarar a mi Api—: No, ¿qué?

—No sientas culpa. No podemos salvar al mundo, Viri, solo podemos ayudar de acuerdo a nuestras posibilidades —acarició mi mejilla y solo ahí me di cuenta que estaban húmedas.

— ¿No podemos adoptar, aunque sea a uno? —Owen sonrió antes de pasar un brazo sobre mis hombros y atraerme hacia él—. Podríamos proteger a uno, solo a uno —imploré sollozando.

— ¿Qué pasaría si en tu lugar, la que estuviera acurrucada a mi lado fuera una niña de Siria? O no vamos lejos, una de las niñas que acabamos de dejar —me apretó hacia él como si me quisiera proteger del mundo, en realidad, lo hacía—. Me encantaría tener todas esas caritas en mis manos y susurrar palabras de cariño en sus asustados oídos, pero no puedo, no me alcanzan las manos, Viri. Solo nos queda luchar por equilibrar el deseo de proteger, con la realidad de no poder hacer nada. ¿Me puedes ayudar con eso?

El *SÍ* que salió de mi boca, también salió de mi corazón, de mis entrañas, de todo lo que era e iba a ser.

Rumbo a casa, Owen me explicó porque dedicaba tanto tiempo a la fundación Carter, porque Alex y Kaira trabajaban tanto, como es que, si tuvieran que actuar según la ferocidad de mamá y papá oso, y proteger a todos los niños que aparecen en las noticias, significaría no ser un padre confiable para Kurt, Sophie, y para mí. Que lo único que podían hacer, era acurrucarnos en un capullo de seguridad y paz privilegiada, aun cuando se sentían superados por el deseo de solucionar todos los problemas del mundo, desde el hambre hasta la guerra, y todo lo demás.

Me pidió que no viera las noticias, porque nunca volvería a ser la misma,

que era suficiente con la realidad de todas las fincas, todas las escuelas, todos los centros que íbamos a ayudar, que eso marca tu memoria más que cualquier noticiero, te llena de gratitud y tristeza abrumadora al mismo tiempo.

Cuanta razón tenía.

Solo me bastaron un par de tardes en la Fundación Carter después de la escuela, para darme cuenta que el mundo no era la burbuja que mis padres habían creado para nosotros, que el mundo es cruel, frío, distante.

Sin embargo, nunca me sentí mejor, nunca perdí la esperanza; hice conexiones con personas a las que ayudaba, aumenté mi capacidad de socializar, cultivé amistades con otros voluntarios, el vínculo entre mi familia y amigos se hizo más fuerte. En pocas palabras, ayudar a los demás me hizo más feliz, me encantaba hacer la vida de otra persona un poco más fácil.

Ya solo me faltaba una sola cosa, Gordón.

~~§~~

Algo extraño pasaba en mí; empecé a despertar con mis manos entre las piernas. No me iba a la cama con pensamientos sexuales, no soñaba con sexo, y de todos modos amanecía con mi mano entre las piernas. Me gustaría decir que me contenía, que reprimía el ardor de mi sangre, pero simplemente era imposible. Un simple pensamiento sobre Gordón, y el impulso por un orgasmo caía en la categoría de necesidad, era un requisito de mi cuerpo para poder funcionar.

— ¿Ya le contaste a Ami que te sacaron de clase? —Kurt le quería hacer la vida difícil a Sophie, tenía esa mirada de depredador que solo en Draco existía.

—A ti que te importa, ¡deja de meterte conmigo!

—Chicos... —sonreí con la voz de mi Api, siempre tan conciliador, queriendo seguir su ejemplo...

—Decidí que voy a empezar mi vida sexual.

¿Por qué dije eso y no otra cosa? Porque mi cerebro estaba domado por las hormonas, otro ejemplo de que algo extraño pasaba en mí.

El comedor quedó en silencio, y no era para menos, incluso yo me sorprendí.

—Viri, ¿no te parece que estas muy chiquita para empezar con esas cosas? —probablemente Owen tenía razón, solo que nadie le avisó a mi cuerpo.

— ¿A qué edad empezaste tú, Api? —el color huyó del cuerpo de Owen, incluso vi que empezaba a sudar—. Estoy segu...

—Ese no es el punto, Viridiana —mi papá pocas veces me llamaba por mi nombre completo, creo que le recordaba a Dana.

—Solo quiero saber. ¿Tu empezaste más grande que yo? —Alex carraspeó antes de darle un buen trago a su tinto. Eso le pasaba por llamarme Viridiana.

—Ay, Viri, ahora si los hiciste sufrir —Kaira río y por inercia le siguieron Owen y Alex. Mi Ami era una reina—. No es importante la edad en la que nosotros empezamos, chiquita. Aquí el punto es, si tu estas preparada o no. ¿Ya te sientes preparada para iniciar tu vida sexual?

—Si —sobre todo si era con Gordón—. Ustedes me lo han repetido varias veces, y también han dicho que es normal, divertido, y que todo mundo lo hace. Yo ya quiero. Ustedes, ¿no? —volteé a ver a mis hermanos para saber su sentir.

Sabía que Kurt ya había empezado, Sophie no, tal vez ella se sentía igual que yo.

—Si, yo también ya quiero, pero no he tenido oportunidad, siempre estoy acompañada.

Ah, esa era otra cosa a considerar, la seguridad. Mi hermana siempre pensaba en todo, a mí ni siquiera se me había ocurrido.

Alex dejó los cubiertos en la mesa, Kaira le dio un buen trago a su vino, y Owen se limpió la boca con la servilleta antes de poder volver a hablar—: ¿Qué les parece si nos dejan platicar y lo volvemos a hablar? Nos agarran con hambre y cansados, así no se vale.

Como siempre, mi Api tenía toda la razón. Desafortunadamente, mi cuerpo no entendía razones.

Antes de que se volviera a tocar el tema, un creciente cosquilleo ensombreció mis sentidos, y no de una manera natural. Nada en el escabroso deseo era natural. Reprimí un jadeo mordiendo mi almohada cuando finalmente logré una ola que debería ser de felicidad, cuando en realidad lo que causó fue miedo, porque inmediatamente sentí el deseo de más. Más. Más. Mucho más.

— ¡Ami! ¡Ami! ¡Ami!

Kaira Jones entró a mi habitación antes de finalizar el tercer grito. Uno esperaba que durmiendo en una habitación insonorizada no se enterara de

nada, pero el instinto maternal de mi madre era mucho más grande que cualquier pared.

— ¿Qué pasa? —el olor de mi excitación plagaba mi habitación, y la vergüenza junto con ella. Por primera vez en mi vida, sentí vergüenza enfrente de Kaira—. ¿Qué pasa, Viri? —repitió mientras revisaba mi baño, el closet, no entendí que buscaba hasta que preguntó—: ¿Estás sola?

Por supuesto, Kaira pensaba que estaba acompañada, con ese horrible olor atestando mi habitación, cualquiera pensaría que estaba acompañada.

—Vete, Ami..., perdón.

— ¿Qué...? —mis sollozos coincidieron con la llegada de Owen.

—No, Owen, espera afuera.

Mi Api le hizo caso a Kaira a regañadientes, aun cuando no lograba verlo, mi cara seguía escondida entre mis manos, pude escuchar sus pasos saliendo de la habitación y cerrando la puerta.

—Por favor, Ami, por favor vete... —aunque mi voz estaba oculta entre mis manos, fue lo suficientemente clara.

Pero Kaira no entendía razones cuando se trataba de sus hijos. Con la vergüenza invadiendo cada centímetro de mi cuerpo, sentí el ligero movimiento en la cama, para cuando los brazos de mi madre me rodearon, sentí que moría.

—No, Ami, necesito un baño...

—Shsss, primero habla conmigo.

Los siguientes minutos los pasé entre los brazos de mi madre, sollozando, avergonzada, y muy, muy excitada.

—Ami, estoy enferma... Soy como Dana.

— ¿De qué hablas? — ¿Cómo le decía a mi madre que nací estropeada, que no era normal? —. Habla conmigo, Viri, tú sabes que no importa lo que me digas, yo nunca voy a juzgar o a quererte menos por lo que tengas que decir.

Yo lo sabía, a nadie le tenía más confianza que a Kaira, solo que no sabía cómo expresar lo que me pasaba. No sabía lo que me pasaba.

3

Gordón

La primera vez que la vi me pareció una muñequita, de esas de porcelana que la abuela tiene en la vitrina bajo llave porque es muy delicada como para que juegues con ella, como para que la toque un simple mortal. A los dieciséis años, no me pareció gran cosa que me llamara la atención los rubios rizos o la boquita de fresa recién cortada, a los veinticinco, ya resultaba preocupante.

Cada vez que la veía, la muñequita de porcelana se hacía más humana, empezaba a verse como mujer. Los rizos tomaron un tinte dorado causando que los ojos verdes se hicieran felinos, la boquita de fresa pedía que la comieras, había crecido unos 10cm desde la última vez que la vi, y crecido en todos los lugares adecuados; ya tenía succulentos senos, curvas endemoniadas, curvas que solo llevaban a un choque monumental. Mientras más pasaban los años, más difícil era expulsarla de mi mente. No importaba que no la viera, siempre tenía presente cada detalle; su rostro, la forma en que caía el cabello en sus hombros, las suaves líneas de su boca cuando sonreía. Su aroma me era tan familiar, el movimiento de su garganta cuando bebía té, la rudeza de su entrecejo cuando era testigo de una injusticia, el tintineo de su risa, como si su cuerpo solo pudiera emitir tal sonido. Sobre todo, con el modo en que te sorprendía besándote, besos dulces y contenidos mientras te tocaba de forma amable, pero insistente.

No podías negarte, simplemente respondes con abandono.

Desde la fiesta me vi pensando en ella, más y más. Parecía que mientras más pasaba el tiempo, más crecía en mí la enfermedad, porque no podía ser otra cosa, la obsesión por una chiquilla era una enfermedad, y si la chiquilla no paraba de tentarme iba a resultar mortal. Pero como todas las enfermedades, estaba más allá de mis manos la cura.

No me pude detener.

El enojo de la fiesta pronto se le pasó a Diana, la felicidad de que Luca ganara otra competencia borró su memoria, porque en vez de alejarnos de los gemelos y de Viri, aceptó, sin dudarlo, pasar un fin de semana con ellos. Pasar unos días en Dite siempre resultaba un lujo, aun cuando no era nuestra tierra, los NCJ nos trataban como de la familia; playas desiertas, lujos exorbitantes, era una locura decir no a un par de días en el paraíso, Diana y mis padres nunca decían no.

Aunque últimamente dejó de ser paraíso para convertirse en purgatorio; cada vez que veía a la chiquilla, me arrepentía de haber aceptado la invitación de Kaira, el que me hablara personalmente fue extraño, ¿cómo decirle que no? Ahora solo tenía que luchar contra la erección, de extensiones dolorosas, que me producía su hija. Y para joderla, en traje de baño.

Volví a esconderme bajo las olas cálidas del caribe al mismo tiempo que pensaba en el cambio climático, el daño que le causamos al planeta debería ser un tema que quitara el aliento, pero...

— ¡Gordón! ¡Gordón! —gritó agitando los brazos por todo lo alto. Como si fuera posible perder de vista ese aro luminoso que la seguía, en lo dorado de su cabello revoloteando a su alrededor, en lo dulce de su voz. Esa chiquilla idiota me hacía sentir estúpido de una manera vergonzosa.

Había una luz en ella...

— ¡Estoy nadando, Viri! —grité antes de sacudir la cabeza.

No debería pensar en ella. No debería crear en mi esa necesidad de enredar mi mano en su cabello y forzarla a ponerse de rodillas.

¡Diablos!

— ¡Ven a jugar!

¡Dios, pero si era una chiquilla!

Volví a negar y a hundirme en el agua. Por unos minutos me quede abajo, necesitaba dispersar las imágenes de mi cabeza, esa frescura como cubierta de rocío que la cubría. Algo acerca de ella parecía apetitoso. Como dulces. Como fruta tropical. Había una honestidad en ella que no existía en sus hermanos.

Salí del agua para encontrarme con su mirada.

— ¿Por qué me estás ignorando? —sus palabras me atravesaron como una flecha, directo a lo más profundo de mi ser; que era justamente el motivo por el que no debería pensar en ella, verla, hablar, o sencillamente reconocer

su persona.

Algunas tentaciones es simplemente mejor ignorarlas.

—No te estoy ignorando, Viri, simplemente quiero nadar. Hoy no tengo ganas de jugar a las muñecas contigo.

—Hace años que no juego a las muñecas —susurró entrecerrando los ojos.

Si había algo que le molestara, era minimizar su persona.

—Como sea, hoy no tengo ganas de jugar, estoy de vacaciones.

Pasó una hora, dos, no sé cómo lo hice, solo sé que logré estar alejado del demonio de la tentación casi por un día completo. Sin darme cuenta, me vi contando las horas para que el tiempo en Dite finalizara.

El destino tenía otros planes.

4

Viri

—Ah, ya veo porque estás dando lata, Viri. Vamos a decirlo en voz alta, ¿te parece? Gordón... —no pude contener lo que iba a ser el bochorno más grande de mi vida—, mi hermana está encaprichada contigo.

— ¡Kurt! Desde que amanecimos la traía conmigo.

— *¿Amaneciste bien? —Preguntó Sophie en cuanto me vio entrar a la cocina. Cuando teníamos visitas siempre era más cómodo comer en la cocina.*

— *¿Te faltaron cinco minutos? —Contestó Kurt acercando un plato con panques y un jugo de naranja.*

Los mellizos y su conexión a veces daban miedo. ¿Cómo se podían dar cuenta de mi estado si ni siquiera había hablado?

—*Estoy bien. Buenos días a ustedes también —empecé a comer evitando su mirada. Ahora no necesitaba su cuidado, todavía disfrutaba del amargo sabor de su rechazo por todo mi cuerpo, ahora necesitaba tiempo para que el mal sabor de la maldición se disolviera con el dulce sabor de la naranja.*

—*Viri... —esperó a que levantara la cara—, ¿te parece si hoy dejas de acosar a Gordón? Ya está llegando a niveles psicóticos.*

Mi jugo le dio un buen baño de dulzura.

Y ahora, llegaba la venganza...

Gordón sonrió de lado intentando por todos los medios no reírse de mí.

—No, hermanita, la honestidad es tu gran virtud, ¿cierto? Vamos a ser honestos... —volteó para ver a Gordón a los ojos y terminar de asesinarme con humillación—: Fantasea contigo, sueña contigo, se masturba pensando en ti...

—Kurt... —advirtió Gordón en un susurro.

— ¿Qué? Mi habitación está al lado de la suya. Entre Sophie y ella estoy frito —que la tierra se abriera y me tragara, por favor—, pero tienes que entender, hermanita, que Gordón es un adulto. No se va a fijar en una chiquilla que todavía cree en cuentos de hadas —ah, ahí es donde Kurt se equivocaba. Yo podía ser una chiquilla, pero lejos estaba de ser inocente, con mi familia no se podía ser inocente, y la manera en que Gordón me veía cuando creía que nadie lo observaba, la forma en que buscaba estar cerca de mí, la atención que ponía cuando se pronunciaba mi nombre... no, a mí no me engañaba, Gordón sentía la misma atracción que yo sentía por él, aunque mi hermano no lo quisiera ver—. Además, de que es un delito —o tal vez si lo veía, porque lo último definitivamente fue una advertencia.

— ¿Cuál es tu plan para hoy, Viri? —preguntó Gordón ignorando por completo a Kurt.

—Mmm... no sé. Encerrarme en mi habitación. Ya sabes, para masturbarme pensando en ti —hice un guiño al mismo tiempo que Kurt cerraba los ojos y se tapaba los oídos. Gordón se rio conmigo y no de mí, como mi hermano hubiera deseado.

—Estás loca, Viri, absolutamente loca —Kurt pateó la arena antes de dar la media vuelta y dejarme a solas con el hombre que ronroneaba en mis sueños.

— ¿Por qué lo haces sufrir? El pobre no va a poder dormir —di un paso hacia él, para que segundos después él diera un paso hacia atrás—. Compórtate, Viri —me reprendió aclarando su garganta.

— ¿O qué? —di otro paso, solo que ahora no huyo. Sostuvo mi mirada tratando de intimidarme—. Kurt tiene razón, ¿sabes?

— ¿En qué?

—Si me masturbo pensando en ti.

Riendo, aunque en sofoco, me atacó—: ¡Diablos, Viri!, ¿no tienes filtros?

—Solo estoy tratando de acelerar el proceso. Tú sabes que tarde o temprano este ombliguito —con mi dedo índice dibujé su ombligo enviando flamas de enfermizo deseo por todo su cuerpo—, va a estar contra el mío.

No lo pudo soportar. Dio media vuelta y huyó lo más rápido que pudo de mí.

¡Cobarde!

Aunque no tenía importancia, ya estaba escrito; ese ombligo, tarde que

temprano, iba a estar contra el mío.

5

Gordón

La mujer, estúpidamente llamada Hada, era un demonio de ojos verdes, melena rubia, y sonrisa malditamente sincera.

Una que me iba a condenar.

¡Buenos días, pajaritos! ¡Buenos días, arbolitos! ¡Buenos días, señor sol! La chiquilla es una de esas personas que en cuanto abre los ojos, pareciera que empieza a cantar. Y si me preguntan, ¡es lo más desagradable que existe!

Lo normal es despertar poco a poco, después de un café, después de gruñir... vamos, como la gente normal.

¿Por qué la jodida chiquilla tenía que despertar tan..., tan de buenas?

— ¡Ami!

Con celosos ojos vi como la —alguna vez— señora de mis fantasías, recibía con los brazos abiertos a la muñequita de mis pesadillas.

— ¿Cómo durmió mi preciosa Hada?

—Ami... —reprochó Viri con una sonrisa que quitaba el aliento. Era tan abierta, tan ingenua, tan jodidamente feliz.

Insoportable.

— ¿Qué, cariño? Él es como tu hermano, ¿verdad, Gordón?

No lo podía asegurar, pero me pareció que Kaira disfrutaba de mi tormento. Pero no, no podía ser. Si Kaira sabía del enfermizo enamoramiento que tenía por la menor de sus hijas, ya me hubieran sacado de las pelotas de Dite.

—Claro —fue la escueta respuesta que logré decir sin delatarme.

La pijama de Viri, si a eso se le podía decir pijama, actuó en mi contra y mostró el inicio de un carnoso y engréido seno. *¡Por todos los cielos!* Necesitaba salir de esta isla antes de cometer un delito; porque era un delito, los once años de diferencia entre nosotros eran la entrada por la puerta grande

a una prisión.

Aunque la prisión ya estuviera en mí; reprimiendo el deseo, la necesidad de tenerla, el amor, porque por más que lo negara, eso era lo que sentía por Viridiana Northman—Carter Jones, simplemente amor.

— ¿Hoy también me vas a evitar? —fue su ataque en cuanto Kaira salió de la cocina, ni siquiera le importó la presencia del personal que seguía rondando sin inmutarse, como si el comportamiento masoquista de una muñequita de catorce años fuera cosa de todos los días.

Tal vez lo era.

— ¿Qué quieres, Viri? ¿Quieres que te coja? —esperaba que decirlo con todas sus letras la asustara.

Con una sonrisa maliciosa, una que nunca le había visto, me informó lo equivocado que estaba; Viri no tenía un solo cabello de inocencia. La muñequita ya estaba crecida, y no tenía reparo en restregármelo.

—Ya que lo pides con tanto fervor... Te espero en mi habitación —y sin más, me dejó con la boca abierta, la verga punzando, y el corazón fuera de control.

Lo intenté, de veras lo intenté, cada paso hacia su habitación iba cargado de culpa, de remordimiento anticipado, solo que mis pies no respondían al mandato de mi cabeza, respondían al mandato de mi corazón. Me engañé a mí mismo todo el camino, *solo voy a asustarla, es solo para que entienda*, me repetí una y otra vez. Cuando en el fondo, bien sabía que lo que más deseaba era tocarla, probarla.

¡Dios, maldito deseo!

Su puerta estaba abierta, su cama deshecha, y su perfume consumiendo lo que quedaba de razonamiento en mí.

El crimen fue eminente cuando puse el seguro de la puerta.

— ¡Gordón!

La culpa, la maldita culpa me atacó por todos los flancos; Viri no me esperaba, por supuesto que no me esperaba, ¿qué diablos estaba pensando al venir a su habitación?

No pensaba cuando se trataba de ella, ese era el jodido problema.

—Muy bien, Viri, ya estoy aquí. Vamos a coger, ¿o qué? —como un cobarde, como un maldito miedoso me oculté detrás de una actitud agresiva.

Solo que Viri era... Viri; sonrió dejándome sin defensas, como una marioneta entre sus manos.

—Dime que hacer —tiró la toalla que la cubría mostrando deliciosas curvas ocultas por un diminuto traje de baño blanco.

Sé acercó con determinación, fue hasta que la tuve enfrente, que vi el miedo en sus ojos—: Tu no quieres hacer esto —aseguré tomándola de los hombros—. ¿Por qué has estado insinuando cosas que no quieres hacer?

—Por supuesto que quiero... Todo mundo lo hace —admitió bajando la mirada.

¡Maldita sea!

—Entonces lo quieres hacer porque todos los demás lo están haciendo. ¿Dónde queda tu libre albedrío, Viri? ¿En la cabeza de alguna de tus descerebradas amigas? Cuando quieras hacerlo porque tú, y solo tú, quiere hacerlo, hablamos.

Vi la vergüenza recorrer su cara, no podía dejarla así, Viri estaba justo en medio del bochornoso proceso de la adolescencia, no se tenía muy claro si era una niña o una mujer, ni siquiera ella lo tenía claro. Yo no podía meterme en ese huracán, no debía. Aunque no podía dejarla así, no era caballeroso de mi parte.

Me recargué en la puerta para impedir que se fuera, algo desconocido, algo que me iba a meter en grandes problemas, culpas, y tristezas se apoderó del adulto que era, y dejó de resistir la atracción que sentía por la menor de los NCJ.

— ¿Qué han hecho tus amigas? —levantó los hombros sin dejar de mirar el piso. El cosquilleo por obligarla a que levantara la cara picaba en mis manos, en el cuerpo entero—. ¿Qué han hecho tus amigas, Viri? No me hagas repetirlo.

—Sé tocan, dicen que duele, pero que se siente bien.

— ¿Sé tocan? —asintió con la mirada baja—. ¿Tú te tocas? —mi tono de voz bajo varios tonos. *¿Qué diablos pasaba?* Me aclaré la garganta, solo para que volviera a salir el mismo tono de voz—: ¿Te tocas, Viri? —volvió a asentir con la mirada abajo, ¡me estaba matando! —. ¿Dónde, Viri? Enséñame —solo ahí, levantó la mirada. El verde de sus ojos era muy claro, casi transparente, era como un lago de agua cristalina, podías ver el fondo, la inocencia—. Enséñame —repetí muerto de miedo.

Tomó mis dedos entre sus temblorosas manos y las guió a su boca, les dio un beso a las yemas, las fue bajando por su cuello hasta el bajo valle entre sus senos, esa parte de su cuerpo ya no era pequeña, ya no respondía como niña;

las cimas se levantaron entre mi palma, fue instinto el que me hizo buscarlos encima del traje y apretarlas entre mis dedos. Sus párpados cayeron al mismo tiempo que se recargaba en mi debilitada por la sensación. Apreté fuerte y sus labios se separaron. Era una invitación que no fui capaz de rechazar. En cuanto mis labios tocaron los suyos, supe que resistirme era un caso perdido; ya estaba perdido por el dulce sabor de la pureza.

Me abrazó frenética, ansiosa por más, ya no hubo restricciones, mis manos sucumbieron al frenesí, buscaban su piel con desesperación. La rodeé para empujarla contra la puerta y la volví a sentir pequeña, inofensiva. Me tuve que detener de inmediato, esto no era correcto.

—No pares —la pobre muñequita no respiraba, jadeaba.

Y para mi vergüenza, yo también. ¡Increíble! Una chiquilla de catorce años me tenía jadeando.

—Sal, Viri, aléjate de mí —cerré los ojos en busca de control, me tenía que controlar o algo realmente malo iba a pasar. Solo que Viri no salió, volvió a tomar mis dedos, ahora con firmeza, ya no temblaba—. Viri..., no...

—Shsss, me falta enseñarte dónde más me toco.

Sin abrir los ojos, sentí la perfecta piel de su vientre, de sus pliegues, de la piel más sensible de su cuerpo, tierra virgen que nadie había tocado y que yo tenía en la palma de mi mano. Uno de mis dedos recorrió los pliegues, esparció la humedad por todo lo largo, por todo lo ancho. El cúmulo de nervios que coronaba su entrepierna estaba expuesto, sensible; acaricié, rocé, apreté hasta que sus piernas dejaron de sostenerla.

Ya estaba a medio camino, no me podía detener.

Ya sin pudor, rodeé su cintura y la sostuve, una de mis yemas buscó la entrada acariciando, jugando hasta que desapareció dentro de ella. El jadeo en mi cuello me impulsó a entrar por completo, mi dedo se perdió en ella, entró y salió por voluntad propia. Sus jadeos se hicieron más fuertes, la humedad más abundante, fue imperativo que otro de mis dedos se uniera, los curvé un poco y toqué el punto mágico, tembló de pies a cabeza. Volví a rozar y a rozar, y a rozar hasta que con un grito ahogado se estremeció por dentro y por fuera. Sus paredes apretaban sin misericordia mis dedos, mi corazón.

—Te quiero, Gordón —murmuró muy cerca de mi boca.

Su aliento, su olor, la suavidad de su piel, bajé la cabeza y por un segundo me dejé ir, dejé que mis sentidos la absorbieran por completo, sin palabras, en un amistoso silencio.

Pronto recuperé la conciencia; abrí la puerta y salí de su habitación, de la finca, de Dite, de la tierra de los pecadores.
Esa fue la primera vez que la abandoné.

6

Viri

Decir que me sentí abandonada, es decir poco. La huida de Gordón me recordó mucho a la sensación que tenía de pequeña, esa que sentía en el internado antes de que Kaira me adoptara, cuando Dana, mi madre biológica, se ausentaba por meses y meses.

Lo peor, es que Gordón solo me dio un mordisquito de fruta prohibida, cuando mi cuerpo necesitaba un banquete completo; ya no era una necesidad lo que sentía, ya era un impulso cada vez más difícil de controlar. Era sentirse atrapada constantemente, donde unos momentos de libertad significaban todo.

Me masturbaba todos los días y a todas horas, no me podía refrenar.

Sin planearlo, fui pensando cada vez más en Dana, algo me decía que era ella la causante de mi estado. Me preguntaba si, cuando estaba embarazada de mí, esperaba que fuera como ella. O si en algún momento se ilusionó. Los niños imitan los comportamientos de los padres. *Sé educa con el ejemplo*, suelen decir mis padres. Y si seguía el ejemplo de mi madre biológica, seguramente iba a terminar como ella; muerta antes de los treinta, en una vacía y solitaria habitación de hotel, sin identificación, con el cuerpo maltratado, y con una hija abandonada a su suerte.

De lo único que podía estar segura, es que nunca pensó en la vida que me iba a ofrecer, me abandonó, literalmente, a mi suerte. Era una persona de esas que no comen ni dejan comer, porque mi padre, Alex, intentó cuidar de mí. Eso sí lo recuerdo, era una niña pequeña, pero ese recuerdo nunca se iba a desvanecer...

—Por favor, Dana, deja que cuide de ella, deja que viva conmigo —la voz de mi papá era tan triste, me hizo sentir triste.

— *¿Para qué? ¿Para abandonarla como me abandonaste a mí? Que aprenda desde chiquilla que no se puede confiar en los hombres.*

—*Te recuerdo que fuiste tú la que fallo, Dana. Fuiste tú la que no se puede controlar y se acuesta con todo mundo. ¿Ese es el ejemplo que quieres para ella?*

—*Ese es su destino, Alex, es mi hija, esta maldita como yo.*

Maldita como ella.

Kaira y Owen les dieron una visita a mis abuelos biológicos, Alex no fue porque no los podía ver, los odiaba. Cuando regresaron, nos encerramos en el estudio del Palacio por horas, me confirmaron lo que yo ya sospechaba, me parecía a mi madre no solo en lo físico, también en esa parte oscura y secreta que la llevó a una muerte temprana.

—Tu mamá... Dana... —inició Kaira.

—¿Ella también estaba enferma? —el tartamudeo de mi Ami no ayudaba para las ansias que sentía.

—Parece ser que hay una relación cercana entre la hipersexualidad y la demencia. Entre la bipolaridad y la adicción al sexo. Hay un vínculo entre ellos que todavía están investigando, y que, Dana sufría desde la adolescencia. Sus padres aceptaron que fue diagnosticada cuando tenía diecisiete —Owen se escuchó pragmático, pero su comportamiento decía que no estaba tan tranquilo como quería aparentar.

No sabía qué sentir, era algo entre vergüenza y alivio. Finalmente, sabía porque sentía lo que sentía, aunque no supiera cómo curarlo o en el mejor de los casos, controlarlo.

—Tenemos que investigar, eso es todo. Buscar la ayuda apropiada. No sabemos nada. No quiero que lo veas como si estuvieras enferma.

—Papá, lo que tengo no es una cualidad, en el último de los casos, una habilidad —hice reír a Alex, y solo por eso, valía la pena tanto jodido problema.

Chasqueando, me abrazó, y el problema se volvió nada.

—Pues deja te digo que es una habilidad que bien pudiste haber aprendido de Ami, de Api, o de mí. De Dana, lo único que heredaste es la belleza; esa mujer era bellísima, de porcelana, fina, delicada... —por un segundo, se perdió en un recuerdo que yo no tenía—. Solo eso, su belleza. Eres muy parecida a ella físicamente, sí, es cierto. Pero de ninguna manera

creas que tienes algo malo, tú no tienes absolutamente nada malo. ¡Nada! — enfatizó apretando sus brazos.

Insistí en que mis hermanos no supieran sobre mis visitas con la psico, la hipersexualidad es un tema tabú, mínimamente estudiado, yo tenía mucha confianza con los gemelos, solo que esto era... privado. Owen fue el encargado de llevarme y traerme, nadie se enteró, ni siquiera el personal de seguridad.

—Esto es algo personal, Viri, el día que lo quieras discutir con alguien, tiene que ser tu decisión, de nadie más.

Le agradecí infinitamente a Owen, no creía que llegara ese día, no creía poder aceptar enfrente de alguien que no era *normal*, lo que significara eso.

Después de varios estudios, se llegó a la conclusión de que no sufría demencia ni bipolaridad, tampoco era adicta al sexo, ya que ni siquiera lo había probado, pero sí tenía cierta tendencia a ser hipersexual, por lo que había que tener cuidado, ya que se podía convertir en adicción desde la primera vez.

Desde el ámbito de la sexología, resulta que la hipersexualidad afecta a tres de cada cien mujeres.

—Yo soy una de esas tres —aseguró Kaira mientras leíamos el estudio—. Es difícil de descifrar, Hada, en cuestión de actividad sexual, ¿qué es lo normal y qué lo patológico? ¿Cómo se establece la frontera entre lo normal y lo anormal? La verdad es, que se trata de una cuestión personal sobre la que no se puede generalizar, ni siquiera en lo referente a los efectos psicológicos que puede ocasionar. Solo hay que tener autocontrol, el día que el sexo te maneje a ti, y no al revés, ese día estamos ante un problema.

Un problema que no quería llegar a tener.

La hipersexualidad se define por la falta de control sobre uno mismo, por un impulso que te lleva a mantener un elevado número de relaciones sexuales que, posteriormente, te hacen sentir mal. Una patología en auge, apenas estudiada.

En los siguientes meses aprendí mucho sobre Dana, aprendí que era una mujer que valoraba la belleza sobre la verdad, sobre el amor, sobre el respeto a ella misma. Que tenía un problema de adicción al sexo complejo, ya que, además de la falta de control, existen otros elementos que le daban forma. El primero de ellos tenía que ver con el recurso del sexo como una forma de respuesta al estrés, a la frustración o al vacío existencial. Una huida que no

hace más que incrementar consecuencias negativas sobre la salud mental, así como su persistencia. Un círculo vicioso del que cada vez es más difícil escapar. Sobre todo, cuando interfiere en diferentes aspectos de la vida privada, hasta el punto de acabar sacrificando cuestiones vitales, como los hijos. Se trata de una reacción provocada por la ruptura del equilibrio entre la excitación y la inhibición sexual, otra cosa con la que tener cuidado, ya que yo era completamente inhibida, lo mismo me daba andar desnuda, que vestida.

¡Gracias, Dana!

Es problema de control sobre los deseos, sobre los pensamientos, sobre las emociones, algo que podía ser increíblemente adictivo, en mi estaba mantenerlo bajo llave.

Lo mejor era vivir con precaución.

Porque no solo se trataba de sexo, de lo impetuosa que a veces podía ser, se trataba de cada aspecto de mi vida. Si bajaba la guardia, iba a terminar como Dana, comportándome irracionalmente, con el deseo siempre en mi oído dictando cada uno de mis pasos. Ese problema de control podía causar grandes problemas en cada faceta de mi vida, ahora solo era una adolescente que su mayor problema era el acoso a un amigo...

Tenía que disculparme con Gordón, hacerle saber que mi insistencia, que mis berrinches no eran por ser una mocosa mimada, que lo era, pero el instinto era más profundo, iba más allá de la revolución que mis hormonas tenían como campo de batalla en mi cuerpo, era un problema de herencia, de sangre. Tenía que llegar a un buen término con él, lo quería y no deseaba perder su amistad.

~~§~~

— ¿Le vamos a arrancar las manos? —mi hermana veía el acoso de Jane sobre Luca con ojos entrecerrados.

Finalmente, el tiburón de los Gardner había hecho su trabajo regalándole buenos orgasmos a mi hermana. Ella decía que eran espectaculares y no tenía por qué dudarlo, su humor mejoró notablemente. También decía que el no decir abiertamente que estaban juntos era su idea, entendible si tu hermano se llama Kurt y se apellida Northman—Carter Jones.

Lo que no entendía, es porque Luca no le ponía un alto a Jane. Si, tenían dieciséis, si, no era una relación de noviecitos normal, si, nadie de los involucrados era normal, pero pasearse con Jane por todos lados, era algo que

no entendía, y por lo visto, Sophie tampoco.

—No... —susurró sin dejarlos de ver.

Sé me hacía tarde para mi visita a la psico, pero mi pobre hermana se veía tan perdida.

— ¿Qué pasa, Princesa? —no hubo respuesta de la mujer que odiaba que le dijeras Princesa en público.

—Viri... —giró su cabeza en mi dirección con un semblante contrariado —, no siento celos. —Tomé su mano como muestra de solidaridad, yo reconocía ese sentimiento de no saber qué es lo que pasa con tu cabeza, con tu cuerpo.

—A lo mejor solo sientes lujuria por él. La verdad es que está muy bueno —no como su hermano mayor, pero de cerca.

—¡No! Si lo quiero —afirmó con la vehemencia con la que yo sentía querer a Gordón. Pero era diferente, ella sentía con el corazón, yo con la parte sur de mi cuerpo.

—No me tienes que convencer, yo sé que lo quieres.

—No me imagino sin él, Viri. Es..., es raro. No me entiendo.

Por un momento temí que fuera a llorar, mi hermana no lloraba, no por un chico, por una competencia, seguro, pero por un chico...

—Ey, no te pongas así, ¿quién dijo que tenías que entenderte? —yo no lo hacía—, lo importante es que te guste, lo demás, es lo de menos. Qué importa Jane o el equipo de natación, eso no cambia lo que sientes, ¿cierto?

Nada importaba, solo que Sophie se sintiera bien. Eso era lo más importante.

—Además, ¿qué hace Jane aquí? —y el estúpido de Luca recibiendo sus atenciones, ¿qué no veía que mi hermana estaba sufriendo? —. ¡Colegio de mierda! —Ups, lo último no estaba planeado decirlo en voz alta, pero verla en ese estado de incertidumbre no me gustaba. Ella era firme, fuerte.

~~§~~

— ¡Si no controlas a tu estúpido hermano, lo voy a controlar yo! —fue mi disculpa con Gordón cuando abrió la puerta de su departamento.

— ¡¿Qué haces aquí?!

Me importaba una mierda si estaba acompañado, si era incorrecto faltar a mi cita del psico, si me traía problemas haberme escapado de la seguridad, tenía que hablar con Gordón ¡ya!

—Sophie se merece algo mucho mejor que tu hermano, pero está

encaprichada con él, ni modo —dejé caer mi mochila en un sillón y me dirigí a la cocina—. Tengo hambre, ¿tienes algo de comer?

Con la cabeza, señaló un contenedor sobre la estufa. Abrí mil cajones antes de encontrar un tenedor, su cocina parecía nave espacial, supongo que ser arquitecto te aleja de lo práctico.

—Quiero que hables con él, y le expliques con manzanas cómo debe tratar a mi hermana.

— ¿Y cómo debe tratarla? —tomó un tenedor y mordisqueó conmigo la lasaña, que, por cierto, estaba deliciosa.

—Como lo que es, una Princesa.

7

Gordón

En las últimas semanas me encontré pensando en ella 24/7. No podía sacarme de la cabeza su mirada, su forma, su olor, el maldito jadeo cuando acabó entre mi mano, el color ámbar con el que se coloreó su piel. Pasé noches enteras con el teléfono en la mano, deseando llamarla, deseando pedir perdón. Pero lo mejor era alejarme...

Cosa que nadie le explicó a ella, que aparecía en mi puerta vestida de colegiala y exigiendo como si fuera la ama y señora, que lo era, solo que le faltaban un par de años para actuar de esa manera.

Insólitamente, manejé mi cuerpo para no violarla en mi cocina, escuché pacientemente cada una de sus demandas, de sus quejas, también una escueta disculpa por acosarme, nunca había reído tanto en mi vida.

Y así como llegó, se fue; verificó la hora en su celular, recogió su mochila, y se negó rotundamente a que la llevara. Pasé un buen rato recargado en la puerta cazando los rastros de su olor, recordando sus gestos, su risa, sus exigencias.

— ¿Qué pasa con Sophie, Luca? —incluso a través de la línea pude escuchar la pesada respiración de mi hermano y supe que Viri tenía razón, algo pasaba con Luca.

—Me va a matar.

— ¿Por qué? ¿Qué hiciste?

—Dormí con Jane.

¡Oh, mierda! La monogamia no era un platillo que conociéramos, nadie lo practicaba en nuestras familias, pero la honestidad era un asunto aparte.

— ¿Ya hablaste con ella? —el silencio fue la respuesta—. Tienes que hablar con ella, Luca, amárrate las pelotas y habla con Sophie.

—Me las va a cortar.

Entre risas contesté—: Sí, vete despidiendo de ellas.

Sophie no le corto las pelotas, se lo cogió en su jacuzzi enfrente de sus tres padres, Luca salió con un ojo morado, —regalo de Kurt—, y Sophie con un boleto sin regreso a Brasil.

Jodidamente P.E.R.F.E.C.T.O.

~~§~~

La vida se volvió un infierno en casa, Luca quería renunciar a la natación, Frank gritaba todo el día, Bruno cogía con una y otra, solo Fabio tenía los pies en la tierra, decidió que ya era hora de iniciar nuestro propio negocio, y sin pedir mucho mi opinión, lo hizo. Ahora era copropietario de Constructora Gardner. Cosa que me hubiera hecho muy feliz, si Viri no hubiera desaparecido.

— ¡¿Cómo que se escapó?!

—Así, Gordón, salió de la escuela y se escapó —mi hermano se veía muy tranquilo revisando su lista de contactos, apunto estaba de darle un buen golpe, cuando sonó su teléfono—. Hablando del diablo —masculló antes de gritar—: ¡Dime dónde estás!

Tal parecía que Bruno no conocía a Viri, de nada había valido dejar que pasara días enteros con ella, simplemente no la entendía.

—Pásame el teléfono —Bruno no lo dudo, no le interesaba saber dónde diablos estaba su novia, no quería lidiar con ella. Definitivamente se había acabado el supuesto noviazgo—. Viri... —un suspiro de frustración fue la respuesta—, ¿dónde estás?

—Dónde no me pueden encontrar.

Mi Hada era una mujer muy obstinada, muy caprichosa, malcriada, pero lo más, es que levantaba sus paredes hasta el cielo si quería, y en este momento no le interesaba dejar entrar a nadie en su fortaleza. Tenía que usar otro método si quería encontrarla. Con una mirada a Bruno, que le advertía que no me siguiera, salí de la casa de mis padres. Fue hasta después de cerrar la puerta, que volví a hablar. Viri esperaba pacientemente, como su instinto lo mandaba y que nadie parecía entender.

—Viri, dime dónde estás.

No fue una pregunta, fue una orden y ella lo sabía.

—Si te digo vas a correr y decirle a mis padres. No quiero que me encuentren.

Mi muñequita...

—Viri, dónde estás... —susurré más calmado.

Tardó un par de segundos antes de contestar—: Afuera de tu casa.

¡Diablos! Con razón no quería que sus padres la encontraran, nos iban a matar.

—Ya salgo para allá. No te muevas de ahí —colgué sin esperar su respuesta.

No me importo dejar sin teléfono a Bruno, subí a mi auto y me dirigí a ver a mi Hada. Poco después sonó mi teléfono con un mensaje entrante.

¿Puedes traer algo de comer? Tengo hambre.

¡Por todos los cielos! No podía estar más enamorado de ella.

La vi comer, sonreír, lagrimear, en silencio. No había dicho una sola palabra de que hacía aquí, no era razonable que se escapara de su seguridad, a menos de que alguien le hubiera hecho algo.

— ¿Estas bien, Viri? ¿Alguien te hizo algo?

—Nadie me ha hecho nada. Ese es el problema... —terminó de decir en un susurro.

— ¿A qué te refieres?

Un ligero sonrojo apareció en sus mejillas antes de que contestara—: No he hecho nada, Gordón.

El sonrojo, el jadeo de su respiración, se refería a... No lo podía creer. Pasé noches enteras imaginando que Bruno dormía con ella, que hacía lo correcto dando el espacio para que viviera de acuerdo a su edad, con alguien de su edad.

—¿Por qué no, Viri?

—Porque hasta ahora, es que lo estoy haciendo por mí. ¿Recuerdas? Ya lo hago por mí, Gordón.

8

Gordón

Sabía que no era correcto, pero imaginarme como el primero era algo... No logré ayudarme a mí mismo, lo peor, es que no quería. Dios me ayudará, deje de pensar en las consecuencias, por las siguientes horas quería volver a ser un estúpido adolescente y no medir. Yo la quería. Quería reclamarla. Quería estar tan inmerso en su cuerpo, que sin mí no pudiera respirar. Yo quería ser la razón de su existencia. Yo solo. Todo se volvió confuso, abrumador, mi cuerpo estaba temblando por todas partes.

Se reclinó en su silla y me miró.

— ¿Me escuchaste? —una vez que volví en mí, asentí ligeramente aturdido. La muy descarada se rio de mí—. ¿Entonces?

Sin pensarlo, señalé el baño—: ¿Quieres bañarte conmigo? —se mordió la mejilla antes de asentir vacilante.

Tardé unos segundos en recomponerme y seguirla, parecía que era yo el virginal. Era la primera vez que me sentía incómodo en mi propia piel.

Sé veía en el espejo cuando entre al baño, ató sus dorados rizos en la parte superior de su cabeza con lo que parecía ser una goma elástica mirándome a través del espejo. Creo que dejé de respirar. Suavemente, besé la parte de atrás de su cuello, envolví mis brazos en su diminuta cintura, y pregunté—: ¿Estás segura?

Giró entre mis brazos para susurrar en mi oído—: Contigo siempre estoy segura —absorbí cada una de sus palabras como si de aire se tratara.

Empezó a desvestirse con cierta desesperación, con torpeza indigna de ella, la tuve que detener con mi mano sobre su hombro.

— ¿Qué pasa? ¿Hice algo mal?

—No, Viri, no has hecho absolutamente nada mal. Solo..., ¿me permites? Levantando una sola mano, solté botón por botón exponiendo delicada y

perlada piel, su pantalón cayó a sus pies exponiendo largas y perfectas líneas, curvas de mujer. Viri, definitivamente, ya no era una chiquilla. Ya que estuvo desnuda, hice lo propio conmigo, lo intentó, pero no logró ocultar el sobresalto de ver a un hombre desnudo enfrente de ella por primera vez.

Y el orgullo creció en mí.

La arrogancia con la que siempre se manejaba, fue sustituida con un ligero sonrojo. Viri tenía mucho que aprender, la valentía impetuosa era completamente innecesaria.

Levanté su rostro. Apenas y fue un ligero movimiento que cubrió la mitad de sus delicadas facciones, aun así, dejó escapar un ligero jadeo. Un pequeño gruñido carnal. Una mezcla de emoción y miedo. Tristemente, mi cuerpo era un ente independiente, la dolorosa e impaciente erección no reconocía el plan de ir despacio. La necesidad de reclamarla como mía era algo inminente, algo que no estaba seguro poder dominar.

Respirando profundamente, entré en la ducha y la encendí, tomó unos minutos hasta que la sentí detrás de mí. Envlovió sus bracitos alrededor de mi cintura y recostó su cabeza en mi espalda. No sé cuánto tiempo nos quedamos así; simplemente disfrutando de la cercanía, del calor y el agua que corría a nuestro alrededor. Lavó mi cuerpo y yo hice lo mismo con el suyo. Era la experiencia más íntima que había compartido con alguien. No hubo sexo, caricias, si siquiera besos, nuestras acciones, sentimientos y emociones hablaron por sí mismas. La sequé y luego coloqué una toalla alrededor de mi cintura. No hablamos cuando la guíe a mi habitación. Chicago estaba oscureciendo, debían ser más de las ocho, demasiado temprano para dormir, demasiado tarde para devolverla a casa. Tiré de las sábanas y me acosté, Viri fue directamente a mis brazos sin que le dijera nada. Tenía su cabeza sobre mi pecho y su cuerpo envuelto alrededor mío, la abracé más fuerte, quería disfrutar el placer de sentirla en mis brazos. Besé su frente, pensando en lo divino del momento.

—Esta es la tranquilidad antes de la tormenta, ¿verdad?

—Algo así...

No la quería escuchar triste, este no era un momento triste; así que le hice cosquillas y comenzó a gritar, a reír, a patalear, a moverse frenéticamente. La calmé usando la sombra de mi barba a lo largo de su cuello.

—Quédate quieta.

Obedeció inmediatamente, mi cuerpo estaba encima del suyo y pude ver

que el verde de sus ojos brillaba. Aparté los desordenados rizos de su rostro y le besé la punta de la nariz, respondió arqueando su cuello para tentar mis labios.

Caí en la tentación.

Comenzó con inocencia, pero rápidamente se convirtió en algo completamente lascivo. Nuestras manos comenzaron a recorrer por todas partes, cuando su pequeña y delicada mano encontró mi verga, gimió. Mi boca fue instantáneamente a sus pezones, los succioné hasta que se convirtieron en piedras.

—No te detengas —murmuró, tirando de mí.

Mi mano encontró su coño y la encontré empapada—. Joder, Viri —sonrió en mi boca cuando empecé a jugar con ella.

—No, te quiero a ti, Gordón, por favor.

Estaba destinado a ser de esta manera. Tenía que hacer esto, necesitaba reclamarla como mía, aunque fuera lo último que hiciera en esta vida. Estiré el brazo y encontré un condón, no estoy muy seguro como lo puse, volví en mí cuando recargué la punta contra los húmedos labios, controlando el instinto con el que todos nacemos. Mi cadera se movió ligeramente, iniciando lo que iba a ser una increíble tortura. Abrí los párpados brevemente para asegurarme de no hacerle daño, calculando mis movimientos para no lastimarla, pero Viri tenía otros planes, viéndome directamente a los ojos, empujó hasta donde su cuerpo lo permitió.

Lo que sentí... Simplemente no lo podía describir. Perfección.

Algo me dominó, algo me hizo perder toda seguridad, cerré los ojos y me dejé vencer. Estaba apretado, muy apretado, sin embargo, acogedor. Empujé suavemente, muy suavemente, quería que mi simple peso rasgara el sello de su cuerpo. La húmeda y deliciosa carne se estiró alrededor de mi contorno, firme, ansiosa por hacerme perder la cordura. Me hundí completamente en su cuerpo deleitado por su primer néctar. Solo para mí. Justo en ese momento, jadeó abriendo los ojos para encontrarse con los míos, hubo algo nuevo en el jadeo; placer, dolor, ¿felicidad?

Fue un profundo gruñido de mi pecho la respuesta al sentir cómo me recibía en su delicado cuerpo.

Yo era el primer hombre invadiendo su cuerpo.

Yo era el primero...

Y el único, rogó mi corazón.

Perdido en el gruñido, inicié la danza más antigua de la humanidad, poco después, temblando, cubrió su boca con la mano. Sentí sus paredes convulsionando alrededor mío, succionando, vibrando por dentro y por fuera en un doloroso orgasmo. El verde de sus ojos se convirtió en tormenta, lo pálido de su piel en furia, envolvió mi cintura con sus piernas acercándose más a ella, con su boca muy cerca de mi oído, susurró—: Más.

Cada vez que Viri me rozaba, la excitación se debocaba, mi mente se llenaba de lascivas fantasías. Viri no tenía control, dejaba libre la lujuria para que hiciera con ella lo que quisiera. Alguien tenía que enseñarle a controlarla, a racionalarla.

Oh, cielos, yo quería enseñarle, yo quería ser su maestro.

Mantuve su cabeza bajo mi brazo, contra mi pecho y observé cada uno de sus cambios de expresión mientras seguía durmiendo: el leve ceño que se formaba entre sus delicadas cejas, los perezosos tics de sus labios, incluso en sus sueños, sonreía... era como si sus sueños fueran de fantasía. Acaricié su mejilla, incapaz de controlarme, bajé la mano hasta uno de sus senos y acaricié la lasciva curva. Incluso dormida, Viri respondía a las caricias; su respiración se agitó, jadeó. Besé su frente y la tomé entre mis brazos. ¡Dios, como la adoraba!

—Lo siento —me disculpé, observando las soñolientas esmeraldas de sus ojos—; no pretendía despertarte.

—¿Qué hora es? —preguntó, pestañeando con pereza.

—Demasiado tarde, me temo.

—¿Tarde para qué? —quiso saber, preguntando con cierta cautela.

—Tarde para mí, temprano para ti.

Antes de que pudiera salir de la cama, mi Muñequita deslizó los dedos por debajo de la sabana buscando calidez.

—No es tarde, Gordón, no me dejes

—Calla, Viri, no sabes lo que dices —contesté con más brusquedad de la que pretendía.

—No —insistió incorporándose.

Puso una mano en mi nuca y me besó, exploraba con delicadeza, con inocencia. Por un segundo me permití disfrutar de su calidez. Exactamente cinco segundos, fue lo que me controlé, luego respondí con un leve gruñido. Su sabor se mezcló con el mío, y el beso se tornó profundo y completo.

—Hada —insistí apartándome.

Pero el Hada no se quería apartar.

Debería estar adolorida y, sin embargo, actuaba con un ímpetu desbocado, como si no pudiera contenerse.

No pude, simplemente no pude detenerme.

Le hice el amor como si el mañana no existiera, como si fuera la última vez, como si me perteneciera.

Pocas horas después, la llevé al Palacio, y la abandoné, otra vez.

Once años después....

Viri

El viñedo Caval databa del siglo XVIII. Con el paso del tiempo se fueron expandiendo por todo Portugal hasta brincar a la Provenza Francesa. La abuela vivía en la extraordinaria propiedad original de los Cavalcanti; un convento fundado en el siglo XI por la Orden Benedictina. Alfonso Cavalcanti, el tatarabuelo y fundador de la marca Caval tenía vínculos con la monarquía portuguesa.

La monarquía llegó a su fin, pero Caval sobrevivió, se hizo fuerte, espumó como el mejor champagne.

Con la compañía de Tomás y Bola, era tranquilizador ver tanta belleza.

— ¿Tienes idea de cuánto tiempo vamos a estar aquí?

Tomás había perdido a su esposa e hija en septiembre del 2011 en Nueva York, en segundos perdió a su familia. Nunca se recuperó, y mucho me temía que nunca se iba a recuperar. No estaba segura de que fuera posible recuperarse de algo así.

—El plan es tres semanas, es el tiempo que tengo antes de regresar a trabajar. ¿Tu cuando necesitas regresar? —Tomás sonrió antes de girar la cabeza hacía la ventana y perderse en los espectaculares paisajes de la región de Oporto.

Bien sabía que él no tenía a qué regresar. Desde que llegó a trabajar con la familia, fue mi cabeza de seguridad. Afortunadamente, yo no requería de mucho personal como Sophie y Kurt, ellos la tenían difícil porque los medios estaban más al pendiente de sus pasos, y con el loco donador de esperma que consiguió Ami, los gemelos siempre tenían sombra. Conmigo era más sencillo, con el abandono de Dana y la muerte de sus padres, yo no tenía parientes que quisieran una rebanada del pastel Carter. El trabajo de Tomás era instalarme, checar los alrededores, asegurarse que todos mis dispositivos

de seguridad estuvieran funcionando correctamente, y dejarme en paz.

Para llegar a nuestro destino, teníamos que atestiguar parte de la grandeza de la tierra de mi Abu. Infinitos corredores de Vid me dieron la bienvenida a Portugal, a la Finca Caval que lucía triunfante en lo más alto de la pendiente. Para la familia de la Abuela no solo se trataba de vino y su cata, se trataba de tradición, de lujo, de placer.

Y para la nueva generación, dirigida por Yacob Cavalcanti, se trataba de innovación; él fue la mente que ideó el complejo turístico donde se consentía a los cinco sentidos; bodegas, restaurantes, vinoteca, spa con tratamientos de belleza a base de uva eran algunas de las tentaciones que encontrabas en la finca. No cabía duda de que el hombre era listo, y para mi pesar, jodidamente guapo. Era una pena que Sophie ya lo hubiera marcado. Si tenía una regla, era precisamente esa; nunca tocar los juguetes de Sophie o de Kurt. Sin importar el género.

Me perdí nuevamente en las infinitas llanuras y laderas hasta que divisé a la mujer que arrulló mis sueños cuando niña deteniendo el auto con su enorme sonrisa.

— ¡Llegaste!

Salí del auto de un brinco—: ¡Abuela!

Oh, sus delicados brazos sabían a casa, siempre me recordaban al abuelo Gamble, tenían un calor especial que me regresaban a cuando tenía cinco años.

— ¡Por Dios, Viri, como has crecido!

—Más o menos, sigo queriendo cuento antes de dormir.

Nos sonreímos recordando al abuelo; era una tradición que mi abuela me contara un cuento mientras saboreamos el olor del té que Gamble degustaba escuchando la delicada voz de Luiza Cavalcanti. Fueron muchas noches las que caí rendida en los brazos de Morfeo con mis dos abuelos vigiando mis sueños.

Hasta que Gamble se durmió para siempre y Luiza regresó a Portugal.

—Ya tengo preparada tu cabaña. Pensé que querías privacidad y en la finca es algo casi imposible —expresó volteando los ojos al cielo.

Vivir con hermanas, sobrinos, primos era algo totalmente extraño para mí. Cierto, cuando estaba en Chicago todavía dormía en el Palacio, pero mis padres nunca estaban, mis hermanos trabajaban, viajaban, era un acontecimiento que coincidiéramos los cinco, no imaginaba cómo era

desayunar, comer, y cenar con gente revoloteando a tu alrededor. Todo el tiempo. No, no era algo que quisiera experimentar. Le di un beso en la mejilla y le agradecí sin palabras. No quería mostrar mi alegría más de lo políticamente correcto y que pensara que no quería convivir con su familia.

—Sé que estás cansada del viaje, pero pasamos a saludar rápidamente y te llevo a tu cabaña.

—No estoy cansada, Abu, puedes hacer conmigo lo que quieras —la tomé del brazo y nos dirigimos gustosas al barullo que se escuchaba como fondo de la gran plaza justo en medio de la finca.

Un pesado ladrido fue mi bienvenida al gran salón familiar. Mentiría si dijera que no me sacó de balance. En lo primero que pensé fue en mi Bola.

Sé escuchó un masivo: — ¡Winnie! —antes de que, por instinto, me pusiera de rodillas para esperarlo con los brazos abiertos.

El enorme mastín inglés andaba suelto y venía directamente hacia mí. Aun cuando su raza se caracteriza por ser extremadamente apegado a su dueño, si se siente atacado o a su dueño, resulta peligroso. Por naturaleza es desconfiado. Agradecí que mi pequeña e inofensiva maltés estuviera dormida tranquilamente —y a salvo—, este animalote se la podía tragar de un mordisco. Mi Bola apenas y alcanzaba a pesar cuatro kilos, y el Mastín era uno de los perros con más masa corporal del planeta, y por lo visto, a este lo tenían bien alimentado.

No pude evitar la risa al verme atacada por el animalote que sin esfuerzo me tumbó de espaldas, lengüetazos por todo lo largo y ancho de mi cara podía ser la bienvenida más cálida de la historia. Y si consideráramos que no había besado a nadie en los últimos meses, si, era lo más erótico que me había pasado en mucho tiempo.

Cual niña alcancé a cerrar los ojos, intenté cerrar mis labios, pero no se puede sonreír con la boca cerrada, así que me di por vencida y abracé y jugueteé con el hermoso —y pesado— Mastín.

— ¡Winnie! ¡Yaco! Agarren a este animal, la va a lastimar —se quejó mi abuela en un intento vano de quitar al efusivo animal.

—No, no, déjenlo —intervine ladeando la cara y recibiendo húmedos mimos en la mejilla—. Me está confundiendo con Sophie.

Si escuché bien, esta era la pequeña mascota de Yaco, mi hermana pasaba mucho tiempo con él, seguramente reconoció su olor.

—Winnie.

Ni siquiera fue una orden, fue algo así como una sugerencia lo que hizo que el enorme Mastín se retirara de mi cuerpo. Sola, en el piso, con una sonrisa de oreja a oreja, húmeda de tanto beso, no era la mejor manera de presentarme con la familia, mucho menos con Yaco que me veía por todo lo alto.

— ¿Te lastimo?

Desde mi ángulo, Yaco se veía muuuy bien. Con los rizos dorados colgados enmarcando su cara, su actitud de no me interesas, sus rellenos labios, y la mirada azulada de desdén, podía quedarme en el piso por horas, días, si se quitaba la camisa. Para mi infortunio, Yaco tenía tolerancia para solo una mujer de mi familia, y no era yo.

— ¿Me ayudas?

El que yo no le llamara la atención como mi hermana, le daba un cierto aire de malicia a mi inocente coqueteo. Levanté un brazo y extendí los cuidados dedos en su dirección.

El muy ingrato, ladeó la cabeza y vio mi mano como si se tratara de una cepa dañada—: No me digas que padeces del síndrome damisela, Viridiana.

Ah, cómo me retorció los ovarios que me llamara por mi nombre completo, ¿qué le costaba llamarme Viri?

—No, Yaco... —mostrando años de yoga y pilates, me levanté con toda la gracia que me fue posible—, solo pensé que era buena idea checar si habías adquirido un poco de modales. Ya veo que no —le di la mirada más despectiva que me fue posible antes de voltear en dirección a mi abuela e ignorarlo por completo.

Ya después vería cómo llegar al corazón del osado Güerito.

Familia. Conjunto de ascendientes, descendientes y demás personas relacionadas entre sí por parentesco de sangre o legal.

Mi parentesco con toda esta gente era totalmente legal, no había una pizca de sangre que nos uniera. Nadie les aviso. Durante el siguiente par de horas escuché muchos: ¡prima!, ¡sobrina! ¡tía!, hubo incluso un ¡hija!, que me sacudió el piso. No es que no me gustara, es que no los conocía.

Finalmente, mi abuela me sacó del alboroto de los Cavalcanti con un pequeño toque en el brazo y con la discreción que la caracterizaba.

—Vamos..., te enseño la finca —susurró antes de guiarme a un pedazo de paraíso en la tierra.

Mi abuela no era precisamente cariñosa, más bien era práctica. Cada vez

que se hacía alusión a Gamble o a su esposo, hacía lo necesario para que las emociones no la traicionaran. Era algo que Sophie y Kurt habían heredado de ella, para mí era diferente, yo no podía esconder mis emociones. Por más que lo intentara.

La finca no era sencilla como su nombre, al contrario, era un mundo aparte con vistas al océano atlántico. Contaba con cuatro edificios, el central había sido adaptado para convertirse en un hotel de cuarenta habitaciones. Los otros tres edificios marcaban un rectángulo perfecto, uno era destinado a la administración de la marca Caval, otro servía para darle habitación a los trabajadores y sus familias, a espaldas al central, es donde vivía la familia Cavalcanti.

Las zonas comunes incluían salones ricamente decorados, una capilla privada, alberca cubierta, pista de tenis, contaba con una riqueza patrimonial que solo se tiene en Europa. El complejo turístico no contaba con esa riqueza que viene con los años, aunque no se podía decir que fuera una pérdida total, las instalaciones eran amplia, finas, elegantes, muy como los Caval.

—Hora de conocer tu cabaña —anunció Luiza mientras se sentaba enfrente del volante del carrito de golf.

En el viñedo se movían con ese tipo de carros, eran muy cómodos y considerando que en la finca siempre había algún evento social, también resultaban muy prácticos.

Cuando niña, pensé que el negocio de la abuela era probar vino y correr entre los infinitos valles verdes de su casa. Esa percepción estaba cambiando para siempre, camino a la cabaña me enteré de que fue su decisión instalar varias cabañas rústicas para uso individual esparcidas a lo largo de las casi cien hectáreas de plantaciones con las que contaba el viñedo. Cabañas para amantes de la vida, la libertad, el placer, y el descanso, ¿qué más podía pedir como pausa? Era el escondite perfecto. Era un poco como vivir con uno mismo; el dolor, la naturaleza, y yo, sonaba a plan.

Mucho me temía que el dolor seguía ahí, no lo superé. Y lo más extraño de todo, es que no quería superarlo. Si algo había aprendido al paso de los años, es que no importa lo que hagas, el dolor siempre está presente en algún lugar de tu mente, de tu corazón, y afecta todo lo que sucede después. Creo que logré asimilarlo sin caer en la obsesión, para mí eso era suficiente.

El dolor del abandono es algo que iba a vivir por siempre a mi lado, más valía aceptarlo y seguir adelante.

—Espero que te guste el espacio. Por su ubicación, es la de mejor vista.

Mi cabaña se encontraba cerca del bosque en la parte más alta de la propiedad. En cuanto estacionamos el carrito, fue claro que la abuela tenía razón; un infinito valle de viñedos, montaña y mar iluminaba la terraza y la estructura de dos pisos. Lo primero que se percibía en el ambiente, era la paz y la tranquilidad.

—Es un arroyo —respondió la abuela a mi señal muda del sonido más relajante que puede haber—. Corre por detrás de la casa. Hay un sendero para que te des una vuelta con Bola.

La susodicha hacía su aparición por primera vez desde que pisamos tierra firme, el *jet lag* la tenía agotada. Mi preciosa maltesa siempre me buscaba con entusiasmo, brincaba y corría a mi alrededor como si yo fuera la respuesta a todas las preguntas del universo.

—Aquí, aquí... —le susurré atrayéndola a mis brazos.

Juntas, recorrimos las inmediaciones de lo que iba a ser nuestro hogar durante las siguientes semanas.

—El clima puede ser un poco frío, especialmente por la noche —advirtió mi Abu acariciando la cabeza de Bola.

—No te apures, venimos preparadas, ¿verdad, chiquita? —Bola mostró su acuerdo con un par de lametazos en mi mejilla. Entre Winnie y ella, hoy había recibido más besos que en el último año. Me urgía enjuagarme la cara.

Para acceder a la cabaña necesitaba alquilar un coche, Tom llegó con un carrito de golf azul cielo, eso iba a servir.

—El equipaje ya está en la habitación, la despensa está llena, y el lugar es seguro. ¿Desea que me quede en una de las habitaciones de abajo o prefiere que me hospede en el hotel?

Me encantaba que Tom se comportara tan formal enfrente de la gente, solo cuando estábamos los dos, se dirigía a mí de tu. Creo que nadie me conocía tanto como él, sabía desde cómo tomaba mi té, hasta que tipo de ropa interior me gustaba. Cuando acabé la universidad, recibí un fideicomiso bastante grande, a partir de ese momento cubrí el sueldo de Tom, en ese instante dejó de responderle a mis padres, y yo de escaparme.

—En el hotel está bien, Tom. Si llego a necesitar algo te marco.

—Aquí no hay muy buena recepción, Viri —la abuela no quería dejarme sola. No sé qué le habría dicho mi madre para justificar mi visita, pero seguro podía ver que no estaba en un estado suicida.

—Hay una línea de tierra —intervino Tom en mi rescate, aunque ganándose una diabólica mirada de Luiza.

Uy, hasta mí me dio miedo.

—Ya está, entonces. Nos vemos mañana —despedí a Tom antes de que cayera muerto.

—¿Segura que vas a estar bien?

—Segurísima, Abu.

No es que quisiera estar a solas, pero la guía de mi mano sobre su brazo fue firme.

La cabaña era pequeña, igual que los baños, la estancia, y el comedor. La cocina si era amplia —no que la fuera a usar—, también lo era mi habitación, pero lo realmente asombroso, era las vista.

Y si la gente y la vista no eran suficientes para que te enamoras de Portugal, el Parlamento había aprobado, en una votación histórica, un nuevo estatuto jurídico que reconocía que los animales son *seres vivos dotados de sensibilidad y objeto de protección jurídica*, y no solo cosas, como en algunos países. Tener un perro, un gato, o una cabra, es como tener un hijo, hay que cuidarlo, alimentarlo, quererlo, y el que Portugal presentará un amplio abanico de consideraciones jurídicas y judiciales a favor de los animales era un ejemplo perfecto de lo maduro y sensible que era el pueblo de Portugal. Bola y yo se los agradecemos brincando en la enorme terraza con la inexplicable belleza de los viñedos como fondo.

Si con todo lo que tenía a la vista no lograba superar lo de... Lo mejor es que me diera por vencida y vivir en la ruina lo que restaba de mis días.

10

Viri

Llevé la taza a mis labios, tomando otro sorbo con la canción *Yo sé que te amaré* de Rosario tocando de fondo. ¿Cuántas veces había escuchado esa canción? Mi cerebro insistía en que la borrara del celular, el corazón no me dejaba. Me recordaba a él, a tiempos felices en California, además, *es perfecto para no olvidar el español*, le insistí al necio de mi cerebro.

Apreté la mejilla contra la ventana de mi habitación y observé los solitarios viñedos. La taza mantenía caliente mi piel, un fuerte contraste con el frío de mi pecho. Esa gélida sensación no tenía nada que ver con la llegada del invierno, aunque arribaba justo a tiempo para iniciar con las compras de la próxima temporada. Tenía suficiente ropa como para los próximos diez años, pero nunca está de más darse una vuelta por Milán o París ahora que estaba tan cerca. Podía hablarle a Sophie, a Kaira, podíamos llevar a la abuela, sería un excelente viaje de compras.

Dejé la taza junto a la ventana y volví a arreglar la foto de los hijos NCJ que se negaba a quedarse en su lugar, se revelaba como los tres adolescentes que sonreían a la amorosa cámara de Owen Carter. Mi Api era el mejor fotógrafo de la historia, no cabía duda, solo él podía capturar emociones y no solo imágenes. Una media sonrisa se me escapó al ver la habitación de la cabaña, no me fui a la cama hasta que acabé de reorganizar los muebles, colocado las fotografías de mis hermanos, la de mis padres, instalado el rinconcito de Bola, ya no quedaba nada en las maletas, ya todo estaba arreglado.

Si sólo pudiera arreglar mi interior tan fácilmente como arreglé la cabaña.

Aunque ya lo decía Sabines: *tiempo, abstinencia y soledad*. Estaba segura de que un par de semanas en Caval, iban a lograr que el lío que tenía en el

pecho desapareciera. A Sophie le funcionó, me tenía que funcionar a mí también.

—Tres meses. Solo necesitas tres meses con la abuela y Yaco para que vuelvas a ver el mundo color de rosa —decretó.

—Yo no veo el mundo en rosa.

Más bien en arcoíris. Solo que ahora eso no importaba, ahora solo veía gris. Un nublado y espeso gris.

Vi la sonrisa de Sophie a través de la línea. Mi hermana usualmente era buena prediciendo situaciones, siempre y cuando no fueran las suyas.

—Otra solución sería..., que hablaras con él.

—No. Él no merece eso. No lo voy a perseguir, ya lo he hecho por años, ya fue suficiente. Tengo el suficiente respeto por mí misma como para volver a rogar.

Solo esperaba que el corazón recibiera el memo y entendiera que ¡ya era suficiente! No más Gordón Gardner. No más besos que quitan el aliento. No más amor. La maldición había ganado, lo tenía que entender.

—Bueno, yo solo decía..., Bruno dice...

—Sophie, no. Por favor.

El silencio que siguió fue pesado, denso.

—Tienes razón, ya fue suficiente —por eso amaba a mi hermana, me apoyaba aún en contra de su voluntad. No ayudaba a mi meta de olvidar a un Gardner, el que mi hermana estuviera perdidamente enamorada de dos de ellos—. Ahora es tiempo de Jugar. Portugal es perfecta para jugar, dile a Yaco que te lleve a Inferno o al Octavo Círculo.

—No creo que quiera. Conmigo no es tan amable como contigo.

—Le gustas —aseguró más rápido de lo que esperaba.

—No digas tonterías —aunque el calorcito que sentí en las mejillas se sintió rico—. Es nuestro primo, ya casi superamos eso del incesto.

—Es primo de segunda o tercera línea, tenemos más sangre en común con los Gardner que con los Caval. Además, por lo que vi, es excelente en la cama, muy recomendable.

Cada vez que Sophie mencionaba haber sido testigo de los juegos de Yaco, me daba un pequeño agujijón de celos. Yaco era muy guapo, y el hombre no se sentía atraído por mí. Por mucho que me doliera aceptarlo, me picaba el orgullo que no me pelara.

— ¡Eres una depravada!

—Mira quién habla —contestó mi hermana.

Las carcajadas que siguieron fueron la música perfecta para iniciar mi vida en Portugal. Con la voz de mi hermana contando estupideces empecé a desempacar, cortamos la llamada hasta que acabé.

Otro sorbo de té y la felicidad que sentía cada vez que pensaba en mi hermana disminuyeron la melancolía que me hacía sentir *Yo sé que te amare*, ¡tenía que borrar esa canción!

Otro día.

Cuando la silenciosa pausa llegó anunciando que la canción iba a reiniciar, dejé la taza y me acerqué al teléfono. Apagué la música, abrí los contactos, y tambaleé cuando encontré su nombre. Habían pasado tres meses, ya era hora de hablar con él. Desde que recordaba, nunca había pasado tanto tiempo sin hablar con él. No importaba la distancia, no importaba con quien despertáramos, su llamada o sus mensajes eran lo mejor del día.

Antes de cometer una estupidez —como apretar el icono verde—, aventé el teléfono y salí de la cabaña.

— ¡Vamos, Bola! Vamos a ver qué nos depara el futuro.

11

Viri

—Eres una cosa bonita, ¿verdad? —sus brazos rodearon mi cuello tan firmemente, como si se estuviera despidiendo de mí—. Es una pena que estés condenada... como yo —susurró en mi oído antes de separarse y recargar su frente en la mía.

Sus ojos volvieron a ser tristes. Su voz se escuchó rasposa, como si quisiera llorar. Pero mi mamá no lloraba, ni siquiera cuando se despedía de mi para ir a vivir.

—Mamá... ¡mamá! —por más que grité no volteó, no regresó por mí, no dijo adiós.

No dijo, te amo.

— ¡Mamá!

Jadeé, despertando envuelta en sudor frío, inmediatamente me senté para sostener la bomba que era mi cabeza. Mi corazón estaba afuera de mi pecho.

—Dios... —resoplé tratando de recuperar el aliento.

A tropezones salí de las sabanas, retiré mi cabello de mi empapada frente y anclé mis pies en el frío suelo, necesitaba que algo me sostuviera, la habitación seguía dando vueltas, las imágenes de Dana seguían apareciendo una y otra vez en mi cabeza. No había manera que regresara a la cama, bien sabía que no era posible caer en los brazos de Morfeo después de uno de esos sueños. Lo mejor era levantarse y empezar el día, aunque costara mi cordura.

Después de un cálido baño, salí a dar una vuelta. El aire fresco del amanecer disipó cualquier residuo de la pesadilla. Tenía cerca de cinco minutos pateando la tierra, intentando inútilmente de seguirle el paso a Bola, que escuché el pesado ladrido de Winnie.

¡Mierda!

No estoy muy segura cómo pasó, pero tomé de vuelo a Bola antes de que Winnie me derribara con su enorme cuerpo.

— ¡Winnie! —escuché a lo lejos.

Entre los lametazos del Mástil y los chillidos de Bola era imposible la tarea de abrir los ojos o levantarme.

—Winnie, para —ya de cerca, fue más fácil reconocer la voz de Yaco—. Mierda, Viridiana, no sé qué le pasa contigo. Ella no es tan efusiva.

Sentí unas enormes manos levantarme y sacudirme sin ningún tiento, fue hasta que recibí un par de buenas nalgadas que lo paré—: ¡Oye!

—Te estoy sacudiendo.

La manera en cómo lo dijo, la manera en que levantó los hombros, la fingida inocencia, ¡diablos! Empecé a reír como estúpida.

— ¡Eres un cabrón, Yaco! Bien que me manoseaste.

— ¡¿Yo?!

El infeliz era tan condenadamente guapo, con el sol reflejado en esos rizos descuidados y al mismo tiempo perfectos, con la mueca de burla, con su naricita respingona y al mismo tiempo fuerte. A diferencia del azul en los ojos de Sophie, el azul de Yaco era fuerte, seductor.

Rompió mi línea de pensamiento con un—: ¿Qué haces paseando tan temprano? No pensé que las... ¿Cómo te dice Sophie? —el muy cabrón sabía perfectamente cómo me llamaba mi familia, y de todos modos esperó

paciente a que contestara.

Sostuve su mirada por lo que pareció una eternidad, fue hasta que Bola se removió en mis brazos, que cedi—: Hada, me dicen Hada.

¡Lo odiaba! Cada centímetro de su espectacular cuerpo, cada dorado cabello, ¡lo odiaba! Su carcajada era totalmente humillante. Por primera vez no cedí ante los deseos de Bola y la sostuve entre mis brazos mientras regresaba a la cabaña refunfuñando. ¡Maldito, Yaco!

—Ami, tu estúpido sobrino es un cretino —le aseguré a Kaira en cuanto contestó el teléfono.

—Estoy segura que sí, Hada, pero solo por saber, ¿de qué sobrino hablamos?

— ¿Pues de cuál va a hacer?, del más cretino, de Yaco.

—Ah, Yaco —incluso a la distancia, pude escuchar el cariño de mi madre.

—Ami, es un cretino, no suspires por él —le ordené a la mujer que nadie le ordenaba nada.

—Pero si es tan guapo, Viri, alguien tan guapo no puede ser un cretino. Además, es de la familia.

Tu familia, pensé.

La primera vez que fui consciente de que tenía familia, fue a los cinco, seis años; un niño de la escuela vació una bolsa de diamantina sobre mí, burlándose de que Sophie y Kurt me llamaban Hada. Mis padres se mostraron muy serenos en un principio, pero en la noche, oh, en la noche sentí por primera vez lo que era ser hija de Kaira Jones.

— ¡Estoy que me lleva el demonio, Alex! ¡No me digas que me calme!

—Solo estoy diciendo que...

— ¡Nada! ¡No digas nada!

—Kai... —intervino Owen.

— ¡Con un carajo! ¿Que no saben que solo veo rojo cuando lastiman a mis hijos? Ahorita no veo nada, no escucho nada, no sé nada, solo quiero tener a ese pequeño demonio, envolver su pequeño cuello entre mis manos, y apretarlo hasta que se le salgan los ojos.

— ¡Kaira!

— ¡Alex!

Por un minuto no dijeron nada, la tensión de la biblioteca no dejó que se escuchara nada.

Después de unos minutos, la voz de Kaira volvió a ser suya—. Hay que cambiarlos de escuela —aseguró con la misma firmeza con la que se dice que la tierra es redonda.

—Viri apenas se está acoplando, no podemos cambiarla de escuela cada dos semanas. Además, el director aseguró que no iba a volver a pasar.

Mi Ami respiró muy profundo con las palabras de Owen.

—Si alguna vez, ese pequeño hijo de puta vuelve a molestar a mi hija, lo voy a matar.

Mi hija... Esas palabras vibraron en mi cabeza toda la noche; era la hija de Kaira Jones, de Alexander Northman, de Owen Carter.

Y también era la hermana de Sophie y Kurt, ellos no esperaron a que volviera a suceder, al siguiente día, vaciaron una bolsa de diamantina sobre Josh —hijo único del senador Bass—, lo encerraron en un casillero, y lo dejaron ahí por un par de horas. Ese par de horas, con Sophie y Kurt a mi lado, tomándome de la mano, fueron las horas que me convirtieron en Viridiana Northman—Carter Jones.

Yo no estaba sola, nunca lo iba a estar.

Ni siquiera en una solitaria cabaña a miles de kilómetros de distancia de ellos me sentía sola, en mi pecho existía el razonamiento implícito de que no importaba si yo necesitaba espacio, tiempo o soledad, yo siempre estaba acompañada por mi familia.

Bendecida, dejé de soñar para dirigirme a la finca, era hora de hacer honor a la familia, y ponerme a trabajar.

12

Viri

Contrario a los genes de Dana, o tal vez luchando contra ellos, no me gustaba llamar la atención. No me importaba ser la cara del Grupo Carter, de la fundación Carter, no me interesaba salir en tabloides, no me interesaba ser como Dana. Cada vez que llegaba una solicitud para entrevista o sesión fotográfica, me negaba en seco y salía de la ciudad discretamente. Incluso del país. Trabajar en el anonimato era lo mejor para mí.

La abuela me consiguió un pequeño espacio en el edificio administrativo, no estaba mal, un escritorio, una computadora, un teléfono, y lo mejor, internet. Era todo lo que necesitaba y más. Fue una sorpresa —todavía estaba debatiendo si agradable o no—, cuando Yaco me pidió que usara la suya.

—Yo siempre estoy afuera, pocas veces uso la oficina. Y prometo siempre tocar la puerta antes de entrar.

—No sé, Yaco, no quiero invadir tu espacio.

—Yo lo hago para que estés más cómoda —agregó desdeñosamente—, mi oficina tiene baño y todas las comodidades que necesitas. Pero si no quieres, habla con Sophie y avísale que no aceptaste mis atenciones.

Ah, ahí estaba la razón de la espontánea amabilidad. Estuve muy tentada en mandarlo a la mierda, pero la idea de compartir el baño con todo el mundo, no era la más agradable.

—¿Seguro que no te molesta?

—Si me molestara, no te lo ofrecería, Viridiana.

¡Ah, que joder con mi nombre! Parecía chamaco jalando las trenzas de la niña que... Y entonces, ¡bum!, reconocí los síntomas.

—Oye, Yaco, mi hermana mencionó algo sobre Infierno y Octavo Círculo —pasé mi palma desde su pecho hasta atorarla en su cinturón—, ¿me llevas?

Su semblante no cambio ni un apéndice, ni un solo gesto, nada, mi radar

estaba oxidado, yo no le gustaba a Yaco. Me soportaba porque me tenía que soportar. Nada más.

Y solo para agregar unos grados de bochorno, bajó la mirada donde tenía la mano, y regresó a verme con un gesto interrogante que decía fuerte y claro, *¿¿qué diablos crees que haces?!* Mi mano nunca se movió tan rápido, mi sonrojo nunca había sido tan profundo, *¡por todos los cielos, pero si es mi primo!*

Tuvo un poco de compasión y siguió hablando como si no hubiera pasado uno de los momentos más vergonzosos de mi vida—: Entonces, ¿quieres la oficina o no?

—Si..., gracias —alcancé a decir en todas direcciones, menos a la suya.

Así es como acabé trabajando en la oficina de Jacob Cavalcanti. Los espacios que ocupamos dicen mucho de quienes somos; Yaco era elegante, abierto a nuevas ideas. Todo el mobiliario era curvo y redondeado en lugar de nítido y de bordes rectos. El ambiente se sentía lleno de emociones positivas. Aun cuando tenía un toque antiguo, el olor a madera, a delicioso vino tinto, hacía que fuera un lujo sentarse enfrente de la chimenea. Aparentemente, el Rey Arturo estaba en lo cierto: *sentarse en círculos provoca una mentalidad libre.*

Empecé a trabajar sin contratiempos, Yaco entró un par de veces — siempre tocando la puerta antes de entrar—, revisaba un par de cosas en su computadora y salía sin decir palabra. Siempre inmerso en su trabajo.

Y por supuesto, empecé a extrañar que me jodiera, ¡joder conmigo!

La Fundación Carter crecía como pasaban los años, ahora apoyábamos seis áreas: educación, salud, desastres naturales, deporte, animales, y la más importante, fincas Foster. Ya era vicepresidenta de la mesa directiva, un cargo que bien gané por apellidarme Carter, pero que también había ganado a base de trabajo duro y constante. Nunca, ni siquiera en los días más difíciles, en los días de luto, o en los días que no quería levantarme por el dolor en el corazón, deje de trabajar. Esta era la primera vez en todos estos años que me tomaba un tiempo para mí, y, de todos modos, aquí estaba, tratando de contactar a Lisa, la encargada del área de educación.

— ¿Cómo que no está? Berenice, ni las aulas, ni las bibliotecas digitales están funcionando. La actualización tenía que estar lista desde hace días — horas, de hecho, pero quién estaba contando—, ¿cómo es que Lisa no se ha encargado de ello? —escuché otra excusa al mismo tiempo que abría la

puerta.

—Yaco, esta es tu oficina, no toques —sugerí y ordené al mismo tiempo.

Como era su costumbre, Yaco pasó de largo sin hacerme caso. Seguí caminando por la orilla de la espaciosa oficina sintiendo la añeja madera en la planta de mis pies, toqueteando los libros que contaban la historia de Caval, sentándome en el cómodo sillón de cuero enfrente de la chimenea, hundiendo un dedo en la copa de vino tinto y chupándolo mientras Berenice me explicaba lo que debería ser el trabajo de Lisa.

—Bueno, ¿entonces cuál es la fecha final? —escuché un clic a espaldas mía y di por hecho que Yaco había salido—. No quiero más demoras, Bere, si Lisa no puede hacer su trabajo, ahora es el tiempo de decirlo. Dentro de dos días vuelvo a marcar, para ese entonces espero que Lisa tenga la amabilidad de contestar —otra excusa, otra disculpa—. Muy bien, me comunico en dos días.

Dejé caer el teléfono al mismo tiempo que decía—: ¡Mierda con esta gente!

— ¡Wow! Pero si eres una perra bien hecha —dijo ¿Amalia? ¿Amanda? No sabía cuál de las dos era.

La familia de Kaira era tan eficaz, que contaba con varios nacimientos en pares. Con mis hermanos no tenía problema reconociéndolos, eran increíblemente parecidos, pero el que Sophie tuviera vagina y Kurt verga, ayudaba mucho. Sin embargo, este par de mujeres aparte de lo parecido en el exterior, tenían el mismo interior.

—Oh, lamento que escucharas eso.

—No lo laments mujer, es raro encontrar mujeres con ovarios, ¿verdad, Yaco? —el aludido asintió sin dejar de ver la pantalla de su computadora—. No le hagas caso, siempre está trabajando.

Sonreí porque no supe que más hacer, me hablaba como si tuviéramos años de convivir, cuando en realidad esta era la conversación más larga que habíamos mantenido. Otra ventaja de tener una familia grande.

—Aquí el primo dice que quieres conocer la vida nocturna, ¿qué tan fuerte te gusta jugar?

Oh, directo a matar, y enfrente de Yaco.

—No sé, ¿qué tan fuerte juegan por aquí?

¿Amalia? Si, creo que era Amalia, se dejó caer en una de las sillas enfrente del escritorio de Yaco sin una pizca de finura, enseguida contraste

con el mobiliario.

—Pues mira, de acuerdo a lo que acabo de oír, parece que aguantas el Octavo Circulo. Si quieres po...

—No, vamos a Infierno —interrumpió Yaco.

—Pero...

—Dije Infierno, Amanda —ups, era Amanda—. Nos vemos ahí a las once —decretó Yaco antes de levantarse y salir de la oficina.

Wow, una nueva faceta del Güerito.

—Ya dijo el jefe, te veo a las 10:30 —Amanda se levantó con la misma gracia con la que se había sentado, y se fue.

13

Viri

— ¿Y Yaco?

No es que me interesara el tipo, pero se suponía que me iba a enseñar los alrededores, eso es lo que me había dicho mi hermana.

—Anda muy rarito, seguro lo vemos por allá —aseguró una de las mellizas.

Flora y Fauna descartaron mi consternación por el primo sin ningún esfuerzo, no iba a insistir, no quería que se malinterpretara.

Llegamos a Infierno a las 12:30 de la madrugada, buena hora si quieres llegar cuando el ambiente ya está caliente. El único inconveniente es que llevaba hora y media escuchando platica insulsa entre las mellizas. ¡Que me mataran y me enviaran de regreso a Chicago!

— ¡Camilla! —gritó Flora o Fauna a través de la música. A esta altura, ya me importaba un carajo quien era quien.

Entre la gente, vi acercarse a una belleza de piernas largas y cara angelical, usaba un micro vestido verde pera que resaltaba sus ojos, la melena desaliñada ya era un extra. De repente, Infierno se veía, muy, muy interesante.

— ¡Niñas! —saludó a las mellizas con dos besos al aire.

— ¿Ya conoces a Viri? —gritó Flora por encima de la música—. Es hermana de Sophie —hizo un gesto no muy alagados que me retorció el estómago. Estaba a punto de brincar, cuando sin más, se fueron y me dejaron en las manos de la belleza color pera.

—No les hagas caso, así son —me tomó del brazo y me llevó a un área menos concurrida—. Yaco dice que eres mujer trabajadora, a las mellizas les da miedo eso —mi expresión debió decir todo, porque enseguida agregó—: El trabajo.

Nos sonreímos, y como cosa del destino, hicimos clic. Y no de la forma que podría imaginarse por el lugar en que nos encontrábamos, sino porque también era mujer trabajadora. Pasamos un buen rato hablando, o más bien gritando, sobre su trabajo en Caval; era la encargada de las bodas, la que hacía de ese día, especial. Un cuento de Disney que yo no leía, aunque me lo regalaran. Aunque lejos de ser cursi, Camilla sonaba muy práctica, independiente, y totalmente ambiciosa, porque era extremadamente joven, y ya tenía a su cargo un departamento entero.

—Basta de hablar, ¿qué quieres hacer? ¿Quieres bailar?, ¿emborracharte?, ¿coger? —y obviamente, directa.

— ¿Qué me recomiendas?

Analizó la multitud que brincaba en el centro de la pista, antes de decir—: Vamos a coger, no se me antoja llenarme de sudor sin un orgasmo de por medio.

Estuve totalmente de acuerdo.

Usualmente no jugaba por jugar, muchas veces se me repitió aquello de; *no hables con desconocidos, no subas a coches de desconocidos, no recibas nada de desconocidos*, mucho menos *jugar con desconocidos*, pero algo pasaba esta noche, sin dudarlo, seguí de cerca a Camilla mientras atravesábamos la multitud y llegábamos a la puerta que separaba la línea entre lo placentero y lo deliciosamente placentero.

Nos recibieron con copas de champagne, y un recordatorio de las reglas de la mayoría de los clubs de este tipo:

Pregunta antes de tocar; parecía obvio, pero no faltaba el que buscaba a tientas y sin pedir permiso.

Limpia tu propio desorden; en teoría este tipo de clubs proporcionaba condones, duchas, y suministros de higiene personal, y por regla general tenías que dejar las habitaciones limpias y listas para la próxima pareja, solo que no faltaba el que creía que venía con su mamá y esperaba que otro limpiara su desorden.

Me empezó a dar comezón por todo el cuerpo, pero Camilla ya veía prospectos con quien jugar. Además, nadie me podía obligar a hacer algo, simplemente podía mirar.

Cuidado con el alcohol y Negocia límites, ya no planeaba usarlos, con lo de la limpieza se me quitaron las ganas de jugar, incluso empecé a sentir salpullido.

Mi expresión debió decirlo todo, porque Camilla se apresuró a aseverar —: No te apures, es seguro por aquí.

Pues más valía, porque los derechos por entrar no eran precisamente baratos. En Nueva York encontrabas lugares que, por el mismo precio, te prometían el cielo, el mar, y las estrellas.

Con mis benditos genes, que fue como bauticé a mi tendencia a la hipersexualidad, desarrollé un gusto por el sexo... inusual. En pocas palabras, tenía que tener sexo para funcionar al cien, no importaba si era sola o acompañada, como las comidas, tres orgasmos al día se volvió mandatorio. Además, tres, no sonaba excesivo. Podía dormir tranquilamente por las noches sin dejarme llevar por los demonios de Dana.

El problema era que, a veces, el deseo me atacaba de la nada, me pillaba de sorpresa, tenía que retener el aire y soltarlo poco a poco para que no fuera un jadeo lo que saliera de mi boca en medio de una junta.

O como cuando ves a tu primo besando a un atractivo morenazo.

Mis ojos no se salieron de su órbita por cuestión divina, aunque estoy segura que mi expresión lo decía todo, sentí la quijada hasta el piso acompañando mi ropa interior. El bendito calor entró por la planta de mis pies, fue subiendo con potencia dejando a su paso un delicioso hormigueo.

Yaco se mantenía estático, regresando el beso sin mucho interés hasta que abrió los ojos y me vio, fue como si necesitara marcar un punto, porque agarró en un puñado el cabello del morenazo y forzó su cabeza hacia atrás, apremiando a que tuviera una vista completa del acto. Parecía que decía, *¡mírame!* Y así lo hice. ¡Oh, por todos los cielos, como lo hice! Sentí que el aire entre nosotros crepitaba con una tensión tan intensa que parecía que podía encenderse, prometiendo dejarme en las llamas del infierno.

Sus labios fueron duros, demandantes en un beso lleno de fervor, parecía como si estuviera en guerra, y no estaba muy segura si con el morenazo o conmigo, porque nunca dejo de mirarme a los ojos.

Pasé mi lengua sobre los labios sintiendo su lengua, su mano en mi seno. Su cuerpo se presionó contra el morenazo haciendo imposible ignorar lo duro de su entrepierna, su gruesa erección presionó contra la del morenazo y juro que los sentí a los dos. Había visto muchos hombres besándose, pero mi cuerpo nunca racionó así, con este ardor, con esta desesperación.

— ¿Disfrutando el espectáculo?

Solo alcancé a ver que era una mujer la que hizo la pregunta antes de que

me abalanzara hacia ella. Sus labios no eran fuertes ni duros como lo que necesitaba en este momento, pero su mano se dirigió directamente a mi empapada entrepierna. Mi vestido negro cubría de encaje cada centímetro de mi piel en la parte superior, en la inferior, cubría lo estrictamente necesario. Afortunadamente. Los dedos de la habilosa mujer se enterraron en mi de inmediato, sin juegos, sin preámbulo, justo como lo necesitaba. Mi cabeza se venció hacia atrás al mismo tiempo que el delicioso placer brillaba entre mis parpados.

— ¡Oh, mierda! —jadeé con la fuerza con la que la mujer movía su mano. Sus dedos abrieron, buscaron hasta que encontraron el punto exacto.

—Así, bonita, así... —susurró cuando mis paredes se contrajeron y me piel se convirtió en carmesí.

El deseo aminoró lo justo para dejarme abrir los parpados y cruzar una mirada con Yaco mientras desaparecía en uno de los apartados.

Yo no solía beber en exceso, mucho menos cuando estaba sola, solo que esa noche el licor ayudó a ensombrecer los jadeos que salieron de ese apartado, y menguaron el deseo de que fueran míos.

14

Viri

Bajé las escaleras hasta las dos de la tarde. Parecía que a la muerte no le interesaba que arrastrara los pies hacia la cafetera, que mi cabello fuera un nido, que mis ojos dejaran de ser verdes para convertirse en rojo sangre, y que Bola no dejara de revolotear a mi alrededor, la muerte me quería llevar de todos modos.

—Buenos días, Viridiana —su voz se escuchaba tan alegre como mi estado.

— ¿Qué haces aquí? —Serví una taza de café también para él, y me dejé caer a su lado.

El pobre había dormido en el diminuto sillón de la estancia, seguro tenía nudos por toda la espalda.

—Al parecer no eres muy resistente al alcohol. Camilla me buscó para cargarte y traerte a casa.

No recordaba nada. Solo sentía un profundo dolor en las sienes y en la parte baja de mi cuerpo.

— ¿Cogimos? —me iba a doler mucho no recordar nada de ello.

Tomó un sorbo de café antes de negar—: No tuviste tanta suerte —cerré los ojos y dejé caer mi cabeza en el respaldo, en cualquier momento la pobre se desprendía de mi cuerpo.

—Ahora no puedo discutir contigo, Yaco. Cada vez que hablas, suena como una ametralladora.

—El Hada tiene resaca —le susurró a Bola que ya descansaba en su regazo.

Puse los ojos en blanco y él respondió con un guiño, haciendo que mi pobre corazón volviera a palpar. Me senté con las piernas cruzadas, pero antes de que pudiera interrogarlo, preguntó—: ¿Cuáles son tus planes para

hoy?

—Primero, tengo que lograr que mi bendita cabeza deje de dar vueltas.

Su risa era gruesa, varonil, y al mismo tiempo sencilla, ¡completamente adorable!

— ¿Y luego?

—No sé —contesté encogiéndome de hombros—. ¿Te gustaría pasar el día conmigo? —pregunté tratando de parecer casual.

Parecía aprensivo, se frotó la insípida barba y mi carita quiso restregarse en ella.

—Ummm...

— ¿Qué?

Miró su teléfono antes de tirarme del pedestal—: Tengo una cita.

— ¿Con quién?

—Con, ummm...

— ¿No sabes con quién?

Me reí como muestra de solidaridad, a todos nos ha pasado.

—Dame un minuto... Kyle..., sí, se llama Kyle.

—Si Kyle supiera lo memorable que es.

Creí salir victoriosa de la primera conversación amigable que tenía con él, cuando volvió a tirarme del pedestal—: Viridiana, ¿cómo se llama la chica con la que te acostaste ayer?

¡Mierda!

Esa noche, me acurruqué junto a la abuela con Bola en una pierna y Winnie en la otra cuando Yaco bajó las escaleras, su aroma flotando en la habitación resultaba un buen afrodisíaco, enseguida los benditos genes aparecieron. Vestía pantalones negros, una camisa roja a cuadros ajustada enrollada hasta los codos, y sus rizos arreglados en un perfecto desastre controlado, se veía muy, muy comestible. De hecho, incluso el maldito desdén con el que me veía era sexi. La energía en la habitación cambió, todos mis sentidos se alertaron. Recordé la escena que protagonizó con el morenazo y me obligué a bajar la mirada para acariciar a nuestras mascotas, Bola y Winnie se gruñeron, se olieron, y se volvieron inseparables en un minuto.

Ojalá el Güerito hiciera lo mismo conmigo, deseé.

Y, obviamente, no podía controlar mi atracción por el Güerito. Solo pensar en una nueva obsesión, me puso de mal humor.

—Aquí estas —le habló a Winnie.

El precioso mástil levantó la cabeza de mi regazo por un segundo antes de volverla a dejar caer.

Escuché un gruñido antes de que anunciara—: Me voy.

—Con cuidado— contestó la abuela sin dejar de leer su libro.

Las puertas francesas se cerraron de golpe permitiéndome dejar salir un suspiro de alivio, había pasado mucho tiempo desde que alguien me llamaba la atención como él, solo recordaba una vez, y seguía luchando contra los estragos de esa atracción. De ningún modo iba a dejar salir ese lado patético en mí, el deseo por Yaco se tenía que quedar en un rinconcito en la privacidad de mi cabeza.

De alguna manera, logré convencer a la abuela para ordenar comida china, poco después de abrir el contenedor de mi Won Ton, sonó la alerta de texto en mi teléfono:

¿Por qué no me dijiste, “con cuidado”? ¿Qué tal si me pasa algo?

¿Qué te podría pasar? Mejor dile a Kyle que digo yo que, con cuidado.

Todavía me estaba riendo cuando llegó el siguiente texto:

No está saliendo contigo, conmigo está a salvo.

¡Idiota!

¿No se supone que estas en una cita?

Lo estoy

Contestó inmediatamente.

Entonces, ¿qué haces mandando mensajes?

Oh, es mucho más divertido joderte, que escuchar otra palabra sobre lo buen amante que soy.

Una llamada telefónica interrumpió mi risa antes de que pudiera enviar otro mensaje.

Gordón. ¡Mierda!

Dudando entre contestar o no, dejé comiendo sola a la abuela.

— ¿Hola?

— ¿Dónde estás?

Días antes, hubiera contestado sin pensar, *en el infierno*. Ahora, no estaba tan segura; mi cabaña era grandiosa, el viñedo era grandioso, la compañía de mi abuela era grandiosa, Yaco... Todo era jodidamente grandioso.

—En el paraíso, Gordón, estoy en el jodido paraíso.

—No estás en Dite —aseguró como si lo hubiera verificado, tal vez lo había hecho.

— ¿Quién dice que el paraíso se encuentra en un solo lugar? Te aseguré que se puede encontrar en cualquier parte del mundo.

— ¿Dónde estás, Viri?

Oh, mierda, ese tono de voz me deshacía; era bajo, sexi, condenadamente vulnerable.

— ¿Para qué quieres saber, Gordón? ¿Para volver a romperme el corazón? ¿No te basta con un ciento de veces?

—Por Dios, Muñequita, dime dónde estás —había caído tantas veces bajo el hechizo de esa suplica, tantas y tantas veces...

—No, Gordón... Yo...

Por primera vez, hice algo que nunca imaginé hacer; fundí el coraje, el dolor, el amor propio en mi dedo pulgar, y colgué.

Antes de darme cuenta, Luiza me arrojaba como a la pequeña de años atrás—: Hay amores que duelen un océano, Viri, que con cada ola se agita el dolor, nunca descansa, donde solo puedes respirar cuando baja la marea. Este dolor no es así, Hada. Te lo prometo. Este dolor si va a pasar.

Si alguien conocía de dolor, era Luiza Cavalcanti, no tenía por qué dudar de su palabra, pero..., entonces, ¿por qué dolía tanto?

—Abu, siento que me muero.

—No, Hada. Te lo prometo. Este dolor va a pasar.

Mis sollozos se vieron interrumpidos por David Garrett, otra vez.

—Tengo que cambiar esa maldita canción —gruñí antes de contestar.

—No me jodas, Gordón, ten piedad...

— ¿Por qué estas llorando? ¿Qué te hizo ese imbécil?

La voz de Yaco era tan diferente a la de Gordón, no era tan profunda, pero tenía un deje de amenaza que creaba escalofríos.

—Perdón... pensé que...

—Voy para allá —me interrumpió antes de colgar.

Vi el teléfono, totalmente incrédula, ¡a mí nadie me colgaba!

Volteé a ver a mi abuela, que sonreía de oreja a oreja.

— ¿Por qué sonríes, Abu?

—Porque sonríes tú —levanté una mano a mi rostro, y en efecto, estaba sonriendo—. Te lo dije, Hada, este dolor va a pasar.

— ¿Qué diablos te dijo? —Fue el, *buenas noches* de Yaco.

— ¿Qué haces aquí?

Con Bola en mano, le indiqué que entrara para cerrar la puerta de la cabaña, el invierno ya se sentía en la piel. Sé quitó la chamarra dejando escapar su exquisito aroma, y como arte de magia, un estremecimiento apareció.

—Con un demonio... —susurré al mismo tiempo que subía al sillón.

—Esa boquita, Viridiana.

No estoy muy segura, pero creo que rechiné los dientes.

— ¿Qué haces aquí? —repetí cubriendo mis piernas con una frazada.

El muy descarado, tomó a Bola de mis brazos y la sentó en su regazo. La traidora maltesa ni siquiera se inmutó.

—Luiza dijo que no acabaste de cenar, ¿quieres pedir algo?

Negué al mismo tiempo que regresaba a Bola a mi regazo—. ¿Tú cenaste?

Estiró las piernas, cruzó los brazos atrás de su cabeza, y cerró los ojos antes de contestar un escueto—: No.

— ¿Quieres que busque algo de comer?

— ¿Me vas a preparar algo? —preguntó enderezándose.

La expresión de incredulidad fue casi cómica, casi, porque en realidad la pregunta era válida; yo no cocinaba ni en defensa propia.

—A menos que te apetezca un poco de agua quemada, yo diría que no.

Cuando sonreía, Yaco parecía un niño. Un aura de inocencia cubría su rostro y lo hacía ver vulnerable, tal vez por eso lo hacía tan poco.

— ¿Me vas a decir que te dijo Gordón? Luiza dice que fue una llamada corta.

—Voy a tener que hablar con mi Abu sobre el significado de la privacidad, te dio un reporte detallado; la cena, la llamada, ¿no te dijo por qué estoy aquí?

Entrecerró los ojos y se acercó peligrosamente a mí, por un momento deje de respirar aire para respirar las feromonas que exudaban de su cuerpo.

—No, Tatis.

La maldición volvía a aparecer. Me recordé que, a Yaco, no le atraía de la misma manera que él me atraía a mí. Dándome por vencida, me separa de él.

—Mi nombre es Viri, Yaco —lo corregí ya por hábito y sin pisca de

irritación—. Además, ¿por qué Tatis?

Mi queridísimo y jodidamente bien parecido primo se rio antes de dejar caer la cabeza y mirar el techo—. Titania, conocida comúnmente como “La emperatriz”, es la reina de todas las hadas, quien se enfrenta al rey para defender a los que están bajo su manto.

Ahora fue mi turno de reír—: ¿Cuánto tiempo te llevo buscar eso en Google?

—Escasamente, un minuto. Lo puedes buscar con tus características; piel clara, pelo rubio, ojos verdes, y el sobrenombre con el que te bautizaron, Hada.

Buscando en el teléfono, le agradecí a la abuela y a la mala manía de mi familia de llamarme Hada en público. Ahora contaba con otro bonito sobrenombre.

“El Hada Titania, es una mujer audaz y muy emprendedora, sin dejar a un lado su lado lleno de amor y de grandes y nobles sentimientos. El mensaje de Titania, es retador y sencillo; es necesario que cuides la relación y a tu pareja si la tienes, debes dar de ti y volcarte de lleno, si bien recuerda no decidir por la otra persona ni hacer las cosas por ellas, o lo asfixiarás.

Si te encuentras con ella, es que estás en un lugar frondoso, ya que es la hada que representa a la madre y está llena de energía y de amor.”

—Ja, aquí te fallo —le indiqué con un manotazo en la pierna—. Yo nunca voy a ser madre.

—Por supuesto que sí —contestó aun con los ojos cerrados.

—Nop, este cuerpo tiene prohibido reproducirse.

Finalmente, abrió los ojos y preguntó—: ¿Por qué no?

Fueron sus estúpidas feromonas las que me hicieron contestar—: Porque podría ser como Dana, mi madre —antes de que empezara un nuevo interrogatorio, lo interrumpí—: Voy a ver una película, ¿la quieres ver conmigo?

Por un momento, simplemente me miró.

—Sophie dijo que alguien te rompió el corazón, ¿fue Gordón? —Le devolví el favor, y en silencio, me perdí en el azul de sus ojos—. ¿Por qué no intentas estar un tiempo sola?

— ¿Por qué la gente pide cosas que simplemente no entiende? —Me levanté del sillón en un ademán muy propio de la niña mimada que la gente creía que era.

—La soledad no es mala, Viridiana.

—Por supuesto que no es mala. El punto es, que me encanta estar enamorada.

Finalmente, se dio por vencido y no volvió a tocar el tema.

Pasamos una noche molestándonos uno al otro, aventando palomitas, contando anécdotas que denotaban nuestro apego a la promiscuidad...

—Yo no creo que sea promiscuidad. Más bien, es que somos de gustos diversos —reflexionó entrecerrando los ojos.

—Entonces, siguiendo tu lógica, el que te acuestes con un hombre diferente todos los días, es porque te gusta la diversidad de cuerpos, y no porque eres un cachondo sin límites o vergüenza —se metió un puñado de palomitas en la boca mientras razonaba mis palabras.

— ¡Exacto! —contestó con la boca llena.

—Eres un imbécil. —Asintió, aventando otro puñado de palomitas en mi dirección.

—Solo quiero aclarar dos cosas... —con un asentamiento de cabeza le indiqué que continuara, estaba muy ocupada sacando las palomitas de mi escote para llevarlas a mi boca como para hablar—. La primera, *nos acostamos*. Porque si mal no recuerdo, hoy amaneciste adolorida, y no sabes de quién —mmm, el Güerito tenía un punto—. Y segundo, yo no solo duermo con hombres, también duermo con mujeres. Y por lo visto, tú también.

La esperanza nunca muere. La mía despertó brincando, corriendo, sonriendo, humedeciendo...

El Güerito entraba en el menú.

15

Viri

Fue como si pasar una noche alardeando de nuestras conquistas nos hubiera unido a un nivel oscuro y secreto. No tocamos temas profundos, yo no hablé de Gordón, él no habló de la gente que realmente le importara, sin embargo, el nivel de confianza tomó tintes personales. Aunque, para mi desgracia, no sexuales; cuando hice un pequeño avance tocando su pierna, inmediatamente me hizo prometer, *tomar un periodo de abstinencia*. ¡Nunca había escuchado una idea tan descabellada! Solo por diversión, le seguí la corriente e hice que prometiera lo mismo.

—Y el que rompa el trato, ¿qué?

—Como que, ¿qué? Pues es un perdedor.

A lo mejor eso funcionaba con Sophie que odiaba perder, para mí no tenía la menor importancia perder una apuesta; sonríes, pagas las consecuencias, y vuelves a apostar.

Lo divertido era pagar las consecuencias.

—No, tiene que haber un castigo, si no, no tiene sentido.

—Muy bien, Tatis, ¿qué quieres apostar?

Sé acercaba el amanecer, el color del cielo empezaba a cambiar, cuando...

—El que pierda, le cuenta al otro su secreto más profundo, el que nadie sabe, el que ni siquiera uno mismo repite en voz alta. ¿Trato?

Por primera vez en la noche, pensó sus palabras—: ¿El más oscuro?

—El más mugriento que tengas —sonriendo, asintió.

Y solo para darle validez, me acerqué y lo besé.

Sé convirtió en un muy descuidado acosador, no hizo nada por disimularlo, no le importaba que fuera extraño, y tampoco le importaba que

estuviera acompañada de otra persona. Hizo que Camilla le dijera cada uno de sus pasos, si salía con mi Abu, a dónde iba, cómo iba, y de repente aparecía en cada uno de los lugares que yo iba. Sé aparecía en la oficina, ya sin tocar, en mis sesiones de té con la abuela.

— ¿Por qué te está siguiendo Yaco? —preguntó la abuela cuando hizo su aparición en una de esas sesiones.

—No sé. Seguro lo mando Sophie. —La abuela pareció convencida con mi respuesta y regresó a su té.

Era bien sabido que mis hermanos me creían una inocente y desprotegida Hada, decir que mandaban a alguien para cuidarme, era decir como que los árboles son verdes. Nadie lo cuestionaba. Cosa que servía a mi favor. Porque adoraba cada uno de sus acosos, de nuestras pláticas, de nuestros paseos en el atardecer por el viñedo, de nuestra hora de té en la terraza. Me encantaba como me abrazaba cuando el aire enfriaba, como besaba mi frente para darme calor. No había explicación, la conexión fue inmediata, el vínculo que se formó en esa primera noche juntos era..., más allá de cualquier explicación; reíamos como niños, nos burlábamos como niños, la honestidad era algo implícito en nuestra relación, no había máscaras o razón alguna para ocultar nuestras emociones, nos decíamos nuestras verdades sin temor a herir, porque simplemente sabíamos que esa intención no existía entre nosotros.

Una tarde con Yaco, era una tarde de risas, de momentos que no se olvidan. A él no le importaba mi apellido, mi posición o mis responsabilidades, a él le importaba yo, Viridiana. Y para mí era lo mismo, él era simplemente mi Yaco, mi amigo, mi confidente, el Güerito que se negaba a dormir conmigo.

Por primera vez, en lo que tenía de vida, un hombre que me atraía físicamente más allá de lo imaginable, que se resistía entre risas y ligeros contactos a mis avances, se negaba a dormir conmigo, eso no era extraordinario, muchos hombres no querían dormir conmigo, lo extraordinario era, que no me importaba. Que me sentía satisfecha con el simple hecho de caminar con él, de reír o llorar con él, de hablar con él, eso era lo mejor, la comunicación.

Todo lo demás, no importaba.

16

Yaco

Pocas cosas en la vida, son mejores que una mujer hermosa. ¡Y Dios, Viri era la más hermosa!

Si había algo que sabía sobre la familia de la tía Luiza, era que su descendencia era jodidamente bella, incluso Kurt tenía lo suyo, solo que Viri..., Tatis no tenía límites; inteligente, dulce, graciosa, bondadosa, y ni hablar del exterior, sin límites.

La mayoría de mis reuniones con la familia eran sobre Caval, la marca, así que cuando me informaron que Viri venía, enseguida celebré el que iba a poder hablar con alguien que no estuviera relacionado con la marca y fuera familia, se iba a sentir bien por un cambio. Con Sophie funcionó, nos hicimos amigos en instantes, no tenía por qué dudar que con su hermana iba a ser diferente. Pero lo era, por todos los cielos, lo era; cada vez que abría la boca quedaba embobado, idiotizado por sus palabras, por su razón, por su aliento. Cada toque descuidado, cada roce intencional, ¡me estaba costando un mundo resistirme! Solo que no podía permitir que la encantadora Hada me cegara, me había resistido a Sophie, con Viri tenía que hacer lo mismo.

— ¿Sabes si ya se desocupó la prima? —saludé a Camilla inclinándome sobre su escritorio.

Camí era escultural, inteligente, pero lo que realmente era de admirar, era su expresión de inocencia; era el tipo de inocencia que se convierte en deliciosa maldad cuando la puerta se cierra. Exactamente el tipo de inocencia que más me gustaba.

Me miró por unos segundos, entrecerró los ojos..., algo tramaba la mujer —: Oh, sí, señor Caval, la señorita Carter está libre —dijo señalando mi oficina con un asentamiento de cabeza.

Sin entender mucho, giré sobre mis talones y me dispuse a caminar hacia

la oficina que tan felizmente compartía con Tatis.

— ¿Yaco? —giré por un segundo—. Viri es una mujer hermosa, ¿no te parece?

—Si, si lo es...

¿A qué venia eso?

— ¿Crees que quiera jugar conmigo?

Un pinchazo, un agujonazo de algo desconocido entró por la planta de mis pies y me atravesó hasta salir por la cabeza. Camilla empezó a reír, y el pinchazo se convirtió en una irritación difícil de ocultar.

—Lo que me imaginé —murmuró antes de bajar la mirada y seguir trabajando. ¡Qué mujer tan desquiciada! Lo que tenía de guapa, lo tenía de loca.

Súbitamente, mi molestia se difuminó; su voz tenía un tinte juguetón, aun en las más serias de las pláticas, deseabas jugar con ella, aunque te estuviera mandando al diablo.

—No, Berenice, no es aceptable. Te lo dije la última vez que hablamos, si Lisa no puede hacer su trabajo, se busca a alguien que si lo pueda a hacer. Hablamos más tarde. —Y sin más, terminó la llamada maldiciendo por lo bajo.

Oh, control, ¡resiste!

No hay nada más excitante que una mujer con pelotas, y las de Viri eran del tamaño de la luna. Ya lo decía Luiza, —otra mujer con pelotas—, *nunca debes subestimar a nadie, especialmente cuando usa tacones altos*. Además, estamos hablando de Viridiana Northman—Carter Jones, no es como si su mayor trabajo fuera pasar papeles de un lado a otro, manejar una de las fundaciones más grandes de Estados Unidos no era poca cosa. Ella era una jodida asesina, el verdadero cerebro detrás de la Fundación Carter. Sexi e inteligente, esa es una combinación letal.

Aunque debo admitir que, por más letal que sea, la promesa de abstinencia tenía que prevalecer, por el bien de la familia, de ella y su corazón roto, de mi propio corazón, ese no iba a soportar otro impacto como el de Maurício.

Golpeé los nudillos contra la puerta de la oficina para hacerme notar, como era ya mi costumbre, había entrado sin tocar. La ancestral oficina nunca se había visto tan alumbrada, venciendo sin esfuerzo, la luz de Viri iluminaba los paneles de oscura madera de piso al techo. Sentada detrás del elegante

escritorio, sus salvajes ojos ya me evaluaban. Me equivoqué al llamarla hermosa, no, ella era una maldita ninfa, una reina, mi reina.

—Tome asiento, señor Caval —me invitó, señalando una de mis propias sillas.

El tono travieso me hizo imaginar en cómo sonaría jadeando mi nombre.

—Gracias por tomarse el tiempo de atenderme, señorita Carter —seguí el juego sentándome en la silla que me señaló y clavando los ojos en los de ella.

Fue raro cuando me explicó que cada uno de sus hermanos había adoptado un apellido; Kurt era Northman, ella era Carter, y Sophie Jones. *No sabes lo jodido que resultaba ir a la escuela y te llamaran, señorita Northman—Carter Jones. Es más fácil Cartel.* Sí, sí lo era.

—Entonces, ¿ya te decidiste a darte por vencido y acabar con esa desfachatez de la abstinencia?

Mi carcajada fue instantánea, ¡bendita mujer que insistía en tentarme en toda oportunidad!

—Por favor —empecé entre respiraciones cortadas—, ¿vas a insultarme? Soy Caval, mis genes no saben lo que es perder.

Dándose por vencida, perdió la postura Carter y se recargó en el escritorio convirtiéndose en mi Tatis.

—Muy bien, tú ganas. Tengo que saber por qué.

—Por qué... —hice una seña de no entender y obtuve una bonita señal de su dedo medio.

—Por qué alguien en plena edad de coger, escogería torturarse con una promesa de abstinencia. Peor aún, torturarme a mí.

—Tú no te ves angustiada —al contrario, ella parecía caída del cielo.

A punto estuvo de contestar algo honesto, algo oscuro, porque inmediatamente cerró la boca y se recargó en la silla defensiva. No me gustó. Viri no tenía por qué sentirse a la defensiva conmigo. Nunca.

—Si adivinas, te doy un premio.

Su sonrisa iluminó la oficina, el viñedo, el país, ¡mi mundo entero!

—¿Novia psico?

—No.

—¿Novio psico? —negué ocultando una sonrisa.

—¿Religión?

—Mmm... no.

—¿Accidente en bicicleta? —preguntó con un gesto de dolor. Casi perdí

la compostura con esa—. Ah, ya sé —levantó sus torneadas piernas y las recargó en el escritorio. Ese escritorio era una antigüedad de más de cien años, nunca había tenido mejor uso—, temes enamorarte de mí.

Mi respuesta fue rápida—: Ninguna de las anteriores, pero has pensado en eso, ¿cierto?

— ¿En qué?

—En acostarte conmigo. Yo nunca especifique que la abstinencia tenía que romperse entre nosotros.

—Hijo de... —Sé levantó fingiendo enojo, solo para que la alcanzara junto a la ventana. La abracé por atrás, su espalda se amoldaba perfectamente a mi pecho, mis brazos la rodearon como si ahí pertenecieran.

—Realmente quiero tratar el celibato. Estoy tratando de callar un poco el clamor pornográfico de mi cabeza. Quiero saber a dónde me lleva —susurré entre el dorado de su cabello.

—Lo siento, no entiendo, ¿clamor pornográfico?

Si, ese que empezaba en mi cuerpo cuando la oía, cuando escuchaba su voz, o simplemente la tenía a la vista.

—Si, el sonido ambiental del sexo. ¿No te has preguntado qué pasaría si paras de buscar el amor? ¿Si dejas de pensar en él? ¿Si dejas de coger?

—No estoy segura si me gustaría saber eso. Además, sexo no es igual a amor. Son platillos completamente diferentes.

— ¿Y qué crees que pasaría si los mezclas?

—Dolor. Eso pasa cuando tienes sexo con la persona que amas, duele —no la veía de frente, y aun así pude ver el tormento.

Guardamos silencio por un buen tiempo, ella recargada en mí, yo disfrutando el calor de su cuerpo. El sol fue bajando, ocultándonos de miradas extrañas, de nosotros mismos.

—Soy extremadamente abierta con mi sexualidad, puedo desear a una mujer, puedo desear a un hombre, en lo que respecta a los seres humanos, definitivamente encuentro belleza en todo el mundo. Si son gorditos, si son flaquitos, blancos, negros, indios, asiáticos, portugueses... Puedo ver belleza en cualquiera —susurró cuando la luz desapareció por completo—, ¿tú no?

Bajar la guardia, ser vulnerable, eso es terrible para cualquiera, y Viri lo hacía con una facilidad que... No todos podíamos pensar con las emociones como ella.

—Vamos a decir que la situación es fluida para mí.

Sé giró sin salir de mi abrazo, muy cerca de mí, muy... insinuante—. ¿No quieres fluir conmigo? Y no te atrevas a pensar tu respuesta —ordenó.

—Oh, el Hada es feroz. Me gusta.

No le hizo gracias mi contestación, pero cómo le explicaba que realmente le temía; a lo que me hacía sentir, al veneno de su cuerpo, a ella.

—Supongo que vamos a seguir con la mierda, ¿verdad?

Hizo un ademán de alejarse, eso me hizo temer más; ella no se podía alejar de mí. Yo no lo iba a permitir.

—No soy el hombre que necesitas ahorita.

—Oh, ¿y quién crees que eres para saber lo que necesito?

Aunque la pregunta era agresiva, su tono lo hizo sonar como burla, así que seguí el juego—. Yo siempre sé lo que tú necesitas. Soy tu hombre, Tatis —su sonrisa me dijo que le gustaba jugar conmigo.

— ¿Mi hombre? Soy una mujer muy exigente, ¿sabes? No soy alguien que se pueda deslumbrar fácilmente, si crees que la riqueza de Caval me impresiona, piénsalo de nuevo.

Atrayéndola a mi cuerpo, a la verga que vibraba por estar dentro de ella, bajé la voz hasta el susurro—: Yo también exijo lo mejor..., siempre.

Permaneció en silencio por un par de segundos, temí haber cruzado una línea cuando contestó—: Es tu día de suerte, Güerito, porque yo soy la mejor.

Requirió un esfuerzo hercúleo mantener mis manos en su lugar y no llevarlas a su pecho, a su trasero, en no perderlas en las curvas que parecían el ajuste perfecto para mis palmas.

—Te creo —respondí, quitando mis manos de su espalda y dando un paso atrás.

Con gusto lo comprobaba, con gusto mi cuerpo se convertiría en uno con Viri Carter; desnudos, sin saber dónde comienza un cuerpo y termina el otro.

Si no temiera a las consecuencias.

Bajo la luz de la luna, pasó la punta de su lengua entre sus labios y mi imaginación corrió, *¿cómo se sentirá tener sus labios alrededor de mi verga?* La jodida imaginación hizo que mi verga se engrandeciera y endureciera más en el espacio de dos jodidos latidos. Antes de saber lo que estaba haciendo, mis brazos la volvieron a aprisionar, inclinándonos al mismo tiempo, nuestras bocas quedaron atrapadas en una trayectoria de colisión, el aire a nuestro alrededor crepitaba, comenzaba a cerrar los ojos cuando...

— ¿Lista, Viri? Vamos a llegar tarde —la voz de Camilla disipó

instantáneamente el momento—. Perdón, perdón —se disculpó de inmediato, pero el daño ya estaba hecho.

—No te preocupes, Camí, solo me estaba despidiendo de mi primito —sin esperarlo, Viri me atrapó del cuello y chocó sus labios contra los míos.

No me dio tiempo a reaccionar, antes de saborear sus labios, me privó de ellos.

Tatis malvada, ¡cómo me gustaba!

—Bueno, primito, sal un rato. Encuentra un juguete o algo. Iré a hacer lo propio.

Y si, seguro hacía lo propio, con Camilla como compañía, era seguro que rompiera la promesa de abstinencia.

¡Mierda!

17

Yaco

— ¿No se supone que ibas a encontrar un juguete o algo parecido?

Para mi sorpresa, Viri llegó solo dos horas después de dejarme maldiciendo, no era mucho tiempo para jugar. ¡Yey!

—No, Viri, eso fue lo que tu dijiste que debería hacer. Pero contrario a lo que piensas. Yo soy un señor de su casa.

— ¿Y por qué no lo haces? —Dejó caer un tapete verde para Yoga, y se sentó a mi lado.

Su aroma era especial, no era un perfume, era una mezcla de calidez, con vainilla y miel.

—Lo que voy a hacer, es quedarme en casa, resbalar bajo las sabanas, y caer en los bracitos de Morfeo mientras veo una película en blanco y negro.

—Eso suena como a alguien que se está escondiendo del mundo.

—Mira quien habla, Viridiana —su gesto se endureció, soy un imbécil, no había duda.

Tomé un gran suspiro antes de volver al ataque—: Mañana busco un juguete, lo prometo.

—Sabes, hace un tiempo tomé una clase con budistas, y... —mi mirada de burla fue inevitable—. No me mires así... es en serio.

—Por supuesto.

Volteó sus preciosos ojos al cielo y continuó—: Ellos dicen que no hay cosa llamada mañana, que tenemos que vivir en el hoy, que cada momento es el momento.

—Viridiana...

—No, escúchame. Porque eso fue una revelación para mí. Y vale más cuando la persona a la que se lo estás diciendo no lo quiere oír.

—No lo quiero oír —susurré intentando levantarme del sillón, solo que

me detuvo con su manita en mi brazo. Si ella supiera lo que yo quería hacer en este momento—. Viri... —la muy atrevida me empujó por los hombros hasta que estuvo recargada en mí.

Era tan diferente a su hermana, tenía un ímpetu casi infantil, no media consecuencias, ella hacia lo que quería sin pensarlo, solo sintiendo.

Resultaba muy peligrosa.

—Para —mi mirada no se podía separar de sus labios, de su forma, de su calor, de la forma en que su aliento me fue llamando. No la veía a los ojos porque simplemente no podía dejar de desear sus labios, pero sentí su mirada en mis ojos, en mis mejillas, en mis labios—. Gracias —tuve que reír.

No sabía que pasaba por su cabeza, pero definitivamente era parecido a lo que pasaba por la mía. No era tiempo, la pobre venia con el corazón partido, no me quería aprovechar de una situación dolorosa para ella.

— ¿Por qué?

—Por tratar de ayudar con mi vida amorosa —susurré tan cerca de sus labios, que casi pude saborearlos. Y como buen ciudadano, me separé de ella —. Gracias otra vez, primita.

—De nada —masculló rechinando los dientes.

¡Esto era un tormento! Yo no necesitaba tormentos... Por mucho que me gustaran.

—Voy a sacar a Winnie, ¿Bola y tú nos quieren acompañar?

Sé levantó casi corriendo, ¡que preciosa mujer!

—Quiero saber.

—¿Qué quieres saber? —preguntó rápidamente.

¡Todo! Quería saber absolutamente todo sobre ella. Por qué todo el mundo la llamaba Hada. Como olía su piel después del sexo. A que sabía su boca. Cuál era su canción favorita. Su comida favorita. Su posición favorita. Qué aspecto tenía cuando dormía. Lo que la hacía reír. Lo que la hacía llorar. Lo que le provocaba un orgasmo. Lo que más quería, era saber si alguna vez iba a dormir conmigo. O si alguna vez me iba a amar, porque yo estaba a unos cinco segundos de estar absolutamente perdido por ella.

Cuando Sophie me dijo que su hermana venia de visita, empecé a temblar, literalmente, Sophie era una mujer muy guapa, pero nunca despertó en mi esa emoción que provocaba su hermana pequeña cuando reía.

—Quiero saber...

— ¿Sí? —Preguntó ansiosa.

Seguramente esperaba algo sucio, algo que pudiera usar en mi contra, pero...

— ¿Qué sabes de refugio de animales?

Si he hecho algo bien en esta vida, era esa pregunta. Contenta, paso la siguiente hora explicando con puntos y comas todo lo relacionado a los refugios.

—Podemos hacer un evento para recaudar fondos, animar a los dueños de mascotas a caminar cinco mil pasos con sus perros, gatos, lagartos, lo que sea, para ayudar a los refugios para animales y evitar que se maten inocentes animalitos. Según algunos sitios web, unos cuatro millones de mascotas mueren en refugios anualmente. No tiene por qué ser así —hablaba con tanta convicción, con tanta garra, los cinco segundos que me faltaban para estar completamente perdido por ella, se consumieron rápidamente—. Podemos hacer panfletos para aclarar algunos de los conceptos que impiden que la gente adopte. Mucha gente no sabe lo bien que los animales pueden hacer a los niños, a los enfermos, a las personas de la tercera edad, pode...

—En realidad, estaba buscando algo para que Amelia y Amanda se hagan cargo. Yo no tengo tiempo y estoy seguro que tú tampoco.

— ¿Flora y Fauna?

Hace mucho, que no reía así, me empezó a doler un costado del cuerpo, una sensación de bienestar, de tranquilidad me invadió. Nunca me sentí tan..., tranquilo, tan en paz.

—Por todos los cielos, Tatis, que no te escuchen porque te matan.

—Primero me tendrían que alcanzar —hizo un guiño y echo a correr cual niña de tres. Obviamente, me le uní.

No hay nada más hermoso en esta tierra, que la mujer de revoltosos rizos dorados, corriendo, gritando, riendo, iluminando los infinitos pasillos verdes de Vid.

Si, era oficial, Viridiana Northman—Carter Jones me iba a romper el corazón.

18

Viri

— ¡Diablos! —murmuré con la sonrisa toda traviesa de Camille, como si ella nunca hubiera llegado en este estado a su casa.

—Vaya, vaya, vaya, me perdí la misa de... —volteó a ver su teléfono antes de acabar con la humillación—, las seis de la mañana. ¡Qué madrugadora!

Más bien, ¡qué floja! Esto me pasaba por engolosinarme con la concha de Megan, una de mis compañeritas de yoga. ¿Quién iba a decir que lamer el alfabeto entero entre pliegues iba a ser tan satisfactorio? Yo no.

Y no, no rompí mi promesa. Según mi diccionario, sexo implicaba penetración, y a mí nadie me había penetrado en las últimas semanas, demasiadas, si me preguntan. Eso no quería decir que yo no podía hacerle cositas a los demás hasta llegar al punto que, con solo un roce, mi cuerpo tenía un orgasmo. Era algo así como masturbarse. Según mi diccionario, por supuesto.

—Calla, mujer, que tengo sueño —pasé a su lado y dio un paso atrás.

— ¡Mierda, Viri! Te hubieras dado un baño. Apesta a sexo.

— ¡No!

¡Sí! El cuello de mi blusa olía a sexo, las bolsas del pecho olían a sexo, ¡mierda!, las mangas apestaban a sexo.

— ¡Oh, diablos! No puedo entrar así —la abuela me iba a matar. Y de repente pensé en...—. Yaco...

—Si, todo el clan Caval está esperando por ti.

Seguro mis padres estarían orgullosos de mí en este preciso momento.

Me quité la blusa y la aventé en el contenedor que había cerca de la fuente. Mi ropa interior era ropa deportiva, bien podía decir que venía de correr. Como si alguien lo fuera a creer.

Camille me olfateó antes de darme la taza de té—. La señora Luiza despertó con dolor de pecho, lo primero que hizo fue preguntar por ti.

¡Mierda! Bonita la hora en que me fui a despedir de Megan.

—Ya me encargo, Camí, gracias.

En la habitación de la abuela siempre había luz, ahora estaba opaca, lúgubre. Sacudí la cabeza antes de que el recuerdo del abuelo Gamble arribara.

—¿Abuela? —Luiza Caval era una mujer Fénix, tenía dolor instalado en su corazón desde hacía muchos años, y siempre luchó, se levantó con la frente en alto. Ahora se veía agotada. Levantó su mano y corrí para tomarla. Yaco se levantó inmediatamente para darme espacio—. ¿Qué te duele?

—Nada, Hada, nada.

Una ligera sonrisa iluminó su rostro poco antes de cerrar los ojos y suspirar profundamente. La ola de temor fue avasalladora. Mi corazón empezó a latir sin control, empecé a hiperventilar. ¡No! ¡No, otra vez!

—Ey, está dormida —Yaco cubrió mi espalda con un suéter de la abuela antes de levantarme del suelo.

No solté la mano de mi abuela, Yaco tenía razón, su piel se sentía cálida, su semblante ligero. ¡Dios!

—Necesito llamar a mi madre, ¿me prestas mi bolsa? —Cuando corrí para tomar la mano de la abuela la deje caer al piso, no pretendía separarme de esa cama ni siquiera por ese diminuto espacio.

Yaco buscó el teléfono, sin pedir permiso recargó mi pulgar en el único botón, y le marcó a Kaira.

—Está soñando —murmuró tomando la mano de la Abuela.

Fue muy raro, era como si estuviéramos sincronizados, como si supiera lo que estaba pensando.

—¿Ami?

Llamar a tu madre para comunicarle que su madre se encuentra en cama no es placentero, es más, podría asegurar que es una de las peores conversaciones que se pueden tener. Mi madre se encontraba en Dite, eran diecinueve horas de vuelo si considerábamos que el avión estuviera disponible, cosa que dudaba con Kurt a cargo en Chicago.

—Ami, yo me quedo con ella todo el tiempo que haga falta.

—No voy a poder llegar hasta mañana. —La angustia en su voz comprimó mi pecho, odiaba escuchar así a mi madre.

—Ami, te lo juro que la veo bien. Yaco estuvo con ella todo el tiempo. Parece que es solo cansancio, el doctor está pidiendo solo un par de análisis, en cuanto despierte la llevamos al hospital. Te prometo que no me separo de ella.

Mi madre empezó a sollozar, fue hasta ese momento que fui consciente que mis mejillas se humedecían. Suspiré lo más profundo que me fue posible para contenerme. Llorar nunca sirve de nada.

—¿Viri?

La voz de mi padre fue un alivio, siempre se podía contar con Alex para las emergencias.

—Sí, Pá.

—Salimos hoy en la tarde, por favor no te separes de Luiza. En cuanto tengan algún diagnóstico, envíalo. Hay que hacer todo lo posible para trasladarla a Chicago.

Dudaba que a la Abuela le gustara eso, pero órdenes son órdenes—: Sí, papá, yo hablo con los doctores... ¿Estoy en manos libres?

Sé escuchó un clic, antes de que mi padre volviera a hablar—: ¿Qué tan grave es? —Mi papá tenía una voz muy varonil, autoritaria, pero al mismo tiempo cálida.

—Justamente, Pá, no creo que sea tan grave. Hay que esperar a ver lo que dice el doctor, pero... —volví a voltear a ver a la Abuela que dormía plácidamente—, yo la veo bien. Cansada, pero bien. Lamento haber hablado antes de algún resultado, pero si Ami se entera que Abu se sintió mal y no le hable...

—Te mata —sí, Kaira Jones era de armas cargadas—. No lo lamentes, Viri, hiciste lo correcto. De todas formas, el avión iba por ti, solo adelantamos el vuelo un par de días.

Mis padres llegaron, verificaron el diagnóstico con tres doctores diferentes, y finalmente lo aceptaron, detrás del cansancio y la debilidad que mostró la Abuela, solo había agotamiento por trabajo extremo. Mi Abu tenía mucha energía, por momentos, a veces se gastaba su pila más de lo debido.

—¿Segura que no tienes problema, Viri?

—Segurísima, Ami, un par de semanas más en el paraíso no me causan ningún problema.

La abuela se había negado en seco a ir a vivir con nosotros a Chicago, ni siquiera quiso ir a Dite a tomar un par de días de descanso. Tenía mucho

trabajo como para descansar, razón por la que el agotamiento la venció.

—Me aseguró que, pasado el evento del fin de semana, va a visitarnos unos días al Palacio.

—¿Y le crees?

Mi madre sonrió antes de asentir—. Le tengo que creer, sino no me iría. ¿Segura que te puedes quedar?

—Segura, Ami, he trabajado muy bien en la oficina de Yaco, ya me acostumbré a la vista, ya hasta estoy pensando en quedarme por aquí...

—No —fue la respuesta a mi casi sugerencia—. Yo sé que ya estas grandecita, pero me gustaría tener a mis hijos en el mismo continente.

—Sophie estuvo aquí un año.

—Si, Sophie tenía que esconderse de un escándalo. Y tú me dijiste que ya habías superado lo de..., ese muchachito —a mi pobre madre se le retorció el estómago con el nombre de Víctor, pobrecita—. A menos que me hayas mentido.

—Tú sabes que yo no hago eso.

Volvió a sonreír antes de abrazarme—: Lo sé cariño, lo sé —me dio un beso antes de subir al auto—. Por eso te quiero de regreso en un par de semanas, y si pudieras arrastrar a la Abuela contigo, mejor.

La abuela llegó a Chicago dos semanas después. Y yo, por primera vez, le mentía a mi madre.

19

Yaco

—Unas palabras...

—No tiene nada preparado, querida.

Luiza ya no sabía cómo sacar del hoyo a Viri, pobrecilla, se veía lo incómoda que la ponía esta situación. La familia de su hija era especial, por decir lo menos, y ella se mantenía al margen estoicamente. No creía que Kaira se enojara por poner en el estrado a la menor de sus hijas por un par de minutos, aunque no tenía conocimiento del acuerdo entre ellas.

—Si gustas, yo puedo decir algo —intervine.

No es que tuviera idea de qué decir, o que tuviera el peso del apellido Carter, y rápidamente la señorita Louise me lo recordó—: Oh, Yaco, es muy amable de tu parte, pero nos gustaría más unas palabras de la señorita Carter.

Volvió a ver a Viri con esperanza en los ojos, mientras la susodicha continuaba sonriendo como cuando te topas con tu ex, y él viene acompañado y tu no.

Finalmente, suspiró y cedió—: Sería un placer, Louise.

La señorita Louise no esperó a que lo pensara dos veces, enseguida dio media vuelta y se dirigió al estrado con una agilidad insólita para una mujer de setenta y muchos años.

—Lo siento, Hada.

—No, Abu, no te preocupes, algo saldrá.

Hizo un guiño antes de buscar en su minúsculo bolso un brillo para labios, era completamente innecesario el retoque, Viri lucía espectacular.

—Y para cerrar con broche de oro, les tenemos una sorpresa. La fundación Carter, es una de las instituciones reconocidas mundialmente por su contribución a resolver las profundas desigualdades sociales que existen en nuestro mundo, y esta noche, tenemos la suerte de contar con la presencia

de una de las cabezas de la mesa directiva, por favor un fuerte abrazo para la señorita Viridiana Northman—Carter Jones.

La ronda de aplausos revivió. Esta clase de eventos podía ser muy tedioso porque su objetivo era besar traseros, y besar el trasero de Viri era un privilegio, si lo sabría yo, que no había dejado de soñar con eso desde hacía semanas.

Antes de levantarse con una sonrisa, Viri cambió de actitud, dejó de ser la Hada, para convertirse en un modelo de lo que significa mercadotecnia; cada paso, cada asentamiento de cabeza, cada movimiento tenía un propósito, engrandecer el Grupo Carter.

—Muchas gracias por la calidez, para la fundación Carter es un honor poder ayudar. Esta noche ha sido maravillosa, ser testigo de los pasos, no importa si son grandes o pequeños, contra la desigualdad, valen oro. Cada día hay más educación, más niños, adultos aprendiendo que todos tenemos un poco de mamá y otro poco de papá. Es posible que tengas ojos verdes como tu madre y cabello rubio como tu padre, o, que tengas los ojos cafés y el cabello negro como el vecino —hizo una pequeña pausa para que las risas mermaran. Su mirada recorrió la sala hasta que se topó con mi mirada. El escalofrió lo sentí hasta los huesos, esa mirada era un dulce veneno—. Si tienes suerte, el color de ojos, cabello, y piel no va a ser un factor para tu felicidad, desafortunadamente, el mundo es cruel, y no todos corremos con la misma suerte. Y ni siquiera tocar el tema de la sexualidad, ese es otro factor que no debería importar, y, sin embargo, importa —bajó la mirada y sacudió un poco la cabeza, para cuando volvió a hablar, otra vez era la señorita perfecta—. Todos los niños del mundo merecen tener lo mejor, y no lo tienen, pero nos tienen a nosotros. La fundación que represento no tiene grandes expectativas, solo luchamos para lograr un cambio con lo que tenemos. Nos enorgullece saber que hay personas como ustedes, que luchan por el mismo cambio. Hagamos una guerra contra la desigualdad distinguida por su dignidad, alimentada con ira, y armada con amor. Porque todos debemos ser amados y respetados, sin importar nuestro color de piel o el lugar donde nacimos.

No existe una regla de vida tan simple o tan verdadera como esa. Y la audiencia estuvo de acuerdo.

20

Viri

Las presentaciones eran tan diferentes, Yaco se mostraba orgulloso de estar a mi lado, tan diferente a Gordón...

— *¿Tu novia?*

—*Solo amigos* —respondía el León sin titubear.

Solo amigos, eso era para él, solo amigos.

—Yaco, no has hecho nada salvo preocuparte por mí. Estoy bien —susurré cuando se alejó la última persona.

En cuanto bajé del estrado, me vi rodeada de representantes, de abogados, de gente que me entregaba una tarjeta ofreciendo sus servicios, o pidiendo los servicios de la fundación. Yaco se acercó de inmediato, nunca se alejó de mí; sosteniendo mi bolso, recibiendo las tarjetas, haciendo presentaciones, murmurándome nombres.

—Estoy tratando de que te enamores de mí —susurró de vuelta—; para luego abandonarte a tu suerte.

—No tengo nada que objetar a la primera parte del plan —comenté irónicamente—, aunque no me gustaría nada de nada que llevaras a cabo la segunda. —Yaco esbozó una sonrisa mientras me rodeaba por la cintura y me guiaba a la salida.

La abuela ya se encontraba rumbo a la finca, Luiza no era de soportar cumplidos, cumplía con su parte, pero desaparecía sin que te dieras cuenta. Después de que su hija regresara a Estados Unidos, durmió doce horas seguidas y despertó como nueva. Yo solo vigilaba que la pila se hubiera cargado bien, y hasta el momento, todo iba bien.

Tom ya nos esperaba con la puerta abierta.

— *¿A la finca, señorita Carter?* —volteé a ver a Yaco, que de inmediato negó

—No, Ross, hoy vamos de fiesta.

Si algo había aprendido de Yaco, es que era una caja de sorpresas; si tu esperabas una caminata, te encontrabas con un maratón, si querías hablar, con él cantabas, si querías llorar... no, eso sí lo permitía.

También aprendí que todo lo que tocaba se convertía en oro. Era tan listo, tan intuitivo, tan especial, el Güerito era único. En algunas cosas. En otras, era tan tonto, no tenía pizca del sentido de ubicación, podía dar vueltas y vueltas por el mismo lugar y seguía sin saber dónde estaba. Era ahí, cuando más demostraba su inteligencia, porque en vez de enojarse o negarse a pedir dirección, reconocía su estupidez y con una gran sonrisa te pedía que lo guiaras.

Lo mejor, es que no tenía reparos demostrando su cariño, no conmigo. Y gustoso recibía el mío; adoraba su cuello, el estremecimiento de su piel cada vez que lo besaba, el día que descubrí que cerraba los ojos cuando jugueteando besaba su manzana de Adam, fue el día que descubrí que yo cerraba mis ojos al hacerlo. Lo había hecho decenas de veces, y la vez que luché porque no se cerraran mis parpados, me di cuenta de que era eso, una lucha por no disfrutar la textura de su piel en mis labios.

— ¿A dónde vamos? —pregunté cuando despidió a Tom.

—A divertirnos, Tatis, solo a divertirnos.

21

Yaco

Solo quería una noche, una noche para que se perdiera, para que fuera libre, para que olvidara. Mostrarle lo divertido que era no ser responsable, un tiempo donde no pensara en los demás, donde nadie quisiera nada de ella, donde nadie la necesitara, donde solo fuera ella. Que sintiera que el mundo no empezaba o terminaba con ella. Ella no era la responsable de salvar el mundo, ella solo necesitaba ser feliz.

Y quería tener el honor de ser la persona que le diera una noche de libertad.

Yo tomé.

Ella tomó.

Yo bailé.

Ella bailó.

Yo reí.

Ella rio.

Vivimos una noche como pocas, y la abstinencia persistió.

— ¡Para de caminar tan rápido! —balbuceó aferrándose a mi mano.

— ¡Para de caminar tan lento! —contesté arrastrándola ligeramente.

Rio, envolviéndome en el sonido más dulce que mis oídos conocían.

—Para... —rogó antes de detenerse por completo.

La policía nos pisaba los tobillos y Tatis se detenía para quitarse los zapatos y masajearse los pies.

Ya no veía a mis amigos, y las sirenas se escuchaban cada vez más cerca, no esperando su permiso, la levanté para dirigirme al callejón más cercano. Nunca imaginé que la fiesta terminara en redada, si nos detenían, era título en los noticieros de Portugal, Estados Unidos, y el mundo de la crítica destructiva. No quería dar ningún motivo para que Tatis regresara antes de

tiempo a Chicago, para que se alejara de mí, que, en este preciso momento, no iba a suceder; su cuerpo se acercó al mío por reflejo, la patrulla pasó a nuestro lado buscando, cazando. Como pocas veces, Viri trató de mantener la boca cerrada, y por respuesta, mi sonrisa se ensanchó.

—No te rías —me reprendió susurrando, y también sonriendo.

—No debí llevarte...

—No seas tonto —recargó su cabeza en mi pecho, y por ese simple hecho, mi corazón siguió dentro de mi cuerpo.

Desde que llegaron las patrullas, sentía que se me escapaba, palpitaba tan fuerte, que en cualquier momento salía por mi boca.

—No era un sitio seguro, te expuse a gentuza que no está a tu altura. No debí dejar que...

—No soy una niña, Yaco; no necesito que me protejas de nada. Soy una mujer de veinticinco años.

Por alguna razón, su comentario me hizo gracia—: Bueno, a pesar de tu avanzada edad, me gustaría preservar tu integridad física tanto como fuera posible.

—Soy perfectamente capaz de cuidarme. Debería saberlo después de lo que te he contado.

Fue involuntario tomar un puñado de rizos y acariciarlos entre mis dedos —: ¿Tu enamoramiento con Gordón? Ya lo superarás con el tiempo.

—¿Crees? —repuso un poco incrédula.

No era el comportamiento de Gordón lo que provocaba ese escepticismo ante el amor, esa precaución, sino lo que había aprendido de sí misma; Viri amaba como amaba Luiza, como amaba Kaira, con cada célula de su ser.

—Hay muchos hombres en tu futuro, hombres que te trataran con la honestidad y el respeto que mereces. Algún día darás con uno que acepté y comparta tus mismos gustos —aseguré con toda la solemnidad que me fue posible.

Con una mirada que debería ser patentada para embrujar a los hombres, contestó—: ¿Y me voy a casar con él? —Resistiendo la urgencia de violarla en público, asentí—. Pero si me caso, ¿quién cuidaría de ti?

Sé me escapó una sonora carcajada y retiré las manos de su cabello, de alguna manera tenía que alejarme de ella. Sin embargo, busqué los verdosos ojos, sentí cómo se le tensaron las entrañas, no quería herirla, era lo que menos deseaba.

—No puedes pasar el resto de su vida escondida en una vieja y anticuada finca, Tatis.

Volteando en todas direcciones, evidenciando la situación, se burló—: Si, todo en la finca es viejo y anticuado. —En lugar de discutir sobre el tema, volví la vista y observé los alrededores.

—Voy a llamar a Ross.

—Ya es tarde —contestó negando—; necesita descansar.

No me molestaba la sugerencia, pero—: ¿Por qué tantas consideraciones para Ross?

—Pareces celoso, Yaco...

—Yo no sé qué es tal cosa, Viri, solo que necesito dormir. Igual que tú. — ¡Niña malcriada! Alguien tenía que ponerle un alto.

—Soy perfectamente capaz de decidir mi hora de dormir, señor Caval. Todavía tengo ganas de jugar.

Mi entrecejo se contrajo de forma autoritaria—: Ya es hora de ir a la cama, señorita Carter.

—A menos que estés sugiriendo que nos vayamos juntos a la cama, no veo por qué la actitud.

Su comentario pretendía tentarme, pero, así como ella, yo también era difícil de roer—: De acuerdo. Si eso es lo que hay que hacer para que dejes de jugar con eso, que así sea.

Mi Tatis palideció. El silencio fue tenso. El pensar que se enojara, que se enfadara por una estupidez mía, me aterrorizó. De alguna manera tenía que saber cuánto la deseaba; muy despacio, me fui acercando, fui bajando la cabeza para estar a su altura, atrapé su rostro con ambas manos sin dejar de ver la selva de sus ojos

— ¿Mi cama o la tuya? —pregunté con dulzura, esperando, tal vez, que la Hada saliera huyendo de mí.

—¿Cuál prefieres? —susurró.

—La mía es más grande —respondí acariciando sus mejillas. Mi corazón latía con tanta fuerza que parecía a punto de colapsar; Viri me miraba como si pudiera leer todos mis pensamientos, sentir cada emoción. —Sin embargo —murmuré—, si nos acostamos, tendríamos que exponer nuestros respectivos secretos, dudo que alguno de los dos quiera eso.

—Su... supongo que tienes razón —coincidió conmigo.

—Por lo tanto, creo que sería mejor que nos ciñéramos a nuestros viejos

hábitos.

— ¿Hábitos...?

—Yo me voy a mi cama, y tú a la tuya. —Con una notable sensación de alivio, sonrió, pero al mismo tiempo, fue evidente una sutil decepción. Esto estaba llegando a un nivel Gordón.

¡Yo no era Gordón!

Terminé de acercarme, y pasando la mano por su nuca, rocé sus labios. Viri se quedó tan inmóvil, como si estuviera encadenada, indefensa, asombrada, incapaz de reaccionar. Sin querer dar un paso atrás, la besé con la ternura que solo ella provocaba en mí, pero su sabor aunado a su aroma, me afectó como si de una droga se tratara. Apreté los labios sobre los de ella pidiendo más, mi lengua se abrió paso entre sus dientes. Viri lo permitió. Saboreé su boca como deseé hacerlo desde el instante que entró a la finca, lamiendo el húmedo interior de sus mejillas, alimentando la excitación.

Tatis respondió apretándose contra mí, sujetándome con fuerza de la nuca. Dios, cómo deseaba estrecharla, apretarla contra mí... Pero no, no en público, no la primera vez. Instintivamente, comencé a acariciar sus mejillas, a bajar el ritmo. Tatis emitió un leve sonido de frustración, de reproche. De repente, la agarré por los hombros y la aparté de mí. Clavó su mirada en mis ojos, el silencio sólo se interrumpía por la agitada respiración de los dos; jamás, ningún hombre o mujer, me había mirado como Viri, de esa manera turbadora, como dispuesta a devorarme con los ojos y a poseer cada centímetro de mi cuerpo y alma.

—Hora de ir a la cama, Viri.

—Hora de ir a la cama, Yaco —coincidió.

22

Viri

Caímos en la cama mareados de la felicidad, ya no sabía de qué reía, solo sabía que tenía que reír. Los minutos pasaron lentos envolviéndonos en una nube de calma, los cantos de los grillos se escuchaban a lo lejos, la luz de la luna tintineaba las esquinas con sombras danzarinas, tan alegres, tan contentas, era imposible no sentir felicidad.

Giré mi cuerpo para ver a la persona que me había regalado una de las noches más felices de mi vida, uno de los besos más deliciosos, y lo encontré observándome con una expresión terriblemente formal. Antes de que yo pudiera decir algo, subió la mano y acarició mis labios. Toda la felicidad que había sentido segundos antes se transformó en algo más, en ansia, en emociones, en... No podía definir la sensación, solo sabía que lo sentía en lo más profundo de mi ser, en mis entrañas, en mi pecho, incluso atrás de mis párpados que se cerraron al sentir su pulgar recorrer nuevamente mis labios. Los entreabrí para probar su dedo, pero fue reemplazado rápidamente con sus labios.

El hormigueo empezó en mi boca, fue un oleaje de emociones que fue recorriendo mi cara, mi cuello, para cuando llegó a mis pies, sabía que ya estaba perdida.

Y solo era un beso, un húmedo e interminable beso.

Su fuerte y callosa mano recorría mi espalda con movimientos cadenciosos, tatuando, marcando su huella. Su otro brazo se coló debajo de mi cuello y no me enteré en qué momento, fue la caricia en mi cabello la que hizo que jadeara y le diera espacio para recorrer mi cuello. Mordisqueaba mi piel gustoso, podía sentir la sonrisa en cada mordisco, estaba atrapada bajo su mejilla recibiendo la más casta de las caricias, jadeando como si fuera la más obscena.

Contrario a lo que hubiera esperado de Yaco, sus caricias eran recatadas, fui yo la que subió la pierna a su cintura y me enredé en él. Su cuerpo siguió mi ejemplo y pronto, cada una de nuestras extremidades estaba entrelazada. Firmemente. Estábamos totalmente vestidos, aun así, el contacto fue absolutamente íntimo.

Por un segundo paró de besarme y yo paré de retorcerme para mirarnos a los ojos; fue un par de segundos donde se dijo todo, donde las emociones se abrieron y se expusieron tal y cual eran. Sin mentiras. Sin traiciones. Sin prejuicios. Mostrando la simplicidad de dos personas en la gran diversidad de la raza humana.

Sonreí y él conmigo antes de que nuestras bocas volvieran a encontrarse libremente, ya no hubo poder que detuviera la necesidad por él, me encontré moviendo la cadera contra su pierna para contener el deseo al mismo tiempo que él empujaba su pierna para sentir mi calor. Nuestras bocas no dejaban de bailar al son de la lujuria mientras su cuerpo se empujaba al mío, y el mío al suyo. Como mejores amigos, nos fuimos ayudando para deshacernos de la ropa en silencio; sostén, bragas, y tacones, todo revuelto en algún lugar junto a lo suyo. Como un espectáculo perfectamente enmarañado.

Yacob Cavalcanti era grande; gran empresario, gran persona, gran amigo, gran...

Los recuerdos de otros amantes se difuminaron tan pronto fui consumida por las caricias de Yaco, sin prisas, deteniéndose a menudo para poseerme con besos lánguidos. Desconcertada, me pregunté cómo un hombre que llevaba una vida tan frenética podía hacer el amor tan despacio, como si el tiempo hubiera perdido todo significado. Cuando finalmente quedó enteramente satisfecho de mis besos, se aferró a mi cuerpo y suspiró. La piel de Yaco era caliente, tenía el tórax sombreado de rubio vello que cosquilleaba mis senos, las líneas que dividían sus músculos eran profundas, suaves. Sentí la sólida erección contra mi vientre hasta el ombligo, mis manos hormiguearon por tocarlo; la sustanciosa verga estaba surcada por venas, por fina y sedosa piel que se deslizaba ligeramente sobre la rígida carne. En cuanto mis manos lo cubrieron, se agitó como si tuviese vida propia.

—Mmm...

—Aquí... —gimió con voz que denotaba deseo y algo que sonaba sospechosamente a risa—, aquí es donde soy más sensible —informó

guiando los dedos hacia el glande.

Comencé a jugar con el hongo y el pequeño orificio central, hasta que sentí emerger una gota de delicioso líquido. Salivé. Esa fue la simple orden de mi cuerpo para forzarlo a acostarse sobre su espalda; su verga era mucho más bella de cerca, era dura como una roca, la froté con mi nariz, con toda mi cara, ronroneando todo el tiempo.

Antes de lamerlo, sin quitarle los ojos de encima, pregunté—: ¿Dónde la pongo?

—En tu boca, ponla en tu boca —jadeó en tono desesperado—. Tan profundo como puedas, Tatis. Quiero oírte ahogada por mi verga —jadeé en respuesta.

Hice lo que pidió hasta que mis ojos lagrimearon. No logré que terminara porque me agarró por el pelo y me guio a su boca para sumergir su lengua profundamente entre mis labios.

—Deja de jugar, Viri —dijo con voz ronca, sujetando mis muñecas y deteniendo la exploración que llevaba a cabo en la tirante y llena bolsa que había debajo. Entre mi saliva y su preleche, la verga estaba lista para hacerme perder la razón.

—¿Por qué?

—Porque estoy a punto de perder el control.

—Ésa es la intención, Güerito.

Sé me escapó una risa cuando me empujó levemente hacia atrás y me giró hasta colocarse encima de mí; metro noventa de sólido cuerpo masculino, me hizo temblar de ansiedad. Atacó uno de los pezones con la punta de la lengua, me aferré a su cabeza con fuerza, gimiendo. Yaco chupó y mordisqueó el pezón, cada vez más fuerte, más deliciosamente duro. Cuando pasó al otro, me desesperé...

—Yaco... —jadeé con la vibración que iba de mi pecho a mi coño. Ida y vuelta. Una y otra vez.

—¿Mmm?

—Quiero más... Dame más... —sentí su mano bajando hasta el estómago, mi cadera fue elocuente al elevarse.

Yaco levantó la vista con ojos brillantes de satisfacción. Sin dejar de verme, fue deslizándose su mano hasta el nudo que dulcemente dolía. Gemía agradecida, cuando me di cuenta que su intención era solo torturar rozando.

—Oh, Yaco, no seas cruel, no pares, por favor...

—Yo también quiero... —dijo mientras seguía bajando dando besos por todo lo largo y ancho de mi cuerpo, hasta que mis muslos quedaron sobre sus hombros. Sus labios descendiendo despacio hacia mi entrepierna, acariciando, tentando. —Lo deseo desde que te escuche con esa tal Lisa.

—¿En serio? —pregunté ligeramente asombrada.

—Sí, no sé cómo me detuve, quería tumbarte en el escritorio y meter la cabeza entre tus piernas. Así... —hundió su cabeza entre mis muslos para separar los pliegues hinchados, recorrer con su lengua y labios todo lo largo de la entrada de mi cuerpo.

Apoyé los codos en la cama y dejé caer la cabeza con un gemido, con la mirada perdida en la oscuridad. Largos y sinuosos lametazos me hicieron estremecer. Mi excitación ya era desesperación. Me era imposible detener el movimiento de mis caderas que se alzaban sacudiéndose. Mi Güerito colocó las manos en mis nalgas, guiándome, sosteniéndome mientras su lengua me derretía. Justo cuando parecía que todas las sensaciones iban a tener su recompensa, levantó la cabeza y se puso sobre mí.

—Oh, Dios... —murmuré al borde de la muerte—. Por favor, por favor... —Yaco flexionó las caderas y me penetró.

Grité al mismo tiempo que mis músculos se contrajeron ante la implacable embestida. Con desesperación, traté de acomodar toda su enormidad en mi cuerpecito, pero parecía imposible.

—Deja de retorcerte. Siente como tu cuerpo le da la bienvenida al mío. Relájate... —susurró entre beso y beso.

Con lentas embestidas, midiendo cada movimiento, fui sintiendo como Yaco tenía razón, poco a poco, mi cuerpo se abría, le daba la bienvenida. Cada embestida generaba un jadeo desde el fondo de mi pecho. Por un momento, se detuvo totalmente dentro de mí, antes de que pudiera decir algo, se retiró hasta que solo la punta me invadía, para luego volver a penetrarme con terrible lentitud, rozando mis senos, mi vientre. Por primera vez, sentí la necesidad de reproducirme, de que mi semilla y la suya se unieran y crearan un nuevo ser. Me estremecí, uniéndome al moviendo de sus caderas, al son de las largas y placenteras embestidas.

—Más, Yaco, dame más... —Yaco me besó insaciablemente, con desesperación, incitando mis lamentos.

Sin aviso, me agité presa de violentos espasmos atrapando la sólida verga en mi interior. Yaco gruñó y se aferró a mis caderas con ambas manos,

aguantando estoicamente mis estremecimientos, con deleite. Me estrechó entre sus brazos y me besó de nuevo mientras yo seguía jadeando. Sin regresar del laberinto, sentí otra oleada de placer con la siguiente embestida. Y la otra. Y la otra. Y la otra. No me permitió encontrar el camino a la cordura, me mantuvo perdida, gimiendo, temblando. Un minuto, sus manos eran ásperas y exigentes, al siguiente, eran tiernas y delicadas.

Cuando estaba a punto de desfallecer, me colocó encima de su verga y entró de un solo y rápido golpe. Grité de dolor, pero también de placer—: ¡Mierda!

Me sostuvo con una mano en el cuello y la otra en el trasero—. Montarme, Tatis, cógeme tan fuerte que no puedas caminar mañana —gruñó desesperado.

Respirando profundo, y haciendo honor a la energía que me caracterizaba, empujé cuando él empujó, jadeé cuando él jadeó. Nuestro ritmo fue sincronizado, fue perfecto, no tuve más remedio que acabar otra vez. Llegué al punto que pensé que nunca iba a parar de temblar y temblar. Devoró mis senos por completo, su lengua jugueteaba con las endurecidas cimas como en un beso francés, abriendo mucho la boca, succionando, mordiendo.

El ritmo fue en aumento hasta convertirse en violento. El cuarto empezó a dar vueltas. Mis jadeos eran tan fuertes, que incluso los podía escuchar a través del torrente de sangre que corría por mis oídos. La necesidad por volver a explotar fue creciendo, se fue desarrollando con cada embiste, con cada respiración. Hizo un movimiento con mis piernas y me vi rodeada por completo, por sus brazos, por sus piernas, por sus besos, por su jadeante respiración, por las gotas de sudor que se mezclaban con las mías, por la enorme verga que hacía de mi cuerpo su casa.

—Te quiero... —susurró justo antes de dar una fuerte embestida y hacer que el cielo se abriera atrás de mis párpados.

Exploté cual bomba atómica, me contraje, me deshice..., finalmente reviví. Cuando regresé a tierra firme, todavía se escuchaba el eco de mi respuesta—: Yo más...

¡Mierda y recontra mierda, estaba perdidamente enamorada de Yacob Cavalcanti! Demasiado, para eso de ser precavida.

Entre risas, lametones, y caricias distraídas, nos despegamos. Aunque no por completo; mi pierna yacía en su cintura mientras las suyas acorralaban la mía. Así, caímos rendidos bajo la luz de la luna y un sereno coro de grillos.

Era lo más tradicional que había hecho en mucho tiempo, y también lo más tierno.

Resultó de lo más perverso.

Cuando las respiraciones se calmaron, cuando la risa pasó, cuando solo hubo pequeños e inocentes besos, me abrazó; lloré, lloré tanto. Yaco no hizo ninguna pregunta, solo me protegió entre sus brazos como nunca nadie me había protegido. La forma en que anhelaba que alguien hiciera eso, por Dios sabe cuánto tiempo, me aturdió.

Incluso en ese momento, en los brazos de un hombre maravilloso, pensé en él.

Me odié por anhelar su presencia, su aroma, su amor.

23

Viri

Desperté en una cama vacía.

¿Lo soñé?

Con mi suerte, era probable.

Tomé un baño, alimenté a Bola, tomé un té, y no había señales de que la noche anterior hubiera pasado más allá de mi imaginación y el pequeño dolor en mi entropierna. Sentada en la cama, inclinada y batallando con las agujetas de las botas, escuché lo que debería haber escuchado a primera hora de la mañana.

— ¿A dónde crees que vas? Todavía no acabo contigo. —Yaco ya estaba bañado, vestido, y arreglado. Mi Güerito lucía bien, muy, muy bien.

Me levantó de la cama sin esfuerzo, y me dejó llevar, sin aliento. Puso su mano en mi nuca y acarició mi cabello mojado.

—No está bien que salgas con el cabello húmedo —regañó acariciando mis labios con su aliento—. Te puedes enfermar —imité su movimiento, acariciando sus húmedos mechones, lo que provocó un delicioso escalofrío matutino.

—Niño malo, tú también lo tienes mojado.

Por primera vez, una agitada Bola, se interponía en mi camino; empezó a ladrar desesperada, dando vueltas brincando, pidiendo atención. En contra de cada uno de mis músculos, nervios, y huesos, me separé de él para tomar en brazos a la desesperada maltesa.

Al abrir la puerta de la cabaña, un gélido viento me invitó a regresar a la cama.

—Mierda, hace frío —susurré titiritando.

Unos brazos fuertes, perfectamente diseñados para mi cuerpo, me rodearon por la espalda. Mi respiración se agitó, el frío se evaporó, ahora

todo se sentía cálido, fresco, vibrante.

—¿No me vas a dar un beso de buenos días? —susurró acariciando mi cuello con sus labios.

Me tuve que humedecer los labios antes de contestar—: No creo que nos convenga...

—¿No te gusta besarme? —replicó tomando un pequeño mechón que caía sobre mi cuello y lo acarició suavemente.

—Un poquito... —me escuché decir—. La cuestión es que, no debemos.

—¿Por qué? —quiso saber desafiante.

—Porque si empezamos, no acabamos.

La sonrisa la sentí por todo el cuerpo—. Te prometo que, si acabas, Tatis. Palabra de scout —sus callosas manos buscaron por la ropa hasta que encontraron piel—. Además, alguien me debe un secreto.

—Tengo que sacar a Bola, ¿te lo puedo contar en el camino?

Sincronizados, Bola y Winnie nos hicieron saber que esperaban por nosotros. Resignados, él apartó las manos de mi cuerpo, y yo di un paso hacia adelante.

Aagh, ¡tan bonitos los perritos!

Mientras cubría mi cabeza con una gorra, noté un par de maletas en el sofá junto a la chimenea—. ¿Y eso? —señalé mientras cerraba la puerta.

—Fui por un par de cosas a la finca, me voy a quedar aquí. —No se iban a escuchar quejas de mi parte, así que seguí mi camino, junto a él.

Las caminatas con Yaco eran interminables, con la protección de su mano intercalada con la mía podíamos caminar por horas, por días, para toda la vida...

Bola y Winnie corrían libremente por el sendero, brincando sobre el pequeño y frío arroyo que corría atrás de la cabaña.

—Escucho... —murmuró fingiendo indiferencia, cuando en realidad había querido torturarme a besos para que le digiera cualquier cosa que le quisiera decir.

—Solo como recordatorio, tú también me debes un secreto.

Besó mi nariz antes de decir—: Primero las damas.

Bajé la mirada tratando de buscar las palabras adecuadas, solo que no encontraba ninguna...

—Es mejor si empiezas por el principio —sugirió pasando su brazo por mis hombros.

— ¿Tú crees?

—Yo sé —afirmó besando mi frente.

Pues listo o no, allá voy.

—Es algo que... ni siquiera mis hermanos saben. Mis padres y yo lo hemos ocultado por años, el único que lo sabe aparte de nosotros cuatro, es Gordón. Justo él, es el que me ayudada cuando se me salé de las manos, el que me cuidaba cuando todavía no aprendía a controlarlo.

— ¿Qué, Viri?

—Me gusta el sexo —susurré pateando una piedrita.

—Ese no es un secreto, a todos nos gusta el sexo.

—No cuando te incapacita para dirigir tu conducta. No cuando es dictaminada como una enfermedad psiquiatra. No cuando te vuelves agresiva, compulsiva. No cuando llevas yendo al psicólogo desde los catorce años. Sobre todo, no cuando ruegas para no perder el control cada vez que duermes con alguien —deje pasar un par de segundos para que mis palabras asentaran, para que saliera corriendo, para que se alejara lo más humanamente posible de mí.

Solo que no corrió, no se alejó, se mantuvo caminando firmemente junto a mí.

—Tenía catorce años cuando empecé a notar que algo no estaba bien, cuando noté que pensaba en sexo en cantidades y frecuencia anormales, cuando empezó a ser un problema. Dana, mi madre biológica, sufría de bipolaridad y adicción al sexo, solo tenía diecisiete años cuando la diagnosticaron...

—Lo siento —susurró apretando mis hombros—. Debió ser terrible para tu madre.

—Dana me abandonó —no estaba segura cuanto sabia Yaco de mi pasado, pero no creía que lo sintiera si supiera de las frías noches en el internado—. Prefirió coger con uno y otro que cuidar a su hija.

—Pero estaba enferma. Tú lo acabas de decir, estaba enferma.

—Si, pero... —pero nunca me puse en los zapatos de Dana.

Yo siempre conté con mis padres, con su apoyo, con su comprensión. Con doctores que me ayudaron a manejarlo. Con Gordón, que luchaba junto a mi cuando el deseo me sobrepassaba.

Los padres de Dana se avergonzaron de ella.

—Oh, Dios... —me detuve con mis manos en el pecho, no podía respirar

—. ¡Oh, Dios! —empecé a temblar, me empecé a ahogar.

Yaco cayó junto conmigo.

—Shsss, no pasa nada... no pasa nada —no me soltó, sus firmes brazos fueron lo único que evitó que la tierra me tragase.

—¿Sabes cuantos años he pasado culpándola? ¿Cuántos años...?

Yaco pasó una pierna sobre las mías mientras la otra cubría mi espalda, como un capullo, como un padre protegiendo a su cría.

—Toda esa insatisfacción, frustración, esa maldita sensación de esclavitud..., la culpabilidad, ella lo paso sola. Sola. —Por primera vez en mi vida, no sentí dolor, ese que me consumía cada vez que pensaba en Dana, solo sentí pena—. Mis padres se sentaron conmigo y hablaron de sexo, fue espontáneo desde que entre a la familia, fue natural. Me enseñaron que la sexualidad es algo sano, que es bonito, interesante, que es algo a cultivar. Los padres de Dana la mandaron a un internado, la apartaron de su perfecta vida, la dejaron sola.

—No todos corremos con la misma suerte —citó mis palabras del día anterior.

—Oh, Yaco..., ¿qué he hecho? —Como siempre que lo necesitaba, mi preciosa maltesa se acercó. Rasqué detrás de sus orejas mientras miraba sus brillantes ojos negros—. Tu si me entiendes, ¿verdad, preciosa? —Sacó la lengua y me dio un interminable beso en la mano.

Bola siempre se mostraba sensible en el momento justo, como si yo fuera lo única persona en este mundo.

— Te quiero, Bolita —celoso, Winnie se hizo espacio entre mis piernas y las piernas de Yaco—. A ti también te quiero —aseguré mientras recibía un buen lametazo del pesado mástil.

—¿Y a mí? —murmuró Yaco muy cerca de mi oído.

—A ti...

Hundí mi cara en su cuello, estaba demasiado sensible como para encontrar las palabras adecuadas. Él pareció entenderlo, exhalé un profundo suspiro a la vez que sentía sus tibios dedos deslizarse entre todas las capas de tela que cubrían mi cuerpo. Tomó un seno y rodeó suavemente la cima hasta endurecerla. Parecía tocarme no con la intención de excitarme, sino para recordarme que estaba junto a mí. El calor se iba apoderando de mi piel, mi cuerpo se iba debilitando, cuando de pronto nos privó de su protección y se incorporó. Con cuidado, me levantó, alcé la vista y me encontré con una

expresión de dolor.

—No sé todo lo que te ocurrió en el pasado —dijo con voz ronca—; algunas cosas no las quiero saber, pero te prometo que la persona que eres hoy, esta que tengo enfrente de mí, sería incapaz de hacerle daño a alguien —aseguró, mientras su mano seguía acariciando mi seno como si no pudiera evitarlo—. Tu nunca abandonarías a un hijo, ni siquiera te atreves a viajar sin Bola.

Mi maltesa empezó a brincar sobre sus pequeñas patas antes de correr tras las de Winnie.

—Yo nunca dejaría a mi Bola —coincidí con él—, pero el modo en el que he hablado de Dana... —musité con voz quebrada—. Es increíble que...

—¿Qué te parece si mejor te preocupas por lo que vas a decir de ahora en adelante? —susurró.

Me estrechó contra su cuerpo y me estremecí sintiendo un gran alivio—. He cargado con esos sentimientos durante años... —dije mientras me mecía con ternura—. Todo era culpa de Dana; si estaba feliz, si estaba triste, si el día amanecía soleado, el simple hecho de despertar..., cualquier pretexto era bueno para buscar compañero de cama y olvidar el vacío de mi pecho. Sé convirtió en una autodefensa para mi corazón roto. Para la imagen de Dana. Para su maldición. Era tan fácil subir mi vestido, bajar mi ropa interior, abrir las piernas..., tan instintivo...

— ¿Con Gordón?

—No, Gordón entraba en la foto cuando el cuerpo desconocido rozaba el mío, solo hasta que me daba cuenta de lo que estaba haciendo. Era inconsciente. A veces, ni siquiera preguntaba el nombre del ansioso hombre o mujer que se aferraba a mis tobillos. Gordón era el que me levantaba de la cama para dirigirme al baño, el que sostenía mi cabello cuando vertía el contenido de mi estómago en el lavabo.

—Mmm... —sí, Gordón no era el malo de la película, era simplemente el que cuidó de mi como cuidó de sus hermanos.

— ¿Sabes que es lo que ha cambiado? Gordón siempre intentó que prometiera lo que te prometí a ti. Abstinencia. Solo que yo sabía que prometer eso era un caso perdido, no me podía engañar a mí misma; el negar mis debilidades no es una de mis virtudes. Aunque sabía que había un problema y lo tenía que resolver.

—Bueno, ya lo dijo Jack Sparrow: El problema no es el problema; el

problema es tu actitud ante el problema.

Sonriendo, contesté—: Si lo dijo Jack Sparrow...

Con Yaco siempre se podía confiar en que, las situaciones más vergonzosas, podían ser... cuentos de Jack Sparrow.

Cubrió mi cintura y me dio un buen apachurrón.

—No, Tatis, lo que quiero decir es..., cualquier persona que acaba el kínder abierto, entiende que entre más contenido estas, entre menos buscas en tu lado oscuro, más perverso puedes ser. Es como una olla de presión; a mayor represión, mayor depravación. Es lógico, el ser humano tiene una parte brillante y una parte oscura, si ambas partes no están en comunión, ¿qué ocurre? Hay un gran desbalance. Y si pretendes que esa parte oscura no existía y la quieres cubrir con espiritualidad, peor aún, con culpa, en la intimidad de tu soledad, te conviertes en un farsante, incluso ante ti mismo. Tu *maldición*, no es una maldición, es un gusto.

—Un gusto... —pues sí, el sexo me gustaba, y mucho.

—Y deja te digo que, la educación sexual que recibiste en casa, fue la mejor que pudiste recibir, porque perder la virginidad a los catorce, con tus hormonas, con tus genes, yo hubiera esperado que fuera a los once. Está demostrado que mientras más educación, más tarde se inicia la vida sexual.

—¿A los catorce te parece buena edad?

—Yo empecé a los once.

—¡Yaco! A los once todavía jugaba a las muñecas.

—Yo también, con Flora y Fauna.

Paré de mecarme en seco—. Yaco, ¿perdiste tu virginidad con Amanda y Amelia? —El empacho hubiera sido menos, si hubiera dicho Winnie, nunca sentí tantas ganas de un baño a profundidad.

—En mi defensa, era verano y no había otra cosa que hacer en la finca. Todavía estábamos muy chicos para ayudar en la cosecha, y muy grandes para estar dentro de casa —un evidente escalofrío me recorrió de pies a cabeza—. Además, ya me desinfecté... varias veces.

Pues más valía, porque pensar en que alguna micro célula de Flora o Fauna entrara en mi cuerpo..., cielos, ¡que asquito! Cosa que al Güerito le hizo gracia, porque su carcajada no se hizo esperar.

—Que delicada me saliste.

—Nunca tengo relaciones sin condón, y cuando lo hago, me dicen que dormí con Flora y Fauna.

—No...

—Si, Yaco, cuando duermes con alguien nuevo, duermes con todo su pasado.

—Entonces, ¿yo dormí con Gordón?

—Y con Fabio.

Parecía estarlo considerando, cuando dijo—: Tenemos buen gusto, ¿verdad? Porque son guapos los desdichados. La próxima vez espero recordarlo mejor.

Nuestra carcajada se debió escuchar hasta Chicago, donde los desdichados trabajaban en las nuevas oficinas del Grupo Carter, según había dicho mi madre.

Reiniciamos nuestro camino por un par de minutos, antes de volver a enseriarnos.

—Hablando en serio, si estás consiente que no necesariamente tienes lo de Dana, ¿verdad? El que te guste el sexo es eso, un gusto, solo un gusto.

—Lo sé, en verdad lo sé, los doctores lo han dicho, mis padres lo han repetido...

—¿Pero?

—Pero tengo miedo —respondí haciendo acopio de todo mi valor—. No puedo bajar las defensas.

—No estoy pidiendo que lo hagas. Lo que quiero decir es... —puse la mano sobre los labios. No tenía idea de lo que pretendía decir, pero no deseaba oírlo. Fuera lo que fuera que él quisiera, temía que no se lo podía dar.

—No digas nada —supliqué—. Deja que las cosas fluyan a su ritmo, no tenemos que forzar nada. —Asintió, mordisqueó mis dedos con sus dientes, y por eso deje libre su boca. Pero como pronto iba a aprender, Yaco no era un hombre que pudieras enmudecer.

—Lo que quiero decir, es que conmigo no necesitas defensas. Yo no te voy a dejar, yo no te voy a limitar, conmigo eres libre de hacer o decir lo que quieras.

—¿En serio? —pregunté, inclinando la cabeza.

Sus labios rozaron los míos en un turbador placer; sentí la punta de su lengua contra mi labio superior, tan suave. La poca resistencia que me quedaba se desvaneció. Jadeando, me aferré al cuerpo sólido mientras colocaba sus manos sobre mi trasero.

— ¿Y si un día necesito dormir con alguien más?

—Me invitas —respondió antes de besarme con descontrolada vehemencia.

Me era imposible ignorar la atracción que sentía por él, y se lo quise hacer notar en ese momento. Le devolví el beso con aún más profundidad, deslizando mi lengua en su boca, abandonada por completo. Entonces, me soltó. Atónita, me lleve los dedos a la boca.

—Mi turno —jadeó en tono grave.

Hora de su secreto.

24

Yaco

—Mauricio. Su nombre significa, *El que tiene el amor de Dios*. Nunca imaginé que iba a ser tan literal. Teníamos diecisiete años, éramos unos chiquillos jugando a ser mayores, hasta que nos enamoramos... Bueno, hasta que yo me enamoré. Era... es, un hombre ingenuo, social, solía ser el alma de las fiestas y era conocido por crear un buen ambiente donde iba y bajo cualquier situación. Siempre estaba dibujando, creando, era muy imaginativo... en todo —sin poderlo detener, me sonrojé. ¡imbécil! Afortunadamente, Viri era una mujer que apreciaba a los hombres hechos de carne y hueso, y no maquinas sin emociones. Con una sonrisa que decía que me entendía, me impulsó a continuar—. Era tan apasionado, me hizo cosas que..., cuando estaba con él, sentía que no existía nadie más. Detallista, tanto, que a veces era agobiante, pero nunca, nunca paso por mi cabeza terminar. Lo amaba...

— ¿Lo sigues amando? —fue una pregunta hecha con honestidad, no había celos, simplemente curiosidad por saber.

Fue fácil contestar algo que me venía preguntando las últimas semanas—: No lo sé... Creo que ya no —opuesto a las mujeres que conocía, no buscó una respuesta más concreta. Esta mujer definitivamente no era de venus.

—Es su casa eran muy religiosos, de ir a misa todas las mañanas y rezar todas las noches, pero él nunca mencionó algo que me hiciera creer que su familia se oponía a nuestra relación. De hecho, nuestra relación era común como el aire, considerando que éramos un par de adolescentes, gay, y viviendo en un pequeño pueblo. Todos sabían y apoyaban nuestra relación: en casa, los vecinos, en la escuela. Nadie esperaba, mucho menos yo, que recibiera el llamado del sacerdocio; de repente empezó a rezar a todas horas, a hablar continuamente de la iglesia, dejó de ir a fiestas, a cualquier tipo de

reunión, cambio. Lo peor, es que intentó cambiarme; insistía en que debía ser honesto, cuando yo pensé que lo era. Que lo que sentía era pecado, y si empezaba a hablar de ello, me decía que callara, que no debía ser demasiado gráfico, que así tentaba a Satanás. Que nuestros gustos, porque era un gusto para los dos —le aclaré a Viri—, no era un estilo de vida alternativo, que era malvado y un pecado mortal. —El bufido de Viri fue tan profundo, que sonó absolutamente asqueroso.

Durante años me negué a hablar sobre Mauricio, incluso pensar sobre ello. Siempre creí que ese episodio era mejor mantenerlo bajo llave, ¡que equivocado estaba! Aquí me hallaba, carcajeándome como nunca en mi vida, con la mujer de mi vida.

—Perdón —resopló intentando contener la risa—, eso sonó delicado. Soy una criatura tan fina —aseguró burlándose de sí misma.

Me acerqué a sus labios, que todavía reían, y susurré—: Eres una criatura tan perfecta, Viri, que das miedo.

Su risa se desvaneció antes de contestar—: No soy perfecta, Yaco, soy...

—Para mí lo eres.

No solo la besé con labios y lengua, la besé con mis pensamientos, con mis emociones, con todo mi corazón.

—Por favor dime que ya acabaste para que te pueda violar —jadeó derretida entre mis brazos.

No quería dejar esto a la mitad, por mucho que quisiera estar adentro de ella, prefería hacerlo sin secretos.

—Dejé de mirar porno, ya que era solo una cosa gay, aparentemente la gente heterosexual no ve tales cosas, dejé a mis amigos, en pocas palabras, corté con toda asociación gay que existía en mi vida. Menos con él, él era mi salvador, mi Dios, mi todo —se escuchaba tan patético—. Hay que considerar que era un adolescente, él fue mi primer amor, yo...

—Estabas enamorado.

—Estaba enamorado —acepté un poco avergonzado—. Nunca me sentí tan solo. Mis padres se asustaron porque deje de ser yo, hablaron conmigo, intentaron que me alejara de él, pero ya sabes cómo es eso, por más que lo intentes, simplemente no puedes dejar de sentir. Y lo que más sentía, era dolor. Dolor porque lo quería y no lo podía tener. Dolor porque él renegaba de lo que sentíamos el uno para el otro. Dolor porque aun cuando decía que era pecado, seguía cogiendo conmigo. Así me castigaba, cogiendo.

—Idiota no era —la molestia en su voz me dio un poco de consuelo.

—Pues sí, el único idiota fui yo. Yo fui el que terminó en un hospital, con el estómago desecho, y totalmente roto —Viri dejó de respirar, rápidamente me redimí—. Ya estoy bien, física y emocionalmente, pero si me llevo un tiempo recuperarme.

— ¿Qué hiciste? ¿Cómo...?

— ¿Cómo intente suicidarme? —asintió con los ojos cerrados, como si le doliera—. El dolor me estaba matando, solo quise acelerar el proceso. Busqué en el botiquín de casa algún medicamento, algo para acelerar mi objetivo, solo que en casa lo más fuerte que había era aspirinas, así que fue alcohol solo. Leí muchos casos de músicos que eligieron esa ruta, y que el alcohol solo los mató —justifiqué absurdamente mi estupidez.

—Eres un imbécil, ¿sabes? —Dijo abrazándome.

Su cuerpecito, sus bracitos, sus manitas me protegieron como solo una madre, como solo una persona que te quiere puede hacerlo.

—Afortunadamente, mi cuerpo no resistió el exceso extremo con el que lo castigue. Terminé inconsciente en la sala de mi casa, con el estómago quemado, y ahogándome en mi propio vomito. Fue mi madre la que me encontró. Pasé pidiéndole perdón hasta el día que murió. Cinco años, todos los días, creo por eso murió, estaba cansada la pobre mujer.

— ¡No seas idiota, Yaco! —Me dio un buen golpe en la espalda. ¡Mi Hada feroz!

—No. Meçia Cavalcanti y yo, acabamos bien. No pudo contra el cáncer, pero siempre me dijo cuanto me quería. Y ella se fue sabiendo que era bien querida. En paz.

Continuamos abrazados por un buen rato, su cuerpo calentando el mío. Consolándome por capítulos pasados, por errores injustificables.

—Si algo sé, es que los que están en contra del amor, cualquier clase de amor, es porque no lo tienen. Pero a diferencia de lo que se te dijo, de la culpa que sin razón te confinaron, deja que te diga algo Yacob Cavalcanti: Tu, eres un hombre bien amado; La Abuela te quiere, mis padres te quieren, Sophie te quiere, incluso Fiona y Fauna te quieren, estoy segura que tus padres te quieren, no he conocido a una sola persona en lo que llevo en Portugal, que no te quiera. Y no es porque seas tan jodidamente bien parecido, sino porque eres buena persona. Este corazón —recargó su manita en mi pecho, por poco desfallezco—; es un corazón noble, limpio, sincero, y

que me tiene perdidamente idiotizada. Porque algo es seguro, Güerito, muchos te pueden querer, pero nadie como yo.

De puntitas, acercó sus labios a los míos, no hubo mucho más que decir; era el hombre más afortunado del planeta, Tatis me quería.

25

Yaco

Su manera de mirar no era de seducción, era de amenaza. Te sentías intimidado de la fiereza con la que te iba desvistiendo, solo con la mirada te hacía saber que te deseaba, que necesitaba tu cuerpo. Con Viri no había indirectas. Ella daba zarpazos que te dejaban mal herido, a su servicio y voluntad. Con ella no pensabas en el futuro, con ella era hoy y ahora.

— ¿Verdad que no es tan divertido estar atrapado? Que no te puedas mover, estar a merced de algún desquiciado.

—No estoy atrapado, me está haciendo el amor una desquiciada de lo más rico. Estás a punto de sacármela —terminó de empujar el vibrador en mi trasero, y la leche salió a borbotones. Tatis la recibió con la boca abierta, limpiando con la lengua, chupándose los labios. ¡Joder! Mi verga no bajo, era imposible, mucho menos con el sendero de besos que me daba alrededor.

—Lo que debería querer, no es lo que quiero —susurró entre besos—, ¿tiene sentido?

—Todo, Tatis, tiene todo el sentido del mundo. Te voy a platicar algo que nunca le he platicado a nadie.

— ¿Ni siquiera a Mauricio?

—A nadie —le aseguré subiendo la cadera para llenarla.

Sin poder usar las manos, me tenía que valer de mi cadera para moverla. Afortunadamente, Viri era muy flexible, muy cooperativa, y se colocaba en el lugar y momento adecuado.

—La primera vez que alguien me gusto, era un niño, la segunda vez, fue una niña. La confusión en mi cabeza era tan grande, que lloré por días encerrado en mi habitación. Un día, mi madre se cansó de esperar a que yo dijera algo, y se encerró junto conmigo. ¿Sabes qué fue lo primero que dijo?

Está bien, Yaco, está bien ser diferente. Puta, antes de poder decir algo lloré como bebé.

Tatis recargó sus manos a cada lado de mi cabeza y empezó a balancearse con placentera cadencia—. ¿Y tú qué le dijiste?

Con un solo movimiento, logré que cerrara los ojos y balanceara su cabeza derrotada, ensimismada en la sensación de tenerme dentro—. *Lo lamento, Má* —no pude evitar sonreír al recordar las palabras de mi madre—: *¿Qué lamentas, Yaco? ¿Qué eres pésimo jugando con la pelota? Porque no hay nada más que lamentar. Mientras tú seas feliz, y no le hagas daño a nadie, yo estoy bien, tu papá va a estar bien, y lo principal, es que tú vas a estar bien. Nunca lamentos quién eres.*

Viri incorporó su talle para regalarme una de las mejores vistas de la humanidad; sus senos se balanceaban a su propio vaivén, a su propio ritmo —: ¿Alguna vez has lamentado quién eres, Yaco?

Abrí la boca, y mi Tatis se apresuró a llenarla, su endurecida cima se sentía jodidamente rica contra mi lengua, succioné cual bebé hambriento, lo estaba...

—No, Tatis —logré decir cuando con un *pop*, su seno escapó de mi boca —, ¿tú?

Usando ambas manos, acercó sus senos hasta que sus pezones lograron estar medianamente juntos. Nunca había abierto tanto la boca. Entre succiones, lametones, y mordidas, logré escuchar—: Tal vez viene en nuestros genes, aun cuando no compartimos ninguno, porque no, nunca he lamentado que me gusten los humanos.

—Suéltame, Viri —necesitaba tocarla.

La muy ingrata negó al mismo tiempo que abandonaba mi cuerpo y se daba media vuelta para regalarme otra de las mejores vistas del planeta; en medio de su acorazonado trasero, vi como mi cuerpo era recibido en el suyo —: ¡Joder! —Subía y bajaba a su propio ritmo, a su propia necesidad.

Estaba siendo utilizado con una delicia mortal.

— ¿Te platico otro secreto? —necesitaba distraerme, porque si no, esto no iba a durar mucho. Y necesitaba que durara para toda la eternidad.

—Por favor... —jadeó al mismo tiempo que acariciaba mis pelotas. ¡Cielos!

—Yo pensé —jadeé—, que tu secreto era lo del corazón roto. No me has dicho por qué visitaste a la Abuela. Y no es que me queje, solo quiero

saber...

Sé detuvo un momento con mi cuerpo bien enterrado en el suyo, para preguntar—: ¿Cómo dices que se deben contar las historias?

Sonriendo, perdido en la humedad, en lo cálido, en lo apretado de su cuerpo, contesté—: Por el principio.

Diecisiete meses antes...

Viri

Espiar, a los que yo consideraba los hombres más atractivos del planeta, era una de mis actividades favoritas. Los hombres heterosexuales cuando están sin compañía femenina suelen ser más abiertos, más... sí mismos. Las mujeres ejercemos cierta fuerza que los pone a la defensiva, pobrecitos, son cachorritos en busca de aceptación. Y a mí me gustaba estudiar su verdadero yo, además de darles mi aceptación, por supuesto. Sobre todo, a los Gardner, esos cachorritos necesitaban cariño.

Mordisqueé mis labios deseando saborear esa carne que corría, brincaba, sudaba bajo los intensos rayos de sol, era un día muy caluroso en Dite, los días siempre eran perfectos en la isla.

— ¿A quién te comes? No me digas que, a Kurt, ya casi superamos lo del incesto.

Una bocanada de felicidad brotó de mi pecho, cada día quería más a esa mujer. Y si Kurt no fuera mi hermano, sin duda consideraría darle cariño, ¡era guapísimo! Pero, aunque nuestra cadena de genes no coincidía en ningún punto, la esencia de los Northman—Carter Jones corría en nuestros cuerpos de la misma manera, Kurt y Sophie no eran mis hermanos de sangre, eran mis hermanos en esencia, en creencia, en amor. ¡Eran más que mis hermanos! Eran mis amigos, mis protectores, mis armas.

—Casi... —le contesté a Sophie todavía riendo.

— ¡Ey, Sophie! Danos una mano.

Bruno no solo quería la mano de Sophie, también quería tumbarla en la arena y hacerle cosas nada apropiadas para PG—Kurt. No solo la veía, la desnudaba, la acariciaba, la adoraba con la mirada, si no tenía cuidado su pequeño secreto iba a ver la luz. Y de las dos partes, a Sophie se le formaron corazones en sus ojos, resplandecían cada vez más mientras nos acercábamos

a donde Gordón, Fabio, Bruno y Kurt jugaban voleibol.

Gordón y Fabio tenían ventaja sobre Kurt y Bruno, uno se la pasaba en bibliotecas estudiando, y el otro entre las piernas de mi hermana.

—No es justo, el equipo de Sophie va a ganar —me quejé con un puchero.

Los Gardner tenían debilidad por mis pucheros. Lo descubrí muchos años atrás.

— ¡Oye! —Fabio se abalanzó hacia mí, me cargó y corrió mientras Gordón intentaba alcanzarnos. Ver tan despreocupados a ese par era divertido —. ¿Por qué dudas de nuestra capacidad, pequeña diablilla? Vamos ganando. —Fabio se dejó alcanzar.

Pasar de los seguros brazos de Fabio, al hombro de Gordón era lo más excitante que me había pasado en los últimos meses, nada tenía que ver las sesiones de sexo con Víctor, esto era por mucho más divertido.

Pataleé, y grité para ocultar el deleite que sentía, mis senos rebotaban en el pecho de Gordón, estuve muy tentada a rodearlo con los brazos y limpiar su sudor con la lengua, y si se podía, tal vez bajar un poquito más, colarme bajo su traje de baño y...

— ¡¿Vamos a jugar o qué?! —exigió Kurt.

Como pocas veces, vi que Sophie se unía a la voz de Kurt, a ninguno de los dos les hizo gracia mi pequeño jugueteo. ¡Aburridos!

Nos pusimos serios y empezamos a jugar, después de tres jugadas ya teníamos audiencia, Sophie era muy competitiva, cada vez que ella participaba en algo, era digno de observar, se entregaba por completo, dejaba sangre, sudor, y lágrimas en la cancha, alberca, o vida.

—Diablos, Kurt, ¡corre! —El pobrecito de mi hermano se quitaba la arena con el dorso de la mano, su cara quedó bien enterrada tras correr y no alcanzar el balón, eso no evitó que asesinara con la mirada a Sophie, ¡eran tan parecidos!

— ¡Jódete!

— ¡Chicos! —amonestó Kaira tratando de meter un poco de calma, al mismo tiempo que Alex y Owen hacían una apuesta. No dejaban esa — aunque divertida— mala costumbre.

Gordón y Fabio chocaron puños conmigo mientras Sophie se preparaba para darnos una buena patada, a ella no le importaba que ellos fueran amigos, o que yo fuera su hermana, ¡ella iba a ganar! Me gustaba esa determinación

suya, era una de las grandes cosas que nos hacían diferentes.

— ¡Pon atención! por eso pierden —regañó a Bruno.

Los tres Gardner rieron como idiotas, a mi hermana le iba a dar algo y estos no dejaban de reírse. Por solidaridad, paté la arena y se la aventé a Fabio. El Oso no dejó de reír, me hizo un guiño y olvidándome de la solidaridad, se lo devolví.

—Tu juega, Sophie. Yo te cubro la retaguardia. —Le contestó Bruno a mi hermana, después le hizo un guiño a Kurt, ¡cómo si este se lo fuera a devolver! Sophie tenía domado al Lobo, que solo se ganó una seña del dedo medio de mi hermano.

El balón voló, se dirigió directo a las manos de Gordón que lo regresó con un golpe certero, Bruno lo recibió lanzándolo por lo alto directo a mis manos, brinqué y lo dirigí a Sophie, la pobre necesitaba ganar. Justo en el momento que se preparaba para hacer el punto de la victoria, Luca apareció con la mano de Jane entre la suya, y como era de esperarse, ¡todo se fue a la mierda!

El balón pasó de largo, intentó alcanzarlo en un empeño inútil de tener un poco de dignidad, pero acabó con la cabeza enterrada en la arena como Kurt. Cuando pateó la arena, Kurt y yo nos volteamos a ver, esto no pintaba bien, Sophie era muy cabrona si se lo proponía, afortunadamente, no hubo sangre, se levantó sin mirar a nadie y se dirigió al mar. Bruno dio un paso a su dirección, pero Kurt lo detuvo. Más valía que Sophie no tardará, a lo mejor la bomba de su relación con Bruno estallaba y ella no iba a estar presente para ver los fuegos artificiales.

Mi hermana ya estaba afuera de nuestra visión cuando Gordón preguntó —: ¿Vamos tras ella? —La pregunta fue acompañada por un roce de sus dedos en mi pierna.

Todo el juego fue de roces, accidentales caricias de cuatro manos, de dos cuerpos, ¡no podía estar más caliente! Negué sacudiendo mis manos y tratando de controlar mi excitado cuerpo que gritaba por un poco de alivio.

—Necesita quemar un poco de combustible, el imbécil de tu hermano se la pone difícil —dije señalando con la cabeza a Luca.

—Tu hermana no es una santa —se quejó defendiendo a Luca.

—No, ni santa, ni puta —me alejé de su toque para verlo a los ojos—. Tampoco es hipócrita, ella va por lo que quiere y no se pasea de la mano con mujeres que a duras penas soporta. ¿Qué es lo que pretende Luca? ¿Joderla? Te prometo que el jodido va a resultar ser él.

Sino fuera porque Sophie quería a Luca, con gusto le daba una patada en el trasero hasta regresarlo a Chicago, a él y a Jane.

—Eso es entre ellos —por un momento pensé que iba a agregar: *Y esto es entre nosotros*—, que ellos lo arreglen. —Pero no había un *entre nosotros*.

Le di la razón, di la media vuelta y me dirigí a la finca, yo también tenía que arreglar una cosita, la maldita excitación.

Como lo pronostiqué, el jodido resultó ser Luca; después de una incómoda cena, un golpe entre hermanos, un beso de Sophie con Gordón, intenté calmar los ánimos. La fogata después de una cena era ya tradicional entre los Gardner y los NCJ, bajo las estrellas, con el interminable sonido de olas al romper, con el dulce sabor salado del caribe, ahí se podían arreglar guerras mundiales.

Todo resultó medianamente bien; aunque Sophie tenía todo el poder sobre los pequeños hermanos Gardner, no logró evitar que Luca terminara borracho y Bruno cuidándolo mientras Sophie se dirigía sola a su habitación. Eran cerca de las cuatro de la mañana, y mi cumpleaños cerró con Kurt medio inconsciente arrastrado por Fabio hacia la finca dejándome sola, pensé en ir a dormir, pero se sentía muy bien la soledad, la brisa, el mar, ¿qué más podía pedir?

Gordón apareció de la nada y se sentó a mi lado, no dijo nada, simplemente... estaba ahí, como siempre.

Empezaba a quedarme dormida recargada en su hombro cuando dijo—: El beso de Sophie significó nada.

¿Qué podía contestar? ¿Qué el beso que se dio con mi hermana bajo un muérdago me había dolido? Él y yo no éramos nada más que amigos, intercambiábamos de vez en cuando un beso, nada que no intercambiara con sus hermanos también, solo que el dolor fue intenso, fue venenoso, ¡y no debí sentirlo!

Él me lo repitió muchas veces, cada vez que me abandonaba: *es por tu bien, Viri, estar conmigo solo te va a causar dolor*.

Su dedo meñique buscó el mío para entrelazarse, fue un gesto inocente que me brindó un alivio enorme. Descansé mi cuerpo y volví a recargarme en su hombro perdida en las flamas de la fogata y en el arrullo de las olas al romperse. Un par de olas más tarde, todos sus dedos estaban entrelazados con los míos, su agarre era fuerte, firme, poderoso, solo nuestras manos se tocaban, pero podía sentir su energía por todo mi cuerpo. Eran chispas, rayos,

y centellas de exquisita energía sexual. Toda mi piel se erizó, estaba muy caliente. Parecía que escuchaba la muda súplica de mi cuerpo, porque con tanto acarició mi mejilla con su mano libre y me obligó a mirarlo. No hubo palabras, ni promesas, solo labios amoldándose a los míos, la excitación al sentir su lengua entrelazándose con la mía se apoderó de mi cuerpo; era avasalladora e imposible, siempre resultaba imposible...

— ¿Qué quieres de mí, Viri? — *¡Todo! ¡De todo! ¡Y con todo!* — ¿Sabes qué es lo que yo quiero? — negué intentando que mi respiración se normalizara, mi pecho subía y bajaba frenéticamente, ¡me iba a dar algo! —. Quiero atarte a mi cama, dejarte inmóvil, abrirte, lamerte, comerte, cogerte... —su mano abandonó mi mejilla para recorrer mi cuello, mi brazo, mi costado, antes de llegar al pesado seno se detuvo—. Y, por último, aunque no menos importante, quiero ver como Fabio hace lo mismo que yo contigo, antes de que yo vuelva a empezar —estaba tan aturdida, mi cerebro no funcionaba, mi agitación no respondía, mi excitación se desbordó.

Pasó, lo que siempre sucedía; mi cuerpo, mi cabeza, mi alma se rindió, me convertí en un órgano sexual necesitado de protección y de guía.

— ¿Tu qué quieres?

Temblando pude responder—: Le pertenezco a alguien. —Gordón negó sonriendo, se acercó y mordisqueó mi oído, terminó de arrasar con la poca lucidez que me quedaba.

—Yo no veo a nadie por aquí —susurró al mismo tiempo que lamía mi cuello—, y solo te siento a ti. —Su boca volvió a la mía exigiendo, apoderándose de mí.

Temblores incontrolables me recorrían cada vez que respiraba, que su mano rozaba sin llegar a ningún lado. ¡Mi pecho lo necesitaba! Estaba pesado, endurecido, deseoso de su toque, y todo por un beso que más bien era tierno.

— ¿Estás temblando por mi o de mí, Viri?

Yo sabía lo que era Gordón, no tenía por qué temerle.

—Gordón..., estoy temblando porque estoy tan excitada que apenas y puedo pensar —eliminé la poca distancia que nos separaba y me empujé en él—. Desde temprano estoy caliente por ustedes..., de ustedes —mi vientre hizo fricción con el suyo, un jadeo salió de nuestras bocas, no estaba sola en este viaje, él estaba igual de excitado que yo.

Sus manos movieron los insignificantes triángulos de tela, y expuso a la

tibia brisa de Dite, mis pesados senos. Inclino su cabeza para besar, chupar, mordisquear los erectos pezones. Centellas de placer brincaban por todo mi cuerpo, poco a poco se fueron concentraron, se fueron intensificando. Incrementé la ficción de mi vientre con el suyo, eran dos capas de delgada tela la que nos separaban, pero parecía que nos separaban murallas, ejércitos enteros, ¡no podía esperar!

—Muñequita... —jadeó entre mordidas—, eres perfecta —las sonrosadas cimas estaban igual que las partes que ocultaban mi traje de baño, calientes, hinchadas, y mojadas. Con su boca torturaba una, mientras que con sus dedos castigaba a la otra.

Mi mano apretó su cabeza a mi pecho, lo quería adentro, fusionado a mí. Soltamos nuestras manos al mismo tiempo, él para juntar mis senos y llenarse la boca de ambas cimas, y yo para sostenerme de sus hombros y no desfallecer. Dite era la tierra de los pecadores, aunque en este momento se sentía como el cielo.

—Oh, Viri, te puedo oler —chupaba queriendo succionar el orgasmo por las cimas.

— ¡Gordón! —la poca fricción que yo ejercía ya no era suficiente, ¡me iba a volver loca! —. Gordón... —lo que empezó como una orden, se convirtió en una súplica. Así como estrellas en el cielo, sensaciones se concentraban en mi cuerpo—. Por favor, cógeme, Gordón... por favor.

—Mmm, hueles... muero por probarte —de un solo movimiento me vi tumbada en la arena, levantó mi cadera hasta que estuve solo recargada en mis hombros, tuve que sostenerme con los codos, si me descuidaba ¡me rompía el cuello! De dos tirones el costoso pedacito de tela que cubría mi vientre desapareció, cualquier incomodidad se desvaneció cuando su cálido aliento castigó mi ansioso coño. El estremecimiento abrió cada poro de mi cuerpo, preparó mi cuerpo para él.

—Shsss... no te esfuerces, Muñequita, deja que fluya, que llegué cuando tenga que llegar —con labios y lengua fue creando patrones en la pobre carne hinchada y expuesta, estaba completamente abierta, con mis muslos recargados en sus hombros, Víctor nunca lograba eso, que me sintiera expuesta, vulnerable, podía presentarme enfrente de una multitud y nunca me sentí incomoda. Llega Gordón y con las estrellas como testigos, me hacía sentir vulnerable, exhibida, y absolutamente entregada.

—Voy a tener que besarte para evitar que despiertes a todos, antes no eras

tan escandalosa, no te han entrenado bien —mi cuerpo se tensó por completo, deseé que la arena fuera movediza, que me tragara, que me desapareciera, si Gordón sabía sobre mi pequeño juego con Víctor, ¡me moría! —. Tranquila, voy a hacer que termines pronto..., solo relájate —apreté ojos y boca con todas mis fuerzas y ni así logré mantenerme callada.

Gordón torturaba con trazos lentos mis hinchados labios, intenté cerrar las piernas, hundirlo más dentro de mí, pero me sostuvo en la posición que él quería, no había escapatoria, estaba a su merced. Su lengua rozó la corona de mi cuerpo creando una ola de desesperación, necesitaba terminar, me iba a desmayar, estaba tan cerca, tan preparada, solo necesitaba un poquito más, un poquito... Volvió a castigarme al alejarse del inflamado nudo de nervios, podía sentir su enloquecedor aliento sobre todo mi cuerpo, pero se negaba a dejarme caer.

—Gordón... por favor... —sentía que me desvanecía, ¿por qué me castigaba así?

—Shsss, sabes tan bien, Viri, ¿no se siente bien?

¿Bien? Esa palabra no alcanzaba a describir lo que sentía, era delicioso y al mismo tiempo aterrador. Era sobrecogedor ser consciente de toda tu piel, de todos tus sentidos, lágrimas de frustración empezaban a formarse, era... demasiado. Sé compadeció de mí y chupó el nudo con toda la boca, me concentré en la liberación, y justo cuando creí encontrarla, se alejó y con besos tiernos en la parte interna de mis piernas esperó hasta que mi cuerpo dejara atrás la tensión.

—Mierda, Gordón..., no seas cruel —mi sollozo no fue humillante, fue imperioso, si volvía a negarme la liberación, ¡me iba a morir!

—No llores, Muñequita —bajó mi cadera para cubrirme con su cuerpo, su húmeda boca sabía a mí, al castigo inmerecido que estaba recibiendo—, ¿te hice daño?

¿Cómo me iba a hacer daño si no entraba en mí? Quería tenerlo en lo más profundo de mi ser, si, si me estaba dañando, mi alma se sentía tocada.

— ¿Por qué me estás castigando? —Intenté limpiar mis lágrimas con el dorso de mi mano, pero él me ganó limpiándolas con sus labios, eran besos tiernos, cariñosos.

Negué al mismo tiempo que me di por vencida, no podía luchar contra él, en este momento él era mi amo y señor. Mis brazos cayeron exhaustos a mis costados mientras él acariciaba mis piernas, mi vientre con suaves toques de

sus dedos.

—Así, Viri, no luches, entrégate a mí —*a él, si, a él*—. Abre más las piernas —el mandato fue profundo, íntimo.

Mis piernas obedecieron inmediatamente. Sus dedos se concentraron en la parte baja de mi cuerpo, junto con la arena acariciaba, friccionaba hasta que mi cuerpo sudando pedía por liberarse, perdí la cuenta de todas las veces que hizo lo mismo, me mantenía a milímetros del abismo, pero me sujeta fuerte para no dejarme caer. ¡Era un maldito! Y ni por un segundo se me ocurrió levantarme e irme. Era mi cumpleaños, y esta tortura era el mejor de los regalos. La única palabra que registraba mi cabeza era *más*, más de lo que él me quisiera dar.

—¿Quieres estallar, Muñequita?

—Lo que tú mandes —susurré a ojos cerrados, a alma entregada.

—Sí, así, Viri.

De preferencia que dejara de perder el tiempo y ¡me cogiera! Casi podía sentirlo llenándome, colmándome de esa carne dura que se encajaba tan bien en la conjunción de mis piernas.

—¿Por qué no entras? ¿No qui...?

—No tengo cómo cuidarte, no pensé que la noche acabaría así.

—Oh, nunca lo hago sin protección.

—Yo tampoco —contestó escondiendo su cabeza en mi cuello, podía sentir su frustración exudando por todo su cuerpo.

Por largos segundos nuestros corazones trataron de calmarse, nuestros cuerpos de frenar el deseo... No lo logramos.

—Viri, ¿te cuidas?

Levantando mi cadera invitándolo a seguir, contesté—: Uso un implante, y nunca lo he hecho sin protección.

—¿Nunca?

—Nunca. Te lo prometí, ¿recuerdas? *Viri, nunca tengas sexo sin protección, nunca confíes tu cuerpo a alguien más* —un jadeo muy profundo salió de su pecho, mi excitación se volvía inmanejable, lo necesitaba, lo necesitaba ¡ya!

—Viri... —susurró mirando directamente a mis ojos—, yo tampoco... — Fui el testigo principal del acto más erótico de todos los tiempos; sus pupilas se encendieron, se volvieron oro derretido en el momento que se deslizó en mi interior, con una sola embestida llegó hasta lo más profundo de mi cuerpo,

se enterró hasta que no quedo espacio entre su cuerpo y el mío.

— ¡Gordón!

—Shsss, no te muevas, deja que se acostumbre a mí —Gordón era más grande de lo que recordaba.

La arena tampoco ayudaba, mis paredes rezongaban con un placentero dolor. El primer movimiento frotó la pared frontal encontrando lo que era el punto más sensible de mi interior, este hombre era experto en encontrar lugares que me hacían jadear hasta dejarme sin aliento.

—Mmm, encontré el tesoro al final del arcoíris —con una sonrisa diabólica se enterraba rápida y superficialmente, frotaba el tesoro queriéndolo abrir. ¡Me quería volver loca! Mis paredes volvían a temblar cuando me castigó nuevamente enterrándose hasta el fondo y deteniéndose.

¡No, no otra vez!

Mis manos eran dos puños, quería matarlo, quería... quería que acabara con mi sufrimiento—: Gordón, por favor... —se retiró y volvió a castigar el tesoro, mi cabeza dejó de tener fuerza, mis ojos dejaron de ver, no lograba respirar, mi cuerpo solo registraba un placer indescriptible.

—Oh, mi Muñequita... eres... estás... —un palpitante placer se construía en todo mi cuerpo, se levantaba, los cimientos eran profundos, firmes, si volvía a detenerse no lo iba a poder manejar.

Con una súplica silenciosa mi cuerpo se rindió a sus mandatos. Él lo aceptó tomándome por los hombros, cogiéndome con tanta fuerza que la arena debajo de nosotros salpicaba por todos lados formando un molde de nuestros cuerpos.

—Gordón..., ¿puedo acabar? Dime que puedo acabar —susurré desesperada por su permiso, lo necesitaba.

—Todavía no... Yo quiero más... —empezaba a desfallecer, llegaba a mi límite.

El placer me destrozaba.

—No puedo, Gordón, ¡oh, amor! —Algo pasó, Gordón se quedó sin aire, embistió con fuerza una última vez, y por primera vez, sentí cómo se hinchaba su miembro. Leche caliente leche me llenó, su leche, mi leche.

Los dos jadeamos en el hombro del otro, los dos pulsando, los dos revolcados por la sensación más placentera que el cuerpo humano es capaz de producir.

—Viri..., cariño... —mis ojos se abrieron con trabajo, Gordón ya estaba

cubierto, una fría brisa me despabilo, ¿qué? ¿cómo?

Hasta ese momento fui consciente de la presencia de Fabio, con una toalla envolvió mi cuerpo y me cargó, ni siquiera tuve la intención de negarme, al contrario, pasé uno de mis brazos por su cuello, me sentía muy soñolienta.

—Algo me dice que hoy los dos duermen como angelitos —en la voz de Fabio no había burla, nos fue guiando por la finca en silencio hasta que llegamos a las habitaciones—. Yo me encargo de ella, acuéstate. —Gordón estaba muy cerca de mi estado, caminaba por inercia.

Sé acercó y me besó en la frente—: Te veo mañana, Muñequita.

Desperté adolorida, irritada, y no solo por la arena. *¿Cómo paso eso?*, me olvidé completamente de dónde estaba, perdí el hilo de la cordura en una de sus estocadas. ¡Por todos los dioses! Toda mi familia estaba en la finca y yo me ponía a coger en la playa a la vista de todo el mundo. Aunque ya nada importaba, mi cuerpo estaba tan cansado, tan relajado. No quería moverme y perder la sensación de satisfacción y tranquilidad que tan bien se sentía, no quería despertar a la realidad, no quería volver a descubrir que Gordón había desaparecido, que la conciencia lo atacaba y me abandonaba otra vez.

—Gordón es muy selectivo de dónde mete su verga, supongo que esto ya lo habían hecho antes —asentí porque no se me ocurrió que otra cosa hacer—. Al cambio yo..., yo te podría coger hasta que tu cerebro estalle —en ese momento recordé lo que había dicho Gordón: *Quiero atarte a mi cama, dejarte inmóvil, abrirte, lamerte, comerte, cogerte... Quiero ver como Fabio hace lo mismo que yo contigo, antes de que yo vuelva a empezar.*

—Tal vez deberías.

Si mis palabras lo sorprendieron, no lo dejo ver, porque sin subir el tono de voz, ayudándome a subir al avión, susurró—: Tal vez lo haga.

El rumor era que Gordón y Fabio compartían todo; empresa, *penthouse*, el extravagante estilo de vida, mujeres. Yo sabía que no era un rumor, y eso creaba que mi imaginación entrará en un espiral sin fin, imágenes de ser compartida, de tener un amor como el de mis padres, más, quería más y más. Mi corazón se volvía loco solo de imaginarlo. Y no hablemos del deseo, solo de imaginar a Gordón..., de imaginar que esos musculosos brazos se enredaran en mí. Me daban escalofríos solo de imaginarlo.

Y bueno, tener a Fabio a mi disposición, tampoco sonaba mal.

—Creo que es hora de dejar ir a Lina. Ya fue suficiente —escuché decir a

Fabio cuando salí del apartado del baño. De inmediato paré mis movimientos, no podía dejar escapar la oportunidad de escuchar una conversación privada.

— ¡Finalmente! —Oh, Gordón, el León no me abandonó, esta vez, esperó a que empacara, a que decidiera con quien regresaba a Chicago, esperó estoicamente las despedidas con mis hermanos, con mis padres. Nunca lo había hecho. Inmediatamente me olvidé de regresar a los brazos de Víctor, los brazos de Gordón eran mucho más acogedores—. Ya me estaba preocupando, pensé que te gustaba para..., ya sabes. Necesita mucha atención para mi gusto.

— ¿Con Lina? No. Ni siquiera se puede tener una conversación con ella.

—Vamos, Fabio, tener una conversación con ella nunca fue el punto — intercambiaron una risa irónica que debería haberme ofendido, no conocía a la tal Lina, pero por compañerismo de género tenía que ofenderme. Solo que yo no me ofendía tan fácil, de hecho, me reí con ellos. Siempre en voz baja para no ser descubierta, claro, pero yo no veía nada de malo en decir en voz alta lo que se quiere, es una virtud que no todo mundo tiene—. Aunque no estaría de más que un día de estos consiguiéramos a alguien que sepa sumar uno más dos.

—Ya hemos hablado sobre esto, esa clase de mujer suele ser peligrosa. Todavía estoy muy joven para tener esa clase de problemas.

—Estamos... —susurró Gordón.

Solo que su susurro tenía un deje de esperanza que hizo que mi corazón se saltara dos latidos.

¡Yo, yo quería ser esa mujer que sumara uno más dos para él!

El sonido de una puerta abriéndose interrumpió mi espionaje, sin voltearlos a ver, me dirigí a mi asiento. Escucharlos hablar de compartir una mujer tan casual como si estuvieran hablando del clima no me impresionó en lo más mínimo, al contrario, hizo que el espirar de mi imaginación creciera, se desplegará a lo alto y ancho.

Y yo tenía una muy sucia e impaciente imaginación.

—Entonces, ¿no me vas a platicar sobre tu nueva conquista? —Sophie era una de las mujeres más inteligentes que conocía, el problema radicaba en que también era necia como un burro. De que algo se le metía a la cabeza...

—Sophie, ya te lo dije; no es nueva la conquista y preferiría no hablar de él.

—Viri, he andado por el mundillo de los hombres lo suficiente para saber que incluso los más inteligentes, son medio estúpidos. Seguro puedo ayudarte para cerrar el trato —era la primera vez que deseaba que Sophie regresara a Nueva York temprano, sabía que su intención era buena, pero...

—He coincidido con él en muchos eventos, le he pedido tantas veces que me lleve a la cama, que ya resulta humillante —no podía decirle que se trataba de Gordón, todavía no estaba lista para que mis hermanos le rompieran la cabeza. Por muy amigos que fuéramos, once años eran once años, y mis hermanos sabían que estaba encaprichada con él desde niños, no quería que fueran ellos los que sumaran uno más dos—. Soy algo así como un reto que no quiere lograr. Te aseguro que no hay cosa que puedas decirme para cerrar el trato. Si no quiere, no quiere.

—Pero..., no entiendo cómo te puede rechazar. ¿Qué no te ha visto? ¿No ha hablado contigo? ¡Eres una jodida belleza, Viri! —en eso si podía coincidir con mi hermana, tal vez no era la mujer más guapa en la faz de la tierra, pero definitivamente le agradaba a más de uno.

—No es la manera como espero que sucedan las cosas, Princesa, confío en el destino, y en que...

—A la mierda el destino, Viri. Tienes que hacer todo lo que esté en tus manos para que el *destino* esté de tu lado y salga como tiene que salir. Tienes que dejar ir el bendito síndrome de Cenicienta, tú eres un Hada, saca los polvos mágicos y haz lo necesario para que puedas coger como se te dé la gana —no sé cómo lo hacía, pero en labios de mi hermana, coger y cuentos de Disney sonaron correctos.

Le aventé un cojín en la cara, para cuando terminamos de reírnos, ya me hallaba bañada, cambiada, y lista para corromper un par de ecologistas. Sophie tenía razón, solo yo era la responsable de formar mi propio cuento de hadas, y en mi versión, a esta Hada la cogían dos gnomos.

Me aparecí en su puerta con dos maletas y un cuerpo dispuesto a disfrutar los placeres de dos Gardner.

Mis ojos se cerraban. Me sentía mareada, desbordada de serenidad, mientras Morfeo me llamaba a sus brazos, me quede con la imagen y sensación de tranquilidad que me brindó la bienvenida de los dos Gardners.

Un susurro lejano me llamaba desde el más profundo de los sueños. El calor de un sólido cuerpo clamaba mi atención. El aroma de poder y

seducción llenó mis sentidos. Una pequeña sonrisa se explayó en mi boca antes de que pudiera abrir los párpados.

—Despierta, Viri, no vas a pasar el día en la cama —mi nombre en la voz de comando de Gordón era la mejor que se podía escuchar al despertar. Un delicioso escalofrío me recorrió, solo con su voz, solo eso necesitaba para estremecerme.

Abrí los párpados para encontrar a Gordón Gardner recién bañado e inmaculadamente vestido. Terriblemente sexi.

—Días —era maravilloso despertar cubierta con una manta de felicidad, de seguridad, de pertenencia.

Volví a empuñar las sábanas y a cerrar los ojos. Estaba muy contenta como para salir del sueño.

—Si no sales de la cama, lo voy a tomar como una señal de que necesitas unas buenas nalgadas como desayuno —el susurro en mi oído me hizo sonreír, si planeaba amenazarme, más le valía usar otro método. Un par de nalgadas no me asustaban, por lo contrario, podían ser el interludio de una buena sesión mañanera.

—He sido una niña muy, muy mala. Tal vez necesitas castigarme —la caricia en mi desnudo trasero se hizo más fuerte, más demandante. Me prepare para el azote, pero Gordón tenía otros planes.

—¿Y se supone que te voy a dar el gusto? No creo, Muñequita —su mano se retiró de mi cuerpo dejándome jadeante y anhelante—. Fabio te va a acompañar a desayunar, yo tengo que salir.

Después de darme un ligero beso en la frente, vi que realmente tenía toda la intención de dejarme jadeando. Por instinto retiré las sábanas de mi cuerpo, subí las manos, arqueé la espalda y separé las piernas, Gordón se detuvo de inmediato, su mirada recorrió mi cuerpo deteniéndose en los pliegues húmedos que lo necesitaban, su respiración se hizo más fuerte, más profunda, un sentido de poder terminó de despertarme. Tal vez yo tenía que ponerme a sus pies, pero yo definitivamente llamaba su atención.

—Mírate, tan orgullosa de ti misma. ¿Te tengo que recordar quién es el que manda?

—Si lo consideras necesario —contesté haciendo un guiño.

—Eres una Hada muy manipuladora, Muñequita.

—¿Yo? ¿Por qué dices eso? —Acaricié uno de mis brazos y subí mi cadera al mismo tiempo—. Simplemente me estoy ofreciendo para lo que

consideres necesario. Estoy aquí para complacer. ¿No era ese el juego? —Vi con una sonrisa como se acercaba, subí el cuello para recibir el beso, pero en vez de beso, advertí las sabanas cubriendo mi desnudez y su aliento en mi cuello.

—Me complacería más, que, por una vez, dejaras de manipular y obedecieras. No hagas esperar a mi hermano —temblé con el profundo comando, la voz del León provocaba ovulación, incluso en algunos chicos, de hecho, estaba segura que su voz podía convertir homosexuales en heterosexuales, y viceversa.

Me escurrí afuera de la cama y gruñí cuando escuché su regocijo al cerrar la puerta de la habitación. ¡Aburrido!

—Gordón dejó eso para ti —fue el, *buenos días* de Fabio señalando una hoja de papel con la cabeza.

Contrario al escalofrío que sentía cada vez que Gordón hablaba, con Fabio sentí un poco de vergüenza, salir desnuda de la habitación fue una muy mala idea.

—Vamos, cariño, ya te he visto desnuda. No te sonrojes —puntualizó atormentando con su pulgar uno de mis pezones.

Tuve que respirar profundo para centrarme en sus palabras y no en sus acciones, por más que intentara, si un hombre —o mujer— me tocaba de esa manera, mi cuerpo respondía. Nada tenía que ver los sentimientos, el cuerpo es el cuerpo. Pero por más que me gustara, no podía jugar con Fabio a solas... No tenía muy claro el por qué, solo sabía que no debía.

Lo hizo difícil cuando acarició ascendentemente el interior de mi pierna, mi pobre, adolorido, y ya listo coño se estremeció, tuve que cerrar los ojos y pensar en Inglaterra para concentrarme.

—¿Sientes vergüenza, Viri?

—Excitación —admití.

—Eso es bueno, ¿no?

¿*Lo era?* Incluso en su voz se escuchaba la misma indecisión que rondaba en mi cabeza. Acabando con mi tormento, recargó su frente en la mía, ajustando su cuerpo al mío con sus manos en mi cintura. Aunque nos tocábamos por todo lo largo del cuerpo, no había esas chispas que se suponía debía haber.

—Te voy a hacer un par de preguntas. No hay buenas o malas respuestas, no es para juzgar, solo necesito que seas honesta conmigo, ¿estamos? —

Asentí mirándolo a los ojos—. ¿Cómo te sientes compartiendo fluidos con Gordón y conmigo? —Fabio me gustaba, no se andaba por las ramas.

—Poderosa. Aterrada. Todo en una buena manera, claro. Sé sintió bien dejar que alguien tomara decisiones por mí. Dejarme ir. De alguna manera me hizo sentir más fuerte.

—Te cuesta trabajo dejarte ir, ¿verdad? —volví a asentir mirándolo a los ojos—. ¿Por qué? —Yo quería mucho a Fabio, más que a un amigo, más que a muchos amantes, solo que no como platicarle mis secretos.

—No sé. Tengo un pequeño problema controlando mis emociones. Crecí teniendo esta vocecita en mi cabeza...

— ¿Qué dice la vocecita? —sonreí mientras sus dedos acariciaban mi cintura descuidadamente.

—Que soy una Northman—Carter Jones. Que tengo que ser firme, tenaz, inteligente, que la debilidad mental no existe en mí.

— ¿Y te sientes débil?

—Todo el tiempo —acepté.

De un solo movimiento me levantó por las nalgas. Aun cuando mi piel estaba desnuda, el movimiento no llevaba connotación sexual, más bien fraternal. Enredé mis piernas en su cintura mientras salía de la cocina para llevarme a la mesa del comedor. Me sentó en la mesa antes de decir—: Espera —regresó a la cocina mientras me debatía entre levantarme e ir corriendo por algo con que cubrirme, o esperar con las piernas abiertas, completamente desnuda en la mesa donde comían todos los días. Pero antes de que tomara una decisión, salió de la cocina con dos tazas, un café y un té. Al mismo tiempo que me entregaba el té, se instaló entre mis piernas como si fuera lo más normal del mundo estar entre las piernas desnudas de una mujer en su comedor... Tal vez lo era.

Me aferré a mi taza separando un poco más mis piernas, abriéndome más a él. Dos de sus dedos recorrieron lo largo de la entrada de mi cuerpo deteniéndose justo en el hinchado nudo que la coronaba, dejó su taza en la mesa, para que fueran ambas manos las que recorrieran el interior de mis piernas, y con dedos delicados abrieran los pliegues.

Gracias a mis benditos genes, la urgencia porque entrara se hizo casi sofocante.

— ¿No crees que es tiempo de dejar descansar esa cabecita y empezar a escuchar ese corazoncito? —la pregunta fue acompañada de un ligero circulo.

—Estoy tratando.

—Trata más fuerte —decretó introduciendo uno de sus dedos.

—Quiero... de verdad quiero... —jadeé mientras otro dedo se unía al movimiento suave—. Ayer... —tuve que cerrar los ojos, sus dedos me estaban llevando rápidamente a la tierra de siempre jamás—, fue como ver la luz al final del túnel. Finalmente siento que estoy en un buen camino.

—Definitivamente lo estas —Fabio ya se había recargado en mi cuerpo, rodeado mi cintura para mantenerme en lugar y agregado otro dedo a mi interior. Su respiración se acompasó con la mía, sus gruñidos se unieron a los míos—. Sí, cariño, ayer fue fabuloso. Hoy me gustaría más —estaba tan cerca de estallar, el movimiento de sus dedos se hacía más rudo, más demandante.

—Es extraño —alcance a decir entre jadeos—, hacer esto contigo. Entregarme sin pensar. Me hace sentir aliviada, y al mismo tiempo..., no sé, extraña.

—¿Te parece si nos aferramos al alivio antes de analizar lo de extraño?

— ¡Si! —Mi cabeza cayó hacia atrás mientras puntitos de colores brincaban atrás de mis parpados.

Mientras rasgaba un condón, aseguró—: Gordón no te va a abandonar, yo siempre voy a estar para ti, entre los dos vamos a cuidar de ti.

¡Y vaya que me cuidó!, tres orgasmos después, me dejó ir con una sonrisa maliciosa—: Tiempo de desayunar, cariño.

¿Eso era todo? Fabio era como un Oso polar, se ven tiernos y suaves, pero no hay que olvidar que desayunan focas por las mañanas. Y mucho me temía que me acababa de atravesar con uno que me iba a derribar fácilmente con un buen zarpazo. Solo que, en el fondo, sabía que yo siempre podía contar con él.

Víctor llamó varias veces, se suponía que en cuanto volviera de Dite iba a regresar directo a él, de rodillas. Me *obligaba* a decirle *Amo*, cosa que no me molestaba, creaba escenas donde yo salía con varios orgasmos, nada mal para alguien que nunca pagaba nada. Siempre lo vi como un juguete prestado, me gustaba jugar con él, pero nunca pensé en quedármelo.

Ya me cansé de que ignores mis llamadas. La próxima vez que vengas de rodillas a mí, no te voy a aceptar.

Con un suspiro borré su mensaje, demasiado para un juguete prestado.

27

Fabio

Pasaron un par de semanas perfectas, el periodo de luna de miel, nosotros trabajábamos mientras ella iba a la escuela. Ella y nosotros éramos parte de las respectivas familias desde siempre, fue algo natural el que nos compenetráramos tan bien, aunque para mi gusto, un poco forzado. Gordón deseaba esto desde hacía tanto tiempo, que parecía surrealista. Mi trabajo era intentarlo, y lo intenté con gusto.

Viri, desaliñada y perfecta, me regaló media sonrisa cuando descubrió que la miraba fijamente, cada razón que gritaba que la debía amar como la amaba Gordón, simplemente no terminaba de convencerme. Los sentimientos son tan volubles. No puedes confiar en ellos, porque a veces no saben diferenciar entre lo correcto y lo incorrecto. Entre el amor y el deber.

Envolví mis manos alrededor de su cuello, y acaricié sus labios con los míos. Nadie podía negar que el Hada tenía un cuerpo que podía hacer cambiar de opinión a un padre sobre sus votos; esa cara, esos senos, esas piernas, incluso las manos... Todo se veía muy apetecible, era apetitoso, nadie lo negaba, nadie lo dudaba. Pero ni su corazón ni el mío se guiaba por orgasmos, su corazón quería amor, y por mucho que quería a mi hermano, no había esa... chispa que prendiera su corazón. Al cambio con Gordón... con él solo bastaba una mirada para que la vieras estallar de amor.

El corazón sabe lo que quiere, y Viri me quería como a un hermano... cariñoso, por supuesto, pero no como pareja.

Pasó casi un año. Y había pasado cada una de esas noches con nosotros, dormía con nosotros, comía con nosotros, reía con nosotros, parecía que todo marchaba como se supone que tenía que marchar, pero solo era una fachada como en uno de nuestros edificios, porque la realidad era, que nunca estuvimos realmente juntos. Al menos no de la manera que Gordón quería, o

que ella fantaseó. Cada vez que Gordón viajaba, a ella y a mí se nos hacía más difícil funcionar, huía al Palacio y regresaba justo antes de que llegara mi hermano, lo raro es, que a mí no me molestaba, en realidad, me gustaba que se fuera.

Algo tenía que hacer.

—Si sabes que te quiero, ¿verdad?...

—Pero no como pareja —interrumpió leyendo mi mente.

—No como él te quiere —acepté finalmente. Ella no merecía verdades a medias—. Pero si te quiero, y mucho. Si estás de acuerdo, podemos intentarlo tú y yo solos, podemos salir tú y yo, sin que nos estén observando —dije girando los ojos hacia la puerta.

Ella sabía a quién me refería porque sonrió con ese brillo que solo Gordón le daba.

—Podríamos intentar crear una relación tú y yo, y ver a dónde nos lleva.

Viri levantó su mano y entrelazó sus dedos con los míos, su piel era de seda, era imposible encontrar piel más suave. Levantó la mirada y me vio a los ojos. El que mi corazón no cayera rendido ante ella era un misterio para mí, no entendía que más podía pedir; sus ojos verdes mostraban claramente un alma pura, una mujer fiel, fina, delicada, una mujer que solo existe en sueños porque la realidad no es tan benevolente, y, sin embargo, aquí estaba, enfrente de mí, entrelazando sus manos con las mías, y no sentía nada más que un amor fraternal.

—Yo también te quiero, Fabio, así como quiero a Bruno y a Luca...

—Pero no como a Gordón.

—Pero no como a Gordón —aceptó sin titubear—. No quiero forzar algo que no está destinado a ser, disfruto mucho de tu compañía en la cama como para arruinarla con algo tan mundano como el amor.

Sonrió antes de abrazarme por la cintura y cerrar un capítulo, que no tenía sentido escribir.

Aunque, solo por aclarar—: Siempre voy a estar disponible para ti. No importa el lugar o el tiempo, yo siempre voy a estar para ti. ¿Estamos?

Viri, asintió, antes de quitarse la blusa y dejarla caer al suelo. Intercambiamos fluidos toda la tarde y hasta bien entrada la noche.

La menor de los Northman—Carter Jones tenía absolutamente toda la razón, *no se puede forzar lo que no está destinado a ser*. Ojalá Gordón se diera cuenta pronto que Viri ya sabía lo que quería.

28

Viri

Mi mente se consumió en un sentimiento por llegar. Pero la realidad era, que muy dentro de mí, sabía que no sucedería. Y Gordón me lo iba a confirmar:

—Te amo...

Crecí en un palacio donde decir *te amo* era algo de todos los días. Nunca le presté atención a esas dos palabras, simplemente porque las escuchaba todos los días y a todas horas, para mí un *te amo*, era más que una frase, eran acciones; Era darme un beso antes de ir a dormir, así mis padres vinieran muertos de trabajar, a la hora que fuera, ellos nunca se iban a dormir antes de darme un beso de buenas noches, de arroparme, de decir, *te amo*. Era llorar conmigo, pelear, discutir con mis hermanos, al final del día, siempre había un *te amo*. Pero cuando se lo dices a la persona con la que quieres pasar los restos de tus días, tiene otro significado, todo cambia. Sobre todo, cuando la persona te contesta—: No juegues, Viri.

Mi corazón se fue desmoronando poco a poco, con cada minuto, con cada respiración, necesitaba valor, y no sabía de dónde sacarlo.

—Te amo, Gordón. Nunca pensé que podría... podría... amar a alguien tanto como te amo a ti —sonreí, tratando de mantener mi mirada fija en él.

Hizo una pausa para mirarme, tratando de saber a dónde iba esto, nuestro futuro. Juntos. Como una familia.

—El sentimiento es mutuo, Muñequita... —era lo más cercano que había dicho a un *te amo*. Fue patético el vuelco que dio mi corazón.

—Pero, ya no podemos hacer esto —jadeé, mi boca se había secado.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo que debemos dejar de engañarnos y aceptar que esto no está funcionando —mis ojos se agrandaron con cada palabra, no sabía de

dónde habían salido tantas palabras.

— ¿Es por Fabio? —Sé lamió los labios y bajó los ojos—. Dale tiempo, tengo fe ciega de que las cosas van a funcionar. A tus padres les ha funcionado, incluso a los míos les ha funcionado, Fabio te quiere... —no quería mirarme, era como si le doliera decir lo que estaba diciendo.

No tenía sentido alargar más la tortura, él ya había hablado, sus acciones, sus miradas. Y, especialmente, su falta de palabras.

—El sexo ha sido bueno —no reconocí al hombre sentado frente a mí. Era como si fuera un extraño, no la persona a quien le había dado mi corazón y mi alma. Él me miró con ojos tristes, casi arrepentidos.

—De eso se trata, ¿verdad? De sexo. No has hecho nada más que jugar conmigo, ¿verdad?

—Eso no es verdad y tú lo sabes.

— ¿Lo sé? —Me deje caer sobre la cama. Absolutamente derrotada.

—Simplemente no es el momento adecuado —afirmó—. Ya crecerás y te darás cuenta de que Fabio y yo somos... somos tu pareja.

—Yo... crecer. ¡Por todos los cielos! Tú crees que sigo siendo una chiquilla... —no era una pregunta, era un hecho que hasta ahora concebía— Soy... Soy tu chiquilla, tu Muñequita... soy tu puta.

— ¡No! —Estuvo junto a mí en tres pasos—. ¡Te quiero! Nunca lo dudes —enfaticó, agarrándome de la cara.

Esa fue la primera vez que lo dudé.

—Me voy —la noticia no fue bien recibida, los dos tenían un semblante de abandono casi cómico—. A trabajar a California —agregué solo por agregar.

Yo sabía que no iba a regresar por un par de meses, mucho menos a ellos.

— ¿Y la escuela? ¿No tienes problema por dejar el semestre a la mitad? Seguro descuidar la escuela te crea problemas. Incluso a ti —por un segundo desconocí a Gordón, no era muy propio de él enfatizar palabras con veneno, y el último comentario, ese comentario estaba de más.

Él bien sabía que yo era la más interesada en terminar la escuela en tiempo y forma. Así como también sabía que mi presencia no era necesaria, yo podía seguir estudiando a larga distancia, así como seguía la decena de proyectos que llevaba para la fundación Carter.

—No abandono nada —afirmé tajante.

—Nos abandonas a nosotros —intervino Fabio removiendo su café.

Preferí subir la mirada al cielo antes de entrar en una discusión con ellos; Fabio solo quería fornicar conmigo, y Gordón no quería involucrar sentimientos. ¿Qué diablos hacía aquí? Como entretenimiento ya estaba bueno.

—Estoy segura de que más voy a tardar en cruzar esa puerta, que en lo que van a tardar en encontrar otra muñeca con qué jugar.

—No digas tonterías.

Oh, Gordón venía desatado

— ¿Ahora también soy tonta? No, *Muñequito*... —toda mi reserva de veneno se mezcló en esa palabra—, puedo ser muchas cosas, pero tonta no soy.

La reacción de Gordón fue rápida, casi 007, directo a matar—: Sabes que, Viri, tiene razón. No vamos a tardar mucho en encontrar a alguien más con quien jugar.

Gordón Gardner dio la media vuelta, y me dejó admirando su perfecta espalda.

¿Estás segura de que esto es lo que quieres?

Fue el mensaje de Fabio camino al Palacio.

No importa lo que yo quiero. Es lo que tiene que ser.

Fue mi contestación antes de que Tomás estacionara y apagara mi celular. Suficiente de los Gardner.

29

Viri

—Me quiero morir.

—No digas tonterías, Viridiana —Owen nunca me llamaba por mi nombre completo. Tuve que voltear a verlo para que se tranquilizara.

—Api, estoy enamorada de alguien que no me quiere.

— ¿Quién es? —miré el suelo detenidamente—. Lo conozco —afirmó más para él que para mí—. Ay, Viri, por favor dime que no es uno de los Gardner. Con Sophie tenemos suficiente —me mordí los labios antes de contestar, no me gustaba mentirles a mis padres. Aunque últimamente lo hacía muy seguido.

Solo por necesidad.

—Es de la escuela.

—Eres tan joven. Va a haber muchos... te prometo que vas a encontrar a dos o tres hombres de calidad en tu futuro.

—No me estás tomando en serio, Api. No es amor de niña. Odio que me traten como bebé. Lo que siento es real —Owen rodeó su escritorio y se sentó enfrente de mí en la alfombra.

Si, lo sé, no hablaba muy bien de mí que, en cuanto terminara una relación fuera corriendo a los brazos de mi Api, pero no lo podía evitar, yo amaba a mis padres.

—Y no lo dudo. Pero el amor real, es cuando ese alguien que quieres, te quiere de regreso. Te va a pasar algún día.

— ¿Lo prometes?

Me sonrió antes de asegurar—: Estoy seguro.

—Y no va a doler como esto, ¿verdad?

—Oh... eso no te lo puedo prometer.

Los dos nos reímos mientras Bola revoloteaba entre los dos.

Owen tenía razón, un hombre no podía ser el fin del mundo cuando había tantos por ahí. Lo mejor era agradecer lo que Gordón me enseñó y olvidar el mal episodio del corazón roto. Así que bloqueé los sentimientos y me enfoqué en lo real, en lo físico. Sexo. Puro y sin adular, sexo. Me encantaba, simplemente me encantaba. No podía describirlo de otra manera; el sentir piel con piel, la cercanía, el cuerpo dentro de mí, ¡ahhh, si, sexo!

Fue fácil encontrar hombres y mujeres que tuvieran un poco en común conmigo, un poco de investigación en redes sociales me reveló que realmente había mucha gente con algunas cosas en común —es decir, nativos de Chicago, amantes de los perros, y aspirantes a ser adultos... algún día—, había quien tenía en común conmigo más de un aspecto, había quien solo tenía algo en común conmigo, pero lo importante, es que era gente como yo, con necesidad de cama, de intimidad. Así que tenía muchas esperanzas de que el corazón partido fuera cosa de una sola vez, y el sexo de muchas.

Como era mi primera vez buscando problemas sola, hice mi mejor esfuerzo para asegurar que todo marchara suave y amistoso; escuela, fundación, y lugares donde buscar problemas. Pero me topé con pared en mi primer intento; obviamente no iba a usar mi nombre real, así que me presente como Dana, entre al café, me senté para esperar al desconocido, y justo cuando vi entrar al hombre —que se hacía llamar John— con el que contacte en face, una mujer se acercó.

—Disculpa, eres Viridiana Carter, ¿verdad? De la fundación Carter —tratando de parecer atenta a la mujer, hice lo posible para ocultarme de John, que buscaba por encima del hombro.

Tom ya se levantaba de su mesa, cuando con una señal le dije que todo estaba bien.

—Si, soy Viri.

—Quería... quería agradecerte —a la mujer se le corto la voz, algo que llamó mi atención.

Deje de preocuparme por John y con una seña, invité a la mujer a que me acompañara; entre sollozos, la mujer me explicó que me había reconocido de mis años como voluntaria en una de las fincas Foster, que era solo una adolescente, pero que gracia a mí, había encontrado a su hijo. Intenté recordarla, pero por más que lo intenté, no la pude ubicar.

—Jugabas con los niños como si fueran tus hermanos, pero lo que más llamó mi atención, fue lo amable que te portaste con Francisco incluyéndolo

en todos los juegos y bromeando con él —*Francisco... Francisco...* no, no lo ubicaba—. Estaba en silla de ruedas —me recordó.

— ¡Oh, Pancho! Por supuesto que me acuerdo de Pancho, ¿cómo está?

Pase la siguiente hora hablando de Pancho, ahora Francisco, de lo delgado que era, y de lo valiente que era; Pancho había visto como su madre asesinaba a su hermanita en la bañera cuando apenas tenía siete años, Pancho se enfrentó a su madre en corte, y él terminó en la finca Foster. El hecho de que no pudiera caminar, probablemente fue lo que lo salvo de correr con la misma suerte que su hermana.

Llegué al Palacio directamente al estudio de Owen para contarle la historia de Pancho, y agradecerle, otra vez, el que me incitara a hacer trabajo voluntario, definitivamente me seguía produciendo muchos beneficios.

Y también para avisarle que iba a California por lo que restaba de mes, porque por muy satisfactorio que fuera el trabajo voluntario, no satisfacía lo que yo quería satisfacer en estos momentos.

El vuelo de cinco horas fue un tormento, la imagen de Gordón, de Fabio, parpadeaba en mis ojos en todo momento; jugando, canturreando, llenos de intensidad, de magia, ¿en qué momento algo tan bello se convirtió en tormento? Tal vez en el momento que, sin importar lo que nosotros planeamos, el destino se interpuso.

Hay pocas cosas mejores en la vida que despertar junto a un hombre dispuesto. Y, por supuesto, cuando me levantó junto a un hombre o mujer, siempre está dispuesto.

—Buenos días —susurró perezosamente Víctor

Víctor era..., era..., no era Gordón. Esa era su mejor virtud. Ahora necesitaba un juego más autoritario, más firme, más protector. Cuando estaba con él, yo era su todo, y en poco tiempo él se convirtió en mi mundo. Lo conocí en uno de mis muchos viajes a California hacía muchos años atrás, era un director medianamente conocido en televisión, no había tenido un gran éxito, pero creaba escenas que..., bueno, eran escenas donde yo era la protagonista y el sexo era mi mejor compañero.

Gordón varias veces me había rescatado de él.

Rodando hacia un lado para mirarme. Se movió en mi dirección como si fuera a besarme, pero lo detuve colocando mi mano sobre su pecho y manteniéndolo a raya. No deseaba un beso, deseaba lo que se frotaba contra

mi pierna. Mi mano se deslizó hacia abajo sobre su estómago y solo se detuvo cuando encuentro la verga endurecida.

Mi *Amo*, me abrió las puertas de su departamento en cuanto me presente, y no de rodillas. Era perfecto para pagar mi despecho. Obviamente me costaba, y ahora el precio fue un viaje a las Vegas.

—Buenos días —finalmente contesté con una sonrisa maliciosa. Pateando las sábanas hacia atrás, dejé que mis ojos vagarán hasta el —aceptable— objeto de mi afecto. Antes de que lo pudiera pensar, use mi mano libre para empujarlo y obligarlo a rodar sobre su espalda.

—Alguien despertó hambrienta —susurró, tratando de jugar o para evitar la realidad; lo había usado cual vil carne y nada más. No me sentía orgullosa de ello, eso tenía que servir como consolación.

—Siempre estoy hambrienta —le respondí para luego trepar sobre su cuerpo.

No estaba de humor para hablar; solo quería divertirme un poco antes de meterme en un vestido y dejar Las Vegas para regresar al mundo.

Apoyó sus manos en mi trasero apretando los cachetes, para luego mirar mis senos con avidez. Afortunadamente, él también me había usado con el mismo fin, un sudoroso y satisfactorio fin. Levantó su cuello buscando un pezón con labios separados, para luego chuparlo con frenesí. Dejé escapar un profundo suspiro y, al mismo tiempo, busqué un condón bajo la almohada, el mejor lugar para no olvidarlos. Quietecito, y sin protestar, se dejó enfundar. Tan buen juguete. Como recompensa, empecé a frotar la punta de su dureza arriba y abajo, por todo lo largo de mi ya humedecida entrada.

—Eso es todo, Sub —jadeó.

A cada segundo, su voz se escuchaba más pesada, más parecida a la de... Decidí que era suficiente charla y palabras sedosas, era hora de satisfacer a mi preciosa vagina. Alzando levemente mis caderas, encajé la punta de su carne entre mis labios y bajé lentamente, mis párpados cayeron mientras su verga se deslizaba dentro de mí.

—Oh, así, Sub —continuó, empujando hacia arriba.

Me apoyé en él, y respondí a su sonrisa. No podía negar que era guapo, mi piel contrastaba perfectamente con lo apiñonado de la suya, sus ojos negros brillabas siempre, podía ser la excitación o las líneas que constantemente suspiraba, pero sus ojos brillaban y eso me gustaba.

Clave mis uñas profundamente en sus pectorales y empecé a balancear

mis caderas hacia adelante y hacia atrás, construyendo un ritmo mientras sentía la dulce calidez que se extendía debajo de mi piel.

—Muy bien, Sub —repitió.

No pude evitar sentirme un poco molesta; *si va a hablar, ¿por qué insiste en repetir lo mismo una y otra vez?*

—Muy bien... —antes de que repitiera lo de *Sub*, enterré las uñas profundamente en su pecho, lo suficientemente fuerte como para extraer sangre.

Un duro jadeo reemplazo sus palabras, y su verga rápidamente latió dentro de mí. Comencé a montarlo lo más rápido que pude, entraba y salía rítmicamente de mí, pero la carne dura no era suficiente para mí, me incliné hacia atrás y, con un gemido, llevé una mano directamente entre mis muslos.

— ¡Yo! —Exigió dándome un manotazo.

¡Finalmente!

Presionó dos dedos justo sobre el nudo de nervios y empezó a frotar rápido, igualando el ritmo con el que lo montaba. Mi corazón inicio una carrera rápida al mismo tiempo que mis paredes lo apretaban viciosamente. La electricidad se disparó desde nuestra unión hasta mi cerebro, dejando un camino de fuego por toda mi espalda.

—Oh, Dios, eso estuvo bien —me reí entre dientes, y luego giré hacia un lado despreocupadamente, su verga se deslizó fuera de mí con un sonido húmedo. Rico.

Se giró hacia mí con una sonrisa hambrienta en sus perfectos y esponjosos labios, una de sus manos fue bajando por todo mi costado, cosquillitas volvieron a brincar. Víctor podía ser muchas cosas, pero era imparable en la cama, siempre quería más, y si a su cuerpo se le agotaba la energía, usaba lo que encontraba para jugar. Era muy creativo.

—Eres fantástica, Sub —sonreí mientras le daba un beso en la mejilla.

—Tú no eres del todo malo... *Amo* —me causaba mucha gracia ese juego, él era más bien mandón, no un *Amo*.

—Al demonio... Vamos a casarnos —mi carcajada la debió escuchar media ciudad, aparte de creativo, era gracioso—. Estoy hablando en serio. ¿Qué esperamos?

—No lo sé..., tal vez, ¿pasar más de dos semanas juntos? —Su risa, mi risa se mezclaron como si fuera una.

Las maravillas de la bendición postcoital.

—Tu y yo vamos a terminar enfrente de un altar tarde o temprano. Eres mía, lo sé. Más vale hacerlo temprano, ¿no crees? Es romántico.

—Casarnos... ¿Así..., sin más?

—Así, sin más —confirmó—. Yo te amo —susurró casi avergonzado.

—No digas eso si no lo sientes, Víctor.

—Ese es el punto, Viri, que si lo siento —sus brillantes ojos negros tintineaban con esperanza, con... ¿amor?

—Y creo que muy en el fondo, tú también me amas a mí, sino ¿por qué regresas a mí? Sé que el sexo es fabuloso, pero en realidad, ¿es solo sexo? No lo creo. Yo tengo fe que es amor,

—¿Fe ciega...? —susurré recordando a Gordón.

—Fe ciega —coincidió conmigo.

Sin pensar, solo sintiendo, acepté.

— ¡¿Qué mierda crees que haces?! —Ni siquiera el exabrupto de Gordón logró que mi sonrisa desapareciera. Se sentía tan bien tener un propósito, tener fe.

Era increíble lo rápido que llegó, yo quería invitar solo a mis hermanos, pero conociendo a Sophie, seguro estaba en la cama con algún Gardner, y conociendo a Kurt, seguro estaba en comunicación con otro Gardner. No tenía mucho sentido ocultarlo. Además, no había nada que ocultar.

—Casarme, Gordón, esa mierda es lo que hago. Deberías probar, sabe muy bien —hice un guiño y me dirigí al enorme espejo de la habitación.

El azote de la puerta al cerrarse hizo que el espejo vibrara, que la habitación vibrara, pero no mi interior, yo estaba segura de mi decisión.

—Deja de verte al jodido espejo, y explícame qué diablos es eso de casarte.

Con un suspiro me senté en la cama, bien sabía que tenía que explicarle —así como a mis hermanos— con bolitas y palitos, que la emoción que sentía con Víctor era algo que quería todos los días de mi vida.

—Cuando estoy con él, soy más... sólida, como más segura, más oscura. No sé cómo explicarlo con palabras, pero la emoción aquí adentro —enfaticé tocando mi pecho—, es la más grande y maravillosa. La quiero todos los días y a todas horas.

— ¡Estás loca!

—Si, nunca lo he negado. Conozco bien a la gente loca, soy hermana de

dos de ellos, soy hija de locos, toda mi familia está loca, y hasta no hace mucho, vivía con dos locos, soy una de ellos. Pero lo que siento por Víctor no es una locura, es una verdad. Más vale que lo aceptes.

No pude leer su expresión, nunca lo hacía. Pero aguardé pacientemente a que mis palabras asentaran por lo que parecía una pequeña eternidad.

—Viri, ciertamente estás loca, pero esto —reemplazo mi mano a la altura de mi corazón— es solo mío —me levanté impulsada por el dolor que sentí en el instante que me tocó.

— ¿Qué es lo que quieres, Gordón? ¿Vienes a darle el visto bueno a mi vestido?

—Tu vestido, tu ropa interior, tu piel, el calor de tus entrañas... quiero darte el visto bueno por dentro y por fuera —fue inevitable el escalofrío, lo más que logré, fue mirar el vacío y no perderme en sus ojos—. Ante todo, Viri, quiero tu amor... dame tu amor —el imbécil lo tuvo por años y, ¿solo lo reclamaba el día de mi boda?, muy conveniente.

—El *amor* está sobrevalorado, ¿recuerdas? Me lo has repetido muchas veces, Gordón. Yo no soy la mujer que merezca tu *amor*.

Tuvo la osadía de tocar mi barbilla y obligarme a subir la mirada—: Hace casi once años... —bajó la mirada para revisar su reloj antes de volver a causar un escalofrío de excitación en mi traicionero cuerpo—, con unos veinticinco minutos, me condenaste. Tu maldición me ha perseguido, Viri, es una maldición que no me deja ser feliz. No actúes como si lo que siento por ti fuera... nada. Es todo, para mí es todo —traté de respirar con normalidad, fracasando abismalmente.

Era imposible actuar como si no me afectara. Pero yo lo conocía bien, mejor de lo que él creía.

— ¿Ya cambiaste tu manera de pensar, Gordón? ¿Ya te decidiste a dejar a tus hermanos atrás y hacer una vida por ti mismo? ¿Ya no vas a querer compartir mis movimientos, mis gustos, mis gemidos?

—Siempre voy a querer eso, Muñequita...

Vi el esfuerzo en su cuerpo para controlar la excitación, un esfuerzo inútil considerando que sabía de memoria la dilatación de sus ojos, el cambio de respiración, la fuerza de su toque cuando se excitaba. Gordón estaba excitado, y para destruir mi boda, eso me excitaba a mí. La humedad entre mis piernas no era producto de la espera de mi noche de bodas.

—Tú sabes que no me es extraño compartir, fui educada para ser abierta a

toda clase de ideas, pero...

—No se trata de educación, lo traes dentro de ti.

—No, Gordón, no de la misma manera que tú lo quieres. Mi piel no está construida para aceptar dolor, mi piel está construida para ser acariciada, eso también me lo dijiste tú, ¿recuerdas? El último año, solo ha sido de dolor. De buscar algo que no está ahí.

Bajó la mirada en derrota, se recargó en mi hombro como un moribundo —: Siempre te he querido, Hada, siempre te voy a querer... Y tú lo sabes. No te cases..., por favor —aunque fue un murmullo, la plegaria fue lo suficientemente fuerte para hacerme temblar.

Guardé silencio, no tenía palabras... y si lo volvía a pedir, tampoco iba a tener voluntad.

Con la fuerza del espeso silencio, se separó de mí—: ¿Cómo puedes estar con él, y no conmigo? ¿Cómo puedes casarte con él, y no conmigo?

—Tu nunca me has pedido matrimonio.

— ¿Eso quieres? ¿Quieres casarte? Vamos a casarnos, ahora mismo — tomó mi mano para guiarme.

Por segundos, más de los debidos, dudé.

— ¡Para! —Mi voz salió más fuerte de lo que esperaba. Mi garganta quemaba por las lágrimas acumuladas—. Por favor, para —el ruego fue suficiente para verme rodeada por sus brazos.

—Todavía tengo el sabor de tu cuerpo en mi boca. Lo puedo saborear todos los días, todas las noches, incluso cuando mi boca está en el cuerpo de otra mujer —mi cuerpo se tensó muerto de celos.

Odiaba imaginarlo con otras mujeres, en lo que a mí correspondía, Gordón Gardner era célibe. Y no se trataba de su cuerpo, se trataba de sus sentimientos, mi mayor temor es que se enamorar de alguien más.

—He tratado con todas mis fuerzas no anhelarte, pero ha sido imposible; tu cabello, tus labios, tu piel... eres mi maldición, Muñequita, mi enfermedad. Puedo vivir sin ti por periodos, incluso largos, pero si te casas... —si no paraba de acariciar mi labio con su pulgar pronto, mi boda se iba a ir al infierno con la rapidez de una llamarada.

—Déjame ir —imploré desesperada, excitada—. Por favor —contrario a mi ruego, me acercó todavía más a él.

—Por años he ignorado a mi cabeza y he cumplido cada uno de tus caprichos. Regrésame el favor, Viri, no te cases... Es solo un capricho.

Algo se prendió en mi interior—: ¡¿Cómo te atreves a decir eso?!

Su fuego también se prendió, ya no había máscara de ternura—: ¿Es demasiada honestidad? Lo puedo decir de otra manera, Hadita. Puedo decir que dejes de actuar como una chiquilla estúpida y finalmente crezcas. Ya no eres una adolescente que se escapa de casa para tener una noche loca, ya eres una mujer, actúa como tal.

— ¡Maldito imbécil! Ni siquiera te puedes comportar con propiedad, es mi boda...

—Hace mucho que dejamos atrás lo propio y lo impropio, Viri, la última vez fue cuando te cogí el trasero con tanta fuerza, que mis pelotas rebotaban en tu coño.

Claramente sentí como la furia teñía mi piel de carmesí—. ¡Al carajo, Gordón! ¡Vete al carajo! ¡Sal de mi habitación!

Sin ningún tipo de delicadeza soltó mi mano, dejándome helada, temblando—. Deja de patalear, Viri, parece que vas a tener lo que mereces. Si él te hace feliz, bien por ti. A ver cuánto te dura el jugueto.

Antes de que saliera de la habitación, escupí el humo que me ahogaba—. Más feliz de lo que alguna vez he sido. Me coge como nadie me ha cogido. Me ama como nadie me ha amado —regresó directo a cubrir mi cuello, si no media su fuerza, me podía matar. Tal vez debía.

Miedo, deseo, amor, lo sentía todo por él.

—Shsss, Muñequita, no digas estupideces —con toda lasciva empujó su erección frotando la conjunción de mis piernas.

Cerré los ojos intentando buscar control, pero lo volvió a hacer, volvió a frotar la gruesa dureza entre mis piernas y lo sentí en todo el cuerpo, en mi boca, en mis senos, en las manos que hormigueaban por tocarlo.

—Puedes fingir todo lo que tú quieras, que eres feliz, que lo amas, pero no finjas que es lo mejor que has tenido en tu cama, no es de una dama —causó otro jadeo de mi cuerpo antes de soltarme.

Se dirigía a la puerta, cuando volteó para matarme, así lo sentí, como un cartucho directo al corazón.

— ¿Me pregunto si tu prometido sabe de tu obsesión por el sexo? Seguro lo va a disfrutar..., por tres minutos. Después resulta... tedioso. ¡Cómo te pareces a tu mamá!

Si quieres herir a alguien, simplemente remarca algo que no pueda cambiar.

Gordón me hirió a muerte.

Obviamente no me case, mis hermanos llegaron para rescatarme, pero el dolor, el corazón roto, eso sí prevaleció.

Seis meses después...

Viri

— ¡Viri!

Camilla me alcanzó justo en el momento que me subía al lujoso carrito de golf. Sé le escuchaba muy exaltada, era extraño, ella solo perdía la compostura cuando tenía que perderla, en el mundo real era toda propiedad.

—Vi a este tipo. ¡Oh, Viri! te juro que con él si juego a la casita —no pude evitar la carcajada, Camilla era una mezcla de fuerza, determinación, ambición, e insumisión. No veía en su futuro una casita, Camilla se comía el mundo—. ¡No te rías que es en serio! —metí mi bolsa al carro de golf y le presté toda mi atención, parecía que todavía no era hora de regresar a la cabaña. Ella lo tomó como una invitación y me agarró de la mano jalándome nuevamente a la finca.

—Estaba hablando con Yaco. Tienes que lograr que juegue conmigo.

— ¡¿Qué?!

Volvió a jalarme como una niña pequeña cuando detuve mis pasos, ¿pues que creía está mujer? ¿Qué iba por el mundo buscando con quien jugar?

—Por favor, Viri. Si no me acuesto con ese hombre mis ovarios no van a volver a funcionar, van a quedar muertos de depresión.

¡Diablos! Mi curiosidad se despertó, se dio cuenta porque la sonrisa que me dio fue de pura diabólica satisfacción.

Antes de que me resistiera, volvió al ataque—: Me dejó sin sangre, ¡es absolutamente precioso! Ni siquiera me fije en Yaco, y tú sabes que el Güerito es guapísimo —sí, si lo sabía—, pero este hombre... Todo lo que puedes ver es lo alto, lo fuerte, lo asombrosamente guapo que es. La cara... esa cara... ¡y los ojos! —Camí estaba realmente impresionada, nunca la había visto así—, es... es ridículo.

— ¿Y por qué no fuiste tras él?

Ya íbamos por la entrada del edificio cuando paró en seco—: Viri... me quedé sin palabras. Y tú sabes que yo no me quedo sin palabras —asentí observando a la extraña que estaba enfrente de mí. Esta mujer no era mi amiga—. Solo pude pensar, *cama-cama*. ¡Maldita sea! Me quede como estúpida viéndolo a la cara, toda la sangre se me fue al coño. Él me miró fijamente a los ojos y yo me congele. Tiene un aspecto suave y agradable, pero al mismo tiempo sexi, lujurioso, como el más pecaminoso de mis sueños.

—Nada mejor que un hombre intimidante que en realidad es un oso de peluche, suave y esponjoso —coincidí con ella.

—Nunca había visto a un hombre como él en persona. Fue el mejor momento de mi vida —concluyó.

—Pues vamos a conocer al protagonista del más pecaminoso de tus sueños.

Dimos un paso antes de que a mí también se me fuera la sangre, aunque no al coño, más bien al cielo, Yaco salía de las oficinas, con Kurt, mi precioso hermano.

— ¿Qué diablos haces aquí?

No se puede decir que no fuera hospitalaria.

—Vine a visitar a la familia, ¿algún problema? —Kurt contestó sin molestarse en voltear a verme. Toda su atención estaba fijada en mí extrañamente embrutecida amiga.

— ¡No! —Le advertí al hombre con el que crecí.

Él sabía que las amigas de Sophie y mías estaban fuera de la ecuación, teníamos pocas y Camilla era una de las que más quería. No iba a permitir que Kurt y sus estrategias acabarían con la amistad que Camilla y yo teníamos. Bien sabíamos que él dejaba a sus muñecas listas para el basurero, ¡no con Camí!

Kurt subió la mirada y se rio de mí, ¡en mi cara!

— ¿No qué, hermanita?

— ¿Es tu hermano? —Incluso la voz de Camilla se transformó, se le escuchaba dócil.

—Demuestra la buena educación, y preséntame —comandó el bruto de mi hermano.

Pero conmigo no funcionaba, Sophie y yo éramos las únicas personas de género femenino inmunes a sus comandos.

— ¿A qué viniste?

—A saludar a mi primo, ¿no puedo? —El carisma estaba desapareciendo, eso sucedía cuando no se salía con la suya a la primera—. Y también a checarte a ti, no contestas llamadas, no respondes correos electrónicos, ¿pues qué te crees?

—He contestado todas tus llamadas —contesté un poco desconcertada.

Me acerqué y por unos segundos, nos quedamos abrazados. Extrañaba a mi hermano.

—Pero no las de Gordón. No creo que...

— ¡Para! —mi expresión lo dijo todo—. No quiero escuchar ese nombre, no quiero saber nada de él, no quiero... —tuve que tragar aire.

No iba a permitir que nadie rompiera mi burbuja. Volteé a ver a Yaco, y me calmé. Solo eso necesitaba, intercambiar una mirada con él, para saber que todo iba a estar bien. Kurt entrecerró los ojos, el azul se oscureció, realmente parecían llamas, Owen hizo bien en apodarlo como un dragón. Afortunadamente, ese gran y oscuro dragón me quería, y mucho. No insistió.

— ¿Te vas a quedar conmigo?

A Camilla se le fue el aire, apretó mi suéter, y logré escuchar sus insonoros ruegos.

—No sé. Íbamos a tomar algo. Yaco dice que hay un bar donde se escucha buena música, iba a corroborarlo —su atención regresó a Camilla cuando dijo—: ¿Nos acompañan?

No me dio tiempo de negarme. Camilla dio un paso adelante y se presentó solita—: Yo estoy libre, conozco un sitio que te va a encantar. Sé llama el Octavo Círculo.

— ¡No! —Intervenimos Yaco y yo a la vez.

Tenía mucha confianza con Kurt, pero todo tenía un límite, y verlo jugar, era un límite inquebrantable.

—Vamos al bar, nada de juegos —le advertí a Camilla.

Esa mujer necesitaba que alguien le enseñara modales. Y por lo que se veía, mi hermano estaba más que dispuesto a ser su maestro. Sin que yo dijera nada, Yaco se adelantó junto con Camilla para que yo pudiera saludar a mi hermano.

— ¿Qué haces aquí? —Le susurré al hombre que parecía no dejaba de crecer.

—Visitando a mi Hada. Necesito un poco de polvos mágicos —susurró

de regreso mientras me abrazaba.

En los brazos de Kurt siempre me sentía pequeña, era una sensación que no podía describir con muchas palabras, solo sabía que me hacía sentir segura, en casa.

—Te extrañamos, Viri.

—Si solo he estado afuera por un par de meses.

—Ya casi son seis meses —afirmó—, ¿cuánto más esperas estar escondida?

—No estoy escondida.

—¿Segura?

Suspiré un poco antes de poder contestar—: Por primera vez, Kurt, no se trata de Gordón o de ningún Gardner. Me gusta estar aquí. De hecho, adoro estar aquí.

Si de algo estaba segura, es que, para Kurt, Sophie y yo éramos prioridad. Y lo confirmó cuando dijo—: Hada, solo eso pido, que seas feliz. Que Gordón y los Gardner se vayan al diablo, quédate todo el tiempo que quieras.

Como era de esperarse, después de comer Kurt y Camilla desaparecieron, ¡por tres días! Lo volví a ver lo justo para despedirse. Nadie visitaba a sus hermanas como Kurt.

31

Yaco

—Vamos a casarnos —decir que me sorprendí con la propuesta sería algo obvio. Pero en verdad me quede sin palabras—. ¿No te quieres casar conmigo?

—Muy bien..., esto no me lo esperaba. Deja que encuentre mis ideas —la tomé por la cintura para ponerla entre mis piernas, su lugar en esta tierra.

Cuando entró a mi oficina sonriendo y canturreando se hizo mi día, nunca imaginé lo que iba a salir de su preciosa boca.

—Viri, nada me haría más feliz, pero pensé que antes ibas a arreglar las cosas con... aquel.

El innombrable, mierda con el innombrable. Incluso hizo que Kurt interviniera, pero había que darle créditos al primo, aceptó hablar con ella, pero no le dio su ubicación. Kurt era mejor hermano que amigo.

—De aquí a que se arregla, pueden pasar siete años. No quiero pasar los próximos años esperando, yo quiero pasar mis próximos años contigo.

Si hubiera tartamudeado, si hubiera mostrado una insignificante muestra de duda, lo hubiera pensado. Pero Diablos, Viri no lo preguntó, ¡lo decretó!

—Muy bien, señorita Northman-Carter Jones... —busqué en mi escritorio y lo único que encontré fue un par de aros para bloquear las botellas, con eso iba a tener que ser suficiente—. Hace un tiempo, Sophie me dijo: *Tus pies te llevarán...*

—*Allí donde está tu corazón* —terminó por mí.

Nos sonreímos como... como si fuéramos el uno para el otro. Porque lo éramos.

—Las circunstancias por las que llegaste a mí, son el ejemplo perfecto de que en efecto —atrapé sus dos manitas entre las mías, y las llevé a mi pecho —, tus pies te llevaron, aquí, donde está tu corazón —una lagrima recorrió su

mejilla, pero no fue de tristeza, esa lágrima era de felicidad—. Quiero pasar el resto de mi vida contigo, Tatis. Quiero envejecer contigo. Quiero compartir nuestra vida juntos. ¿Me harías el honor, de casarte conmigo?

Con voz rota, contestó—: Sí —antes de regalarme un beso lleno de cariño, emoción, amor.

El beso no tenía una connotación sexual, pero venga, que era mi Tatis, ya iba por el tercer botón, cuando pregunté—: ¿Quieres algo grande? —Ya me veía lidiando con todo el clan Carter y Caval, revoloteando y organizando una monstruosidad de fiesta, pero como siempre, Viri sorprendía.

—En realidad, no me importa. Lo que me interesa, es ser tu esposa —recargó su carita en mi pecho, por un momento me preocupó que el estruendo de mi desbocado corazón le fuera a lastimar los oídos, solo que, en vez de separarse al escuchar la conmoción de mi pecho, se apretó todavía más. Mis brazos la rodearon y fue hasta ese momento, que concebí lo que Viri me ofrecía. ¡Por todos los cielos! Me aferré a ella tanto como la fuerza de todo mi cuerpo lo permitió.

—Tal vez es loco, pero nunca he visto el sentido de las grandes fiestas. Preferiría algo pequeño —levantó su carita para que me perdiera entre las laderas de sus ojos e iniciara lo que iba a ser mi vida de ahora en adelante; lo que Viri quisiera, imaginara, ambicionara, lo que ella deseara, el nuevo y único objetivo de mi vida, es que ella lo obtuviera—, de preferencia algo solo entre tú y yo. Me encantaría casarme solos tú y yo.

Me veía con adoración inmerecida. ¿Cómo diablos negarme?

—Bueno..., ¿cuál es tu plan para hoy?

Su sonrisa brilló incrédula—: Yaco, no quise decir hoy.

—No, Tatis, yo también quiero estar casado contigo. Llamarte señora Cavalcanti. ¡Oh, sí!

Su sonrisa se amplió y por un momento deseé morir así, con la inmensa plenitud de saberme querido, con esta mujer entre mis brazos.

—Entonces, ¿cuál es tu plan para hoy?

—¿En serio?

—Totalmente. Puedo conseguir al juez que trabaja con la finca para... —vi el viejo reloj que colgaba justo abajo del sello de los Caval—, las seis de la tarde. Tu escoge el lugar.

—En la terraza de la cabaña.

—En la terraza —repetí sellando el lugar—. ¿Tenemos un trato? —

Extendí mi mano para darle formalidad al asunto, lo que menos quería es que pasados unos minutos se fuera a arrepentir.

Mi recién estrenada prometida, en vez de tomar mi mano, se apoyó en ellas para enroscar sus piernas en mi cintura, acercó sus labios a los míos y por millonésima vez, me endulzara con sus labios.

Para mi pesar, se desenroscó antes de que pudiera profundizar—. Voy por mi vestido. Te veo a las seis.

Para cuando se perdió el sonido de su voz, Viri ya salía de la oficina brincoteando, feliz.

Yo la hacía feliz.

32

Viri

Como en cualquier parte del mundo, para un matrimonio civil son necesarios ciertos trámites. Lo ideal es que se comience tres meses antes de la fecha, pero ni Yaco ni yo poseía tiempo para que las cosas sucedieran de una manera ideal, así que optamos por lo práctico. Con cientos de mensajes organizamos uno de los días más importantes de nuestras vidas; Tomás me hizo el favor de ir a la cabaña y recoger todos los documentos oficiales que traía conmigo para el trámite, incluyendo los suyos, ya que oficialmente se convirtió en nuestro testigo. No queríamos incluir a ningún miembro de la familia, con decirle a uno, era como decirles a todos. Me dolía la abuela, afortunadamente estaba en Chicago y ese era un excelente pretexto para que su invitación se perdiera. El padre de Yaco, que era el que vivía cerca, no se acercaba a la finca bajo ningún motivo, otro pretexto para que la invitación se perdiera. Sin que se expresara con muchas palabras, todo se estaba dando para que el matrimonio fuera secreto, le agregaba una brisa de excitación que para mí retorcido gusto, resultaba perfecto.

Mi familia... Por más que los adoraba, no quería sermones, advertencias, prenupciales, solo quería a Yaco. Eso era todo lo que necesitaba. Claro que mi conciencia no estaba de acuerdo, pero con un mensaje familiar les hice saber que los quería y extrañaba, eso mantuvo a la conciencia más o menos entretenida.

— ¿Cuál es la prisa? ¿Por qué no esperar a que organicemos algo bien?
—Preguntó Camilla en cuanto entré a su oficina.

— ¿Cómo te enteraste? —Levantó su celular para mostrar la preciosa cara de mi prometido—. No ha parado de sonar —me senté enfrente de su escritorio y di una vuelta completa viendo hacia el techo riendo como una verdadera estúpida—. ¿Estás embarazada?

Eso hizo que la silla se detuviera—: ¡Claro que no!

Uff, que ocurrencias.

—Entonces, ¿cuál es la prisa? Dame una semana y te organizo la boda de tus sueños.

—Esta es la boda de mis sueños, Camí. No me interesa una fiesta, me interesa ser su esposa.

—Viri... ¿segura? Ya has tratado de hacer esto —expresó con tiento, cosa que le agradecí.

—Esto es completamente diferente a lo de Víctor, espero que lo entiendas. Pero... —esperé un par de segundos para darle efecto a mi puchero—, si no quieres asistir o estás en desacuerdo, por favor guarda tus comentarios y deja que disfrute el día de mi boda. Me voy a casar con Yaco le guste a quien le guste, sin prenupciales, con dama de honor o sin ella.

La carcajada de Camilla me hizo saber que el puchero hizo efecto—: ¡Estás loca! —Asentí totalmente de acuerdo—. ¿Soy la madrina de honor? —Volví a asentir hojeando una de los miles revistas de bodas que había en su oficina—. Viri... —ahora la que esperó unos segundos fue ella—: ¿Estás enamorada del Güerito?

—Hasta las pestañas —algo escuchó en mi voz o advirtió en mis ojos, porque no hubo más quejas.

—Bien, ¿qué vas a usar?

—Mmm, realmente no importa.

—Viri, ¿me estás matando!

La que me iba a matar era ella; hizo que fuera al Spa para que me hicieran un servicio completo, cuando salí de ahí no quedaba un solo vello en mi cuerpo, aparte de las pestañas, ya me esperaba una decena de vestidos en una de las habitaciones del hotel, cuando elegí, alguien de su personal de confianza recogió los vestidos restantes y regresó con todo lo necesario para complementar el ajuar. Era una ventaja que mi amiga fuera la encargada de las bodas en la finca, mi único trabajo fue contestar mensajes, beber *champagne*, y escribir mis votos.

Mis votos... Alguna vez leí que nada es eterno, el cielo se despeja, el río baja, el dolor se dispersa, yo era testigo de ello. Pero el amor... Me gustaba pensar que el amor es eterno, que las madres nunca dejan de amar a sus hijos, que amar a una persona marca para siempre, no importa que un día te separes, siempre va a haber una pequeña parte de ti, enamorada de él.

Y si algo tenía claro, es que yo siempre iba a amar a Yaco.

El sol bajaba lentamente, la rica esencia de los viñedos impregnaba el ambiente, al fondo el océano resplandecía, y mi guapísimo primo esperaba con Winnie y Bola en el altar de flores que Camí había creado. La mujer era un genio; las flores, los cientos de velas tintineando, todo era perfecto.

El vestido de gasa corte 'A' de hombros descubiertos, flotaba entre mis piernas a cada paso que daba, en el cielo, estaba en el cielo.

No sé si era una tradición en todo Portugal, pero en las bodas realizadas en la finca, siempre se leía un poema.

—No soy de poemas —apretó la hoja que temblaba en su mano, creo que nunca me había parecido tan guapo el hombre—, pero hay una canción que muestra lo que significa tu vida en la mía —limpió su garganta y por un momento pensé que me iba a cantar. Como leyendo mi mente, aclaró—: No voy a cantar. Y, la modifique —advirtió—. Solo quiero que escuches lo que dice mi corazón.

Cuál hielo en el infierno, empecé a deshacerme.

—Tú eres... Un rayo de luz que destruyó la oscuridad, verdad flotando en la habitación. Un felino de amor que sale a comerse la ciudad, la gota más frágil que caerá. La casa que tanto yo busqué, la vida que quiero proteger. Mi guerra ahora quiere paz, el tiempo al fin dejó de correr... Saliste del agua haciendo tu aparición, más densa que una alucinación. Tú eres, lo sé, la casa que tanto yo busqué, la vida que quiero proteger, tú eres mi vida. Lo supe desde el momento que entraste sonriendo con la abuela del brazo, cuando caíste al suelo con Winnie en brazos, cuando te levantaste y me envolviste en tus brazos. Para mí, en ningún momento has dejado de abrazarme.

—No lo he hecho —aseguré luchando contra las lágrimas.

—No lo dejes de hacer —rogó en el momento que deslizaba una argolla sobre mi dedo anular izquierdo. Ya en su lugar, besó mi mano con los ojos cerrados—. Solo quiero hacerte feliz.

Creo que, en efecto, el tiempo dejó de correr. Solo su respiración y la mía se escuchaban, solo él y yo existíamos.

— ¿Señorita? —El juez rompió la burbuja en la que Yaco me trasladó. Con una sonrisa volví a la tierra.

—Yo tampoco soy de poemas —sonreí apenada—, pero encontré algo de Antonio Ramos Rosa que ejemplifica que nunca tuve control en lo referente a

ti, simplemente tomaste el control. Yo solo me estoy dejando llevar —apreté sus manos, antes de suspirar y aclarar—: Yo también lo modifiqué.

No es correcto modificar lo escrito por otros, aunque se trataba de Yaco y de mí, no se podía esperar que se hiciera lo correcto.

—No pude aplazar el amor otro siglo, no puedo, aunque el grito se sofocó en la garganta, aunque el odio estalle y crepite y arda bajo montañas cenizas. No puedo aplazar este abrazo que es un arma de dos filos, amor y odio. No puedo aplazar el amor, aunque la noche pese siglos sobre las espaldas y la aurora indecisa se retrase, no puedo aplazar otro siglo mi vida, ni mi amor, ni mi grito de liberación. No puedo aplazar lo que siente mi corazón. Puedo vivir sin... —sacudí su memoria, para mantenerme en el presente—, lo único con lo que no puedo vivir, es sin ti.

Gordón me rompió por completo, algo necesario si el objetivo era reconstruirme... Yaco lo hizo... de una manera diferente; seguro iba a tener nuevas heridas, nuevos tropiezos, nuevas caídas, solo que ahora lo hacía acompañada con un hombre diferente al que siempre imaginé.

¡Qué dulce es el fruto del desamor!

Si a alguien le debía mi felicidad, definitivamente era a Gordón. Sin él, hubiera sido imposible valorar el amor de Yaco.

33

Viri

No me pregunté qué tan rápido sucedieron las cosas, porque confío en el universo. Siempre vale la pena confiar.

— ¿Ya puedo saber a dónde me llevas?

—Es sorpresa —susurró en mi oído antes de mordisquear el lóbulo. Uno hubiera esperado que acabando la ceremonia nos encarreráramos en la cabaña y no salir de ahí hasta que el mundo se acabara, pero como ya era costumbre, lo acostumbrado con Yaco no aplicaba.

Ni siquiera me dio oportunidad de cambiarme, en cuanto terminó la ceremonia, me hizo subir al carro y de ahí al aeropuerto.

—Yaco, ni siquiera traigo un cambio de muda.

—Es nuestra luna de miel, lo que menos vas a necesitar es ropa.

Mmm, tenía absolutamente toda la razón. Ya sin protestar me deje consentir con los besos y arrumacos de mi recién estrenado esposo. Dos horas y media después, aterrizábamos en [Charles de Gaulle](#), París.

—Sé que es un cliché, pero venga, ¿quién no quiere pasar su luna de miel en París? —No hubo queja de mi parte, en efecto, ¿quién no quiere pasar su luna de miel en París?

Antes de llegar al hotel, y solo para que el cliché fuera completo, nos sacamos un par de fotos teniendo como fondo la Torre Eiffel. Para cuando llegamos al Shangri-La Hotel ya arañaba las paredes. El deseo era tan profundo, que dolía.

—Güerito... —jadeé restregando la cara en su hombro.

—Lo sé, yo estoy igual —susurró de vuelta antes de consolarme con un beso en la frente.

Finalmente, cuatro horas después de la ceremonia, me hallaba a solas con mi precioso marido.

—Por todos los santos, ¡necesito cogerte! —Con una pequeña risa cargada de deseo contenido, detuvo mis avances; fue cuestión de que la puerta se cerrara para que atacara su pantalón.

—Lo sé. Y yo también —aclaró.

Mi expresión no era la más dulce, cuando necesitaba coger, ¡necesitaba coger! Alguna gente se pone de mal humor cuando no come, yo me ponía de pésimo humor cuando no cogía.

—Ven acá —no estaba en condiciones de apreciar la elegancia de la suite, simplemente me dejé llevar hasta la enorme cama, esperé paciente a que se quitara la corbata, los zapatos...—. ¿Lista?

—Desde hace un par de horas —me quejé aventando mis zapatos en su dirección.

En respuesta a mi pequeño y justificado ataque, abrió las cortinas y descubrió el enorme ventanal con vistas a una iluminada y alegre Torre Eiffel. Era una vista que había apreciado muchas veces, sin embargo, ahora tenía otro significado.

Toda tenía un nuevo significado.

—Ahora sí, ven a darme un beso —me levanté de la cama despacio, esa desesperación que sentí por horas se sosegó para memorizar cada detalle, cada paso, cada respiración. Si con tacones le llegaba a la mejilla, sin ellos le llegaba al hombro, tuvo que inclinarse para que pudiera llegar a él.

—Te amo, Yaco.

La sonrisa fue ligera, sincera. Una sensación indescriptible de paz, de... de que esto era lo correcto, lo más acertado que habíamos hecho en la vida inundó nuestro alrededor. Todo era perfecto; el olor, el toque, la vista, el gusto, la persona, sobre todo la persona. Cubrió mi espalda con sus fuertes manos y fue desabrochando mi vestido

—Gracias... —susurró al bajar mi ropa interior.

No tenía claro si el, *gracias*, era para mí, para el universo, para el cielo, pero yo también daba las gracias por estar con él.

Ya desnuda, me sentí un poco tímida. Ridículo, lo sé, aun así, sentí la necesidad de cubrirme. Yaco lo permitió sin protestar, al contrario, me dio cierto espacio. Se fue desvistiendo enfrente de mí, siempre viéndome a los ojos, con esa intimidad que... que solo era nuestra.

—Hola —murmuró acostándose a mi lado.

—Hola —respondí en el mismo tono.

Como idiotas, como una estúpidamente pareja recién casada, frotamos nuestras narices, cerrando los ojos disfrutando el elemental aliento del otro.

— ¿Cómo estás?

—Enamorada.

Hizo cara de asco antes de responder—: Yo también.

Después de un beso que podía durar una eternidad, volvió a despertar a la bestia de la necesidad.

—Quiero probar algo. Confías en mí, ¿verdad?

— ¡Por supuesto!

Ya sin mucha delicadeza, descubrió mi cuerpo desnudo y me instó a descansar sobre mi espalda. Como si fuera una pieza de porcelana, levantó una de mis piernas y la llevo a su pecho.

—Relájate...

Arrodillado, se tomó su tiempo flexionando cada uno de los músculos de mis piernas, de mis pies, presionar los pulgares por cada área de la planta. Mi cuerpo se fue relajando despacio, fui perdiendo la batalla contra la quietud poco a poco, una sensación más allá de la calma me fue poseyendo. Una tercera guerra mundial hubiera podido estallado en ese momento, y simplemente no me hubiera importado.

Una ligera pizca de conciencia regresó a mí cuando sentí el templado aceite sobre mi pubis, volvió a irse cuando con toque firme, Yaco lo distribuyó por todo lo largo y ancho de mi cuerpo. Me trasporté a un mundo paralelo mientras Yaco acariciaba mis brazos, mi pecho, mi cuello, iba y venía sin descanso, sin reparo. Cubrió cada curva, cada espacio, presionó donde tenía que presionar, y cuando se dirigió a la parte interna de mis piernas, sentí que volvía a nacer desde el centro de la tierra. El jadeo fue estruendoso, desde lo más profundo de mis entrañas.

—Yaco... —contestó recorriendo los labios externos, comprimiéndolos entre sí. Lo hizo una y otra vez hasta que se coló uno de sus dedos entre mis pliegues y el deseo estallaba hasta el cielo y más allá—. ¡Por todos los cielos!

Fui desvaneciéndome mientras presionaba sobre la parte más sensible de mi cuerpo, una, y otra, y otra vez... Dos dedos entraron en mí para crear una necesidad tan grande, que mareaba. Mis piernas se levantaron por sí solas mientras él entraba y salía una, y otra vez. Me mantenía en tierra firme, porque su otra mano presionaba mi vientre, de otra forma hubiera caído.

—Por favor... Por Dios...

Finalmente, fui premiada por la paciencia con un húmedo e interminable estallido de placer. Ola tras ola era exprimida de mi cuerpo con movimientos fuertes, profundos, deliciosos...

Para cuando pude abrir los ojos, ya me hallaba bocabajo.

—No, Yaco, por favor no. Necesito tenerte dentro.

No iba a soportar otra tortura, no podía, ninguna de mis extremidades respondía.

—Shsss —mitigó mi protesta con besos sobre mi cuello, sobre mi espalda, ¿qué pasaba con este hombre? ¿Por qué me quería matar?

Otra ración de aceite cayó sobre mi trasero, y hasta ahí supe que es lo que quería. Mi cuerpo entero sonrió con la idea; espiando una resplandeciente Torre Eiffel disfruté del toque de sus dedos en la puerta trasera de mi cuerpo. Lo fue abriendo con el mismo cuidado, con el mismo cariño, sobre todo, con la misma paciencia con la que cuidaba sus preciados viñedos, y por una extraña razón, me sentí honrada de ser la causante de tanto amor.

—Voy a ir lento...

—Güerito, tú puedes ir al paso que quieras, yo soy tuya.

Simple y llano.

34

Yaco

En un principio me pareció incomodo eso de *Güerito*, ahora me sonaba a cielo. Lo decía con tanto cariño, incluso se escuchaba sexi.

Ella era sexi.

Apoyó su cabeza sobre la almohada viendo hacia la Torre Eiffel, sus salvajes ojos tenían un brillo nuevo, feliz. Bajé la vista por el glorioso, tonificado y brillante cuerpo, y levanté un puño mentalmente. Si, esta mujer era mi esposa, mi compañía por el resto de mi vida.

¡Era un bastardo con mucha, mucha suerte!

Tomé más aceite y dejé caer un poco sobre mis dedos, no la quería lastimar. Jadeó y sus ojos se cerraron automáticamente cuando inserté la punta de un dedo, empujándolo lentamente, mientras su respiración se hacía irregular.

— ¿Estás bien?

—Sí..., más —no había forma de disimular la necesidad en su voz, y me encantaba, me encantaba tener el poder de excitarla de esa manera.

Cuidadosamente, aumenté el ritmo e inserté un segundo dedo, la quería tener bien lista para mí. Y Viri, bueno, mi Tatis empujó hacia atrás contra mi mano, instándome a continuar en silencio. Ahora, había algo más tierno entre nosotros. Esto no era un acto rápido y siniestro. Al contrario, estábamos saboreando cada momento.

Cuando giró su cabecita, me lanzó una mirada llena de lasciva, mi Tatis tenía hambre.

— ¿Lista para mí?

—Más que lista..., te estás tomando tu tiempo —reclamó burlona—, solo cógeme ya..., por favor —sus manos se mantenían quietecitas a la orilla de la cama, mis manos en sus caderas, cuando...—: ¡Cielos!

La plenitud total y completa. Su cuerpo me recibió feliz, impaciente de tenerme dentro.

Caí hacia adelante para plantar mis manos en ambos lados de la cabeza, besando su cuello, su cabello, sus mejillas mientras el aire entre nosotros crepitaba con una necesidad inimaginable y una creciente ola de lujuria, de primitiva necesidad.

Mordiéndolo su cuello, me perdí en la sensación.

Su precioso culo se apoderó de mí, atrayéndome y entregando más placer con cada segundo que pasaba. Empujé mis caderas hacia adelante forzando a que tomara más de mí mientras cubría su rostro con besos, amando que confiara en mí.

Solo que, al hundirme completamente en ella, hizo una mueca de dolor con un destello de placer.

— ¿Estás bien? —me obligué a tomar una pausa, mi cuerpo se resistía a detenerse.

—Sí... —jadeó cerrando los ojos como si se centrara en el momento.

Se sentía tan apretada, tirando de mí, empujando hacia mí. Ya sin cautela, con un último empujón me enterré por completo.

Los dos jadeamos por el placer, sin aire, ahogándonos.

—Te amo, Yaco, te amo tanto... —con movimientos largos y lentos, le robé un millón de besos—. Yaco...

Ella solita, buscó su coño. No pude evitar amar como se movían los músculos de su brazo mientras se daba placer. Le robé otro beso, gruñendo contra sus labios mientras me empujaba contra ella, en ella, por ella.

Se sentía tan malditamente primitivo, como si ambos nos reclamáramos por completo.

Encogió sus piernas tirando de mí, con las manos en sus deliciosos senos, la ayudé a incorporarse, ahora éramos los dos, que, de rodillas, admirábamos la Torre Eiffel. Los movimientos se hicieron más graves, más ansiosos, más profundos.

—Viri... —estaba luchando por contener mi orgasmo, la cabeza me empezaba a dar vueltas, cuando con un jadeo largo, bajo, delicioso, se dejó vencer.

Las pulsaciones se sentían por todo su cuerpo, por todo mi cuerpo. Arrastró conmigo. La euforia me llevo de la mano, ola tras ola, disparé mi leche en lo más profundo de su cuerpo, marcándola como mía.

Su cuerpo cayó, rodó, y me sonrió perezosamente.

—Estás sonrojada.

—Estoy caliente.

—Lo estás... —su sonrisa se amplió por escuchar nada más que la verdad.

Me dejé caer sobre ella, amando que enseguida me envolviera con sus bracitos.

—Te amo, Tatis.

—Yo más...

Cruzamos una línea, dejamos a un lado nuestros problemas, nuestras familias. Ahora solo éramos ella y yo, yo y ella. A salvo. Felices. Para vivir la vida como nosotros, y solo nosotros, lo quisiéramos.

—Gracias —una sonrisa se deslizó por sus labios cuando escuchó lo adormecido de mi voz.

— ¿Por dejar que me cogieras..., por la puerta trasera?

No pude evitar reír—: Eso también, pero no, gracias por aceptar ser mi compañera. Por ser mi amiga. Mi amante. Mi mujer.

Se tomó su tiempo para contestar, no le salían las palabras, lo comprobé cuando contestó—: En un placer, Güerito —y se echó a llorar.

Viri

Ya en la regadera, preguntó —: ¿Hay alguna cosa que no hayas hecho?

No era queja, o así quería creerlo, la verdad era que mi experiencia sexual era extensa, si no lo había hecho, seguro lo había imaginado.

—Cuando algo se me ocurriría o cuando tenía alguna idea, siempre corría con él para realizarla. Tengo... tenía tanta confianza con él. Es... era lo normal.

Por unos minutos guardó silencio, me hizo preguntar si esto iba a hacer nuestra primera pelea como casados.

Pero, como siempre, Yaco me sorprendía—: Platícame. Dime cómo inauguró está parte de tu cuerpecito —me dio una buena nalgada antes de

acariciar nuevamente la maltratada piel.

—¿Seguro?

—Creo que ya nos conocemos lo suficiente como para reconocer que somos personas curiosas, abiertas, que podemos experimentar el sexo sin límites, ¿cierto? En lo que menos nos debemos de limitar, es en lo que hablamos. Mucho menos ahora que estás atada a mí por lo que resta de tus días, Tatis, así que, habla.

Me dio un besito en la nariz, y como buena esposita que soy, empecé a hablar—. El sexo anal es igual que cualquier otra cosa, si quieres tenerlo, hay que tenerlo. Si no quieres probarlo, no se debe probar. Por qué limitarnos, ¿cierto? Tenemos que mantenernos curiosos si queremos seguir aprendiendo. Y a mí me entró la curiosidad cuando entre a la universidad...

Cinco años después...

Gordón

**Me retuvieron en el Northwestern, no es nada grave.
En cuanto salga les llamo.**

Fue el mensaje que me hizo mover a una velocidad de trescientos kilómetros por hora. El camino al hospital fue borroso, lleno de recuerdos, es curioso cómo el subconsciente siente el desastre antes de que la cabeza sea consciente de ello. No sé por qué en lo primero que pensé, fue en el accidente de Sophie de años atrás. Tal vez porque Viri resultó herida..., justo como me iba a sentir en segundos.

—Estoy buscando a Viridiana Northman-Carter Jones.

— ¿Es usted familia?

No, solo soy el amor de su vida, le contesté a la enfermera que se escudaba bajo el mostrador. Obviamente la contestación fue mental, por mucho que doliera, no era posible hacer ese reclamo en voz alta.

—Soy amigo cercano de la familia, estoy seguro de que estoy en alguna lista.

— ¿Cuál es su nombre?

La enfermera bajó la cabeza para teclear mi nombre, cuando una voz increíblemente irritante me interrumpió—: Busco a mi esposa. Viridiana Northman-Carter Jones.

— ¿Su nombre?

Yacob Cavalcanti, repetí junto con él.

Aun cuando físicamente era totalmente opuesto a mí, bien podía pasar como mi reflejo en la angustia. El hombre era blanco, ahora estaba transparente.

Me duele aceptarlo, pero por un microsegundo sentí cierta calma, Yaco era su primo, era familia, tal vez a él le daban información, mejor aún, tal vez

me dejaban pasar junto con él. Solo que mi animosidad con Yaco iba a jugar en contra mía, ya que el estúpido rubio ni siquiera volteó a verme, no registro nada, más que a la enfermera que tecleaba su nombre.

Ya me reía de su osadía al decir que era su esposo, cuando la enfermera se levantó con una sonrisa y le indicó el camino. Por unos segundos mi cabeza no reconoció el hecho, simplemente escuché las indicaciones, di un paso para seguir al estúpido rubio, cuando la enfermera me paró en seco.

—Solo pueden pasar familiares directos, señor.

¡Yo era familiar directo! ¡Yo era el amor de su vida! ¿Qué era esto? Entre a una dimensión desconocida.

—Pero él... —me detuve antes de decir algo que podría perjudicar a Viri. Siquiera con Yaco adentro, no estaba sola.

Fueron pocos minutos los que tuve que esperar, pronto se escuchó la llegada del clan NCJ; las primeras en entrar fueron Kaira y Sophie, pasos atrás Alex discutía con Kurt, y hasta el último llegó Owen dando indicaciones a uno de sus muchos empleados. Quizá fue mi cercanía a ellos la que hizo que volviera a respirar, yo quería a cada una de esas personas como a mi propia familia, y sentía la misma necesidad de protegerlos, como a los míos, como a Viri.

— ¡Gordón, ya estás aquí! —Fue el saludo de la mujer que, como el buen vino, cada día se veía mejor.

—Por supuesto. Solo que esta gente no me da ninguna información.

El gesto de Alex me dijo que él también lo consideraba inconcebible. *¡Yo era de la familia!*

—Soy Alexander Northman, ¿cuál es la habitación de mi hija? —Con Alex no había *puedo*, con él siempre era *quiero*.

—Ya su esposo se encuentra con ella... —la expresión de todos se unió a la mía, ¿de qué carajos hablaba la mujer? ¡¿En serio no se daba cuenta de la tomada de pelo?!—. El doctor ya viene a darles información.

Kaira volteó para preguntarme directamente—: ¿Su esposo? ¿Quién es su esposo?

¡Exacto! Yaco había dado un paso, que por muy intrépido que pareciera, le iba a traer consecuencias. Y como buen ciudadano que soy, abrí la boca para hundirlo un poco más rápido y que no sufriera tanto, todo por su bien, por supuesto.

—Yaco llegó hace unos minutos, se presentó como su esposo, y esta

persona —señalé a la mujer que me veía con muy mal gesto—, lo dejo pasar.

— ¿Yaco? ¿Qué hace aquí Yaco?

Nuevamente, ¡exacto! La pregunta de mí siempre bella —y medianamente embarazada— cuñada poseía la misma incredulidad que la expresión de la familia. Desde Navidad, cuando Luca, Sophie, y Bruno dieron la noticia de su embarazo, se hizo un chat familiar donde nos encontrábamos los NCJ y los Gardner, Yaco no entraba en nuestro círculo.

Antes de que se hicieran más preguntas, salió un doctor que pronto fue rodeado de la familia que más donativos daba a la institución donde nos hallábamos.

—La señora...

—No es señora, mi hija no está casada —se apuró a aclarar Owen.

—Me temo que hay un malentendido, señor Carter —replicó muy seguro el hombre que se presentó como el director del hospital—, la información que tenemos, y que dio de propia voz su hija, fue que su contacto de emergencia es el señor Yacob Cavalcanti, su esposo.

—No puede ser —expresó cerrando los ojos Owen.

En ese momento, justo cuando toda su familia negaba, un extraño y doloroso nudo se instaló en mi pecho, un hoyo negro, profundo, vacío.

— ¿Podemos pasar a verla? —El director asintió a la pregunta de Sophie y con pasos rápidos guió nuestro camino.

Por cada paso, el piso se hundía más profundo. Sentí la mirada de Kurt, pero me negué a mirarlo. No podía ser, era una broma de muy mal gusto, solo una broma... Aunque la encantadora risa de Viri indicaba que, si era una broma, a ella le hacía mucha gracia. A metros de distancia de la puerta, se le escuchaba feliz.

Fui el último en entrar a la habitación, y también el último en atestiguar el beso que Yaco le daba en la frente a mi Muñequita.

Estaba sentado encima de ella, cubriéndola por completo, como si fuera suya.

— ¿Yaco? —Fue la pregunta conjunta de los NCJ.

Aunque fue un susurro, aun así, logré escuchar la voz de Yaco a centímetros del cuello de la mujer que siempre he amado, que amo, y que siempre amaré, diciendo—: Llego la familia, Tatis.

El dolor es... curioso; no era físico, era más bien recóndito, bajo, como en lo más profundo del alma, como en la espera de que algo se rompiera, de que

algo finalmente desbordara el intenso y agudo sabor de las emociones.

Escuché inflexible el parte médico, que no era más que el resultado de una revisión general del estado de salud de la maldita Hada que se negaba a verme. Me mantuve ahí, en un rincón de la lujosa habitación, en la espera de algo que no iba a suceder; porque el tiempo no iba a regresar, no iba a desaparecer cada uno de los momentos que viví con ella.

Viri no iba a regresar a ser mía por combustión espontánea.

Como algún día lo fue...

—Va a necesitar mucho tiempo de recuperación, pero es joven, lo va a superar —alcancé a escuchar a espaldas de Alex y Owen. Ninguno de los dos tenía color. Trasparentes como el cristal, e igual de frágiles.

— ¿Y de nadar?

El doctor bajó la mirada ante la pregunta de Owen y antes de enterrar la carrera de Sophie.

—Vamos a enfocarnos en que camine primero, ¿está bien?

¡Mierda! Eso no sonaba muy esperanzador.

Divagué entre la gente sin llamar la atención, la seguridad era estrecha; el accidente llamó mucho la atención, los hermanitos NCJ siempre la llamaban, y los buitres de la prensa se estaban dando el atascón de su miserable vida.

Al fondo del pasillo vi a mi hermano hundido en el piso y tuve que parar en mi búsqueda, mi hermano me necesitaba.

—Luca... —negando cerró los ojos, y aunque giró la cabeza al lado contrario al que me senté, vi tres lágrimas recorrer un largo y tortuoso camino sobre su cara. Mi hermano tenía una importante competencia en un par de horas, una con el poder de cambiar su vida y la de mis padres, y la única determinación que se le veía, era la de no romperse en ese preciso momento.

—No está bien que estés aquí —mí siempre callado hermano no dio señales de vida—. Estoy seguro de que van a estar bien.

Era un ruego que venía repitiendo desde el momento que Bruno me despertó diciendo que Sophie había tenido un accidente, que si lo traía al hospital. Mis padres ya estaban en el teléfono, chocando entre ellos mismos, discutiendo por Luca. El talento de mi hermano era una discusión continua en casa. Cuando escuché que no solo era Sophie la del accidente, que en el

auto también iba Kurt y Viri, no esperé por nada más, simplemente tomé las llaves de mi auto, y me dirigí al hospital.

—No me dejan verla... —la voz de mi hermano se quebró, no pude decir nada para consolarlo por temor a quebrarme junto a él, así que opté por lo más sensato, pasé un brazo por sus hombros y me recargué en él, pronto regreso el gesto cubriendo sus lágrimas con mi hombro.

—Esto no es lo que se supone que tiene que pasar —sollozó ahogadamente.

—No, Luca, pero es lo que está sucediendo.

Lo mantuve escondido entre mis brazos por un largo y tortuoso tiempo, yo deseaba estar junto a Viri, pero mi hermano me necesitaba, y mis hermanos siempre tienen prioridad, incluso sobre mis propios deseos. Mis padres llegaron, escucharon malas noticias, se dirigieron a nosotros, regresaron con los padres de Viri cuando no vieron respuesta de nosotros, intentaron reemplazarme, se desesperaron, fue hasta que Kaira se acercó, que Luca dejó irme.

—Está sedada, no puede hablar mucho, pero si quieres pasar...

Mi hermano ya estaba de pie antes de que Kaira terminara la frase. Seguí su ejemplo, solo para seguir con mi objetivo inicial.

La encontré sentada, viendo hacia la ventana, hacia el infinito, inflexible —: ¿Cómo te sientes? —Sonrió antes de voltear a verme.

—Mejor que Sophie.

Viri era la persona más alegre que conocía, en ella no había dolor o tristeza, esta era la primera ocasión que la veía con pesar, con pena.

—Si mi hermana me hubiera matado casi por su idiotez, yo estaría muy enojado.

El ceño de su frente me informó claro y fuerte que en eso no coincidíamos —: No estoy enojada.

En ese momento vi una botellita amarilla que sonaba cual sonaja llena de píldoras en su mano—: ¿Cuántas píldoras tomaste?

—Ninguna —el orgullo en su voz fue algo extraño.

—Bueno, eso es tonto. ¿Te traigo un vaso de agua?

—No.

Terminé de acercarme al reclinable, con una palmadita en su pierna, me invitó a sentar a su lado. Mostrando gráficamente mi adoración por ella desde siempre, me arrodillé a sus pies,

— ¿Por qué estás sufriendo si la medicina la tienes justo ahí?

—Precisamente por eso, porque la solución la tengo aquí —levantó la mano moviendo la botella rítmicamente.

El movimiento causó que la bata de hospital resbalara por su desnudo hombro, un enorme moretón en forma de franja cubría el hombro, cruzaba el pecho y se perdía bajo la bata. Una enorme ola de odio hacia Sophie me golpeó de repente. Deje que me revolcara, que me ahogara, tarde que temprano iba a salir a tomar aire, estaba seguro, yo quería mucho a Sophie, aunque no en ese momento.

—Me gusta como duele —interrumpió mi frustración—, es como volver a sentir el impacto una y otra vez, incluso veo la luz del camión acercándose. Puedo deshacerme del dolor con una pastilla, pero no quiero. Me gusta sentir el dolor, pensar solo en él. Es fantástico —dejó caer la cabeza en la almohada y cerró los ojos.

Podías ver el éxtasis en cada uno de sus finos poros. Mi mano se hizo camino bajo la sábana, bajo la bata, bajo la ropa interior, al roce de mis dedos con la humedad fue lo suficiente para que rompiera en un orgasmo tintado de dolor.

Dolor. Dolor es lo que sentía en este preciso momento.

36

Gordón

—Ya dijo el doctor que no pasa nada, Ami. Solo fue un ligero desmayo por no comer a mis horas —la voz de Viri se escuchaba diferente, más madura, más letal.

Kaira se acercó a la cama de su hija con pasos cautelosos, el aire estaba pesado, denso.

— ¿Qué es eso de que Yaco es tu esposo? —Kurt no se anduvo por las ramas, siempre se podía contar con Draco si querías arrancar algo desde su raíz.

—Oh, si, se me había olvidado decirles.

Aunque el tono fue juguetón, Viri rodeó el brazo del imbécil ese con ambas manos en un gesto defensivo que nos quedó muy claro a todos.

— ¡¿Cuándo?!

— ¡¿Cómo?!

— ¡¿Dónde?!

Sus padres y hermanos estaban haciendo todas las preguntas correctas. La incredulidad era de todos.

— ¿Si me permiten...?

—No. Aquí —incluso al interrumpir a su supuesto esposo se le escuchaba diferente, con una autoridad desconocida para mí, y para los demás, porque nadie se atrevió a decir nada.

—Muy bien, como tú mandes —eso sí lo reconocí, esas palabras revoloteaban en mi cabeza cada vez que Viri abría la boca—. Viri y yo teníamos toda la intención de decirles en Navidad, y aunque pensamos que era una buena sorpresa, no era tan buena como la que nos dio Sophie — *¡Hijo de puta lame pelotas!* —, así que decidimos dejar pasar un poco de tiempo, una cosa llevó a otra y...

¡Y nos vieron la cara de imbéciles a todos!

La cara de toda la familia era de indignación, que rápidamente se estaba convirtiendo en comprensión. Todos amaban a Viri, es algo que no se puede evitar.

—Creo que lo más correcto es decir que lamento no haber hablado con ustedes, pero tengan por seguro que estoy profunda y perdidamente enamorado de Viri. El tiempo que pasamos en Portugal... convivimos mucho, hablamos mucho, y estoy perdidamente enamorado de ella. Nunca fue nuestra intención hacer algo a espaldas tuyas, fue algo que sucedió, y que, a decir verdad, estoy muy feliz de que sucediera.

— ¿Entonces es cierto, Yaco? ¿Están casados? —Aunque era más que obvio, creo que Kaira necesitaba una confirmación hablada, escrita, y notariada.

—Por supuesto que estamos casados —la confirmación los dejó en silencio, a mí me llevo al infierno, a un oscuro, confuso, demoledor infierno—. Fue algo muy pequeño, fue algo solo entre Viri y yo —el silencio siguió predominando. Y supongo que Yaco no sabía cómo llenarlo, porque siguió hablando—: No se trató de fiestas, ni de hacerlo público, simplemente fue una ceremonia donde prometimos estar juntos para toda la vida.

—Pero son primos... —murmuró Kaira.

—Bastante lejanos, en realidad, Viri y yo no tenemos ni un solo gen en común.

—Viri no quiere tener hijos —intervino Owen.

—Algo en lo que coincidimos.

Ahora fue el turno de Alex para atacar—: Si sabes que está enamorada de otro desde que era una niña, ¿verdad?

¡Sí! ¡Yo! ¡Aquí! ¡Yo era el amor de su vida!

— ¿Por qué están hablando como si yo no estuviera presente? —Se quejó Viri.

Para mi consternación, Yaco, con una simple mirada, le pidió que guardara silencio.

¡Mierda!

No fue una mirada agresiva, o autoritaria, era una mirada de, *me permites, cariño*.

—Sí, estoy perfectamente consciente de esa situación —la mirada de desprecio era recíproca.

— ¿Y de todos modos te casaste con ella? —Se entrometió mi amigo de toda la vida.

—Absolutamente.

—No puedo creer que se casara contigo. Son primos —volvió a susurrar Kaira.

—Esto parece la monarquía... —terció Owen.

Yaco levantó la barbilla muy por lo alto, muy orgulloso, no se estaba dejando intimidar—: Pues si es la monarquía, Viri es mi reina. Ella es mi total y absoluta reina. Yo solo soy un pobre lacayo con el único objetivo en la vida, de hacerla feliz. Es todo lo que quiero, hacerla feliz.

El semblante de Kaira, Owen, incluso la de Alex se relajó. El hijo de puta estaba diciendo todas las palabras correctas. Peor aún, eran palabras que salían del corazón.

—Sé que Viri tuvo una mala experiencia en el pasado, pero yo no tengo ningún problema en firmar lo que ustedes decidan. Quiero que quede muy claro que, de ninguna manera, se trata de dinero.

—No, no, no, tú eres de la familia, eso no es ningún problema —las palabras de Kaira terminaron de empujar el cuchillo.

Salí de la habitación seguido por Kurt y Sophie.

—Te lo juro que no sabía, te lo hubiera dicho. —Las corrientes de sangre en mis oídos aminoraron el efecto de las palabras de Sophie, me detuve porque ella no tenía la culpa de nada, además, de que estaba embarazada con mi sobrino/a—. ¿Tú sabías algo?

Kurt se veía igual de sorprendido que ella, que yo, dudaba que supiera algo.

—Te lo juro que no —me aseguró directo a los ojos.

No tenía por qué dudar de sus palabras, si algo tenían en común los mellizos, era en lo directo y leales, algo de lo que carecía, obviamente, Viri.

— ¡Tú! —Gritó Sophie al hijo de puta que salía de la habitación tranquilamente. Y que, con toda la osadía del mundo, la tomó del brazo y la obligó a caminar un par de metros.

¡Esto era inconcebible!, nadie trataba así a Sophie, ni siquiera mis hermanos.

Kurt y yo empezábamos a saltar cuando el bastardo habló—: Ahora sí, saca toda la furia que quieras, solo te recuerdo que estas embarazada, y que Viri está en una cama de hospital.

¡Mierda con el imbécil!, tenía razón. Aunque eso no detuvo a Sophie. El hermoso y fuerte sonido de su pequeña mano chocando con la mejilla del hijo de puta sonó a angelitos cantando.

— ¡Eres un hijo de puta! Me has estado viendo la cara de idiota por..., ¿cuánto tiempo? ¡Y ella! ¡Ella es...!

Nunca había escuchado que Sophie hablara mal de su hermana—. Mi mujer, Sophie. Ten mucho cuidado con lo que dices —y parecía que nunca iba a suceder, porque Sophie bajó la mirada avergonzada.

Algo había que reconocerle a Yaco, se mantenía perfectamente estático recibiendo toda la furia de los gemelos NCJ, porque, aunque Kurt no estaba interviniendo, la mirada era para quemarlo vivo. Yaco los veía de frente, sin vergüenza, sin pizca de arrepentimiento. ¡Maldito imbécil!

— ¿Por qué? —Volvió a reclamar Sophie.

—Porque la amo.

¡Joder!, ¿qué podías recriminar contra eso?

— ¿Desde cuándo? —Finalmente, preguntó Kurt.

—Seis meses después de que él —me miró con la misma repulsión con la que yo lo veía—, le rompió el corazón. Yo se lo compuse.

Solo di un paso enfrente antes de gruñir—: En el estacionamiento.

Ni siquiera parpadeo, me siguió de cerca, retándome.

Agarré su camisa, arrastrándolo a través de la puerta de cristal en cuanto la tuve a la vista. Años de frustración finalmente libres. Él iba a pagar por todas las noches, por todos los días que estuve sin ella. Para mi buena suerte, parecía que él podía cuidar de sí mismo, no era un blandengue.

— ¡Suéltame, imbécil! No salí para pelear, pero felizmente te rompo la cara si eso es lo que quieres.

—Sé lo que eres, Yaco, sé que te gusta la verga más que a ella.

—Oh, Gordón, no tienes idea. Eres demasiado idiota como para entender nada —gruñó de regreso.

Podía sentir mi sangre hirviendo, y no en el buen sentido

— ¡Maldito bastardo!

Mi furia burbujeó, y solo vi rojo, me lancé contra él hasta llevarlo al suelo, un puñetazo aterrizó en sus costillas. Uno suyo en mi quijada. Empezamos una danza de puños, de gruñidos, de palabras hirientes, de un balanceo hacia adelante y hacia atrás. Podía sentir las miradas sobre nosotros, un espeso silencio se apoderó del estacionamiento. Sí, éramos un perfecto

espectáculo de payasos.

En uno de esos empujones, mi cabeza rebotó en el asfalto, por un segundo pensé que Yaco iba a terminar el trabajo azotándola nuevamente, pero para mí desdicha, volvió a gruñir—: Tengo que lidiar con muchos problemas, no se me antoja agregar asesinato a la lista.

Con esfuerzo, me solté de su agarre y me levanté.

¡¿Qué diablos hacía peleando con este imbécil?!

¡A la mierda él!

¡A la mierda ella!

37

Gordón

Pues, ni tan a la mierda.

Fue cuestión de dar dos pasos, para encontrarme de frente con la seguridad del hospital, y segundos después, con un par de oficiales. Por nuestro aspecto, fue obvio quien había formado parte de la pelea. A mí me dolía toda la cara, y Yaco no dejó de tocarse el costado; esperaba haberle roto una costilla o dos, mejor aún, el corazón.

Todo lo que trabajé para mantenerme en pie, se desmoronaba ante mis ojos. Una y otra vez Viri destruía mi autocontrol, mis prioridades, mi vida, porque por más que lo deseara, no podía dejar de amarla, simplemente no podía. Desde el primer momento que la vi, que la toqué, que la besé, que entré en su cuerpo, todas y cada una de las primeras veces, sabía que ella era mía y yo era de ella. Aun con el pasar de los años, con la distancia, nunca imaginé que el final fuera con alguien más.

Mucho menos ahora, que los feroces ojos verdes que me eran tan familiares, pertenecían a una mujer en lugar de una confusa adolescente. Viri siempre fue encantadoramente bella, pero las líneas de la juventud se habían endurecido, el Hada era ahora una mujer que definitivamente podía volverte loco.

Aunque no existía ninguna posibilidad de que el encanto le sirviera para salir del lío en que se metió, no con sus padres.

Después de unos minutos de espera, vi bajar a Alex. El hombre no había cambiado mucho desde que lo conocía. Tal vez lucía un poco mayor, como todos, pero Alex se había mantenido en buena forma, probablemente las mujeres seguían aventándose en su camino, no que él fuera a dignarse a verlas o que Kaira lo permitiera. Ni un solo reflejo gris se asomaba en el dorado cabello, tenía un buen color gracias a su tiempo en Dite, lo único que denotaba su edad, eran las ligeras líneas de expresión alrededor de los ojos

azules que mostraban seguridad, como siempre.

—Alex —extendí mi mano en cuanto lo tuve cerca, con Alex lo mejor era ir por el camino correcto.

—Sigues por aquí, Gordón... Y veo que has hablado con Yaco —ladeó la cabeza para ver mi ojo.

Yo no tenía que verlo para saber que ahora tenía tintes morados, el permanente palpar en el área gritaba que tenía como mínimo una semana de miradas curiosas. Y Alex no dudó en hacer un gesto honesto de burla, Viri se parecía mucho a Alex en eso.

—Estoy preocupado por Viri —por un momento pensé que me iba a mandar sacar del hospital. Pero no lo hizo, de hecho, me invitó a sentar.

—Ya somos dos, Gordón —esperó a que el personal se retirara después de servirnos una taza de té, los Northman-Carter Jones eran un poco, por no decir un mucho, excéntricos. Era la única familia que conocía que tenía hora de té—. Sé ha cerrado un poco, ¿sabes? Fue... es, una sorpresa. La verdad es que no lo esperaba, no de ella. Ni siquiera se abrió a hablar con Kaira, simplemente está defendiendo su postura —le dio un sorbo a su té sin dejar de verme a los ojos—, tal vez necesita *un amigo* para hablar, y hacernos entender como nos dejó afuera de algo tan importante.

En la forma como pronuncio *amigo*, me hizo suponer que Alex bien sabía que yo siempre había estado enamorado de la menor de sus hijas.

—Yo siempre estoy para ella, siempre lo voy a estar —le aseguré devolviendo la mirada,

—Pues espera en su habitación. Y me parece que solo esta con Sophie.

Sin más palabras, lo deje disfrutando su té mientras yo iba en busca de mi Muñequita.

38

Viri

A mi parecer, Yaco lo había manejado muy bien, no entendía porque mis padres me seguían viendo como si hubiera matado a alguien.

—Yo... lo lamento.

—¿Realmente lo lamentas, Viri? —Alex tenía muy mal gesto.

—Si... no, no lamento haberme casado, he sido muy feliz. Lo que, si lamento, es no haber hablado con ustedes. No fue nuestra inten... Yo..., no me quiero disculpar por ser feliz, fue una ceremonia muy pequeña, pero con mucho significado, para mí y para él.

—Pero Gordón... —que obsesión de Alex con Gordón, ¿olvidaba que por poco eran contemporáneos?

—No. Yaco y yo somos marido y mujer, por todas las de la ley. Yo merezco ser querida hoy, no mañana, no después. Y Yaco me quiere y yo a él —no tenía nada más que decir.

Entendía que estuvieran disgustados, decepcionados quizás, pero no iba a defender mi matrimonio ni con ellos, ni con nadie.

Mi relación con Alex era un poco más fría que mi relación con Owen, tal vez, muy en el fondo, le recordaba a Dana y todo el sufrimiento que le causó, fue una sorpresa, cuando se acercó, extendió los brazos y me arropó con lágrimas en los ojos. Me apretó fuerte, protectoramente, enterró su cara en mi cabeza y su cuerpo se convulsionó entre callados sollozos.

—Que seas muy feliz, Viri, es todo lo que deseo..., que seas muy feliz —acaricié su espalda de arriba abajo, era la primera vez que sentía a mi padre vulnerable.

—Lo soy, papá, te prometo que lo soy.

Ya se acercaba Owen, cuando nos interrumpió Tom—: Señores, hay un par de oficiales queriéndose llevar al señor Caval y al señor Gardner. El joven

Kurt esta...

—No digas más, Tomás, ya me imagino —Owen estrechó mi pie antes de salir de la habitación, seguido por Kaira.

¡Uy, mi madre!

—Si, Hada, seguro tu madre tiene un par de cosas por decir —me mordí el labio, por primera vez en toda la tarde sentí angustia; enfrentarme a Gordón, a mis hermanos, a mis padres, sencillo, pero Kaira Jones... no, con ella no iba a ser sencillo.

—Voy a ver qué pasa con tus hombres —Alex cerró los ojos y negó, aunque sorpresivamente, con una sonrisa en los labios—. Hubiera sido mucho pedir hijos normales, ¿verdad?

Levantando los hombros, contesté—: Papá, pero si somos un vivo reflejo de nuestros padres.

Alexander Northman salió de la habitación limpiándose un par de lágrimas, y carcajeándose como nunca.

Desafortunadamente, también salió mi buena suerte, porque Sophie entró, cerró la puerta, y me asesinó con la mirada.

Si, empezaba la inquisición.

—¿Qué mierda, Viri?

—Tú lo dijiste, Sophie: *Tres meses. Solo necesitas tres meses con la abuela y Yaco para que vuelvas a ver el mundo color de rosa.* Bueno, tenías razón.

—Eres una Bruja, nunca me referí a...

—A que de veras empezara a ver la vida color rosa. Yo hubiera esperado que estuvieras contenta, Yaco me ha hecho muy feliz —mi hermana bajó la cabeza un poco avergonzada, no era mi intención hacerla sentir mal, pero tampoco tenía porque aceptar sus quejas por nada.

—Bueno, ¿entonces...?

—Entonces el señor Caval y la señorita Carter se enamoraron.

Mi hermana me vio por un minuto, retándome. Aunque finalmente se dio por vencida, solo era cuestión de tiempo, yo lo sabía

—Es lindo estar enamorada —con una sonrisa coincidí con ella. Hasta que...—. Espera, Yaco dijo que fue seis meses después de lo de Víctor, pero no puede ser, ¿verdad?

—¿Por qué no?

Sabía a lo que se refería, sentí como el oleaje paró, como el agua se

contraía, como el gran tsunami iba a estallar en mi cara.

— ¿Exactamente cuántos años tienes de casada?

Tragando un poquito de coraje, y de cinismo, contesté—: Cumplimos cinco años el próximo invierno.

—Pero..., no puede ser. ¡Mierda, Viri! Yo dormí con él hace dos años.

—Si... eso se nos salió un poquito de las manos —creo que nunca había visto tan pálida a mi hermana, ya salía de la cama para asistirle, cuando dio un paso atrás.

—¿Sabías?

—Por favor..., yo lo sugerí.

—¿Qué?!

—No que durmiera contigo —aclaré antes de meterme en más problemas—. Yo solo quería que te diera ánimo. Estabas tan decaída... —abrió la boca, pero no supo qué decir. Tratando de evitar la mirada horrorizada, seguí hablando—: Nunca fue nuestra intención mentir, simplemente se volvió divertido.

— ¿Divertido? No entiendo, Viri, yo te vi con galanes, con galanas, con Gordón. ¿Cómo es posi...? —Ahí venía, ahí venía...—. Oh, tienes un matrimonio abierto —finalmente, atinó.

Mi relación con Yaco era la más honesta del mundo. En nuestra relación no existían las mentiras, ni corazones rotos, ni heridas, no nos dañábamos, porque nos decíamos los deseos, las dudas, las debilidades, cada uno de los sentimientos que nos atacaban, con total honestidad. Antes de amantes, antes de marido y mujer, éramos mejores amigos.

—Lo único que quiero es mantenernos juntos y a salvo.

—Casarme con alguien que está enamorada de otro no es exactamente el plan ideal para mantenernos juntos y a salvo, Tatis.

—Pero yo te quiero. No pued... —detuvo mis palabras acercando su frente a la mía, compartiendo su aliento.

Oh, él no dudaba de mi amor por él. Yo lo amaba. Lo amaba con todo mi ser.

—Ya lo sé, Viri. Yo sé que también estás enamorada de mí —el aliento regresó a mí, acabando con la pequeña distancia, entregué mis labios, al terminar el beso, no dudo en confesar—. Él no es mi persona favorita —hizo

una mueca de asco solo para ratificarlo—, pero tu sí —su mueca se endulzó, cada una de sus facciones se relajó.

Adoraba esa cara de rasgos delicados y al mismo tiempo tan varoniles.

— Tú eres mi persona favorita en esta tierra y la siguiente, por ti estoy dispuesto a todo. Y solo por eso... —envolvió mi cara entre sus callosas palmas, la fuerza de la tierra cubriendo cada uno de mis sentidos—, propongo que tengamos un matrimonio... abierto.

Me dio un par de segundos para que sus palabras asentaran en mi pobre y pasmada cabecita.

—Sabes que soy de gustos... diversos.

—Por decirlo de una manera.

La sorpresa..., no, más bien la conmoción de su propuesta me tenía fuera de balance. Pertenezco a una familia de mente abierta, por decirlo de una manera, pero nunca consideré que lo abierto, era en todos los sentidos.

—Que tú tienes gustos diversos —sonreí, porque no podía negar lo innegable.

—Lo que propongo, es que seas mi esposa en todos los sentidos. ¡Diablos, Viri, solo de recordarlo!

Acercó sus labios a los míos, en cuanto su aliento se entrelazo con el mío, el deseo invadió pies, manos, senos, vientre..., todo.

—La propuesta... —susurré antes de que el beso tomara tintes más profundos.

—Yo puedo estar con quien yo quiera, mientras tu mantienes..., lo que sea que tienes con él o con quien tú quieras. Pueden estar juntos bajo sus términos, bajo sus condiciones, seguros de que yo no voy a interferir. Siempre y cuando, él no interfiera con lo que tú y yo tenemos.

No estaba segura de que Gordón aceptara ese trato, claro que tampoco estaba segura de que Gordón me quisiera. Tal vez esta era la oportunidad de explorar esa incógnita.

—Con una condición.

—Tú dirás.

—Que seas absolutamente honesto con tus... indiscreciones. Conmigo no aplica lo de, Ojos que no ven, corazón que no siente. A mí pláticame lo todo, cada detalle, cada palabra, cada sentimiento. ¿Te imaginas? ¡La de cosas que podríamos experimentar!

¡La de cosas que seguíamos experimentando!

Después de llegar a ese acuerdo en nuestra luna de miel, tuvimos uno de los maratones sexuales más largos de nuestra historia, y no fuimos solo nosotros dos.

Esa era la razón de que mi matrimonio funcionaba; por qué nunca volteé a ver a nadie más, por qué él no volteaba a ver a nadie más, por qué nunca llegamos a tener una rutina como tal, por qué nunca ha sido aburrido o asfixiante, porque nuestro matrimonio era libre como el viento, y tan comprometido como el que más. Es una conexión imposible que pocos conocen, y que muchos ya perdieron la esperanza de encontrar. El amor siempre va a requerir una gran cantidad de fe. Una gran, temerosa, enfermiza cantidad de fe. Puedes terminar con el corazón roto, pero también puedes terminar siendo la persona más feliz sobre la faz de la tierra, solo hay que tener fe.

Y Yaco y yo, teníamos fe, absolutamente ciega, de amarnos, respetarnos, y honrarnos, aun cuando de vez en cuando, teníamos una cita con alguien más.

—No... yo... ¿no entiendo como dejaste que durmiera conmigo?

—Yaco es un adulto, Sophie, yo no tengo por qué darle permiso, o quitárselo. Él sabe lo que hace.

—Pero, se acostó conmigo.

—Y con un par de decenas más. ¿Qué puedo decir? Sería muy egoísta de mi parte privar de ese placer al mundo. Si mal no recuerdo, te expresaste muy bien de él —mi hermana sonrió y se dio por vencida

—De haber sabido que ya lo había besado el diablo, no lo toco.

— ¡Mensa!

39

Viri

— ¿Puedo pasar? —La grave voz de Gordón interrumpió nuestras carcajadas.

— ¡No! —grité cerrando los ojos.

No quería hablar con él. No quería sus recriminaciones. No quería su abandono. Yo ya había avanzado, no necesitaba volver a retroceder.

—Viri, déjame entrar... —pero la desesperación.

—Viri, déjame entrar —el orgullo herido.

— ¡Viri, déjame entrar! —el corazón roto.

¡Maldita sea! Incluso después de tantos años, Gordón tenía la habilidad de mandar una ola de adrenalina directa a mi corazón, y junto, también la familiar sensación de desolación.

¡A la mierda!

—Abre y déjalo pasar —le ordené a mi hermana.

No había modo de que esto resultara bien. La profunda hinchazón en el ojo era una muestra de que Yaco no pudo hablar con él.

—Más vale que Yaco este sano y salvo —le advertí en cuanto dio un paso en la habitación.

—Yo que tú, dejaba que se calmara. No es un buen momento para hablar con ella —también le advertió Sophie, pero el hombre demostraba una vez más, que carecía de sentido común.

— ¿Me permites hablar con ella a solas?

Sophie salió sin voltear a verme.

¡Traidora!

Los pasos firmes y cuidadosos, la agilidad de mover al impresionante hombre de 1.95 m, que ganas de acariciar esos pies.

— ¿Cómo te sientes?

¡Cielos, esa voz! Pude sentir claramente cómo empezaba el ciclo de ovulación en mi vientre, y conociendo a Yaco, seguro él también lo sintió. Hablando de...—: ¿Dónde está Yaco?

Bajó la mirada logrando que por un microsegundo deseara atraerlo hacia mí, abrazarlo, consolarlo.

—Te casaste... —La voz tembló, esa voz no temblaba.

—No pensé que te importara —levantó la cabeza creando que el oscuro cabello cubriera sus ojos, ¡mierda!, que ganas de acariciar ese cabello, esa quijada que con los años únicamente se había fortalecido, los ojos se advertían más cautivadores. El impacto que tenía en mí era imposible de ignorar.

Es físico, solo es una reacción física, intenté autoconvencerme, fallando estrepitosamente.

—No digas estupideces, Viri.

Ah, ahí estaba mi amado León.

— ¡Vete a la mierda!

Se escuchó un familiar gruñido, solo eso bastó para que empezara un cosquilleo entre mis piernas.

Quise disculparme, pero no cuando se abalanzaba sobre mí con impronta asesina en los ojos. Maldiciendo, me preparé para la agresión —no física, Gordón nunca se atrevería a ponerme una mano encima. Verbal, era otra cosa—. Sin embargo, solo escuché su aliento, su rápido y pesado aliento junto a mi cuello. El silencio, su presencia tan cerca de mí, el familiar olor de querer y no poder flotaba alrededor de nosotros cazando viejas heridas.

—Si alguna vez signifique algo para ti, Viri, solo guarda silencio.

El enojo en sus ojos se oscureció con dolor. Recargó su mejilla en la mía. Sabía que tenía que retirarme, solo que me era imposible, estaba cara a cara con el hombre que no podía olvidar. No podía, simplemente no lograba separar mi corazón del suyo.

—Sé que es lo tuyo con Yaco... —el silencio fue intenso—. Es una pesadilla...

—No, no es una pesadilla. Yo..., ojalá lo pudiera explicar, pero...

—No, por favor no lo expliques. No quiero saber —no puedo decir que me sorprendía que estuviera herido, si la situación fuera al revés, yo estaría perdida—. Eres una miserable, Muñequita, ¿cómo me pudiste hacer esto?

La desesperanza y la necesidad en su voz hicieron que el cosquilleo se

convirtiera en desesperación entre mis piernas, y cuando me miró con esos ojos oro añejo. No pude contenerme.

Abandoné mi posición, para bajar mi cuerpo hasta estar a la altura de su entrepierna. Quizás este era el último momento con Gordón, y bien recordaba lo mucho que me gustaba tenerlo entre mis labios. Y a él.

No tardé en sentir la rígida dureza rozando mis labios. La humedad entre mis piernas ya era deshonrosa, lo deseaba con una necesidad que nunca iba a terminar de entender.

Como último recurso, mi cabeza evocó el abandono de años atrás, sin embargo, nada de eso importaba, porque el corazón mandaba, y este decía que le tenía que dar una mamada monumental.

Y tal vez, con un poco de suerte, podría deshacerme de las emociones y convencerme que con Gordón siempre iba a hacer así; un acostón de vez en cuando, sin sentido, sin significado, y que ya era hora de dejarlo ir.

—Mierda, Gordón... sabes tan bien —susurré inclinándome hacia delante para chupar la punta de la hambrienta erección.

—Te necesito, siempre te he necesitado.

Su expresión era difícil de leer, siempre lo había sido. Y, sin embargo, el necesitado gruñido que resonó en su garganta fue bastante revelador. Relajó su cadera hacia adelante, empujando su carne más allá de mis labios mientras bajaba su mano para acariciar mi rostro.

—Mi Muñequita...

La sensación de su mano contra mi mejilla me calmó, me recordó lo que siempre había sido entre nosotros..., antes de tantos y tantos abandonos. Cuando mis paredes se contrajeron, buscándolo, empujé afuera el placer.

Siempre te abandona, necesitaba encontrar una forma de destruir lo que sentía por él, antes de terminar como Dana.

Leyendo mis pensamientos, apretó su erección contra mis labios; me alimenté rodeando mi lengua en su suave piel, succionando, haciendo cada vez más profundos y largos los movimientos. En mi posición, estaba a su merced, y eso únicamente me hacía desearlo más.

Pasó los dedos por mi cabello, tomándolo en un puño y controlando el paso—: Así... No quiero acabar cuando se siente tan bien... —gruñí, y la vibración se sintió por todo su cuerpo—. Joder, Viri... si no supiera que trabajas, pensaría que Yaco se la ha pasado enseñándote cómo chupar vergas.

Entró completamente en mi boca, evitando que contestara, que protestara,

pero ¿qué podía decir? Simplemente lo tragué.

Mi frustración con él, con sus palabras, y la necesidad de sacarlo de mi sistema se mezclaba con el doloroso deseo por él, lo cual me encabronaba, así que succioné más fuerte, logrando que se hundiera más profundo en mí.

Su enorme carne rozó la parte posterior de mi garganta haciéndome gemir, un zumbido que vibró sobre todo él. La antesala de su leche en mi lengua sacudió todo mi cuerpo, dejándome desesperada por catarlo completo, por tener sus manos, su boca en mi cuerpo, para acabar junto a él.

Tirando de mi cabello, balanceó mi cabeza arriba y abajo, yendo más rápido, pero al final, sacándola, negándose al placer que yo le causaba. El muy infeliz, estaba disfrutando cada segundo de esto. Para él, era solamente un jueguito rápido, era demostrar un punto; probándome, que yo podía acostarme con quien se me antojara, pero que al final del día, no importaba, porque yo siempre iba a regresar a él.

Para mi infortunio, tenía una parte de razón, mi vientre se contraía cada vez más fuerte, dolorosamente. Dejándome indefensa contra la fuerte atadura que me ligaba a él.

Sin dejar de chupar, su camisa se levantó revelando su suave y bronceado abdomen. Quería ver más. Tocar más. Levanté la mirada esperando arrogancia, que mostrara que él simplemente podía usar mi boca como se le antojara, pero Gordón me miraba con ojos a medio cerrar, como si estuviera perdido en algún recuerdo.

Y entonces, nuestras miradas se encontraron.

Se empujó enojado, forzando su verga a llegar más profundo, ahogándome para que mi garganta se abriera.

Y yo lo tomé hasta donde él quiso.

—Trágume, Viri... así, con esa puta desesperación —el comando en su voz me impulsó a seguir con lo que pedía, sabiendo que, si esto era un castigo, era bien merecedora de ello.

¡Mierda! No importaba que pasara años negando, intentando olvidar... Lo deseaba; deseaba su enojo, su ira, toda su pasión. En el fondo, siempre deseé todo lo que él me quisiera ofrecer, su toque, su cuerpo, que me liberara del permanente pesar.

Gemí nuevamente, incapaz de hablar, tenía que hacerle saber que lo amaba, que quería todo de él.

Como siempre, escuchando mis pensamientos, la intensidad aumentó al

mismo paso que subía y bajaba mi cabeza con manos dominantes. De repente, sentí como se tensaba, este era el momento de dejarlo ir.

Pero era imposible que me alejara de él.

—Diablos... ¡sí! —jadeó antes de empujar duro y profundo.

Su verga palpitó mientras disparaba cálida leche en mi garganta. Sus movimientos finalmente se tranquilizaron, su respiración era pesada mientras su cuerpo aceptaba las últimas olas de su orgasmo.

Los restos de su leche todavía cubrían mi lengua, cuando escuché una tercera respiración—: ¿Y qué hay de ella? ¿La vas a dejar esperando como es tu costumbre?

Como pocas veces, la expresión de Yaco no mostraba emoción.

Gordón finalmente soltó mi cabello dando un paso atrás.

Siempre alejándose.

Siempre abandonando.

— ¿Ni un jodido besito?

Fue hasta el primer paso de Yaco acercándose, que vi el odio en sus ojos.

Y también el deseo.

—Abre la boca, Tatis —obedientemente, seguí el susurro del compañero de mi vida.

Yaco lamió mi labio inferior, el superior, succionó mi lengua, acarició mis senos, mi cuerpo entero, mi interior, como siempre, con el mismo cuidado, con el mismo respeto, con la misma libertad, con el mismo amor, que la primera vez.

40

Viri

—Bueno, ¿y bajo qué régimen te casaste?

Para mi hermano era imposible no pensar prácticamente, era algo que ya venía en sus genes, y si me preguntan, era 100% Kaira. Yo sabía que no se trataba del dinero, era algo más profundo que no sabía cómo expresar. Aunque eso no evitaba lo divertido que era torturarlo.

—Decidimos casarnos por separación de bienes, era lo más práctico, Kurt. No todos los hombres quieren estar conmigo por el dinero.

—No quise decir eso —la indignación en su voz era lo más gracioso que había escuchado en las últimas horas, pobrecillo mío—. Yo... Tú sabes que no es el dinero lo que buscan en ti.

— ¿Y entonces que buscan?

Abrió la boca, pero la cerró cuando vio mi expresión—: ¡Con un carajo, Viri! ¿Cuándo vas a entender que no debes jugar conmigo?

Mi risa hizo maravillas con su mal genio, sin mucha delicadeza, dio una palmada en la cama para que le hiciera espacio. Eso me recordó a Camilla, la pobre llevaba un buen rato recibiendo palmaditas de mi hermano. Y hablando de la imponente mujer...

—No puedo creer que Camí no te dijera nada.

— ¿Camilla sabe?

Oh, oh, más palmaditas.

—No te enojas con ella, es mi amiga. Y fue mi dama de honor.

— ¡¿Fue tu dama de honor?!

Uy, palmaditas fuertes y sonoras.

—Le hice jurar. Le advertí a fuerza de pistola que, si te decía algo, ella y yo cortábamos. No te enojas con ella.

—Ella no debería tener secretos conmigo —susurró para su yo interno,

ese que le gustaba el control, y la lealtad, y el respeto, al que también le gustaba azotar con mano, fusta o caña.

Mi amiga me había contado cosas que..., bueno, que ninguna hermana quiere saber sobre su hermano. Pero como buena amiga que era, aguantaba la tortura con firmeza, como ella.

—Yaco no está conmigo por dinero, Draco —afirmé, más para desviar mis pensamientos que, por querer aclarar el nombre de Yaco, él no necesitaba que nadie abogara a su favor.

Kurt recargó su cabeza en mi hombro mientras se perdía en el infinito conmigo.

—Si, lo sé. Aun así...

—Aun así, te debo una disculpa por no decirte... lo sé —pasaron un par de minutos antes de lograr hablar sin que la voz me traicionera—. Lo siento...

Mi hermano dio un gran suspiro antes de absolver mi falta con un levantamiento de hombros. Tan fácil que era eso, nada de dramas o gritos como su melliza.

—Pláticame, ¿cómo es la vida de casada? ¿Lo recomiendas?

—¿Estás pensando en hacer de Camí una mujer de bien?

Wow, estas eran noticias y no mi matrimonio.

—Lo estoy pensando —fue la escueta respuesta.

Mucho me temía que no iba a conseguir más información, así que me esforcé por pintar un buen cuadro.

—Tratamos de estar al pendiente uno del otro, todo el tiempo. Viajamos mucho, eso puede enfriar las cosas, pero nos esforzamos para que la comunicación sea constante y a todas horas. Nos damos presentes sin razón, hemos llegado a un punto donde ya no nos damos regalos en cumpleaños o Navidad, para nosotros estar juntos ya lo es todo. Ya lo tenemos todo... Amor y respeto, eso es todo lo que se necesita. Y el amor que sentimos es tan fuerte, Kurt, te sorprendería saber cuánto lo quiero.

—¿Más que a Gordón?

Fue una pregunta honesta y sin pizca de malicia. La contesté de la misma manera—: Es diferente... No puedo decir que lo quiero más o menos, simplemente es diferente.

—¿No entiendo cómo puedes ser feliz con uno, cuando estás enamorada de otro? Yo no puedo —antes de que pudiera preguntar algo, siguió con el

interrogatorio—. ¿Gordón hizo algo mal? ¿No era el indicado?

Entendía las preguntas sobre Gordón, era su amigo, y por mucho que pasara el tiempo, tenía que admitir que siempre iba a ser mi amor, imposible, inadecuado, lejano, pero al fin amor.

—No sé lo que es Gordón, y estoy siendo honesta. Solo sé que encontré a la persona adecuada, y no la quise dejar ir. Suena cursi, pero Yaco es mi alma gemela. Él es mi todo. No sé qué haría sin él.

—Ahí lo tienes —nos interrumpió, mi Güerito—. Eso es lo único que quiero de ella.

Yaco terminó de entrar en la habitación con una bolsa de hielo en el costado. ¡Maldito, Gordón!

— ¿Te rompió algo?

Al mismo tiempo que extendía mi mano hacia él, mi hermano intentó levantarse. Con una seña, Yaco lo detuvo.

—Ya me sacaron una placa, parece que no es nada —respondió sentándose a nuestros pies.

Mi hermano se dio por vencido y volvió a recargar su cabeza en mi hombro.

— ¿Dónde viven? ¿Cómo le hicieron para que no nos diéramos cuenta?

—No es que lo estuviéramos ocultando —inició Yaco—, lo que pasa es que ustedes no ponen mucha atención —fue una mezcla de gruñido y bufido lo que contestó Kurt—. Lo primero que hicimos fue comprar la cabaña de Portugal.

—Después seguimos con el departamento de aquí —continué.

—Y así nos hemos seguido. Tenemos un nidito en cada puerto, ¿cierto?

Mi hermano empezó a reír y no entendí por qué.

— ¿Nidito? Viri necesita un palacio simplemente para sus varitas, estoy seguro de que no son niditos.

—Pues, aunque no lo creas, soy mucho más mesurada.

— ¡Ya la domé!

Yaco era especialista en aligerar el ambiente, los tres reímos como si fuéramos niños, como si no hubiera herido a mis padres o engañado a mis hermanos.

— ¿Planean tener hijos?

Yaco me dirigió un guiño antes de contestar—: Tenemos mucho amor por dar. Lo estamos pensando.

—Siempre insististe en que no te ibas a reproducir, ¿es por él que lo estás pensando? —Draco era un cabrón, afortunadamente, Yaco era casi un santo.

—No, Kurt, él no me fuerza a nada. Y lo de reproducirse sigue en pie. Pero si estamos pensando en adopción —por primera vez, mi hermano se quedó sin palabras—. ¿No te gusta la idea? Nosotros somos...

—Adoptados, lo sé. Solo que..., no imagino una idea mejor —volteo a ver a Yaco, y dijo algo que nunca pensé escucharle fuera de la mesa—: Gracias.

41

Gordón

Pasé los siguientes días distraído en juntas que no me importaban demasiado, incapaz de sacar la visión de Viri con él de mi cabeza. Todavía había mucho enojo dentro de mí, y no es que la culpaba, bien sabía que, si había algún culpable, lo veía todos los días en el espejo. Solo no esperaba que me olvidara, yo no podía.

— ¿Estás escuchando?

Por suerte contaba con Fabio. Él y yo demolíamos comunidades degradadas y diseñábamos, construíamos apartamentos de lujo, casas, oficinas 100% ecológicas y autosustentables. No me podía quejar, nos iba bastante bien, la gente pagaba cantidades espectaculares por una casa única, inteligente, funcional, soñada, que, además, es una excelente inversión a través del tiempo.

Por años me prohibí pensar en algo más que progresar en el trabajo, por proteger a mis hermanos, excepto por Viri, mi Muñequita era la excepción de toda regla.

—No —acepté sin reparo.

Sin preocuparme por el futuro, dejé los planos sobre la mesa y salí con la esperanza vana de reparar el presente.

La seguí lo más discretamente posible, no quería ser el clásico caso del acosador, donde la acosada te llega por la espalda mientras tú te metes al baño de damas para no perderla de vista. Su día fue agitado, con razón la mujer acababa en el hospital, salió de su casa a las siete treinta, pasó por el edificio Carter, ya me iba a desayunar cuando vi que salía directo al auto que dirigía Tomás. Ross siempre me había caído bien, nunca se le escapaba. Primero se dirigieron a un centro de ayuda, después a un refugio de animales, para cuando fue la hora del almuerzo, yo ya estaba exhausto.

A la una, treinta, Tomás se estacionó a las afueras de [Bridge House Tavern](#), era un restaurante a nivel del río con una de las mejores vistas de la ciudad. Ahí mis entrañas se retorcieron al ver a Yaco abrazarla y besarla. No lo podía soportar, no lo podía creer, en que momento hizo que se enamorara de él, porque algo tenía claro, Viri no se hubiera casado con él si no estuviera enamorada. Sé que había resbalado con Víctor, pero por mucho que me doliera, Yaco era otra historia.

Y algo era seguro, con él no se estaba escondiendo, el restaurante era completamente abierto, taxis acuáticos, botes turísticos, barcazas y kayaks flotan junto a su mesa, mucha gente los podía ver. ¿Cómo era posible que se nos hubiera escapado a todos?

Almorzaron en el patio entre risas, besos robados, la naturalidad con la que se manejaban decía que era habitual que comieran juntos, que se robaran comida del plato, que compartieran bebidas. Por cada minuto que pasaba, mi corazón se agrietaba más.

—Señor Gardner.

No era pregunta, era una afirmación de que mi carrera cómo acosador no tenía un gran futuro. Salí del auto para encontrarme con Ross.

—Hola, Tomás.

El corpulento exmarine asintió viéndome a los ojos antes de girar la cabeza para observar el objeto de mi afecto.

— ¿Puedo preguntarle una cosa?

—Si puedo preguntarte una yo primero —contesté recargándome en la puerta dándole la espalda a Viri y a su estúpido marido.

—Usted dirá.

— ¿Cuándo te diste cuenta de que los seguía?

—A las 6:47 cuando se estacionó enfrente del *loft* de los señores.

No tuve más remedio que reírme. No podía ser más estúpido, todo era estúpido, la situación, los sentimientos, yo.

— ¿Cuál es la tuya?

Esperaba que la suya también fuera tonta, así los dos podíamos reír de nuestra estupidez.

— ¿Por qué no se acerca y habla con ellos? Él señor Caval es muy...

— ¿Mierda? ¿Hijo de puta? ¿Cabrón?

Finalmente, logré ver a Tomás sonriendo, siempre hay una primera vez ara todo.

—No, le aseguro que no es nada de eso. al contrario, es buena persona. Debería hablar con ellos —lo último fue un consejo, uno que no iba a seguir, primero muerto.

Tomás tuvo compasión de mí y dejó que siguiera mi trabajo como acosador sin ningún contratiempo, para cuando Viri y Yaco se metieron a un centro comercial, se acercó con una taza grande de Starbucks, parecía que nos esperaba una gran espera.

— ¿Dónde se casaron?

Ross lo pensó antes de contestar, el hombre era muy discreto, dudaba recibir información de él. Para mi sorpresa, contestó—: En Portugal, fue una ceremonia bella. Muy sentida.

— ¿Solos? ¿Es valida? —quizás debí bajar mi nivel de esperanza, me escuché desesperado.

Y me lo confirmó Ross con una sonrisa de compasión—: Si, si es válida. Yo fui uno de los testigos junto con la señorita Heard.

— ¿Quién es esa?

Ross estaba dispuesto a hablar, y yo no iba a desaprovechar la oportunidad.

—La señorita Camilla.

— ¿La novia de Kurt?

Ross contestó con un asentimiento de cabeza.

Quién iba a decir que la dócil Camilla fuera cómplice de esto, seguro se iba a llevar un buen castigo de Draco.

— ¿La hace feliz?

Que era lo que realmente me importaba.

Ross se giró para verme de frente, mucho me temía que esto iba a doler —: Señor Gardner, ¿le puedo llamar Gordón por un momento?

—Por supuesto, Tomás. Siempre.

Tragó aire antes de hurgar en mi pecho, arrancar mi corazón, y estrujarlo con su enorme mano—: Llevo cuidando de Viri por los últimos once, doce años. Los últimos cinco, es cuando ha sido más feliz. No sé si es él, solo sé que ha sido junto a él. Incluso cuando el trabajo los separa, Viri es feliz solo hablando con él. Los he visto hacer cosas que... que la verdad no entiendo, lo que, si entiendo, es la adoración que siente uno por el otro. Viri ha cambiado mucho, antes le importaban cosas tontas como la marca de sus zapatos, ahora solo le importa lo realmente importante de esta vida. Hace un par de años,

cuando paso una noche contigo, fue la última vez que la vi llorar. Cuando la dejaste, después de lo del bastardo ese, la vi llorar por días enteros. Me dieron ganas de venir por ti y matarte, yo le tengo mucho cariño a Viri, es mi amiga, y justo ella fue la que me detuvo al decir, *No Tom, no es él, son sus miedos, siempre ha tenido miedo. Además, “Tus pies te llevarán..., allí donde está tu corazón.” Por eso siempre regreso a él, porque él es mi corazón.*

Con un gran trago, Tomás se acabó su café, y terminó de arrojar mi corazón al suelo para después pisotearlo.

—Así que, Gordón, yo sé que tienes miedo, también sé que estás perdidamente enamorado de ella, ¿por qué no dejas de actuar como un cobarde, te amarras las pelotas, y vas por las migajas que puedas recoger de ella? Porque algo te puedo asegurar, ella no va a dejar a Yaco, y Yaco no la va a dejar a ella. Viri dejó de ser una chiquilla hace muchos, muchos años, ya es hora de que la veas como lo que realmente es —se giró para salir del auto sin pizca de remordimiento por haberme destruido, seguramente algo de los marines—. Ah, la que se dio cuenta de que nos seguías fue ella. También fue ella la que dio autorización de que te informara todo lo que quisieras saber. ¿Alguna otra pregunta? —No me pude mover, ni siquiera para mandarlo al infierno—. Lo dejo. Lo veo en un rato en el Palacio.

Ya no esperé a que Viri saliera del centro comercial, me fui a casa, analicé cada una de las palabras de Ross bajo el agua de la ducha, y me preparé para ir al Palacio.

Ese era el lugar donde la iba a volver a hacer mía, cómo muchos años atrás.

42

Viri

— ¿Estás enfadada conmigo, Ami?

— ¿Por qué iba a estar enfadada, Viri?

Kaira paró de revolver algo en la estufa para darme toda su atención. No tenía palabras para expresar lo mal que me sentía por ocultar mi matrimonio, lo que un día me pareció una romántica idea, incluso excitante idea, ahora era culpa y más culpa. Presenciar el dolor de mis padres al darse cuenta de que no fueron requeridos para uno de los días más importantes de mi vida, fue... doloroso, muy, muy doloroso.

En respuesta a mi silencio, mi madre apagó la estufa y de la mano me llevo hasta la salita enfrente de la chimenea, ese era uno de sus lugares favoritos del palacio.

—Habla conmigo, Viri, tú sabes que no importa lo que me digas, yo nunca voy a juzgar o a quererte menos por lo que tengas que decir.

Habían pasado tantas lunas desde la primera vez que me dijo esas palabras. Parecía que volvíamos a empezar.

—Ahora no se trata de sexo, Ami.

La sonrisa de Kaira era tan abierta, tan... feliz.

—No estoy segura, cariño, pensé que ya podías controlar tus impulsos, pero...

Oh, mi madre era diabólica.

— ¡Ami!

Y su risa... su risa era tan genuina.

— ¿Por qué estaría enfadada contigo, Hada?

Bajé la mirada antes de poder hablar; por más confianza que tuviera con mis padres, ahora era consciente de que mis acciones los lastimaban. Aun cuando no fue con mala intención y sin pensarlo, herí a las tres personas que

lo único que habían hecho era amarme y protegerme incondicionalmente.

—Perdón, Ami —ahora fue el turno de Kaira de guardar silencio—, no pensé que les fuera a doler tanto lo de mi boda.

— ¿Cómo supiste que nos dolió? —La risa desapareció de su voz.

Una llaga dolorosa y profunda se abría en mi pecho.

—Mi papá no me ha hablado, ni tampoco Api, no..., yo no..., no fue mi intención...

—Ey, no pasa nada... —sin darme cuenta empecé a lagrimear. Como siempre, los brazos de mi madre mitigaron el dolor—. Si, si nos dolió. No es que soñáramos en verlas vestidas de blanco o en llevarlas de la mano hacia el altar, cosa que sería un gran problema si consideramos que tienen dos padres —con todo y lágrimas, eran inevitables las sonrisas—, pero si nos vimos asistiendo a una ceremonia, o simplemente a un brindis en honor a su historia de amor. Nunca imaginamos que a la única ceremonia a la que íbamos a asistir, era a una donde mi Princesa fingía un compromiso con el esposo de mi Hada para finalmente abrirle los ojos a sus amores.

Uy, eso sonó complicado y, en efecto, un poco Adams.

—Todavía hay esperanzas con Kurt —la risa de mi madre volvió renovada.

—Por eso te quiero, Viri, porque ves lo positivo aun en lo imposible.

—Quién sabe, Ami, Kurt se ve muy enganchado con Camilla, en una de esas nos sorprende y se casa con palomas y todo.

Con una enorme sonrisa que gritaba fuerte y claro que no lo creía, Kaira limpió mis lágrimas.

—El tiempo dirá. La esperanza es lo último que muere, ¿cierto?

—Cierto —afirmé devolviendo la sonrisa.

Si yo era positiva, era gracias a que lo aprendí de ella.

—Bueno, ahora pláticame porque no fuimos requeridos a tu boda.

Pasé la siguiente hora explicando detalles, emociones, razones. Quería dejar muy, muy claro que no se trató de ellos, o de que no los quisiera junto a mí, fue simplemente que... me ganó el amor.

—Es un matrimonio abierto, Ami, es difícil de explicar y, más aún, a ustedes, que practican la monogamia.

—Viri, si sabes que duermo con Owen y Alex al mismo tiempo, ¿verdad?

Oh, sí, sí lo sabía. Ojalá pudiera decir que mis padres solo dormían en su habitación, pero no era así. Todavía me quedaban un par de sesiones con la

psico para superar las muchas veces que había escuchado a mis padres haciendo cosas PG-R.

—Si, Ami, pero para Yaco y para mí es diferente. Ustedes solo duermen entre ustedes, nosotros no.

Dejé que asentaran mis palabras en la nada cerrada mentalidad de Kaira Jones. Era difícil asumir que tu hija vive un amor... ¿no tradicional? No sabía cómo definirlo, solo quería que entendiera mi punto, y como siempre, mi madre lo entendió.

—El mejor consejo que alguna vez me han dado, decía algo así como; *Es tu vida, son tus reglas, y al que no le guste, que no la viva. No te dejes influenciar por la sociedad o por lo que dirá la gente. Ellos no te dan de comer, ni te visten, ni te dan techo, muchas mujeres no tienen un solo hombre que las apoye y las quiera en toda su vida, tú tienes dos, ¿por qué diablos no los querías?*

—Palabras sabias.

—Palabras de Diana Gardner —Uy, ese apellido. No quería pensar en ese apellido—. También me dijo que nosotras somos suertudas de querer y de ser bien queridas. Y Yaco te quiere. Para mí eso es suficiente, y te aseguro que para tus padres también.

Ya con la conciencia un poco más ligera, pregunté—: ¿Algún consejo para un matrimonio feliz?

— ¿Qué te puedo decir? El matrimonio es oscuro, complicado. Solo pregúntate cuándo despiertes a su lado, ¿me gusta vivir este presente?

¡Si, por favor!

—Si la respuesta es sí, no hay nada más que hacer que disfrutar y agradecer. Y si la respuesta es no, trabaja duro, grita, lucha para que la respuesta cambie. Tu felicidad no depende de él o de ningún hombre, tu felicidad depende únicamente de ti misma. Y el objetivo del matrimonio, es ser feliz acompañada.

¡Mierda, mi madre era Buda! Una retorcida, inteligente, bella, y siempre feliz Buda.

Y también era una Bruja, como bien decían mis padres—: Eso no explica que vas a hacer con Gordón, porque por más que lo intentes evitar, yo sé que estás enamorada de él desde siempre.

Guardé silencio por una sencilla razón, no tenía idea que iba a hacer con el tema Gordón.

— ¿Alguna vez te he platicado que me resistí muchísimo en tener una relación con Owen y Alex? —Eso era imposible, mi madre defendía su relación con mis padres con uñas y dientes—. Owen siempre creyó en finales felices, yo no. Yo no creía en que nadie estuviera programado a vivir cincuenta años juntos con una sola persona, no creía en el matrimonio, no creía en la fidelidad, pero sí creía en el amor, en el compromiso que tengo con mis hijos hasta el día de hoy, en hacerlos personas de bien. Fue mi decisión tenerlos, era mi responsabilidad hacer lo mejor para ellos, ¿cierto? Y no creía que involucrarlos en una relación donde su madre se acostaba con dos hombres a la vez les fuera a beneficiar en nada. Sobre todo, cuando Owen solo quería coger y olvidarse de los niños.

— ¡Ami!

Si alguien amaba a sus hijos, era mi Api. Yo nunca, nunca, nunca he dudado del amor de Owen hacia nosotros.

—Tranquila, eso fue antes de que conviviera con ustedes, sobre todo contigo. Owen te adora. Bien decía el Abuelo: *mis muchachos cuando aman, aman bien*. Y tenía toda la razón, deberías hacerle caso al Abuelo, y considerar amar de la misma manera que se te ha enseñado; sin reglas, sin límites, simplemente aceptando lo que el corazón quiere.

—Yo lo puedo aceptar. ¿Él? No creo.

Mi madre acarició mi cabello antes de contestar—: Te sorprendería lo que el amor puede hacer. Así como tú, Gordón te ha amado desde siempre. Y si tu matrimonio es lo que presumes, hónralo, luchando por el amor abiertamente.

Todo sonaba muy bonito, sobre todo si lo decía Kaira Jones, el problema es que se olvidaba de otro de mis abuelos, la mamá de Owen, ella decía que, *no siempre se tiene lo que se quiere*, y algo me decía que, en este caso, tenía razón.

43

Viri

—Su piel es suave —indicó descuidadamente Yaco. No se dio cuenta de que creaba una grieta en mi ego.

Mi Güerito pasó rápidamente al Palacio para entregarle su regalo a Sophie y aceptar otra ronda de insultos. Aunque al final, Sophie lo acompañó a la puerta, y con un tradicional, beso y abrazo, la Princesa lo perdonó. Aunque yo no veía qué tenía que perdonarle, ¿qué le diera un par de orgasmos? ¿Qué le ayudara a encontrar el amor? A mi punto de ver, Sophie lo único que tenía que darle a Yaco, era las gracias.

— ¿Su piel es más suave que la mía?

No entendió mi pregunta, me veía con el ceño de interrogación entre las cejas—: ¿Por qué preguntas eso?

— ¿No estás diciendo que su piel es suave?

Poco a poco la lucidez apareció en sus ojos, al mismo tiempo que una sonrisa tonta se formaba en sus labios, ¡idiota! Di la media vuelta y me dirigí de vuelta al Palacio, no necesitaba esa clase de estupideces.

No di ni tres pasos antes de que me detuviera con un brazo envolviendo mi cintura, y el otro cubriendo mis hombros; cuando me abrazaba así, me sentía muy pequeña, como una cría entre los brazos de su padre. Sentirme indefensa no me sentaba muy bien, yo prefería defender. Y, sin embargo, ¡me encantaba! Bajaba mis defensas a niveles insospechados.

Cerré los ojos y respiré el dulce sabor de la protección.

—Tatis... —susurró entre mi cabello—, nadie es tan suave como tú. Por dentro y por fuera; dulce, sexi, delicada, fuerte..., perfecta —una serie de besos acarició mi cabello, mi cuello, lo sentí en toda mi piel... por dentro y por fuera—. ¿Entendiste?

—Mmm—hummm —gemí recargada en su hombro.

—Repítelo —ahora la que sonrió fui yo, era muy erótico cuando usaba el tono mandón.

—Soy suave.

Un escalofrío abrió mis poros succionando la delicia que era estar en sus brazos.

—Muy, muy suave, Tatis —me giró, y definitivamente no opuse resistencia; me atrajo hacia él y me besó el cuello—. ¿Podemos hablar con Benedetti? —preguntó sin dejar de acariciar mi piel con sus labios.

Lo abracé por el cuello y le rocé los labios con los míos, solo insinuando un beso—Tú empiezas...

Un escalofrío me recorrió cuando escuché que empezaba a susurrar—: Tus manos son mi caricia, mis acordes cotidianos, te quiero porque tus manos trabajan por la justicia —sus brazos se tensionaron, me estrechó con tal fuerza... —: Si te quiero es porque sos, mi amor, mi cómplice, mi todo. Y en la calle codo a codo, somos mucho más que dos.

—Te quiero por tu mirada, que mira y siembra futuro. Por tu boca que es tuya y mía, tu boca no se equivoca, te quiero porque tu boca, sabe gritar rebeldía —susurré antes de mordisquear su labio e impregnarme de su aliento —, si te quiero es porque sos, mi amor, mi cómplice, mi todo, porque en la calle codo a codo...

—Somos mucho más que dos —terminó junto conmigo.

Absolutamente enamorada, abrí los labios y besé al hombre que me pedía permiso para hablar abiertamente de otras personas, de otros cuerpos, de otros amores.

Perturbadoramente, descubrimos a Benedetti gracias a Gordón. Después de una de mis muchas escapadas con el León, regresé a casa para encontrar a Yaco escuchando una lista de reproducción en Spotify y vaciando una botella de tequilla. Se negó a hablar conmigo, me pidió que me fuera a la habitación, que cuando se calmara hablaba conmigo, mientras me negaba, se manifestó Benedetti con “Te Quiero”. Empecé a recitarlo al mismo tiempo que atrapaba su rostro entre mis manos, fue mágico cuando mi Güerito continuó recitando junto conmigo. A partir de esa noche, Benedetti era nuestro recordatorio de que éramos, mucho más que dos.

Para cuando acabamos de recitar, su enojo se había desvanecido, y nuestro amor había crecido.

— ¿Qué pasa? —Pregunté cuándo el piso volvió a ser firme.

—Tu León lleva un rato en su auto, asesinándome con la mirada. Llegó hace un rato, solo está esperando que me vaya para dar el zarpazo. No me gusta.

Yaco tenía todo el derecho de vetar a Gordón, yo lo había hecho con un galán muy insistente de mi Güerito, pero Yaco se resistía a vetarlo, sabía que me dolía.

—Lo sé. Así ha sido una y otra vez al paso de los años. Ya no estoy segura de por qué, cómo, pero siempre pasa lo mismo; hacemos el amor como si se fuera acabar el mundo, y en cuanto regresamos a tierra firme, desaparece.

—¿No crees que te está utilizando? Él sabe bien que estás enamorada de él, tiene cama segura contigo.

Y Yaco lo odiaba por eso, odiaba la tristeza de mis ojos cada vez que lo nombraba, cada vez que lo recordaba.

—Tal vez. Aunque no puedo hacer nada por evitarlo. Lo quiero... —bajé la mirada y me sentí mierda por preocuparlo.

—Ey — sentí su mano en mi barbilla.

El toque de Yaco siempre era delicado, otra cosa que no podía evitar, sus manos podían ser ásperas por el trabajo, pero conmigo siempre resultaban delicadas.

—El corazón quiere lo que quiere sin importar lo que diga la cabeza, ¿cierto?

Un mal que la raza humana padece, y yo no era nadie para cambiarlo, por mucho que lo deseara—. Me duele, Yaco, sé que siempre le voy a dar lo que él quiera, cómo quiera, dónde quiera y a la hora que quiera... Siempre he sabido que él es mi talón de Aquiles, no puedo evitar darle todo —acercándome más a él, susurré—: Eso no quiere decir que te quiera menos, o que no pueda darte lo que tú quieras. ¿Quieres mi corazón? Es completamente tuyo. Si, tengo un pedacito para él, pero es un pedacito chiquitito, no lo puedo remediar —acercó sus labios para darme el beso más casto que alguna vez se ha dado; pureza y honestidad en un simple toque. Con ese simple roce, me dijo que no lo dudaba, que él sabía que lo amaba.

Por una extraña razón, mis ojos empezaron a arder. Una avidez por abrazarlo y nunca dejarlo ir me atacó al punto de lágrimas. ¡Carajo! Me tenía que controlar, Yaco debía ir a Portugal a cerrar un contrato, y a una cita con uno de sus galanes. Evité las estúpidas emociones abriendo los labios y

profundizando el beso, eliminé lo casto para convertirlo en un acto vulgar de lujuria y desenfreno. La besé hasta quedar sin aliento, hasta que el cuerpo dolió, hasta el punto de extenuación, hasta que no quedo nada dentro de mí, ni siquiera voluntad.

Fue ahí, con el cuerpo desgastado y el alma derrotada, que abrió los ojos y dijo—: Mejor me quedo, no perdemos mucho dinero con ese contrato.

—Solo un par de miles de euros, y el trabajo de decenas de personas —le recordé deseando que se quedara.

—Trabajar apesta —contestó rodando los ojos al cielo.

—Te hubieras conseguido una mujer millonaria que te mantuviera con dignidad.

Haciendo un guiño y subiendo al auto, me notificó—: La estoy buscando.

Fue hasta que el carro de Yaco se perdió de vista, que vi a Owen. Mi Api me veía con ternura; era un secreto, pero Owen era mi consentido. Era un hombre libre, sin prejuicios, sin pretensiones, ¿quién no querría a alguien así?

—Hola, Hada. —Pasó un brazo por mis hombros para acompañarme, mientras continuaba diciendo *adiós* al fantasma de Yaco.

—Nos timaste bien y bonito, ¿verdad? —Bajé la mirada entre avergonzada y divertida.

La verdad es que si, nunca pensé que ocultar mi matrimonio se convertiría en un juego.

—No fue con mala intención —aseguré intercalando mis dedos con los de mi Api.

En vez de entrar nuevamente al Palacio, con un movimiento de cabeza me indicó que era hora de una de nuestras clásicas caminatas. Desde pequeña, Owen se tomaba el tiempo de caminar conmigo mientras paseábamos a Bola para que hiciera sus necesidades, era el tiempo para huir del caos de los Northman-Carter Jones.

—Ami ya habló conmigo. Está decepcionada.

El bullicio de los autos, el residuo de nieve en las banquetas, el gélido aire, nada importaba cuando mi Api reía.

—Decepcionada es una palabra que puedes usar. Encabronada sería otra —me uní a su risa mientras recargaba mi cabeza en su hombro.

Owen más que mi padre era mi amigo, mi confidente, él y yo éramos los extras de la familia, las terceras ruedas, la pimienta; compartíamos miradas, sentimientos, cuando alguien asumía que él solo era el *tío* o cuando alguien

señalaba que yo era la *adoptada*. Poca gente lo sabía, pero Kaira y Alex estaban casados, legalmente, Alex era el esposo. Y yo, bueno, yo no era hija biológica de Kaira.

En casa nunca se hizo distinción, de hecho, mi madre siempre hizo énfasis en que todo fuera equitativo; el cariño, la atención, los regaños. Solo que justo eso, hacia la diferencia; tenía que hacer énfasis, tenía que cuidar que nadie recibiera más atención que el otro, cuando en una familia *normal*, se da simplemente por hecho.

Mi familia no tenía una pizca de normal, era diferente. Eso nos hacía especial.

—¿Y tú? ¿Tú también estás encabronado?

—Viridiana, esa boca.

Oh, mi Api era un Amor. El tono de, *te estás pasando* era encantador.

—Lo siento, Api. —Seguimos caminando en silencio un par de minutos antes de que lo volviera a intentar—: ¿Api, te decepcione?

La respuesta fue rápida y acompañada de un beso en la sien—. Nunca. Nunca me podrías decepcionar —eso también nos hacía especiales; el amor incondicional, lo expresivos que éramos sin importar el lugar—. Y no, no estoy enojado. Lo más probable es que si yo hubiera estado en tu lugar, lo hubiera hecho de la misma manera. Si hubieras anunciado un compromiso, Gordón no hubiera permitido que te casaras. Tenías que hacerlo así, si querías seguir adelante. Simplemente hiciste lo que tenías que hacer.

—No fue por Gordón —Owen detuvo sus pasos e hizo que lo viera a los ojos. Odiaba que hiciera eso, así era imposible mentir—, bueno, en parte fue por él, pero no le digas a Yaco.

—Estoy seguro de que Yaco ya lo sabe, Hada.

—¿Crees?

Yaco nunca había mencionado nada; él solo aceptó mi propuesta y siguió adelante, nunca discutimos el porqué.

—Estoy seguro. Yaco no es tonto, te da lo que te tiene que dar para que seas feliz, un hombre tonto no hace eso —volví a rodear su cintura para seguir nuestro camino, como siempre, Owen tenía toda la razón, Yaco me hacía feliz—. Bueno, ¿y qué tipo de relación tienen? Porque en estos años, yo te he visto salir con otra gente, y sé que no es precisamente por un café.

Otra cosa que nos hacía especiales, la jodida e incómoda confianza para hablar sin el filtro del recato.

—Como alguna vez lo platicamos, no me atrae un tipo específico de genitales, me atraen las personas en sí. Yaco es igual —esperaba que la noticia de que Yaco era de gustos abiertos no cayera de peso—. Creemos que tener parejas sexuales adicionales no puede romper una unión compuesta entre mejores amigos y basada en el amor.

—En pocas palabras, tienen un matrimonio abierto.

Si, a Owen no lo podías marear con palabras.

—Si, en pocas palabras es un matrimonio abierto —aseguré pateando una bola de nieve.

Pronto llego la absolución de mi padre—: Desear parejas sexuales que no sean tu cónyuge, es natural, aunque actuar de acuerdo con esos sentimientos, es opcional —aclaró rápidamente; Owen mantenía una relación 100% monógama con mi madre, hasta donde yo sabía—. Ustedes dos ya son adultos, lo que suceda entre ustedes y con el consentimiento de ambas partes, es su negocio. Solo te voy a pedir que, con todos los socios o socias adicionales, siempre se protejan y establezcan límites desde el principio. No los quiero ver heridos.

Me gustó mucho que se preocupara por Yaco también. Una ventaja de casarte con alguien de la familia.

44

Gordón

—Hermanito, no pensé que íbamos a contar con tu presencia —con un gruñido le contesté a Luca. Él bien sabía que no me podía perder esta fiesta, aunque fuera lo último que hiciera, aunque el corazón terminara de ser aplastado—. Yaco se acaba de ir —murmuró mientras me daba un abrazo.

—Si, lo vi. Iba llegando cuando Tomás subía sus maletas al auto.

—Cabroncito, ¿verdad?

—¿Tomás? Definitivamente.

—No, Yaco. A Sophie todavía no se le pasa el coraje. ¿Sabías que durmió con ella cuando ya estaba casado con Viri? —No pude evitar reírme, en efecto, el güerito era cabroncito—. No te rías. Y no se lo menciones a Bruno, que se puso como loco pidiendo su turno.

—¿Su turno? ¿Con quién?

—Pues con Viri, ¿con quién iba a ser? —sobre mi cadáver—. Dice que él siempre la respetó, que nunca pasó de un besito inofensivo, y que ahora resultaba que pecó de inocente. ¿De veras crees que no durmió con ella?

—Estoy seguro de que no durmió con ella —le afirmé a Luca.

—¿Se lo prohibiste?

—No hizo falta. Él fue el primero en darse cuenta que Viri era mía.

—¿Qué vas a hacer?

De mis tres hermanos, Luca era el que más había cambiado; aceptar que amaba a Sophie, aceptar los términos que la Princesa exigía, era como haberse liberado. Ahora era mucho más abierto, mucho más extrovertido, mucho más feliz.

—No sé. Estoy petrificado por decir algo de más o simplemente expresarme mal.

—Lo único que puedes hacer mal, es no decir nada. Quedarte callado con

los sentimientos revoloteando, creando frustración, miedo. No puedes expresarte mal, simplemente habla con ella.

—Se casó... —volví a quejarme.

—Si, ¿quién se lo hubiera imaginado?

Mi hermano me dio una sonrisa comprensiva, mientras me ponía un pin de una mamila en la solapa de mi saco; a esto habíamos llegado, a participar en juegos de niños con tal de que la Princesa estuviera feliz.

Sophie decidió que su *Baby Shower* fuera adelantado porque lo quería disfrutar, cuando la realidad era, que solo quería recibir regalos e ir de compras tranquilamente para la llegada del bebé, el hijo o hija de Sophie, Luca y Bruno iba a ser el bebé más consentido de la historia. Toda la familia, de ambas partes, estaba más allá de la ansiedad, de la felicidad. Una nueva vida, es una nueva esperanza. Siempre es una bendición.

Había estado en el Palacio más veces de las que podía contar, aun así, era imposible dejar de admirar los altos techos, las elegantes molduras, los finos muebles, las inmensas ventanas...

— ¡Gordón! —Fue la bienvenida de mi madre, otra que no me esperaba.

— ¿Viste dónde se metió, Viri?

—Gordón, por favor. Ya basta con eso. Ya se casó, que otra...

—Diana —la paré en seco—, ¿viste dónde se metió, Viri?

Mi madre tragó saliva antes de contestar—: ¿Para que la quieres?

—La voy a recuperar.

—Vamos, Gordón. Tienes que ser real. Puedes divertirte todo lo que quieras con Viri; es guapa, es rica, si tus hermanos lo hicieron, ¿por qué tu no? Pero no puedes hablar en serio. Viri es... Viri. Solo se preocupa por sus perros, y por lucir como muñeca.

—Y también por la fundación, y por sus hermanos, y por su familia, y por sus amigos..., y por su estúpido marido. Deberías aprender de ella.

Diana fingió no escuchar lo último, no le convenía.

—Sí. Nadie niega que es una niña muy linda, pero es solo eso, una niña mimada.

—Sabes que Diana, si, tienes toda la razón, Viri es lindísima. Pero no es una niña mimada, solo es diferente; actúa diferente a ti, incluso a su familia, y sabes que, justo eso la hace especial. No te tiene que gustar la idea de que estoy enamorado de ella, de que siempre lo he estado. Porque no sé si sepas, pero poco faltó para que la violara la primera vez que dormí con ella, porque

no me podía controlar, ¿sabes cuántos años tenía Viri? ¿Sabes cuántos años tenía yo? —mi madre palideció, su vena de abogada se reveló y pudo sumar catorce más once—, solo tienes que aceptar que tu hijo cometió un delito muchos años atrás, muchas, muchas veces, y dejar de entrometerte donde no te llaman. Ya te eduqué a los hijos, ya te los hice hombres de bien, ya sobrevivieron a ti y tus dos hombres. ¿Qué te parece si ahora me toca a mí?

—Soy tu madre...

—Si, Diana, y te quiero. Te quiero mucho. Pero yo no soy tu esposo, no soy tu pareja, soy tu hijo.

A mi madre le rodaron un par de lágrimas por las mejillas, extrañamente, no causó la ráfaga de compasión o lastima o... lo que quiera que sea que me causaba cada vez que lagrimeaba. Ahora solo me causó, cansancio; estaba cansado de ser el juez, el jurado, el defensor, el culpable, ahora solo quería ser... Gordón, el hombre perdidamente enamorado de un Hada.

—Me parece que fue por algo a la cocina... —ya daba la media vuelta cuando me detuvo por el brazo—. Hijo..., lo siento.

Soltó mi brazo y por primera vez, me sentí libre; libre de cometer errores, libre de llegar tarde, libre para poder tener vida propia. Era absolutamente ridículo, era un hombre de cuarenta años, que, durante toda su vida, cargó el peso de una familia que no le correspondía. Que todo mundo fuera feliz. Que todos se sintieran bien. Orgullosos. Completos. Satisfechos. Y lo más difícil, que nadie se sintiera culpable porque ese fuera mi trabajo. Un trabajo que tuve que cargar en silencio, con discreción, sin exponerlo, solo solucionarlo por debajo de la mesa y fingiendo que era feliz al hacerlo.

Amaba a mis hermanos, y de ninguna manera los culpaba de nada. Seguramente ellos lo hubieran hecho perfectamente bien sin ningún tipo de ayuda, pero ver sus desconcertadas caritas, cuando un grupo que se hacía llamar pro—familia, ataca a tu familia, porque tu madre duerme con dos hombres a la vez, esas caritas, nunca las quería volver a ver. Esas caritas me siguieron muchas veces, cuando quería salir con mis propios amigos, cuando quise estudiar fuera del país, cuando quise huir con Viri, cuando dejé ir a Viri...

Yo tenía escasamente doce, trece años, Fabio tenía cinco, Luca tres, y Bruno era un bebé de dos, cuando el grupo forzó su entrada a la casa. Hubo muchos gritos, muchos golpes, desconcierto, mis padres peleaban mientras yo protegía a mis hermanos.

Y nunca he dejado de hacerlo.

Mis padres tampoco tenían la culpa, supongo que hicieron lo mejor que pudieron, como la mayoría, cambiamos de casa, de ciudad, de amigos, de lo que nunca pudimos cambiar, fue de dinámica; ellos trabajaban, luchaban, y yo protegía.

Pero ahora ya todos eran adultos, más o menos, Bruno seguía siendo un desorden, aunque un desorden ordenado, Sophie se estaba haciendo cargo de eso. Incluso él, que era el más complicado, estaba a meses de convertirse en padre.

Ya nadie era un niño desprotegido, ya nadie necesitaba mi protección.

Ahora solo quería tener mi propia familia, y mucho me temía, que mi mujer, ya no estaba disponible, ya era mujer de otro hombre.

Mi muñequita. ¿Qué iba a hacer para recuperar esa Muñequita?

45

Viri

— ¿Quieres una de esas? —preguntó Gordón a mis espaldas.

— ¿La blusa? Ya tengo una. La mía dice: *Kiss my ass*.

Antes de que me alejara de él, me detuvo por la cintura. El contacto en público entre nosotros debía ser prohibido, mi respiración se agitó inmediatamente, esto estaba mal, muy mal. Con una mano en la cintura restringió cualquier movimiento de mi parte, con la otra, acariciaba mi trasero de arriba abajo y de regreso.

—Con gusto, Muñequita. Te puedo besar ese succulento trasero cuando tú mandes..., ya lo he hecho.

Me dio una nalgada que llegó hasta el hueso, el sonido fue ensombrecido por la carcajada de mi hermana y Bruno, con ellos todo era felicidad. Y Gordón lo sabía, todo lo tenía controlado, incluso cuando dar una buena nalgada...

—Vamos, Gordón, que el vestido no te engañe. Sigo siento Viridiana Northman—Carter Jones.

—Ahhh, entiendo, eres el acto opuesto al clásico desafío.

— ¿A qué te refieres? —Me solté de su agarre con más fuerza de la necesaria, sin querer, tropecé conmigo misma. Su vena de caballero andante salió a relucir y me sostuvo de los hombros.

—A que lo clásico es vestirse como una chica... ordinaria, y actuar como una mojitata. La de cosas que has aprendido con el estúpido de Yaco.

— ¡Eres un imbécil, Gordón! ¿Tus padres no te enseñaron lo que es el respeto y la cortesía?

Matándome con el oro de sus ojos, masculló—: Todo lo que me enseñaron mis padres se fue al diablo la primera vez que abriste las piernas para mí. A sí que no, Viri, no sé lo que es el respeto o la cortesía, lo único

que sé, es que tú eres mía, y ningún hijo de puta ha cambiado eso.

Antes de que me destruyera, otra vez, adopté una actitud desafiante—: Para, Gordón, soy una mujer casada.

—Sí, y no tardaste nada en abrir la boca para tragarme por completo.

— ¡Vete a la mierda!

—Muy bien, Muñequita, tú lo pediste.

Ya sin reparo de que nuestras respectivas familias nos vieran, mostró por qué su sobrenombre; con insólita rapidez, me arrastró a la biblioteca. Puede que fuera mejor así, que todos se enteraran que la historia con Gordón estaba muerta, enterrada, y velada.

Haciendo acopio de todas mis fuerzas, traté de que mi voz sonara fría y calmada. —¿Qué quieres Gordón? ¿Cómo te explico que ya no te quiero?

—¿Ya no me quieres? —preguntó en tono grave y burlón. ¡Imbécil!

—Sí, ya no te...

—¡Claro, y yo me lo creo! —exclamó tomándome del cuello con tanta fuerza que me recordó a Víctor. Cogiendo mi vestido con tanta garra... era la primera vez que el León me daba miedo.

—No... no... yo nunca... —paró en seco cuando vio mi expresión—. ¿Qué haces conmigo, Viri?

—Nada, Gordón, no estoy haciendo nada.

Nuestra respiración era agitada, sus labios recargados en mi frente, tensos.

—Juegas conmigo...

Me quedé inmóvil entre sus brazos, con la cara recargada en su cuello—. Déjame ir, Gordón.

—No... no te puedes ir. Tú eres mía.

Su agarre se hizo más fuerte, más agresivo, más desesperado.

No era venganza, era sobrevivencia—: No me importa lo que creas o sientas, Gordón, la verdad es, que ya no te deseo —gimió al mismo tiempo que enredaba su puño en mi cabello—. Ahora, ¡quítame las putas manos de encima! —exclamé, y embestí contra su espinilla.

Gruñó molesto, pero no me soltó; su aliento quemaba como si de fuego se tratara.

—Viri, ¿todo bien? —Se escuchó la voz de Kurt a través de la puerta.

A Gordón no pareció importarle la presencia de Draco, porque forzó mi cabeza hacia atrás, dejando al descubierto la totalidad de mi cuello. Noté la dureza de su erección, y me vi forzada a claudicar.

—Si, Kurt, todo bien.

En cuanto el sonido de la última palabra se desvaneció, el León lamió mi piel, mis labios antes de besarme con un lujurioso arrebató. Sentí una placentera oleada de calor por todo el cuerpo, emití un profundo jadeo antes de entregarme sin reservas.

—No puedes mentirme —susurró en mi oído, acariciando uno de mis senos por encima del vestido—. Te conozco demasiado bien, Viri. Dime la verdad. Dime que me quieres como yo te quiero a ti.

Desesperada y totalmente perdida, me dejé vencer; perdí el control sobre mis palabras y mis actos. Dejé que subiera mi vestido, que se colara por mi ropa interior, que me encontrara empapada. Era cuestión de que me tocara, para que una oleada de emoción se rompiera en mi interior, sobre mi pecho, sobre mi corazón.

—No puedo —mi voz sonó quebrada—, la verdad es que... Me vas a odiar, Gordón, no quiero que me odies.

—¿Odiarte? —preguntó, elevando la voz—. Dios mío, ¿cómo puedes pensar eso? Viri... —se detuvo para tomar aire, pero sin poderse detener, volvió a besarme, a acariciarme con frenesí, como si tampoco se pudiera resistir.

Sucumbí a sus labios, a sus manos, al mar de sensaciones, ahogada completamente a la rendición. Introdujo la lengua en mi boca y se dedicó a explorarla, perdí el equilibrio, me aferré a su cuello; sentía como si él era la única cosa sólida en un mundo volátil e inestable. De repente, me sentí caer sobre un sillón y me di cuenta de lo que Gordón planeaba hacer.

—Oh, no... —intenté negarme, pero él me calló con otro beso.

Fue bajando sobre mi cuerpo, besando la piel que encontraba, incluso sobre el vestido que terminó enredado en mi cintura, con pereza, fue hurgando entre mi ropa interior. Me retorcí al sentir sus labios sobre mi piel desnuda; rozaron suave, despacio, moviéndose cada vez más abajo, hasta que llegó al lugar que dolía.

En algún lugar del Palacio, Sophie gritó, lo que hizo que los invitados se echaran a reír.

—Tengo que salir —dije, estremeciéndome frenéticamente bajo su cuerpo.

—No, no tienes... —con ternura, introdujo sus dedos al mismo tiempo que movía su pulgar en pequeños y delicados círculos. Gemí, temblé,

mientras sus malditos dedos jugaban con mi cuerpo como siempre, como si tuviera todo el derecho...

—No puedo —susurré—; no está bien.

Gordón calló mi protesta con un beso, apoyando su cabeza sobre la mía, retiró los dedos de mi interior para ir directo a desabrocharse el pantalón. Me montó sin pensarlo, usando sus piernas para separar las mías. Resignada a mi destino, apoyé mi cabeza en su mejilla, mientras mi cuerpo se ponía rígido de ansiedad.

—Relájate... —susurró, deslizando la mano bajo mi trasero—. Ábrete para mí, Muñequita; eso..., así —entró en mí con un cuidado exquisito, abriéndome, llenándome de sensaciones conocidas, imposibles, prohibidas.

Se escucharon sonidos de risas que me regresaron a la tierra; *¿Qué diablos estaba haciendo?! ¿No tenía autocontrol?* Me eché para atrás llena de pánico, luchando enérgicamente por liberarme. Noté como toda su dureza se deslizaba húmedamente fuera de mi cuerpo, y de inmediato mi cuerpo protestó.

Gordón resopló con fuerza, apretó mis muñecas—. ¿Qué crees que haces? —susurró en mi oído.

—Acabar contigo. Ya no más, Gordón.

Me aparté de él en cuanto me soltó. Me puse de pie para acomodar mi ropa al mismo tiempo que me maldecía por no tener autocontrol; la cara me ardía de excitación, los brazos, las piernas me temblaban a causa de la excitación, sentía todo el cuerpo dolorido, frustrado por el castigo de la liberación interrumpida. Benditos genes. Fuego inextinguible que me quemaba con una ferocidad de locura.

El suave roce de sus dedos sobre mis hombros me hizo estremecer, deseaba tomar sus manos y llevarlas a mis pesados senos, suplicarle que me aliviara de este dolor. En lugar de ello, me quedé completamente estática, rogando para que me soltara. *Yo podía resistirme, yo debía resistirme.*

—Lo siento, esto no debió pasar aquí —indicó con ironía—. Mi sentido del tiempo y lugar solía ser mucho más controlado.

—No, no es eso —declaré sintiendo los labios hinchados—. He... hemos tenido suerte de no haber acabado.

—Dame dos minutos, te juro que te hago acabar —aseguró—, o sube a tu habitación, ahora te alcanzo. Sé que no puedes...

—¡No! —repliqué—. No..., no quiero que me hagas el favor. Ya no soy

una niña que no puede controlar su deseo. Ya no soy una chiquilla —me recordé—. Por lo que a mí se refiere, esto nunca va a volver a ocurrir.

—Viri —murmuró—, solo hay una cosa que puedes decir para mantenerme alejado de tu cama, y es decir que ya no me amas.

El maldito León esperó con calculada paciencia mientras luchaba conmigo misma. Cada vez que trataba de hablar se me cerraba la garganta.

—Por favor —susurré finalmente.

Aunque no tenía muy claro a qué me refería: Por favor, para. Por favor, sigue. Por favor, ámame. Por favor, ten un poquito de dignidad.

Gordón aprovechó mi confusión para pasar su palma por mi clavícula, para presionar sobre el centro de mi pecho.

Sintiendo a través del vestido el latido de mi desbocado corazón, murmuró—: Pronto vas a volver a ser mía —lo dijo con mucha ternura, como si lo creyera, como si fuera una ley—, como siempre y para siempre, mía.

Me aparté de él con un movimiento brusco—. Lo lamento, Gordón, de veras lo lamento—contesté con voz quebrada—, pero hace años que deje de esperar a ser tuya. Yo ya soy de alguien más, y no por un papel, sino porque mi corazón así lo pidió. Tu... tu solo eres, Gordón, el que siempre me abandona. Ya no más.

Vi brillantes lágrimas en sus ojos antes de que girara y se alejara de mí.

46

Viri

—¿Hiciste que Gordón se fuera? —Preguntó Fabio ligeramente indignado.

—No..., bueno... no creo.

Ya de frente ante los Gardner, me sentí indefensa.

—Fabio, todos sabemos perfectamente bien que nadie es capaz de obligar a nada a Gordón. Él se fue por su propia voluntad —intervino Bruno.

No me quedó claro si en mi defensa o en la de Gordón, pero el Lobo sacó las garras. Evitando cualquier clase de conflicto entre los hermanos Gardner, les sonreí jovialmente, tal vez más de lo necesario.

—Bruno... —llamó mi hermana, y el gran Lobo se convirtió en una ovejita entusiasmada e impaciente por llegar a ella.

Fabio y yo intercambiamos una mirada divertida—: Parece que me domaron al Lobo.

—Eso parece —coincidí con él.

—Me gustaría invitarte un trago, ¿si eso está bien con tu marido?

Negué al mismo tiempo que sonreía—. A diferencia de muchos hombres que conozco, Yaco me considera una adulta, por eso me casé con él, y solo con él —rematé. Si de joder se trataba... —Y sí, me caería bien un buen trago.

Terminado el *Baby Shower*, donde Sophie, Bruno, y Luca recibieron toda clase de extravagancias, salí con Fabio.

—Espera, ¿sigues viviendo con Gordón?

Tenía un buen tiempo sin visitar su departamento, ellos cambiaban de casa constantemente, una ventaja de ser dueño de una constructora.

—No te preocupes, conociéndolo, es posible que no aparezca hasta dentro de una semana

—Si, pero...

Fabio no tardó en poner una mano tranquilizadora en mi hombro. No había explicación, pero me sentí más relajada cuando me tocó. El Oso era tan tierno, nada que ver con su estúpido hermano.

—No tendrás té, ¿verdad? —Con una mirada desdeñosa me respondió. Fabio todavía no aprendía que los verdaderos hombres toman té.

—Te puedo invitar un café..., si averiguo como funciona esto —murmuró mirando un aparato que bien podía ser una nave especial o una cafetera.

— ¿Cómo tomas café si no sabes usar tu cafetera? No eres un chico Starbucks.

—Cariño, tengo un par de años sin necesidad de hacer un café, siempre hay alguien dispuesta a hacérmelo. Como espero que recuerdes, soy hombre de coños. Saber comer coños es una habilidad mucho más importante que usar una cafetera, te consigues café, desayuno, y hasta cena.

El calor de mi sangre marcó mi piel haciéndole saber que recordaba perfectamente su valiosa habilidad.

—No importa, de todos modos, necesito algo más fuerte. Ya son más de las cinco.

—Aquí y en todo el mundo —afirmó antes de sacar una botella de tequila Gran Patrón.

— ¿Siempre tienes tequila en casa?

—Otra habilidad que sirve de mucho —declaró mientras brindaba conmigo—. Habla —comandó mientras servía el segundo caballito.

No hubo necesidad de acabar con el Patrón, simplemente le conté mi historia con Yaco, el cómo fue creciendo la relación, la boda, la bendita felicidad, y también el vacío que sentía cada vez que pensaba en Gordón. Todo el dolor, resentimiento, frustración, amor hacia su hermano.

—Es muy simple, Viri, Gordón lo único que quiere es que todo mundo sea feliz.

—Pues yo ya lo soy. Ya no tiene que preocuparse por mi.

El tequila empezaba a hacer su efecto, la sensación de satisfacción y alegría se intensificó, mi visión ya no era 20/20, y mi coordinación comenzó a vacilar. Lo grave, es que Fabio se empezó a ver mucho más apetecible de lo normal.

—Ya no más, Oso, Gordón y yo... termino.

Fabio recargó los dos codos sobre la mesa y se acercó dulcemente a mi

boca—: ¿Segura, cariño? El amor que se tienen ustedes dos, no lo puedes tirar por la ventana, te prometo que no se va a romper, es demasiado fuerte. La verdadera pregunta es, ¿qué tanto estás dispuesta a resistir? ¿A dar? No dejes que Yaco... —iba a protestar, pero me detuvo con la mirada—, no dejes que Yaco evite que tengan una oportunidad, una verdadera y tangible oportunidad de tenerlo todo —me dio un beso ligero en los labios antes de rellenar mi caballito.

En ese momento sonó su teléfono—: Y hablando del caballero de armadura blanca... ¿Qué hago?

Levantando el cabellito, brindé—: Quiero pasar la noche con el Patrón, ¿me acompañas?

Fabio, como siempre, no me decepcionó. Buscó media docena de caballitos en el gabinete y las rellenó mientras su teléfono no dejaba de sonar.

—Por el Gran Patrón.

—Por el Patrón.

Nuestras copas hicieron clic y no volví a saber nada de mi hasta el día siguiente, cuando desperté desnuda.

¡Mierda con los Gardner!

Ahora era Leonel García con “*Ella Es*”, el encargado de despertarme. Busqué mi teléfono a tientas, ¿*dónde estaba?*, *mejor aún, ¿qué había hecho?* ¿*Seguía en casa de Fabio?*

Todavía con un ojo medio cerrado, encontré mi celular al fondo de mi bolsa.

— ¿Bueno?

La risa de Yaco era inconfundible, era alegre, libre, ¡ah, me encantaba!

—Es mediodía, Tatis, ¿porque sigues durmiendo? No me digas que el *Baby Shower* acabó en orgía que me va a dar envidia.

Mi risa sonó ronca, un poco por lo adormilada, y otro tanto por la vergüenza—. Güerito, no tengo idea de dónde estoy —susurré levantándome de la cama—. Lo bueno es que solo recuerdo la mitad.

— ¿Y lo malo? —Preguntó el hombre que de haber sido otro, estaría pidiendo el divorcio.

—Que no me duele nada de lo que me debería doler.

—Uy, lo siento, Tatis.

¡Yaco era él mejor! Se sentía mal porque no tuve una noche apasionada.

En eso vi una foto y supe en cama de quién había dormido.

—Mierda, sigo aquí —tenía la esperanza de que después de terminar con el Patrón, hubiera llamado a Tomás, pero no, mi sentido común seguía sin aparecer.

— ¿Lo conozco? Se puede jugar con él.

—Si lo conoces, pero no creo que quieras jugar con él.

— ¿Estás con Gordón? —El tono de voz se endureció, la parte juguetona que tanto me gustaba de él, fue reemplazada por un tono venenoso.

—Estoy con un Gardner —técnicamente era la verdad, aunque tampoco le iba a decir que dormí en la habitación de Gordón y que estaba desnuda—. Lo siento, Yaco, no sé cómo sigue pasando esto.

—Yo sí sé —fue solo un murmullo, pero si lo alcancé a escuchar.

¡Mierda!

Tocaron a la puerta, y sentí que el piso se hundía.

—Güerito, el Patrón está pasando la cuenta, me temo que voy a pasar el día sobre la tasa del baño.

—Uy, Tatis, y no estoy ahí para sostener tu cabello.

—Te extraño... —me lamenté recargada en un sillón; el suelo no había dejado de moverse.

— ¿Estas decente? —Fabio entró a la habitación sin esperar a que lo invitara, estos Gardner necesitaban un par de clases de modales. Con una seña, le dije que se callara, no quería empeorar las cosas con Yaco.

—Me tengo que ir, ¿llegaste bien?

—Si, por eso llamaba, para avisarte que acabo de aterrizar. Voy a dormir un par de horas en la cabaña y de ahí voy a la reunión.

— ¿Y tú cita?

—Esa es hasta mañana, ya te aviso como va —su voz volvió a ser cariñosa cuando me pidió—. Habla con Conchita, seguro ella tiene algún remedio para la resaca. Y duerme, eso siempre ayuda —empezaba a despedirme cuando agregó—: de preferencia sola, trata de dormir sola por unos días, ¿está bien?

—Te lo prometo.

Después de un par, *te quiero*, corté la llamada y me enfoqué en Fabio, que sonrió y extendió sus brazos para brindarme ibuprofeno y un poco de jugo de naranja.

— ¿Ya decidiste si vas a regresar con mi hermano? O vas a dejar a Yaco

y nos vamos a fugar tu y yo juntos, ese sería un buen giro en la historia, ¿no te parece?

Tomé las tabletas y el jugo, no bajé el vaso hasta que le vi el fin.

—Buenos días para ti también —mi tono no fue el más conciliador, porque de inmediato respondió.

—Solo pregunto...

Fabio se acostó a mi lado mostrando todo el esplendor de su desnudez. Por algún motivo que no entendí, yo subí las sábanas hasta que cubrí la mía.

—Gordón no ha parado de llamar toda la noche. Quiere saber qué hemos hecho y qué estás pensando.

—¿Y qué le has dicho?

—La verdad, por supuesto; que hemos cogido cual conejos, y que por mi si vas a dejar al güerito ese.

—Por qué la insistencia de dejar a Yaco? Todavía no entienden qué él es el amor de mi vida.

—Es ahí donde vamos a estar en desacuerdo por siempre jamás. Para nosotros, el amor de tu vida es Gordón, para él has sido tú.

—Pues lo ha disimulado muy bien. Porque...

—Porque en vez de salir a casarse con cualquiera, ¿se ha mantenido fiel a ti y a lo que puede ser?

¡Auch! Eso dolió.

—Sólo quisiera saber, ¿hasta cuándo se suponía que tenía qué esperar?, ¿hasta que tu madre fallezca y él finalmente salga de su falda?

— ¡Oye!

Por unos minutos los dos nos enfocamos en el techo, en hacer lo posible para no acabar con una amistad de tantos años.

—No recuerdo... ¿me trajiste a la cama o llegue por mi propio pie? —De alguna manera tenía que terminar con está tortura.

Afortunadamente, Fabio estuvo de acuerdo conmigo—. Por tu propio pie, cariño, tenías ganas de pasar la noche acompañada, el Patrón y yo te arropamos como caballeros que somos.

Tenía una vaga idea de la noche, recordaba claramente lo que hice con el Patrón, lo que no recordaba, es lo que había hecho con Fabio.

—No dormimos juntos, ¿verdad?

—La verdad, Viri, va a tener que pasar un tiempo para que lo volvamos a hacer. Después de ver cómo reproducías el exorcista ayer... lo mejor es

esperar a que el recuerdo se desvanezca.

— ¡Oh, Dios! ¿No me digas qué vomite enfrente de ti?

—Y encima de mí, y de ti. ¿Por qué crees que estás desnuda?

—Oh, lo siento...

—No lo sientas, siempre es un placer tu compañía. Sin importar qué — aclaró.

Me dio un beso en el hombro antes de pararse y estirarse a mi lado. La gloriosa erección matinal quedó a centímetros de mi boca, ¡bastardo!

— ¿Qué quieres hacer hoy, cariño? Ya arreglé mi día, Gordón se puede hacer cargo del trabajo, así que soy todo tuyo para lo que quieras; hablar, caminar por la bahía, una buena sesión de amor.

— ¿No qué el recuerdo se tiene qué desvanecer? —Volteó a verme con esos ojos dorados de los Gardner, con ese cabello revoltoso, con esos labios esponjosos, y con ese maldito cuerpo de pecado.

— ¿Cuál recuerdo? Mi memoria está quedando en blanco —por encima de la sabana marcó la curva de mi seno.

—Compórtate —le advertí mientras agarraba la sabana con mucha más fuerza.

— ¿Por qué? Portarnos mal siempre ha sido lo nuestro, ¿cierto?

Dio un pasito en mi dirección y por poco de doy los buenos días con un beso en la hinchada cabeza de abajo.

—Deja de jugar, Fabio. Necesito salir de aquí y me estás distrayendo.

Salí de la cama envuelta entre la sábana. De ninguna manera iba a revolcarme con él... se lo prometí a Yaco.

— ¿Lavaste mi ropa?

—Por supuesto —afirmó rascándose entre las piernas.

¿Qué pasaba con los hombres y esas costumbres? Las mujeres no vamos por la vida rascándonos entre las piernas, algo que nos hace mucho más civilizadas.

—De ninguna manera iba a permitir que salieras oliendo a... Uff, el recuerdo está volviendo.

—Lo siento... —volví a repetir riendo—, ese cuadro nunca es lindo de admirar.

—No te preocupes, tengo muy mala memoria.

Ya iba de salida cuando le pregunté—: ¿Me la podrías traer?

Sonrió malvadamente antes de decir—: Oh, Hada, me estás confundiendo,

yo soy Fabio, no Gordón...

—Si me la traes, duermo contigo —le ofrecí con un no muy sexi guiño.

— ¿Y esperar a que Gordón me corte las pelotas? No lo creo, cariño, estoy muy encariñado con ellas. Mi hermano lo único que quiere es ser uno contigo, completos, de ninguna manera me voy a entrometer en ese amor. Por más que me guste dormir contigo.

Y a mí con él.

Gordón

—En un par de horas te paso el hotel en el que nos vamos a casar. Ya sabes que a ella le gustan las bodas rápidas de las vegas.

Deje pasar los malos chistes de mi hermano para ir a lo importante, Viri —. Fabio, es medio día, ¿por qué le permitiste tomar licores fuertes?

—Porque a diferencia de ti, yo si estoy consciente de que ya no es una niña, si ella quiere emborracharse, se emborracha. Fin de la historia.

—Se va a enfermar y...

—Calma, calma, ve el lado amable, cuando se emborracha se pone cariñosa. Yo le puedo dar cariño, últimamente necesita cariño, ¿sabes?

— ¡Imbécil!

—Tu más, hermanito.

Fabio necesitaba un recordatorio de quién era el hermano mayor, me colgó y le importó un carajo mi preocupación.

Aunque sí me dejó más tranquilo, sabía que, si estaba con él, estaba segura. El Oso era un caballero, no había modo de pasar al lado, debajo, o encima de él. Fabio iba a proteger a Viri hasta su último aliento.

— ¿Qué diablos te pasa? No te había visto esa cara nunca, ¿acabas de descubrir la verdad sobre Santa? —Fue la bienvenida de Bruno, que, aunque seguía fastidiando como cuando era niño, ahora traía una caja con paletas decoradas con moñitos morados y azules.

La casa que compartían Luca y Bruno con Sophie, era el último proyecto que realizamos Fabio y yo, y la verdad habíamos hecho un excelente trabajo; Por fuera parecía un Palacio cualquiera, pero por dentro poseía anexos prefabricados como aseos y lavadero, un sistema de paneles solares, otro de captación de aguas pluviales y de reciclaje de aguas de consumo, iluminación

LED y un sistema de gestión que ofrecía un control preciso sobre todos los aparatos eléctricos y la energía almacenada. Si llegaba la era de *Walking Dead*, la familia que habían formado esos tres podía sobrevivir sin ningún problema.

—Viri no quiere hablar conmigo. Parece que lo que siente por Yaco es real.

Perdí la mirada en algún punto de Chicago. Y hubiera seguido perdido sino fuera por mis hermanos.

— ¿Mas real que lo de ustedes? —preguntó Luca mientras recibía las paletas y las guardaba en una bolsa de celofán. Sophie los había domesticado de una manera que... que nunca hubiera imaginado.

No hubo más opción que escupir todos los gloriosos detalles de mis sentimientos.

—Si lo piensas bien, es bueno que este con Fabio, con su cuidado y buenos consejos, van a vivir felices por siempre jamás.

Bruno me estaban devolviendo toda la tortura que le proporcioné durante sus años de infancia. Luca tuvo un poco más de piedad y me habló sin burla —: No la puedes obligar a que tome una decisión apresurada, dale tiempo, estoy seguro que Fabio le va a dar la dirección correcta y pronto va a aparecer en tu puerta, como siempre.

—No estoy seguro de qué le podría decir Fabio que yo no le haya dicho ya. Él le podría estar diciendo que vuele lo más lejos de mí, por lo que sé.

—Vamos, Gordón, no seas melodramático —Bruno siempre llevaba la vida ligera... cuando no se trataba de su mujer.

—Seguramente tú no te pusiste melodramático cuando supiste que Sophie se casaba.

—Era diferente —se apuró a decir—, Sophie no tiene un solo hueso de piedad, Viri es diferente, ella no te va a hacer daño, no intencionalmente.

En eso tenía razón. No intencionalmente. Pero por debajo de la mesa, te podía matar.

— ¿Qué tal si no regresa a mí?

—Lamento decirlo, hermanito, pero si ese es el caso, no tienes a nadie que culpar, más que a ti mismo.

Quid pro quo no era lindo, dolía.

Después de terminar mi té —sí, ahora hasta ellos tomaba té— Luca preguntó—: ¿Tienes un plan?

—Dejarla ir, olvidarla, ese era el plan.

Fue notorio por la mirada que intercambiaron Luca y Bruno, que mi plan era una colosal mierda.

— ¿Un plan B? —Rechiné los dientes con la pregunta de Bruno.

Por supuesto que no tenía un plan B, no que lo fuera a decir.

—Estoy trabajando en ello.

Aun temiendo no llegar vivo al final del día, toqué la ventana del auto estacionado afuera de mi departamento. Ross bajó la ventana con el estilo inconfundible de un marine, viéndote como si fueras nada.

—Señor Gardner.

Maldito miserable, como si el día anterior no me hubiera dicho cobarde, no lo mandaba al infierno porque él estaba entrenado y yo no. Ya tenía un ojo morado, no quería otro.

—Yo llevo a Viri.

Sólo hizo un asentimiento de cabeza antes de subir la ventana. El cabrón me caía bien.

48

Viri

Retando a su hermano, Fabio cruzó su brazo sobre mi estómago y removió mi cabello con su nariz. Sonreí porque no podía hacer otra cosa, esto era lo más divertido que me había pasado en mucho tiempo; mi marido en una cita con alguien más, y el amor de toda mi vida refunfuñando porque su hermano estaba desnudo junto a mí. ¡Buenos días, universo!

Uno hubiera esperado que el Oso fuera más condescendiente y me hubiera traído mi ropa, pero no, cuando regresó, continuaba desnudo, aunque con una taza de té para mí. Por eso amaba a los Gardner. Me obligó a regresar a la cama con él, sin encontrar mucha resistencia de mi parte, y se acurrucó para dormir. Se sentía bien pasar un día en la cama sin nada que hacer. Hasta que escuchamos la puerta del departamento abrir, y segundos después, ver a Gordón entrar a su habitación.

—Fabio —el reproché en su voz era cómico, como si estuviera reprimiendo a un niño de tres. Creo que Gordón nunca iba a dejar de ver a sus hermanos como bebés. Ni a mí.

— ¡Hermanito!, ¿crees poder poner una cafetera? A Viri y a mí nos caería bien un café —Gordón volteó los ojos, pero de todos modos camino rumbo a la cocina.

— ¡Para mí otro té! —Grité como cereza en el pastel.

Fabio y yo empezamos a reír, y para mi beneplácito, Gordón se nos unió.

—Anda, se buena niña y ve a hablar con mi hermano —suspiré antes de salir de la cama. Tarde que temprano tenía que hablar con él, más valía ahora que amanecíamos de buen humor.

— ¿Dónde fue Yaco? —Preguntó en cuanto entre a la cocina.

No reconocí si eran simples celos lo que tintaba su voz. Estoy segura de que encontrarme desnuda junto a su hermano, no era algo con lo que quisiera

lidiar en su día.

—A Portugal, tiene una cita de fin de semana.

No era nada más que la verdad, y no tenía ninguna razón para mentir. No importaba que él no tuviera la misma cortesía conmigo.

—¿Sabes porque siempre me ha caído tan mal, Yaco? Me siento resentido con él, siempre tiene esa actitud... como perpetuamente relajado.

—Yaco te puede hacer reír cuando tienes miedo o cuando estas preocupado, si, entiendo que eso puede crear resentimiento —tenía que darle crédito, solo me veía a los ojos, sin hacer énfasis en mi desnudes. Hablando de...— ¿Dónde está su cuarto de lavado? Ayer tuve... un pequeño accidente, Fabio lavó mi ropa.

— ¿Fabio sabe usar una lavadora? —lo seguí cual corderito.

— ¿Verdad? A mí también me sorprendió —compartimos una sonrisa mientras me daba mis pertenencias.

Sin querer, rozó uno de mis senos y el ambiente se volvió a tensar.

¡Maldita sea! ¿Por qué lo deseaba tanto?

— ¿Te llevo?

Mientras más rápido saliera de ahí, mejor. Asentí manteniendo mi ropa interior como escudo en mi pecho.

Del codo, me fue guiando hasta que llegamos al elevador.

—Siempre me ha gustado como luces en las mañanas —murmuró mientras entrabamos al elevador—. Cuando enroscas tu cabello así, pareciera que no te importa como luces. Y es cuando más bella te ves —cerró los ojos y respiró muy profundo antes de agregar—. Así es como lo usabas la primera noche que pasamos juntos.

Un sentimiento de nostalgia me atacó, como cada vez que me recordaba a su lado.

—Me sorprende que recuerdes eso.

El elevador se detuvo, antes de que abrieran las puertas, susurró—: Te sorprendería todo lo que recuerdo, Viri.

El camino al Palacio fue en silencio, había mucho que decir, pero faltaban palabras. Justo antes de llegar, detuvo el carro, abrió las ventanas, y se giró en mi dirección. No logré moverme, sabía que este momento iba a llegar, y por más que preparé mi cabeza, el corazón seguía desbocado.

—Mi Yaco pega fuerte, ¿verdad? —intenté aligerar el ambiente. Su ojo

no era morado, era negro enmarcado por un bonito arcoíris amarillo con lila.

Su risa fue irónica, pero al fin risa—: Pues sí, esto me va a durar un par de días —semanas era más exacto, pero dudaba que lo fuera a aceptar—. ¿Dónde aprendió a pelear así?

—Tuvo que aprender a pelear así. No todo el mundo es civilizado, y como tu tan bien lo dijiste, a mi marido también le gustan las vergas.

—Cosa que me avergüenza —recalcó de inmediato—, a veces mi boca y cerebro no coordinan. No importa si le gusta el rosa o el azul, lo que realmente me irrita, es que le gustara el verde —mi color—. Lamento haber dicho eso... no estuvo bien de mi parte —el silencio regresó, ahora fue su turno de intentar aligerar el ambiente—: Pega fuerte, se sabe defender bien.

Pero a mí se me acabó la paciencia, porque contesté—: Si, no todo mundo tiene un hermano que te defienda.

Esto no estaba funcionando, bajé la mirada deseando estar en mi cabaña, en mi burbuja.

—Eras tan inocente... No puedo creer que seas la misma chiquilla inocente que acosaba a su hermana... mírate ahora.

Finalmente, subí la mirada para enfrentar mis demonios—: Ese ha sido el problema, ¿sabes? Tu siempre me vas a ver como la chiquilla, como la inocente y estúpida hermanita de Kurt.

—No, Viri, el problema es que nunca te vi de esa manera, al contrario, siempre te he visto como una mujer, ¡ese ha sido el puto problema!

49

Gordón

¿En qué momento se agitó mi respiración? El plan era hablar tranquila y civilizadamente. Pero esta mujer me empujaba a la locura con su sola presencia.

—Eres y serás la única persona que me ha importado, pero cada vez que apareces, jodes mi cabeza.

—No quiero discutir —tintineó con esa jodida voz de Hada—. Vamos a hablar, por favor.

Asentí solo para comprobar que mi respiración estuviera controlada, así como la necesidad de atraerla hacia mí. ¡Maldita sea! Hacer esto en el auto fue una estúpida idea, el dulce olor de su piel ya estaba impregnado en el aire.

Di un gran respiro antes de asegurar: —Tu eres mía.

Su sonrisa no fue de felicidad.

—Estoy casada, Gordón.

—¿Y? Estás metida en mi sangre, en mis sueños, en todo mi cuerpo. Y te voy a esperar, ¿oíste? Todos saben que te quiero. Que...

—No, tu no me quieres. Tu solo te aprovechaste de mi debilidad, es fácil coger con la ninfómana, ¿cierto?

Inmediatamente vi el arrepentimiento cruzar por sus facciones, intentó cubrirlo, pero ya era demasiado tarde.

—Nunca vuelvas a decir eso —la amenacé.

La mirada en su rostro se tornó furiosa, es como si estuviera perdiendo una batalla contra ella misma—. Lo siento, no es lo que quería decir —y el Hada ganó, la que desea que todos sean felices sin importar lo que ella piense.

Yo odiaba a esa mujer. Esa mujer era como Dana, Viri era mucho mejor.

No vi otra solución, atrapé su cara entre mis manos y la besé. Mis labios

se apoderaron de los suyos mientras una de mis manos buscaba su camino hacia sus asombrosos senos.

—Espera... —con respiraciones agitadas, meforcé a parar— Lo siento, Gordón. Lamento que tu plan no resultara como lo tenías previsto. Pero te guste o no, mi amor, lo compartes con alguien más. Puedes tomar lo que te ofrezco, o me puedes dar una patada en el trasero, como ya lo has hecho, y dejarme fuera de tu vida. Te aseguro que Yaco y yo vamos a tener una vida feliz y duradera. Lo amo. Lo amo con la misma intensidad que te amo a ti.

—¿Compartirte? No estoy seguro de que pueda vivir de esa manera.

—No tuviste problema con Fabio.

—Fabio es de la familia.

—Yaco también —Ja, mi Muñequita ahora era chistosita.

—Tú sabes que me quieres. ¿Por qué no...?

—No, Gordón...

¡Diablos!... Traté de ignorar la sacudida de mi corazón para poder pensar claramente. Pero era tan difícil.

—Muy bien, tú ganas. Te voy a esperar. Bien sabemos que ese matrimonio con Yaco es una equivocación. Tú no lo quieres como me quieres a mí. Divórciate, y si es tan importante para ti eso del matrimonio, nos casamos y listo.

Su expresión...

Era la primera vez que no sabía describir su expresión. Y también, por primera vez, sentí que perdía a Viri para siempre, de verdad.

—Nunca, y lo digo muy en serio, Gordón, nunca presumas que sabes lo que tengo con Yaco, porque no tienes la menor puta idea. Y mucho menos, se te ocurra volver a aminorar mi matrimonio. Porque por todos los dioses que hay en este universo, yo voy a morir junto a Yaco. ¡Yo moriría por Yaco! Ni siquiera ha cruzado por mi cabeza la idea de separarme de él, mucho menos de divorciarme. Yo me case para toda la vida.

Y porque soy una bestia, lo único que se me ocurrió decir fue—: ¿Cómo con Víctor?

Intentó salir del auto, pero la detuve de la mano—: ¿No tienes sentimientos? ¿No te importa dejarme así?

—¿No tengo sentimientos? —repitió absolutamente atónita.

Y para confirmar que, en efecto, era una bestia necia e idiota, reafirmé—: Si, Viri, tú no tienes sentimientos.

Y con esa rapidez, perdí al amor de toda mi vida, por última vez.

50

Yaco

¿Cómo no adorarla? Perdido completamente en esos ojos verdes, mi admiración se desbordaba. Nunca la vi tan frágil. A través de los años vi muchas de sus etapas; coraje, determinación, miedo, fragilidad era una de sus favoritas, una de la que más demostraba. Enamorarse te vuelve frágil, es un estado que pocos están dispuestos a sufrir, para Viri era algo parecido a su destino en esta vida. Ella se enamoró, se enamoraba todos los días, del clima, de una buena comida, de mi... Bien lo decía ella misma, *adoro estar enamorada*.

Por contradictorio que fuera, Viri se enroscaba en esa fragilidad y la transformaba en fuerza; para divulgar tus peores temores se necesita mucha fuerza, y Viri la tenía a borbotones.

Acostada a mi lado, expuesta en todos los sentidos, mi corazón explotaba. Radiaba necesidad de amor, y por todos los santos, mi cuerpo y mi alma temblaban por dárselo.

— ¿Te puedo besar, Tatis?

Su sonrisa me hizo sentir poderoso y al mismo tiempo me dejó sin aliento. Verla sonreír valía mil y una vidas, mil y un infiernos.

Me subí en ella cubriendo su cuerpo por completo, separé sus piernas con una rodilla y estrechándola por el cuello, tomé posesión de su boca. No tardó en jadear, en arquear su cuerpo al mío, en atraparme por el cuello, en abrir su boca para darme la bienvenida. El hambre, la necesidad corrió en él dulce río de su boca. Se entregaba de una manera... con cuerpo y alma. Entre jadeos la sentí desnuda, delicada, sin defensas... y me dio miedo, no había otra manera de explicar la opresión que sentí en el pecho.

—Aquí estoy, Tatis... yo, aquí estoy —murmuré retirando el dorado cabello de sus ojos.

Los salvajes ojos ahora estaban nublados, una extensa nube de desamor los tenía invadidos.

—Lo sé... lo sé —susurró cerrando los ojos, sintiendo cómo entraba en su cuerpo.

En cuanto entró inesperadamente a la cabaña a dos días de haberla dejado en manos de su familia, supe qué algo había pasado con el imbécil ese. El plan era que se quedaba en Chicago hasta que naciera el bebé de Sophie. El que cruzara el atlántico para estar junto a mí, significaba mucho para su familia, y esperaba que finalmente le quedara claro a Gordón, que ella escogía estar conmigo, por mucho que le doliera.

Entre sollozos me platicó las desastrosas cuarenta y ocho horas que estuvimos separados.

Entender y perdonar, son animales muy diferentes; Yo entendía que Gordón sintiera la necesidad de tenerla, de reclamarla, de hacerla suya. Lo que no perdonaba, eran sus métodos.

Hacer sufrir a Viri era imperdonable, para mí lo era.

Por eso resultó tan perturbador, cuando recibí el email del mayor de los Gardner dos semanas después.

Yaco... yo... haría cualquier cosa por recuperarla, cualquier cosa. Me he equivocado un millón de veces con ella, yo he sido el responsable de qué nuestra relación haya llegado a este punto. He cometido errores que lamento mucho.

Desearía que las cosas volvieran a ser cómo lo eran antes, pero ya entendí que, eso, definitivamente no va a suceder.

Sé perfectamente qué lo último que deseas, es escuchar de mí, pero si alguien entiende cuanto la quiero, ese eres tú.

Por favor, ayúdame. No puedo vivir sin ella. ¿Qué debo hacer? ¿Cómo puedo recuperarla? Solo necesito que me escuche una vez más. Sé que puedo demostrar mi amor, mi compromiso.

Sólo... ayúdame, por favor.

Había dos cosas que reconocer; la primera, se necesitan pelotas para escribirle al esposo de la mujer que amas, sobre todo, cuando te muestras tan vulnerable. No conocía a ningún hombre que lo hubiera hecho.

Lo segundo, es que Gordón me daba mucho más crédito del que merecía, ¿qué le hacía creer que yo le iba a ayudar? Más aun, que podía ayudarle.

Viri estaba sufriendo, no había duda de ello, pero mi Tatis no paró de

vivir; siguió trabajando en la fundación, haciendo trabajo voluntario, brindando alegría por donde pasara. Eso sólo es posible cuando eres feliz, es algo que no puedes forzar.

Y mi Tatis era feliz, qué de eso me encargaba yo.

~~§~~

Ojalá hubiera podido borrar el email.

Ojalá fuera un bastardo arrogante como él.

Ojalá Viri no lo amara.

Terminar una relación es difícil, tratar de regresar con la ex, puede ser todavía más difícil. Para Viri, el tema Gordón estaba finalizado, acabado, concluido, caducado, muerto y enterrado. Ya ni siquiera quería tocar el tema.

—No quiero hablar de él —contestó cuando intenté decirle sobre el email de Gordón.

A mi punto de ver, la comunicación fue la falla. Él no se veía muy abierto al dialogo, y una comunicación exitosa es la clave de cualquier relación. Aunque la verdad sea dicha, no todos tienen la habilidad de poder transmitir lo que necesitan o lo que desean, a lo mejor Gordón era uno de esos hombres que se comunicaba a gruñidos, ¡yo que sé!

Y si realmente tenía la intención de recuperar a Viri, más le valía aprender a hablar, porque Viri no iba a aceptar más gruñidos. Tenía que ponerse en los zapatos de mi Tatis, en su dolor, en todas las veces que la hizo sufrir, ser abierto, positivo... El hombre la tenía muy, muy difícil.

Seguí viendo el email por un par de horas sin saber muy bien qué hacer. Si lo veía egoístamente, a mí me convenía que Gordón desapareciera del mapa. Era la única pareja de Viri que no podía vigilar, porque a todos/as los tenía bien vigilados; podía ser muy abierto, muy cachondo, pero la seguridad y el bienestar de Viri era mi responsabilidad, a mi Tatis nadie la tocaba, excepto que ella lo deseara.

Afortunadamente, Ross estaba de acuerdo conmigo, con la tecnología de hoy y los conocimientos de Ross, era cosa relativamente sencilla saber todos y cada uno de los detalles de sus amigos cariñosos. Pero Gordón era diferente, Ross sabía hasta que acondicionador usaba, pero no como iba a reaccionar; a veces la trataba como si cuidara a un bebé, como la Hada que era, y otras simplemente la ignoraba. Cuando una persona es voluble, no puedes predecir sus movimientos, y, por lo tanto, no puedes proteger.

Si, lo mejor era que Gordón desapareciera.

Pero... y ese era un gran, PERO, Viri lo amaba.

Y yo solo quería que ella fuera feliz, esa fue mi promesa.

Mirando la tecla que enviaba mi respuesta, me recordé lo único que debía recordar:

Tus pies te llevarán...

allí donde está tu corazón.

51

Gordón

Kaira me dio el consejo más importante de todos; *dale tiempo y espacio para respirar. Mientras más le llames, envíes mensajes de texto, o emails, más se va a alejar.*

Costó todo mi autodominio no buscarla, tres semanas fue mi límite, sólo pensaba en ella, soñaba con ella, nada podía distraerme, ni el trabajo, ni mis hermanos. Nada.

—Si mi Princesa tiene al bebé antes de que Viri regrese, me temo que no vuelves a recibir el saludo de Sophie —advirtió Luca.

Todavía me costaba trabajo creer que se había ido, que había dejado a Sophie, a Kurt, ¡a sus padres!

Fue increíblemente dolorosos cuando Bruno —el más chiquillo, el que no crecía, según yo—, terminó de enterrar el cuchillo en lo más profundo de mi cuerpo—: Yaco es su familia. Cuando alguien te hiere, vas con tu familia.

Fue ahí, con la mirada de reproche, de incredulidad, de decepción del menor de mis hermanos, que entendí; Finalmente, entendí qué había perdido a Viri, no ahora, no hace cinco años cuando se casó, la perdí cuando la abandoné en Dite la primera vez, no luché por ella, ella había luchado tantas veces por mí, por nosotros. Y yo... yo era un cobarde que no aceptaba haberse enamorado de una chiquilla.

¡Oh, Dios! Vivir una vida sin ella... No, no podía.

Sin preocuparme por verme desesperado, hablé con todo el que me quiso dar un consejo.

—Recuerda lo que te dijo, lo que siente, analízalo, créelo, no importa lo difícil que sea, trata de entender su perspectiva. No trates de convencerla de que piense o sienta de otra manera, con Viri no funciona así, con ella es escuchar atentamente sin interrumpir, hasta que no tenga nada más que decir

sobre ti, sobre su estilo de vida, sobre Yaco —recomendó Sophie mientras la seguía como uno más de sus súbditos por el centro comercial.

La mujer cada vez parecía una bomba, pero tenía la energía de una atleta profesional.

— ¿Cómo voy a hablar con ella, si dicen que no debo de comunicarme con ella? —La carcajada de mi cuñada no era muy halagadora, sino fuera porque la quería como a una hermana...—. Deja a un lado los sentimientos de culpa, Gordón, el remordimiento y el dolor no te van a llevar a ningún lado. Lo hecho, hecho esta —se recargó en una columna y dos *Jedis* salieron de la nada. A veces olvidaba que Sophie y Kurt tenían sombra continua—. Estoy bien, solo necesito un respiro, Han.

El hombre de unos cincuenta años la miraba como a una hija, la llevó casi cargando a una banca, le entregó una botella de agua, bueno, no se puso a darle aire, porque estaba yo presente, que, como un verdadero idiota, seguía sosteniendo un montón de bolsas.

Oh, Dios, ¡esto era ridículo!

Me senté a su lado mientras los dos *Jedis* vigilaban los alrededores sin perder detalle. Sophie recargó su cabeza en mi hombro, y pude sentir el instinto maternal que empezaba a brotar de ella.

—Lo que, si te puedo asegurar, Leoncito, es que hablar no tiene sentido —ni siquiera me importo que usara el sobrenombre, se escuchaba tan bonito cuando lo decía con esa ternura—, puedes hablar hasta que no te queden palabras, puedes escribir hasta que hayas usado todas las letras del alfabeto un millón de veces. Nada de eso tiene sentido, es inútil, especialmente cuando la has herido tantas veces. Peor aún, cuando has ofendido la relación que tiene con Yaco.

— ¿Y, entonces?

—Y, entonces, sigues el ejemplo de tus hermanos y aprovechas la oportunidad para actuar. ¿Sabes quién les dio esa oportunidad?

—Yaco —mascullé junto con ella.

Lo que me quedaba claro, es que mientras le daba espacio para respirar, tenía que usar ese tiempo para sentirme saludable emocionalmente, porque me sentía mierda y poco menos. Hice un esfuerzo monumental por no tirarme al vicio, tenía que mantenerme sano; es difícil alejarse de una persona feliz y saludable, por eso mi Muñequita tenía tanto amor a su alrededor, porque era feliz.

Pedirle a Viri que me diera una millonésima segunda oportunidad, no se trataba de manipularla o convencerla, se trataba de que viera que había aprendido de la experiencia, de que estaba aprendiendo a ser una mejor persona.

Y aquí me hallaba, apretándome las pelotas esperando la respuesta de mi archienemigo, y cuando llegó, empecé a sentir que, en realidad, podía ser mi amigo.

Ven por ella.

52

Gordón

— ¿Podemos hablar?

— ¡¡¡Yaco!!! —Muy bien, no la bienvenida que esperaba, en realidad, no sabía lo que me esperaba.

Tenía cerca de dos horas esperando afuera de su cabaña, era un lugar impresionante, el viñedo, la finca, los infinitos corredores de vid, con razón Viri no quería salir de aquí, mi Hada pertenecía a la naturaleza.

Yaco tenía cinco minutos de haber estacionado un carrito de golf, todavía me estaba debatiendo entre presentarme con él o no, cuando llegó mi Muñequita acompañada de Ross.

No reconocí al exmarine, es como si llegando a Portugal todos cambiaran de personalidad; Ross bajó del carrito distraídamente, bromeando, yo nunca lo había visto sonreír, yo nunca lo había visto bajar la guardia.

— ¿Qué pasa? —Yaco salió corriendo sosteniendo la correa de un gran mástil. ¡Mierda! Ese perro tenía ganas de comerme—. ¡Winnie, quieto! —El mástil se quedó inmóvil, pero no en una posición serena, seguía enseñando los enormes colmillos y gruñendo, hasta que Bola salió; La pequeña maltesa corrió directo a Viri, después con Yaco, afortunadamente, también revoloteó a mi alrededor, cosa que calmó al enorme mástil.

Solo por precaución, me incliné para tomar a Bola y acariciarla —y de escudo contra el mástil—. Debería ser ilegal tener ese tipo de perros en las casas de las ex, bien te podían matar.

— ¿Qué hace aquí? —La pregunta fue para Yaco, a mí ni siquiera me volteaba a ver.

—Tu dime, Viri. —Poco a poco iba entendiendo a Viri y su fascinación por ese hombre, en efecto, era gracioso, la expresión de, *yo soy inocente de cualquier cargo*, era tan cómica. A mi Muñequita por poco se le escapaba

una sonrisa.

—Yaco... —suspiro—, Yaco qué... —otro suspiro—, ¿qué hiciste?

Mucho me temía que el hombre se había metido en problemas gracias a mí.

—Viridiana, ¡habla con él! —Fue una orden, pero por alguna extraña razón, los dos se empezaron a reír.

Siempre creí que los NCJ tenían un poco de los Locos Adams, ver a estos dos me confirmó que el Adams, venia por parte de Kaira.

—Eres un tarado, Güerito.

¿Güerito? Joder, ¿qué tipo de relación tenían estos dos?

—Ven acá —Yaco siguió la orden para darle un beso en la mejilla antes de susurrar algo en su oído—. Muy bien, quieres que lo escuche, lo puedo escuchar. Pero tú te quedas aquí conmigo. Cualquier cosa que quiera hablar conmigo, estoy segura de que lo puede decir enfrente de ti.

Se recargó en él, y ya no hubo modo de escapar, cosa que estoy seguro Yaco hubiera preferido. Tenía una expresión no muy confortable.

—Muy bien, Gordón, ¿a qué debemos la agradable sorpresa?

Era un hombre adulto, no tenía por qué sufrir estas escenitas de secundaria, pero la mujer que tenía enfrente ya no era una adolescente, y lo que yo sentía en el pecho, era muy de adulto.

Me tomé tres segundos antes de hablar—: Tienen una vista increíble.

Muy bien, sabía que no era una gran línea, pero ¿cómo iniciaba?, y la vista era realmente impresionante.

—Gracias —fue la escueta respuesta de Viri.

—Por eso la usamos como marco para la cere... —Yaco no pudo terminar, la mirada de Viri era asesina—. Lo siento, Tatis, sin hablar —levantó las manos en rendición y se recargó en el detallado barandal.

Empezaba a agradecer la presencia de Yaco, algo que nunca pensé agradecer.

— ¿Aquí se casaron? —Si él lo estaba intentando, cuando más yo.

Viri asintió antes de contestar—: Ahí —señaló la parte más infinita de la terraza donde la vista debía ser todavía más impresionante—, al atardecer, con flores y velas... —mientras lo iba explicando, la voz le fue cambiando, volvía a ser ella—, fue hermoso.

Me tuve que mojar los labios porque esa experiencia no fue conmigo, cuando lo debió ser.

Y porque ya no podía ser.

53

Viri

—Perdón —era la primera vez que lo escuchaba decir esa palabra—. Lamento todo lo que dije, Viri. Perdí el control, es como si siempre sacaras lo peor de mí.

—Wow, me conmueves.

Como disculpa, dejaba mucho que desear.

— ¿Ves? Eso sonó peor de lo que debería —reí con su intento de disculpa. Gordón no sabía cómo hacerlo—. Y también eres la que me mejor me entiende...

—Muy bien —claudiqué—, vamos a intentar hablar sin alterarnos, ¿les parece?

—Creo que lo mejor sería que hablaran ustedes dos a solas —intentó huir Yaco.

—No lo creo, Güerito.

Ya sin pizca de mofa, Yaco contestó—: Viri, quedamos en que yo no iba a interferir en su relación.

—Creo que eso se rompió cuando le diste mi dirección, ¿o no?

Culpable y no otra cosa.

El Güerito levantó la mirada al cielo y calmó a Winnie. Si yo tenía que sufrir por este par, los dos tenían que sufrir conmigo.

—Olvida todo lo que dijiste en el auto, Gordón, solo vamos a hablar —estábamos a tres metros de distancia, y de todos modos pude escuchar el profundo suspiro.

—Muy bien, vamos a hablar.

El silencio que siguió estaba cargado de reproches, de dolor, de sentimientos encontrados.

— ¿Cómo te gustaría empezar?

—Tengo algunas preguntas. Y creo que esta es una buena oportunidad para preguntar.

—Muy bien —algo me decía que, de esta conversación, iba a depender nuestro futuro.

Y no solo el mío y el de Gordón, sino también el de Yaco.

— ¿Cuándo se casaron?

Algo pasaba con el León, dejó ir a Bola para mantener las manos en los bolsillos en un estado de contención; estaba intentando disimular una actitud dominante cuando en realidad se sentía inseguro.

—Hace cinco años. Seis meses después de lo de las Vegas.

— ¿Cómo es que nadie sabía? ¿Por qué? —Estaba segura de que él ya sabía todas las respuestas, solo estaba confirmando la información. Nunca había visto a Gordón tan... vulnerable.

—Porque es algo privado. Porque es algo entre Yaco y yo. Mi relación con él es... especial.

—Es abierta —aseguró.

En efecto, él ya sabía todas las respuestas

—Si —reafirmé.

No tenía objeto endulzar la verdad. Poca gente entendía el concepto, y me interesaba un carajo si Gordón era uno de ellos.

— ¿Cómo es que...?

—Mi turno de preguntar —interrumpí.

—Muy bien.

— ¿Qué haces aquí?

Tal vez por ser el mayor de los Gardner, tal vez porque su madre se apoyaba tanto en él, no sabía por qué, pero para Gordón era difícil dar explicaciones. Se tomó su tiempo antes de poder hablar.

—Hemos andado este camino por largo tiempo...

— ¿Y?

—Y por mucho que te amo, sé que ya te perdí.

¡Y como dolía! El vacío en el pecho, en el corazón, el giro de mis entrañas cuando lo vi, era un dolor exquisito y visceral. Algo que creamos hace tantos años, que alimentamos, que hicimos nuestro, literalmente murió. Pero la tristeza se iba a desvanecer con el tiempo, ¡se tenía que desvanecer!

Además, yo me prohibí sufrir; una cosa era que me doliera, otra que me pusiera a llorar por los rincones. No. Yo era Viridiana Northman—Carter

Jones. Yo tenía a Yaco. Yo tenía a mis Familia, Yo no tenía ningún motivo para sufrir.

Aunque no estaba segura de que Gordón lo estuviera tomando de la misma manera—: Viri..., solo vivo para amarte... Tengo herida el alma, solo por amarte. Por favor, por favor, dame otra oportunidad.

—Gordón...

—No, por favor déjame hablar —un intenso nudo se instaló en mi pecho, atrás de mis ojos, en la palma de mis manos—. No me da vergüenza aceptar que he llorado, que por años he vivido con lágrimas arremolinándose en mis ojos, porque te he dejado ir.

— ¿Por qué? No entiendo por qué hiciste eso...

—Porque eras una niña. Porque tenías que convivir con gente de tu edad. Porque tenías que estudiar. Porque necesitaba asegurarme de que cada uno de mis hermanos estuviera bien. Porque... tengo miedo.

A punto estaba de ir a consolarlo, cuando me recordé que dejarlo ir, era lo mejor para los dos. Yo podía iniciar a hacer planes sin esperar a que la situación de Gordón se arreglara; y él podía buscar una persona que le diera lo que necesitaba.

Terminar nuestra historia no significaba ser débiles, sino que éramos lo suficientemente fuertes para vivir la vida separados.

—Gordón, no porque nuestra relación termine, significa que dejamos de querernos, simplemente dejamos de hacernos daño. Siempre vamos a estar en la vida del otro, eres el hermano de...

— ¡¿Cómo puedes estar tan tranquila?! —el reproche fue demasiado.

— ¿Tranquila? ¡¿Tranquila?! —La mano de Yaco se instaló en mi hombro, pero el dique ya se había desbordado—. Eres un hijo de puta que ha jugado conmigo por años... —lo pensé mejor, no tenía por qué volver a sufrir esto—. ¿Qué fue lo que dijiste la última vez? Eso de mis sentimientos...

—No, Viri...

—Oh, si, Gordón. ¿Qué fue?

Esperé hasta que lo repitió—: Que no tienes sentimientos.

—Tienes razón, Gordón, no tengo sentimientos, no me importa si te duele o no, yo ya acabé contigo.

Di dos pasos antes de que me atrapara con sus dos enormes brazos—: Viri, por favor... Tú sabes que no soy bueno expresándome. Nunca lo he sido...

—Suéltame —susurré. Si permanecía un minuto más entre sus brazos, iba a claudicar, lo podía sentir—. Por favor, suéltame.

Yaco ya se acercaba para intervenir, cuando Gordón me dejó ir.

—Algunas veces, cuando rompes un ciclo, se encuentra algo mejor de lo que esperábamos. Algo inesperado. Algo que nunca nos atrevimos a soñar porque no criamos que fuera posible. Libertad. Paz. Felicidad. Yo encontré a Yaco, estoy segura que tú puedes encontrar a alguien que...

— ¿Puedo hacerte una última pregunta? —Asenté solo por el deseo de terminar con esto de una buena vez—. ¿Todavía me quieres? ¿Todavía me deseas?

Dos malditas lagrimas se escaparon cuando volví a admitir con la cabeza.

54

Yaco

Le di exactamente el tiempo suficiente para llegar a nuestra habitación. La conocía tan bien, mejor de lo que me gustaría reconocer. Viri no se iba a recuperar de esto, simplemente iba a sobrevivir.

No lo podía permitir.

—Bueno, seguro esto no salió como lo tenías planeado.

Sufriendo, porque no había otra palabra para describirlo, asistió.

—Soy nuevo en esto de hacer planes. Debí...

—No, Gordón, dijiste lo que tenías que decir. Para mí fue claro lo que sientes por ella, lo que pasa es que esta herida.

El hombre guardó silencio con la mirada baja, derrotado. Sentí... dolor. Ver a un ser vivo herido, siempre es sobrecogedor.

— ¿Eres mejor con las acciones que con las palabras?

—A esta altura, Yaco, no sé si soy bueno para algo.

¡Oh, mierda! Yo conocía esa desolación, yo deseé morir cuando sentí esa desolación.

En contra de mi cromosoma Y, volví a romper mi promesa.

55

Viri

El aire se sentía eléctrico, una extraña energía rondaba en la cabaña.

—¿Ya se fue?

Fue la bienvenida que le di a Yaco, que, con una taza de té en mano, esperaba la bomba nuclear.

Dejé mi teléfono en la encimera y me acerqué a él, solo que él no dejó la taza, al contrario, la mantuvo como escudo entre las manos.

— ¿Pasa algo? —Asintió y tomó un sorbo de té sin decir palabra. El silencio no era bueno, nunca es bueno —No estoy tan enojada, pero no... — mi mirada estaba perdida en su pecho que se levantaba con un profundo respiro, cuando sentí unas manos atrapándome por la espalda.

—No te puedo perder, Muñequita, lo siento, es insoportable. Toda mi vida adulta ha sido un infierno por ti, ¿cómo me puedes dejar?

Y mientras Gordón Gardner hacía preguntas que no tenían respuesta con voz rota, restregando su nariz en mi cabello, apretándome a su cuerpo, Yaco me sonreía.

—Eres un cabrón, Yaco —susurré temerosa de que solo estuviera soñando, de que despertara y fuera otro sueño sin realizar.

Gordón rozó ligeramente sus labios en mi mejilla, justo a un costado de mi oído antes de susurrar: —¿Me perdonas? Por favor... —sus manos me giraron sin esfuerzo antes de impactar sus labios con los míos.

Sus manos me acercaban a él por cuello y espalda, su cuerpo se amoldó al mío como siempre, con una naturalidad inconsciente, simplemente era. La intimidad de abrazos pasados regresaba con fuerza renovada. Nos mantuvimos en esa posición por mucho tiempo, besándonos, olvidando el dolor, las heridas, las palabras... hasta que recordé a mi marido.

— ¡Yaco! —jadeé separándome de Gordón, perdida en el infinito ámbar

de sus ojos.

—Aquí estoy, Tatis.

Me separé completamente de Gordón, para ir junto a mi Güerito, por muy enojada que estuviera con él, Yaco era mi pareja, y eso no iba a cambiar ni por Gordón, ni por nadie.

—Estoy muy enojada contigo —murmuré mientras me recibía con un brazo abierto.

Me recargué en su pecho, y fue como volver a casa. Si, los brazos de Gordón eran increíbles, pero solo eran como una visita a Dite; eran un tiempo de descanso, de excitación, de aventura.

Yaco era mi hogar.

—Dime, Gordón, ¿qué quieres de mí?

—Lo que me quieras dar —aseguró.

—No me voy a divorciar, no voy a dejar a Yaco, no...

—Lo sé, Viri —y lo aceptaba sin ojos turbios, sin reproche, humilde.

—Si sabes que a veces salgo con mujeres, ¿verdad?

—Si, alguna vez te vi.

—Y que Yaco sale con hombres —asintió viendo directamente a los ojos de mi Güerito.

— ¿Alguna vez has estado con un hombre, Gordón?

Para mi sorpresa, lo pensó. ¡Wow!, eso no me lo esperaba. Y mucho menos que lo aceptara—: En la universidad. Nada duradero, solo para probar —cuando dijo probar, sentí claramente como el cuerpo entero de Yaco se tensionaba.

Aaahhh, esto se ponía mucho más interesante, a mi Güerito le gustaba mi León.

Oh, cielos, empecé a imaginarlo y los benditos genes empezaron a brincar por todo el lugar. ¡Mierda!

Hecha un manojo de lujuria, murmuré—: ¿Me vas a volver a romper el corazón?

Gordón dio un paso en nuestra dirección, y la lujuria se expandió hasta afuera de la cabaña, estaba segura que ahora cubría la propiedad Caval por completo.

—Nunca más, te lo prometo —extendió su brazo y acarició mi cabello con precaución.

— ¿Y si te lo rompo yo?

Con una sonrisa, contestó—: No sería muy propio de ti, a ti no te gusta hacer daño, Muñequita.

En cuanto terminó de hablar, terminó con la distancia que nos separaba. Sentirme rodeada por ellos por primera vez era... Ahora entendía a mi madre, a Sophie.

Recargué mi espalda en el pecho de Yaco, para sentir por completo la enorme erección. ¡Oh cielos, la lujuria ya estaba cruzando el atlántico!

—Si soy tan buena niña, ¿cómo es que estoy entre ustedes dos? —Gordón me observó un instante para después esbozar una sonrisa.

—¿Quién dijo que eres buena niña? —Antes de que pudiera contestar, Gordón volvió a preguntar—: ¿Es buena niña, Yaco?

La dureza de Yaco palpité. Como buena esposa, hice presión con mi cadera sobre la vulnerable carne.

—Oh, no. Mi Tatis es malvada —murmuró mi Güerito retirando mi cabello para regalarme un beso en el cuello.

Un poco confundida por el giro de eventos, me acurruqué en el hombro de Yaco, exponiendo mi cuello a Gordón.

Fue como una invitación.

56

Viri

Mis párpados comenzaron a caer al mismo tiempo que él se inclinaba para besar la piel expuesta. Un escalofrío subió por mi columna cuando sentí las manos de Yaco en mi vientre, acercándose más a él. Gordón fue subiendo hasta llegar a mis labios, solo fue un roce, antes de que, con una sonrisa fácil en los labios, volteara a ver a Yaco.

—Gracias —mi corazón se estremeció, cuando, viéndose directamente a los ojos, Yaco asintió.

A este punto, mi lujuria ya había llegado a Chicago, Hawaii, casi daba la vuelta completa.

Poniendo mis manos en el pecho de Gordón, miré hacia arriba en el momento justo que Yaco entreabría los labios, fue muy sutil, muy tenue, pero fue una invitación que inesperadamente, Gordón aceptó.

Oh, por todos los cielos, infiernos, y planetas, ¡esto no me lo esperaba!

Atónita, observé como los hombres más bellos de esta tierra se besaban con total abandono.

Eso..., era perfección.

—Ven aquí —murmuró Yaco alejándose de Gordón.

Rápidamente agarró mi mano y giró mi cuerpo hacia él. Tiró de mi cabello para besar mi cuello, justo donde la piel seguía humeada por los besos de Gordón. Eran besos suaves que fueron subiendo, barbilla, mejilla, frente, para después hacer un recorrido hacia abajo, nariz, mejilla, labios.

Por un segundo, creí estar soñando; simplemente era... demasiado perfecto.

Un brazo de Yaco me rodeó por completo, al mismo tiempo que Gordón trabajaba mi falta, la fue subiendo despacio, acariciando las piernas,

besándolas, mordió y causo un escalofrío, el mismo que Yaco controló.

—Quietecita, Tatis.

Sus manos bajaron y me expusieron para Gordón, que aceptó la invitación de inmediato.

Besos lánguidos cerraron mis parpados, pensar que esto realmente está sucediendo era suficiente para hacer que mi corazón se acelerara a niveles peligrosamente felices.

Dioses, nunca había estado tan mojada. Mis bragas ya estaban en mis tobillos, mi coño adolorido por su toque cuando un dedo o tal vez dos, entraron relajando un poco el ansia.

Gordón estaba haciendo magia allá abajo, mis labios estaban tan cerca de los de Yaco, que hice lo lógico; empecé a besar, a mordisquear, pasó su lengua por mis labios justo cuando Gordón agregaba otro dedo.

—Joder... —estaba a punto de desfallecer.

Me rendí por un momento. Las manos de Yaco me sostenían por el trasero mientras Gordón entraba y salía, cuando un sonido llamó mi atención obligándome a abrir los ojos; mirando hacia arriba, la boca de Gordón mordisqueaba fuerte, sabroso donde yo acababa de mordisquear.

Abandonados en el momento, Yaco y Gordón olvidaron la animosidad, los prejuicios, si alguna vez los hubo, ya no sabía, ya ni siquiera recordaba mi nombre. Solo sabía que el amor no tiene límites, no tiene reglas, que es eterno e ilimitado. Como el beso de Yaco y Gordón.

La mano de Yaco recorrió mi cuerpo hasta deslizarse por mi estómago, solo se detuvo cuando llegó a mi entrepierna, agrupando la parte delantera de mi falda, presionó el nudo que coronaba mi intimidad con un ritmo gentil, amable. La excitación estaba a punto de explotar, empecé a sentir el tintineo en mis extremidades, cuando dejó el nudo, bajó un poco más, y acompañó a Gordón en mi interior.

—Oh, cielos... —millones de estrellitas brindaron por todas partes dejándome ciega, muda, inconsciente.

Cuando regresé a tierra firme, las manos del León sostenían mis senos, y mi Güerito observaba con deleite la forma en que Gordón me hacía vibrar de emoción. Acariciaba mi cuerpo como si fuera algo divino, algo digno de adoración.

—Mi Muñequita —susurró en mi cuello—, siempre tan bella.

Mi blusa yacía en mis pies, junto con mi falda y la ropa interior,

completamente idiotizada, no fui capaz de auxiliar con el siempre engorroso descubrimiento de cuerpos, que, en este caso, de mi cuerpo, porque ellos seguían completamente vestidos.

¡Tan injusto!

Mientras Gordón seguía adorando mis senos, sus cimas, sus curvas, agarré el cuello de la camisa de Yaco, tirando de ella con ambas manos, se desgarró ruidosamente con botones volando por todas partes. Su sonrisa fue diabólica al aparecer su musculoso torso brillando de deseo.

Como imanes, nos llamamos uno al otro en un gran beso. Gordón no nos interrumpió, estaba muy ocupado trazando con sus labios cada curva de mi cuerpo; desde mi cuello hasta mis senos, con una mano apretó una cima antes de envolverla con sus labios y, cuando dejé escapar un leve jadeo, comienzo a chupar fuerte, muy fuerte.

—Ohhh —jadeé entre los labios de Yaco.

—¿Estas bien, Tatis? —preguntó bajando su mano.

Antes de que yo pudiera contestar, una fuerte palmada sacudió el seno que solitario esperaba la atención de Gordón.

— ¡Oye! —se quejó el susodicho.

No sé exactamente que le hizo a Yaco debajo de la cintura, pero hizo que la respiración de mi Güerito se cortara y sus parpados se cerraran.

Una ola de intenso carmesí lo recorrió, abrió los ojos solo para informarme—: Cuando probó en la universidad, probó bien.

Su siseo me hizo bajar la mirada; su gloriosa verga palpitaba, suplicaba un poco de atención de los labios que me decían Muñequita.

Mis sentidos estallaron de alegría. Ya caía de rodillas, cuando Yaco me hizo un guiño; uno travieso, uno que yo conocía. Tomándolo de cabello, Yaco forzó que Gordón se pusiera de pie. Recibió un ligero beso mío, antes de que Yaco y yo cayéramos de rodillas; era algo que nos gustaba hacer, volver loca de placer a la gente resultaba muy divertido.

Peleando entre nosotros, empujé la ropa de Gordón hacia abajo, y ayudé a Yaco con la ardua tarea de tragar la endurecida carne de mi León. Yaco separó sus labios y, sin dudar, su boca lo envolvió firmemente. Coloqué ambas manos sobre su cabeza, entrelazando sus rizos entre mis dedos al sentir el balance que causaba su lengua rodeando, chupando. Oficialmente, loca de lujuria, codo a codo con Yaco, me incliné hacia adelante y comience a besar el costado de Gordón. Nos tomamos nuestro tiempo saboreando su

grosor con ojos cerrados, y cuando lo sentíamos palpar contra nuestros labios, nos deteníamos con ojos abiertos.

Intercambiamos una sonrisa al cambiar papeles, yo moviendo la palpitante verga dentro y fuera de mi boca, mientras una de las manos de Yaco revolvía mi cabello guiando el balanceo de mi cabeza.

Seguí el movimiento mientras Yaco envolvió sus labios alrededor de una de las pelotas de Gordón, succionando y moviéndola alrededor de su boca. Sentí que empezaba a latir y de inmediato me retiré; después de todo, solo estábamos comenzando.

Para ser justa, dejé caer mi mano sobre la entrepierna de Yaco, mis palmas picaban por tenerlo en mis manos. Tras terminar de tirar del cinturón, pantalón y bóxer, curvé mis dedos alrededor de la caliente carne y de inmediato empecé a acariciarlo, mi mano se movió tan rápido como humanamente fue posible. Cerré los ojos, disfrutando de la enorme forma que palpitaba en mis manos, y de la cálida piel que acariciaba con mis labios. Mi Güerito siguió mi ejemplo saboreando mi toque mientras Gordón se arrodillaba junto a nosotros. Solo hasta ahí, me di cuenta que estábamos tirados en el piso de mi cocina.

—Alto, alto... —no era de cocinar, pero este no era el lugar—. Vamos a la estancia.

Me sentí realmente ofendida, cuando Gordón colocó su mano sobre la mía y me instó a seguir acariciando a Yaco.

Parecía que no iba a ver cambio de locación, así que, como buena niña que no era, retomé los movimientos, ahora acompañados por la mano de Gordón.

—Tu camisa —le susurré al León entre besos.

Con un gruñido, atacó la camisa empujándola hacia abajo por sus brazos y corpulentos hombros. Presionando una mano sobre el pecho de Yaco, lo obligué a acostarse en el piso. Bajó voluntariamente mientras yo me hacía cargo de su ropa, pero hasta ahí llegó lo voluntario, sin ningún tipo de advertencia, me levantó para cargarme cual damisela en apuros.

—El piso está frío, no quiero que se enferme —le explicó a Gordón que nos seguía de cerca.

En cuanto mi cuerpo descansó en el acolchonado sofá cama de la estancia junto a la chimenea, dos bocas cubrieron mis senos, una mano bajó de inmediato a mi vientre, mientras otra acariciaba la cara interna de mi pierna,

suave, moviéndose peligrosamente a mi empapado coño. Antes de poder apresurar el proceso, Yaco soltó mi seno para enterrar la cara entre mis piernas; se tomó su tiempo, lamiendo toda la longitud suavemente, consintiendo mis pliegues, moviéndose de arriba a abajo. Cada vez que llegaba al hinchado nudo de nervios, le daba la vuelta, timándolo, asechándolo.

¡Maldito Güerito mío!

La forma en que lo hacía me estaba volviendo completamente loca. Afortunadamente, la tortura no duró mucho tiempo, en segundos, coloco ambas manos sobre mi trasero para empujarme hacia él, mi coño completo contra su boca. Me devoró como loco, hambriento, su lengua torturándome con furia. Centrándose únicamente en mi clítoris comienzo a chupar con bendito entusiasmo, al mismo tiempo, Gordón se acercó para besarme con tal violencia que temí por mis labios, los mordía, los lamia, se los comía.

Mi cabeza cayó hacia atrás víctima del placer, un placer que cubrió todos y cada uno de mis sentidos.

—¡Oh, mierda! —Grité, y grité fuerte.

Punzadas dolorosas de placer me golpeaban una, y otra vez. Yaco no paraba. Siguió chupando como si ese fuera su propósito en esta tierra.

Gordón acariciaba mi vientre, cuando sintió que venía en camino a tierra firme, bajó su mano y enterró un par de dedos en mi coño. Los deslizó despacio, penetrando con suavidad, presionando contra el punto mágico, evitando que mi orgasmo finalizara.

— ¿Tú o yo? —preguntó Yaco.

No se podía decir que mi Güerito fuera mal anfitrión.

—Ya estás ahí —contestó Gordón sin dejar de mover la mano.

Bueno, pero si éramos un gran ejemplo de niños educados, de hecho, Gordón tomó la hinchada verga de Yaco por la raíz, y la señaló directamente a mi entrada. Ayudó a que se deslizara hasta sus cimientos, su grosor me llenó, forzó mis paredes a abrirse. Lentamente, empiezo a moverme de arriba abajo, cada vez queriendo ir más rápido, coloqué mis pies al lado de la cintura de mi Güerito, que muy amablemente me ayudó levantando mi trasero. Ya no eran embestidas, ya eran puñaladas que prometían una muerte explosiva. No sé si fue la vista o el sonido ambiental, pero Gordón se inclinó hacia Yaco y lo besó mientras yo lo cogía.

Y era, simplemente perfecto.

Con solo mirarlos, caí nuevamente al infinito, un mar infinito de estrellas surgió de mi cuerpo.

— *¿Te gusta eso, Viri? ¿Te gusta verme con él?* —escuché muy a lo lejos, muy en el fondo del torrente de sangre que corría desbocado por mi cuerpo.

—Sí... —jadeé a todo; al placer, a los benditos genes que seguían pidiendo más, a ellos, a mí misma, a mis deseos, a mis gustos retorcidos, al amor.

Por instantes, segundos, minutos, no sé por cuanto tiempo me permití solo disfrutar; con ojos cerrados, con cabeza caída, con poros abiertos que recibían besos, caricias, a Yaco que no paraba de embestir.

—Joder ... —gruñí, al abrir los ojos y darme cuenta de lo que estaba sucediendo.

Yo no deje de revotar contra Yaco, pero dudo que mi Güerito estuviera muy atento a mí; Gordón se encontraba a su espalda, empuñando los rubios rizos con fiereza, besando su cuello, mordisqueando fuerte, y con una mano perdida por debajo de la cintura.

Por la expresión de Yaco, seguro no le estaba haciendo cosquillas, sus insinuantes jadeos besaban mis tímpanos como si fueran el sonido más dulce. Su respiración se hizo más fuerte, más pesada, al mismo tiempo que el brazo de Gordón se movía a un ritmo constante.

Tirando de Yaco, y Yaco tirando de mí, Gordón colocó una mano sobre la cadera de mi Güerito.

—Oh, por todos los cielos —jadeé al sentir como Yaco era empujado por Gordón en un impacto largo y profundo.

Creo que el mundo dejó de rodar, mi mundo lo hizo.

Mi piel punzó cuando el gemido de Yaco cercó la cabaña. La expresión de Gordón mientras empujaba era como un sueño, entre tierno y violento. No pude evitar que dos de mis dedos llegaran justo encima de mi clítoris, mis movimientos eran gentiles círculos comparados con la brutalidad con la que Gordón cogía a Yaco.

A medida que comienzan a ir más rápido, mis dedos igualaban su velocidad, una electricidad salvaje empezaba a extiende dentro de mí, cuando Yaco cayó sobre mí envolviendo mi cuello, buscando mis labios.

— ¡Tatis! —gruñó apretando mi cuello completamente perdido.

Los fuertes embates de Gordón nos impulsaban a los dos; nos cogía a los

dos. Fue demasiado, fue poco. La verga de Yaco se endureció cual roca, mi cuerpo empezó a temblar, a zumbar. Al abrir los ojos, me encontré con los de Gordón, dilatados, encendidos, nos sonreímos como niños haciendo una travesura, y el que estaba recibiendo el castigo, era Yaco, que cada segundo se encontraba más tenso. Volvió a buscar mi boca con salvajismo al mismo tiempo que Gordón nos cogía con más vigor.

Para ser el viejo de la casa, el hombre tenía energía.

—Joder, estoy apunto... —gimió Gordón con dientes apretados y una expresión de placer en el rostro.

Yaco, se convirtió en Hulk, porque de los hombros me empujó hacia él al mismo tiempo que empujaba hacia atrás, dos, tres veces antes de que un estallido de jadeos, gemidos, gritos de placer se escucharan por todo el lugar, tal vez por todo el país.

Olas interminables de placer salpicaron mi piel, la cubrieron. Pasaron valiosos minutos de paz, de respiros, de jadeos, y de ligeras sonrisas de contenta satisfacción.

Ni siquiera fue necesario decir nada. Con un doloroso gemido nos fuimos separando. Volvimos a tierra firme.

—Entonces... —suspiró Gordón—, ¿si me vas a dar otra oportunidad?

57

Gordón

La respuesta a la pregunta, *¿qué voy a hacer para recuperar a esa muñequita?* Fue muy simple, aunque un poco insospechada debo decir.

La dinámica de Viri y Yaco era algo que nunca había presenciado. No era una relación como la de mis padres, no era una relación como la de sus padres, era... diferente.

No hubo un solo momento que intercambiaran una mirada de reproche, de celos, de algo que mostrara inseguridad o descontento, al contrario, eran felices porque el otro era feliz, sin importar qué...

Y justo así, es como Viri debía ser feliz, sin importar qué...

Sin importar el género, el tiempo, la distancia, el lugar, ella tenía que ser feliz. Y por mucho que me doliera, ese tipo de felicidad solo Yaco se la podía dar.

No lo podía creer, pero el hombre era irresistible. Ni siquiera yo me pude resistir, ¿cómo diablos pretendía que Viri se resistiera? No había manera.

En el momento que se detuvo para levantarla del suelo, y llevarla al sillón por temor a que se enfermara, en ese momento lo supe, en ese momento me di cuenta que el único propósito de Yaco era realmente hacerla feliz. Yo nunca me pude detener, nunca medí consecuencias, me arrepentía, sí, pero nunca me pude detener.

Por primera vez en mi vida me abrí a la autocrítica. Fui capaz de adaptarme, ya no le di vueltas, ya no inventé excusas para justificar mis errores, mis miedos. Simples cambios que me permitieron volver a estar junto a ella.

En paralelo, también hice introspección propia; Me tomé el tiempo para analizar mi comportamiento. Finalmente dejé de vivir con Fabio, resultó que no vivíamos juntos por el bien de él, sino por el mío. Ese evento que sucedió

tantos años atrás, me afecto más a mí, de lo que les afecto a ellos. Ahora era tiempo de sanar. De encontrar la manera de evolucionar. Nunca es tarde para entender y perdonar los errores. Era un camino minado, pero finalmente pude explicar mi incapacidad para equilibrar mi vida personal con el pasado; explicar que ahora me da cuenta de que temía ser cautivo de una relación por temor a que terminara, a que lastimara a los míos como en algún momento me lastimó la relación de mis padres a mí. Hice más ejercicio, me inscribí a clases de baile, empecé a hacer trabajo voluntario, incluso dejé de vigilar a mis hermanos, no por completo, pero sí lo suficiente para tener vida propia.

Y con Viri, con mi Muñequita convivía cada vez que ella podía. Eran migajas, que sabían a banquetes enteros. Nunca volví a desear más, porque sabía que no podía tener más. Ella era la primera en impulsarme a buscar, insistía que había alguien que me podía dar todo lo que yo necesitara. No lograba hacerla entender, que, en efecto, había alguien que me daba todo lo que yo necesitaba, y que yo la abandoné, más de quince años atrás.

58

Viri

Mi relación con Gordón finalmente evolucionó, por decirlo de alguna manera; no solo era más abierta en lo sexual, de hecho, lo más intenso era que se volvió completamente abierta a la honestidad, a la comunicación, a los deseos. Gordón era el único de nuestros amigos cariñosos que entraba a casa, no importaba si estábamos en Chicago, Portugal o Paris, el León era el único con tarjeta VIP para jugar con nosotros en casa. Parecía que lo que menos deseaba era ser deshonesto conmigo, yo era su mejor amiga, su amante, su Muñequita.

Y así lo expresaba—: Hada, amo cada parte de ti, por dentro y por fuera. No creo que el que compartas tu cuerpo con otras personas, cambie por un momento lo que siento por ti. No lo ha hecho, y han pasado varios cuerpos — varios muchos—. Tu relación con Yaco es la mejor. Yo solo me siento honrado de que me dejes ser parte de tu vida.

Por más buenas intenciones que tengamos uno con otro, a veces la humanidad nos gana, y hacemos cosas que van contra lo que nuestro cuerpo pide, como ser monógamos. De ninguna manera iba a limitar a Gordón, él podía estar con quien él quisiera; por más que lo amara, Yaco iba a ser el papá de mis hijos. Gordón tenía todo el derecho de encontrar a la mamá de los suyos, el punto era, que no lo deseaba.

Cuando teníamos unos días de asueto, siempre era entre Yaco y yo. Nosotros dos, solo él y yo y Dite, o la cabaña en Portugal, o la siempre bella ciudad de Paris. No había amigos cariñosos o Gordón, simplemente él y yo, a menos que uno de los dos quisiera jugar.

A veces Yaco salía más de una vez con la misma persona, contrario a mí, no estaba en mi naturaleza salir dos veces con la misma persona, yo ya tenía dos relaciones completamente diferentes, completamente estables, para mí

eso era suficiente.

La única y más importante regla, era la honestidad.

No tenía claro cómo íbamos a vivir, lo único que sabía es que quería vivir mi futuro con ellos, entre ellos, y si era posible, observando como lo hacían ellos.

Las relaciones son complicadas, no importa si es entre dos, tres, o cinco, la verdad es que las cosas funcionan de manera diferente para cada relación. ¿Quién puede fingir estar capacitado para decirle a la gente como manejar sus vidas? Mas aun, como poder decir lo que debe sentir el corazón.

El corazón siente lo que se le da la gana, nadie puede coaccionarlo, ni siquiera el propio dueño de ese corazón. Lo mejor es aceptarlo y sentirse pleno con tus propios sentimientos. Y yo me sentía jodidamente plena con dos corazones intercalados latiendo a lado de mí. Tenía un par de relaciones no—monógamas saludables y felices. Mucho mejor que ciertas relaciones donde el drama y el dolor son el pan de cada día.

Todos somos tan diferentes desde el vientre materno, no podemos esperar que todos tengamos las mismas necesidades, las mismas creencias, simplemente somos diferentes y debemos respetar esa parte que nos hace únicos.

Si, era diferente, era una novedad para cierta gente, para mí, era simplemente amor.

Epílogo

Yaco

El amor. Es algo simple y al mismo tiempo tan esquivo. Escuchas sobre él todos los días en películas, libros, música, y, sin embargo, a pesar de que aparentemente nos rodea, sigue siendo una de las cosas más difíciles de encontrar en el mundo. Pensé que sabía lo que era el amor, ¡estaba tan equivocado!

—Oh, están saliendo —el que Gordón llegara de imprevisto cuando estábamos en Chicago no era novedad. Salíamos del elevador cuando lo encontramos de frente. Tatis brincó a sus brazos como impulsada por el suelo.

— ¡Qué bueno que apareces! Ven, te vamos a presentar a alguien.

La gente que esperaba el elevador nos veía como animales en peligro de extinción, era divertido ver sus expresiones de conmoción. Y solo para dar de que hablar, acaricié el trasero de mi Tatis mientras Gordón la cargaba del mismo lugar, Viri dejó caer la cabeza hacia atrás para que sus dorados y largos rizos fluyeran con el aire libres, como ella.

Una ventaja cuando se tiene tanto dinero como lo tenía ella, era que nadie, absolutamente nadie, se atrevía a cuestionar su comportamiento.

Y también era una ventaja para cumplir deseos.

Llegamos a la finca Foster en silencio, era difícil considerando que Viri y yo estallábamos de emoción. Siempre creímos que nuestra vida era perfecta, abierta, libre, llena de amor, completos.

No, no estábamos completos hasta que los vimos; tres pequeñas caritas demacradas, heridas. No voy a contar las circunstancias que los llevaron a estar en la finca, porque no es mi historia para contar, pero si voy a decir la necesidad espontánea que sentimos de tener una casa desordenada, el deseo

por ser padres, la esperanza que brotó desde el fondo de nuestro corazón cuando estuvimos juntos por primera vez.

Viri no dejaba el trabajo voluntario, pero nunca insistía en quedarse en donde estuviera ayudando.

—Ven por mi —pidió a las doce de la noche.

Ross esperaba dormido en el auto cuando entré a la finca, a esa hora todo estaba en silencio, en quietud. La tranquilidad desapareció cuando vi a Viri cargando a un angelito de meses, un angelito de cabello negro, y piel canela, tan diferente a ella, pero de ella.

—Ellos son sus hermanitos —tintineó llena de emoción. Junto a la mecedora donde cargaba al bebé, se encontraba una pequeña cama con otros dos angelitos, tan delgaditos, tan lastimados, tan míos.

Las mejores cosas de la vida, cuestan mucho trabajo. Y a Viri y a mí nos estaba costando un mundo mantenernos separados de ellos.

—Ellos son... —le susurró a Gordón mientras los veíamos desde lejos— ellos son mis hijos.

El trámite de adopción es una verdadera tortura, había parejas que tardan dos, cuatro años en ser considerados para adoptar. Es ahí donde entró el dinero y las influencias de los NCJ, y de los Caval, juntos, con una gran, gran donación, logramos dar un pequeño brinco en la lista de espera. Esta mal, no lo justifico, pero lo hicimos como hacíamos todo, sin remordimientos, desde el fondo de nuestro corazón.

No podíamos saltar el engorroso trámite administrativo, ni las pruebas, entrevistas, ni nada que requería el estado de Illinois para que la adopción fuera legal. Uno de los abogados sugirió que buscáramos una agencia en el extranjero, pero ahí no estaban nuestros hijos, nuestros tres angelitos nacieron en alguna parte de Estados Unidos, y fueron abandonados por una mujer, notablemente joven según el video de seguridad, en un café frecuentado por turistas en el centro de la ciudad, supongo que con la esperanza de que fueran encontrados rápidamente.

El día que recibimos la llamada... Viri y yo nos abrazamos tan fuerte, nunca habíamos estado tan unidos.

—El viernes... el viernes podemos recogerlos.

Era bueno que nos dieran un par de días para reponernos, porque éramos un par de chillones.

Ahora si le avisamos a la familia, no hubo modo de ocultarlo, ya que Viri

decidió dejar de viajar y establecer su base en las oficinas principales de la Fundación Carter, los niños necesitaban estabilidad, rutina, familia. Y yo, yo crucé el atlántico junto con Winnie, felices, para establecernos permanente en la ciudad de los vientos.

— ¿Ya tienen nombres? —preguntó absolutamente ansiosa Kaira atreves de la línea.

—Lo vamos a platicar con ellos, pero nosotros creemos que Kara, Alek, y Otto Cavalcanti Carter suenan bien, ¿no?

— ¡Oh por Dios! —Jadearon sus padres al mismo tiempo.

Viri y yo no habíamos parado de llorar desde hace días, incluso Ross respiraba profundo de vez en cuando, y escuchar a los poderosos señores Northman-Carter Jones, solo le agregó leña a la hoguera.

—Ami, estamos llegando. Nos vemos el próximo viernes, ¿está bien? Por favor, solo la familia, no quiero que se ofusquen.

—Te lo prometo, Hada, solo la familia.

Se cortó la llamada al mismo tiempo que Viri y yo nos volteábamos a ver, completamente seguros que esa reunión iba a ser un caos.

Rumbo a la oficina, acaricié sus suaves brazos que no habían parado de estremecerse—: Calma, todo va a estar bien.

Solo que, mientras más cerca estábamos, más ansia nos envolvía, el bombardeo de nuestros corazones era audible. Cuando entramos, trabajadoras sociales, abogados cercaban a mis tres hijos.

—Ey, aquí están —Nati, nuestra trabajadora social, le indicó a Otto con fingido entusiasmo, lo que no era fingido, era el temblor en las manitas del pequeño niño de cinco.

Viri y yo ignoramos completamente a los adultos que no paraban de hablar, para enfocarnos en las tres personitas más bellas de este universo.

—Hola, preciosa... —la voz de Viri tembló de emoción, yo ni siquiera podía hablar.

Mis manos temblaban, mi cuerpo entero temblaba, pero al recibir el peso de Kara entre mis brazos... juro que nunca nadie, iba a lograr arrebatarme a esa mujercita que dormía plácidamente.

—Hola... —susurré mientras besaba la delicada piel de su frente—, soy tu papá.

Viri

Desde que los vi... lo sentí. Fue amor a primera vista, respiro, soledad, los ojitos de los tres hermanos tintineaban con soledad.

Nunca más.

Ya no me pude separar de ellos.

¡Yaco y yo, éramos un desastre! Él no paraba de llorar, yo no paraba de llorar, era emoción, nervios, miedo, todo revuelto con mucho, mucho amor.

Otto cubría a Alek con su bracito protegiéndolo de la vida, solo esperaba que algún día, no lo protegiera de mí.

—Hola, chicos...

Ni una palabra recibimos durante todo el proceso, tuvimos que firmar un par de documentos antes de que oficialmente esas tres pequeñas almas, se convirtieran en mis tres pequeñas almas.

Iba a ser un poco caótico, no se podía negar, tuvimos que hacer unos pequeños grandes ajustes; camioneta más grande, casa en vez de departamento, nada que no se pudiera arreglar.

Entraron a la casa, que tan bien había arreglado el tío Gordón, un poco indefensos, un poco asombrados; a Sophie, Kiara, y a mí, se nos fue la mano comprando todo lo que fueran a necesitar, juguetes, ropa, el tío Kurt les mando un juego de ajedrez a cada uno, Sophie mando tres coronas, una muy delicada, dos mis ostentosas, pero lo que realmente me aturdió, fue el de mis padres.

Sentados en medio de su enorme habitación —decidimos que lo mejor era que durmieran juntos hasta que ellos pidieran lo contrario, que espacio había —, saqué las tres cajitas que mis padres habían mandado.

—Mis papás, sus abuelos —inicié tratando de que la voz no me temblara —, les mandaron esto.

Abrí la primera caja y mi mente regresó en el tiempo; cuando mis padres prometieron que siempre iban a estar para mí, que siempre me iban a querer, cuidar, y apoyar sin importar qué...

—Es un símbolo que demuestra cuanto los quieren, cuanto los vamos a querer —Yaco me ayudo a poner las cadenas con un dije en forma de triquetra, el poder de los tres. El símbolo del amor y la eternidad, sin

principio y sin fin.

—Yo tengo uno, ¿ven? —Mi cadena seguía sobre mi cuello, como siempre—. Papá también tiene una —señalé a Yaco que mostró su esclava, orgulloso—. Nosotros prometemos amarlos y cuidarlos lo mejor que podamos.

—Prometemos guiarlos, darles todo lo que necesiten, reír con ustedes, jugar con ustedes —Alek le sonrió a Yaco y temí que mi Güerito cayera desmayado.

—Compartir con ustedes —prometí cuando Yaco ya no logró continuar—. Mantenernos siempre juntos...

—¿Siempre? —Finalmente se escuchó la vocecita de Otto.

—Siempre, cielo. Porque tu alma —enfaticé señalando su corazoncito—, y mi alma —ahora fue el mío—, y la de papá —Yaco señaló su propio corazón—, y la de Alek —ahora fuimos Yaco y yo los que señalamos el corazoncito del pequeñito de tres—, y la de...

—Kara... —susurramos entre los cuatro.

—Están unidas con un lazo, un lazo invisible, pero muy, muy fuerte, un lazo que debemos amar, honrar, y proteger. Ese lazo, se llama Familia.

Tus pies te llevarán...
Allí donde está tu corazón.
Proverbio Celta.

¡GRACIAS, MUCHAS GRACIAS POR
LEER!

Si te gusto VIRI...

Por favor, considera dejar una reseña,
comentario o carita feliz.

Como lector tienes el poder de elevar mi
trabajo, sobre todo porque soy autora Indie. Si
tienes tiempo, mi página en Amazon te espera,
además, que siempre es un gusto saber de ti.

Gracias otra vez por leer la historia de VIRI,
y pasar tu tiempo conmigo. Para mí, es un
honor.

Kurt

Simplemente Amor

Normalmente, si un extraño besara cada una de tus pecas, se sentiría antinatural, incomodo, ¿cierto? Pero no es así, por lo contrario, con él se sentía natural, como si el hermoso extraño tuviera todo el derecho sobre mí, sobre mi cuerpo, sobre las estúpidas pecas que por tanto tiempo odié. Ahora, era la parte de mi cuerpo más consentida. Sus labios se sentían tan bien, tan vibrantes.

Subí mis manos hasta su rostro para asegurarme que era real, que no era una clase de oscura y perversa fantasía. Mi toque absorbió la fuerza de su nariz, de su firme quijada, del sedoso cabello, al mismo tiempo que mi piel se impregnaba del calor de sus labios. Mi cuerpo nunca había respondido de esta manera, cada célula de mi cuerpo colmada con esta urgencia, con esta necesidad... Era primitivo, casi animal, necesitaba ser tocada, besada, tomada de una manera primaria, bestial.

Incapaz de moverme, seguí observando la atractiva cara enfrente de mí.

— ¿Estás bien? —preguntó sonriendo.

Tomó mi mano y un choque de electricidad atravesó mi cuerpo entero. Muda, observé como acariciaba mi mano con su pulgar. Su agarre era firme, diestro, dominante. Era poderoso y no dudo en usar ese poder sobre mí.

La sensación de su toque era como luz que fue penetrando por mis venas, atrayéndome, absorbiéndome bajo su fuego. Su mano empequeñeció a la mía, lo único en lo que pude pensar, fue en lo que esas magnificas extremidades le podrían hacer a mi cuerpo.

El azul turquesa de sus ojos se convirtió en cobalto, resplandecían con

deseo, necesidad.

¡Dios, era bello!

— ¿Te asuste?

Negando, intenté recuperar un poco de autocontrol. Él no lo permitió; sostuvo mi mano de una manera que... mi cuerpo no se resistió, simplemente cedió.

Su respiración se agitó igual o más que la mía, se acercó todavía más a mi cuerpo, la energía que emanaba de él, de su toque, ¡diablos!, de su mirada, fue más de lo que mi cuerpo podía resistir. Mi único razonamiento era consagrarme a sus manos.

Y así lo hice.

Próximamente...

Agradecimiento especial

A papá Dios.

Por mandarme a este mundo en el tiempo y lugar exacto. Por regalarme la libertad de escribir, leer, querer, e incluso maldecir lo que yo quiera. Y por concederme el súper poder, el más poderoso de todos, el poder de decisión.

Soy una mujer bendecida, muchas gracias.

Agradecimientos

Me reservo nombres porque seguro se me pasa alguien. He tenido la suerte de conocer a gente grandiosa que me ha ayudado y apoyado con confianza ciega. ¡Muchas gracias!

A ti, que cada vez que pasas la página y sigues leyendo, haces mi sueño realidad.

A todas y cada una de mis Mujeres Fénix,
¡las mejores lectoras del mundo!

Para todas ustedes solo hay agradecimiento en mi corazón, son lo mejor de este camino.

Espero seguir contando con el placer de su compañía y amistad. ¡Muchísimas gracias por todo!

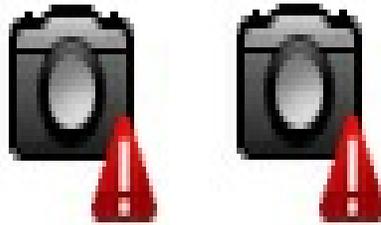
Es un verdadero placer escribir para
Ustedes.

La serie *Simplemente Amor* empieza con la historia de SOPHIE

Si te gusto VIRI, te recomiendo los siguientes títulos



Serie *Mujeres Fénix*



No te pierdas la historia de Owen, Kaira, y Alex



Visita

www.azmindacancino.com

Para nuevos lanzamientos, acceso a exclusivas ofertas y mucho más.

Otras maneras de estar en contacto:

azmincangar@gmail.com

facebook.com/AzminCanAC/

facebook.com/AzmindaCan

twitter.com/azmincan

instagram.com/azmincan/

pinterest.com/azmindacangar/

google.com/+AzminCangar25

goodreads.com/author/show/7307761.Azminda_Cangar

Te invito a...

facebook.com/groups/710702289008485/